LA REFORMA RELIGIOSA DEL SIGLO XVI

SEGUNDO TOMO DE
"LA MARCHA DEL CRISTIANISMO"

JUAN VARETTO

1938

INDICE

Dos Palabras

Capítulo Primero
Los Precursores De La Reforma
Causas Que Motivaron La Protesta. — Juan Wicliffe — Juan Huss — Jerónimo De Praga — La Guerra De Los Husitas — Jerónimo Savonarola

Capítulo Segundo
La Reforma En Alemania
Juventud De Lutero — Lutero En Wittenberg — La Venta De Las Indulgencias — Enemigos Y Colaboradores — Sus Primeros Escritos — La Bula De León X — La Dieta De Worms — Wartburgo —Rebelión De Los Aldeanos — Lutero Íntimo — La Dieta De Spira — La Confesión De Ausburgo — La Última Etapa.

Capítulo Tercero
La Reforma En Suiza. Infancia Y Juventud De Zwinglio — Sus Primeros Trabajos Parroquiales - Zwinglio Al Frente De La Catedral De Zurich — Marcha De La Reforma- La Conferencia De Marburgo — El Desastre De Cappel.

Capítulo Cuarto
La Reforma En Francia.
Santiago Lefevre — Juan Leclerc — Luis De Berquin — Margarita De Orleáns — Guillermo Farel — Juan Calvino — El Caso De Miguel Servet — Recrudecimiento De La Persecución—El Coloquio De Poissy — Los Hugonotes — La Noche De San Bartolomé.

Capítulo Quinto
La Reforma en Inglaterra y Escocia.
Introducción del Nuevo Testamento — Tomás Bilney — Guillermo Tyndale — Enrique VIII — Eduardo VI — Una Legión De Mártires — Establecimiento Definitivo Del Protestantismo — La Reforma En Escocia - Patricio Hamilton. — Juan Knox.

Capítulo Sexto
La Reforma En Los Países Bajos.
El Evangelio En Los Países Bajos - Los Edictos De Persecución – Felipe II en el Poder – Levantamientos Populares – Las Crueldades del Duque del Alba.

Capítulo Séptimo
Los Anabaptistas.
Los Calumniados De La Historia — Los Anabaptistas De Suiza — Fieles Hasta La Muerte — Exaltación Y Fanatismo — Los Exaltados De Munster — Baltazar Hubmaier — Los Hutterianos De Moravia — Menno Simons.

Capítulo Octavo
La Reforma En Italia.
El Evangelio En Venecia. — El Obispo Vergerio. — Anabaptistas Italianos. — El Evangelio En Ferrara Y Luca. — La Escuela De Juan Valdés. — Los Mártires De Roma.

Capítulo Noveno.
La Reforma En España.
El Protomártir De La Reforma En España. — Los Mártires Evangélicos De Valladolid. — Rodrigo Valer. — La Congregación De Sevilla. — Una Navidad Siniestra. — Reformistas Españoles Fugitivos.

Capítulo Primero

LOS PRECURSORES DE LA REFORMA

CAUSAS QUE MOTIVARON LA PROTESTA

Entramos al siglo XV. La apostasía prevalece en todo el campo nominalmente cristiano. El clericalismo deja sentir su planta férrea sobre la cerviz de los pueblos. Ahogados en ríos de sangre y consumidos por el fuego de mil hogueras, los valdenses y albigenses están casi totalmente exterminados. Sólo aquí y allí se levanta de vez en cuando alguna voz heroica que pronto tiene que guardar silencio en las mazmorras inquisitoriales.

El papado triunfa en todas las líneas. Reyes, príncipes y vasallos se someten incondicionalmente a su despótica autoridad, y éste no cesa de pregonar sus arrogantes y blasfemas pretensiones. Los papas logran ejercer una autoridad mundana nunca alcanzada por los más afortunados emperadores y el colegio de cardenales que le rodea desempeña las funciones del viejo senado romano. El paganismo ha resurgido escondiéndose bajo el nombre de cristiano. Todo conato de resistencia y aun la crítica más leve tiene que ser expiada con la sangre del culpable, e Inocencio III declara, sin que nadie proteste, que el Señor le ha confiado no sólo el gobierno de la iglesia sino el de todo el mundo. No menos arrogante se muestra el papa Bonifacio VIII cuando ofrece, como si fuesen suyas, las coronas reales de Roma y Constantinopla a un príncipe francés; declara feudos papales a Hungría, a Polonia, Escocia, y publica la bula Unam Sanctum en la que decía: "Declaramos que por la necesidad de la salvación toda criatura humana está sujeta al papa de Roma".

El papado no mostraba otra preocupación que la de sostenerse en el poder temporal y aumentar la extensión territorial de su reino. Aprovechando su ascendiente sobre monarcas que veían en el papa a un verdadero representante de Cristo, se servía de la excomunión y del entredicho para la realización de sus fines políticos. Su historia se convierte en una larga e interminable serie de arreglos políticos, intrigas diplomáticas, empresas militares, al frente de las cuales se colocan a veces los mismos pontífices, y de pactos que se quebrantan cuando dejan de llenar el fin que el papa tuvo al hacerlos firmar.

Oigamos lo que respecto a la simonía papal dice el historiador Dr. F. de Bezold en el tomo 21 de la Historia editada por Oncken: "Con mucho acierto se ha calificado p la curia romana de máquina gigantesca de hacer dinero; y la frase de que en Roma todo se adquiría con dinero no era ninguna exageración, porque entonces todo se compraba, desde la prebenda más pequeña hasta el capelo cardenalicio; desde el permiso de comer manteca de vaca en los días de ayuno hasta la absolución de asesinatos e incestos. La curia esquilmaba a los obispos a fuerza de contribuciones onerosísimas, y, al propio tiempo, desorganizaba e imposibilitaba la cura de almas en las diócesis, ya vendiendo sin escrúpulos los cargos eclesiásticos, ya por medio de los frailes mendicantes, que provistos de privilegios papeles suplantaban a su placer al clero parroquial en los pulpitos y confesonarios. Era un gobierno centralizador cuya mano se sentía en todas partes, que no guardaba consideración a nada ni a nadie, que no tenía más norma y objeto que su propio interés y que costaba carísimo a los pueblos".

La corrupción en las esferas eclesiásticas era espantosa. En la silla papal se sentaban monstruos como Alejandro VI, padre de la famosa cortesana Lucrecia Borgia. El día que fue coronado nombró a su hijo César, un joven de costumbres feroces y disolutas, arzobispo de Valencia y a la vez obispo de Pamplona. Las orgías que tenían lugar en el Vaticano igualaban a las de Calígula y los crímenes que se cometían rivalizaban con los de Nerón.

Los conventos de la capital eran verdaderos focos de corrupción. Sobre la vida de los clérigos dice el historiador arriba citado: "La introducción forzosa del celibato eclesiástico tuvo la consecuencia que era de temerse, el amancebamiento del clero. Los sacerdotes, que públicamente vivían con mancebas, pasaban también las noches jugando a los dados, bebiendo copiosamente y coronando todos estos excesos brutales con riñas de las cuales resultaban con frecuencia muertos y heridos".

Las Sagradas Escrituras que habían sido leídas y comentadas en todas las iglesias primitivas para instrucción de los fieles, habían cuido casi por completo en desuso. Tomás Linacer que era un eclesiástico erudito nunca había visto un ejemplar del Nuevo Testamento. Cuando al fin de sus días se puso a leerlo quedó tan sorprendido de su contenido que dijo: "O bien esto no es el Evangelio o nosotros no somos cristianos".

Los eclesiásticos más instruidos leían la Vulgata, es decir la versión latina de la Biblia, pero los de inferior categoría no leían nada. Tocante al pueblo, ni se pensaba en cosa tal como su lectura. Las versiones que algunos eruditos hicieron a las lenguas corrientes no llegaron jamás a manos del pueblo, al que se le mantenía en la más completa ignorancia no sólo de esa materia sino de todas las otras. Privado así del pan de la vida se alimentaba de ritos muertos, ridículas leyendas de santos, apariciones de vírgenes, y mil otras supersticiones.

Pero no eran solamente abusos eclesiásticos los que había que corregir en el romanismo. La misma doctrina cristiana había sido pervertida y mistificada. Se habían respetado creencias fundamentales, como la divinidad de Cristo y la inspiración de las Escrituras, pero al lado de ellas florecían otras que lograban desvirtuarlas. Una multitud de mediadores viene a ocupar el lugar del único mediador entre Dios y los hombres, y la confianza en el fuego del purgatorio reemplaza a la expiación obrada por Cristo en la cruz. El culto en espíritu y en verdad proclamado por el divino Maestro junto al histórico pozo di; Jacob, fue sustituido por el grosero culto de las imágenes. El sacerdocio universal de los creyentes desapareció ante el avance atrevido de un sacerdotalismo contrario al espíritu y a la letra del Nuevo Testamento.

La gente piadosa que aún quedaba empezó a preguntarse si esta institución tan mundana, podía ser la verdadera iglesia fundada por Cristo. "¡Quién me diera, ¡quién me diera — había escrito el abate de Clairvaux — ver antes de morir, la iglesia tal como fue en sus primeros días!" Y este suspiro de aquella alma angustiada era el que lanzaban muchos hombres de sentimientos cristianos, verdaderos precursores de la Reforma que estallaría en los albores del siglo XVI. Vamos a ocuparnos de algunos de ellos.

JUAN WICLIFFE

Juan Wicliffe fue el más ilustre de los precursores del movimiento dominado a restaurar el cristianismo primitivo y con razón ha sido llamado "la estrella matutina de la Reforma".

Nació en Inglaterra el año 1324. Estudió con mucho éxito filosofía y teología en la Universidad de Oxford. Se distinguió pronto tanto por sus dotes intelectuales como por la independencia de su pensamiento. Grande era su celo por el estudio, por la prosperidad de la iglesia y por lodo lo que pudiese contribuir al bien de su pueblo.

Su espíritu sufría al ver la triste condición moral y espiritual de la iglesia, y el estudio de las Profecías le trajo el convencimiento de que ya su habían cumplido las predicciones de una apostasía universal. Su primer libro se tituló "Los últimos tiempos de la Iglesia", y lo escribió en inglés porque lo destinaba al público en general, apartándose con esto de la costumbre reinante de escribir en latín para los intelectuales. En 1372 se graduó en el doctorado de teología y fue entonces que empezó a ganar popularidad tanto por sus discursos como por sus escritos. Cada día se hacía más fuerte en su actitud contra la corrupción de la iglesia. Sus polémicas eran principalmente con los frailes mendicantes que tanto por su número como por su carácter se habían convertido en una plaga social. Andaban continuamente recorriendo las calles con una bolsa al hombro pidiendo en las casas toda clase de artículos para llenar las bodegas y despensas de los monasterios.

Su ardiente patriotismo fue uno de los factores más poderosos para convertirlo en reformador. Como ciudadano inglés se sintió ofendido en su dignidad nacional ante las pretensiones de la curia romana y por la explotación descarada de que era objeto su pueblo. "El papa y sus colectores — escribía — sacan de nuestro país lo que se necesita para sostener a los pobres y miles de libras del tesoro real en cambio de sacramentos y pretendidas bendiciones. Ciertamente nuestro reino tiene una gran montaña de oro y nadie saca de ella sino este soberbio colector eclesiástico, y al cabo de un tiempo todo habrá desaparecido; porque siempre está sacando dinero de nuestra tierra y lo único que nos devuelve son maldiciones de Dios a causa de su simonía".

Wicliffe empezó a examinar las pretensiones del papa desde el punto de vista del honor y de la independencia de su país. Una nación sujeta a Roma dejaba de ser del todo independiente. Siguió buscando las causas que motivaban la degeneración de la iglesia, y luego se atrevió a examinar sus dogmas tan arrogantemente presentados como de origen celestial, para ver si a ellos se debía atribuir el malestar reinante y la conducta depravada del clero. Quiso saber si estos dogmas estaban fundados en las Escrituras y encontró no solamente que ellas no les prestaban su apoyo sino que estaban manifiestamente en su contra.

Sus ataques a la iglesia papal fueron francos y vigorosos y produjeron gran efecto en el pueblo que ya empezaba a sentirse cansado de llevar la pesada cargada que Roma le imponía. Al principio sólo había atacado a los frailes mendicantes, pero ahora atacaba a la misma institución monástica con poderosas razones cristianas y argumentos bíblicos, y de investigación en investigación fue descubriendo que muchas de las doctrinas que la iglesia romana llamaba fundamentales no eran de origen cristiano.

Ponía frente a frente la verdad bíblica con el error papista y el contraste que se manifestaba llegó a ser el tema de las conversaciones populares. El número de personas que se convencían de la necesidad de romper con Roma para seguir a Cristo era cada día mayor. Wicliffe supo dar mucha importancia a la predicación como medio de satisfacer las necesidades espirituales del pueblo. En su parroquia el sermón llegó a ser la parte principal del culto público y la gente se aglomeraba ansiosa de escucharle. Se conservan aún los manuscritos de trescientos de

sus sermones que dan a conocer la naturaleza de su predicación, la cual al mismo tiempo que era de valientes ataques al papado, exponía con claridad y sistemáticamente las doctrinas del Nuevo Testamento y tenía por fin conducir almas a los pies del Salvador. "El mayor servicio — decía — que se puede hacer a los hombreó es predicarles la Palabra de Dios". Cristo mismo dio el ejemplo consagrándose a esa tarea y la asignó a sus apóstoles para que por medio de ella las tinieblas fuesen disipadas.

La costumbre de emplear predicadores itinerantes nació con él y para justificarla apeló al ejemplo dado por el Señor y decía: "Los Evangelios nos refieren cómo Jesús iba por todas partes del país, a pueblos y ciudades, y esto para enseñarnos a buscar el bien de lodos". Logró conseguir la colaboración de muchos que estaban animados del mismo espíritu y fundó con ellos una sociedad de predicadores itinerantes a los cuales daba instrucción, y quienes descalzos y vestidos rústicamente recorrían el reino predicando el Evangelio y denunciando los errores del papismo.

Estos predicadores fueron llamados lollardos, palabra que significa vagabundo o mendigo, porque estos hombres no tenían, generalmente, residencia fija, ni parroquias que produjesen rentas, y vivían de las ofrendas de las almas piadosas, sin descender al terreno de los frailes mendicantes que eran por ellos combatidos.

Perseguidos cruelmente tuvieron que huir y esconderse, pero sus enemigos llegaban a sus mismos escondites y los conducían a la muerte. La edad de los mártires había resurgido y esto no en tierra pagana sino en países que se denominaban cristianos. Era un punto más que venía a demostrar que el romanismo era el paganismo enmascarado. "Prediquemos fielmente la ley de Cristo, aun a los prelados imperiales, — decía Wicliffe — y veremos cómo inmediatamente se levanta una ola de martirio".

Los adversarios de este reformador lo han acusado de ser la causa inmediata y hasta el instigador de la revolución social llamada de los aldeanos que encabezó un cura rebelde llamado Juan Baile y estalló en su tiempo. No es probable que él mismo haya buscado este levantamiento, pero sucedió, como siempre sucede, que el pueblo al despertarse a las ideas de libertad e igualdad evangélicas que los lollardos predicaban con entusiasmo, sacó las consecuencias de esta enseñanza y quiso que tuviesen aplicación práctica en el orden social y no sólo en el religioso.

Hay que convenir en que la revolución fue resultado natural de la agitación sembrada por las doctrinas de Wicliffe, agitación que hizo estallar la indignación que fermentaba en las masas.

Como el movimiento iba tomando incremento el papa Gregorio XI se alarmó y lanzó tres bulas contra el reformador, el año 1377, que fueron enviadas por mano de un nuncio. Una de éstas iba dirigida a la Universidad de Oxford, la otra a los obispos de Canterbury y Londres, y la tercera al monarca. Pronunciaba en ella sentencia de condenación contra diecinueve proposiciones de Wicliffe. Llamaba la atención al hecho de que las herejías condenadas eran contra la fe católica y tendían a la subversión del orden social. Ordenaba que Wicliffe fuese encadenado y encerrado en una prisión; que se le formase juicio para oír de él si sostenía esas doctrinas y en qué sentido, y de que sus respuestas fuesen enviadas a Roma. Estas bulas no encontraron buena acogida en Inglaterra salvo de parte del alto clero. Ni la Universidad ni el rey les dieron importancia. Los obispos, sí, y reunieron un Sínodo y ordenaron a Wicliffe que compareciese, pero como éste contaba con el apoyo del duque de Lancaster, tuvieron que moderarse y el juicio terminó sin mayores consecuencias.

El mucho trabajo y las luchas constantes quebrantaron seriamente la salud del reformador. Durante su enfermedad fue visitado por una delegación de cuatro doctores en teología enviados por los frailes mendicantes y cuatro lores de la ciudad de Oxford. Le recriminaron sus duros ataques a los frailes, sosteniendo que eran calumniosos, y le amonestaron a que en presencia de la muerte que se le acercaba se retractara de lo dicho. El enfermo no podía incorporarse, así que pidió

a los que le rodeaban que lo sostuviesen un poco sentado en su lecho y haciendo esfuerzos supremos les respondió enérgicamente: "No moriré, pero viviré, y continuaré siempre denunciando las malas prácticas de los frailes". Estos se retiraron confundidos.

Ni los muchos peligros que le amenazaban ni la debilidad física que sufría pudieron abatir su coraje ni detener sus proyectos de reforma.

Como un verdadero precursor del protestantismo, se apoyaba sólo en las Sagradas Escrituras sosteniendo que las creencias religiosas deben buscarse en ella y no en la tradición eclesiástica, siempre incierta y contradictoria. Sintió que su deber era traducir la Biblia al idioma corriente de su pueblo, para que éste no pudiese ser engañado por los que mudan la verdad de Dios en mentira y honran a la criatura antes que al Creador. La Biblia bajo la denominación papista era un libro sellado para el pueblo y aun los clérigos se ocupaban poco de su contenido. Su versión apareció en 1380 y con este acto recrudecía la persecución. "Wicliffe — dice Neander— no podía producir en inglés una Biblia comparable a la que más tarde produjo Lutero en alemán, pero debemos juzgarla teniendo en cuenta los elementos de que disponía. No pudo ir directamente a las lenguas originales, porque no conocía ni hebreo ni griego; pero no omitió esfuerzo para producir todo lo que era posible con el conocimiento y ayuda que tenía. Además de comparar muchos manuscritos de la Vulgata se sirvió de los comentarios de Jerónimo y de Nicolás de Lyra; y cuando notaba una diferencia entre la Vulgata y el original, lo hacía notar en la margen".

La publicación de la Biblia en inglés fue saludada con verdadero regocijo de parte de todos los que amaban la luz y la verdad, pero allí, como en todas partes, los que se aferraban a la costumbre temblaron y dejaron oír sus quejas amargas. Enrique Knighton, que escribió la historia de aquel período, ataca a Wicliffe diciendo que tradujo al inglés un libro que estaba destinado a los clérigos y doctores, afirmación del todo contraria a la verdad, pues los autores sagrados escribieron siempre para el pueblo. Pero no se detiene ahí y añade que poner el Evangelio al alcance de los laicos es arrojar las perlas a los puercos para que las pisen con sus pies. Wicliffe contesta que sus enemigos eran capaces de condenar al Espíritu Santo porque en el día de Pentecostés había dado el don de lenguas para que todos oyesen las maravillas de Dios. Acusaba al clero, como Cristo a los doctores de la ley, porque habían quitado la llave de la ciencia (Luc.11:52.), y decía que los verdaderos herejes eran los que enseñaban que los laicos no necesitaban conocer las Escrituras y debían someterse ciegamente a la autoridad de los clérigos. Ya que todos los creyentes tienen que comparecer delante de Dios para dar cuenta de los talentos recibidos, es razonable que todos sepan correctamente lo que Dios espera de cada uno. Sostenía que el Nuevo Testamento era inteligible a todos en aquello que afecta a la salvación, sin necesidad de una preparación teológica especial y previa. El estado moral del lector, su ansiedad por lo espiritual, su anhelo de hacer la voluntad de Dios, son las condiciones requeridas para entender las Escrituras.

Algunos de sus amigos influyentes no se atrevieron a ir tan lejos como él en los ataques a las órdenes monásticas, pero valientemente resolvió continuar la lucha aunque no contase con su apoyo, lo que le sirvió para demostrar que no era siervo de los hombres sino de Dios.

Courtey, nuevo arzobispo de Canterbury, se iniciaba en sus funciones lleno de bríos y convocó un Sínodo con el fin de tomar graves medidas contra los atrevidos innovadores. Se encontraban pomposamente reunidos en el vetusto convento franciscano de Londres, y ya habían formulado sus primeras declaraciones cuando el edificio se sintió sacudido por un violento terremoto que puso en fuga precipitada a todos los prelados y frailes ahí reunidos. Con esto terminaron las deliberaciones y quedó sólo el recuerdo del Sínodo del Terremoto como se le llamó después.

El Sínodo del Terremoto antes de dispersarse había condenado algunas de las creencias de Wicliffe. Entre otras las relativas a la santa cena y al papado. El arzobispo lanzó a raíz de esto una pastoral contra el reformador en la que apelaba a las autoridades y a la Universidad de Oxford, pero nadie le prestó oído. Consiguió, no obstante, debido a su insistencia, que el joven rey Ricardo proclamase una orden condenando la obra de los lollardos y muchos de ellos fueron encarcelados

En 1382 Wicliffe fue expulsado de la Universidad y se retiró a la parroquia de Lutterworth donde, a pesar de encontrarse con muy mala salud, continuaba atacando vigorosamente al papado que en aquel entonces lo ocupaban dos prelados simultáneamente y se lanzaban uno al otro excomuniones y maldiciones de grueso calibre.

Wicliffe falleció el 31 de diciembre de 1384. La iglesia de Roma que no pudo ejecutarlo durante su vida, siguió odiándolo hasta después de la muerte, y en 1415, condenadas sus doctrinas por el concilio de Constanza, sus restos fueron sacados de la sepultura y arrojados al río que pasa por Lutterworth.

JUAN HUSS

Los escritos de Wicliffe habían alcanzado mucha circulación en otros países, pero fue principalmente en Bohemia donde tuvieron singular acogida, no sólo de parte de algunas personas intelectuales y estudiosas sino también de parte del pueblo, de la gente campesina que se hallaba en franco antagonismo con la aristocracia poseedora de la tierra que otros cultivaban.

Las aspiraciones de este pueblo cansado de sufrir injusticias y sediento de libertad se personificaron en Juan Huss. Hablaremos ahora de la vida, trabajos y martirios de este precursor de la Reforma.

Nació el 6 de julio de 1373 en una aldea de Bohemia llamada Hussinetz, de la que le viene el apellido con que es conocido. Su padre era un campesino sin recursos que murió joven dejando a su esposa e hijo en la mayor miseria. Pero la solicitud y sacrificio de esta viuda bastaron para sobreponerse a las grandes dificultades que encontró, logrando dar buena educación a su hijo hasta verle ingresar en la Universidad de Praga, pasando de la categoría de alumno a la de profesor cuando tenía veinticinco años de edad. Debió mucho de su popularidad no sólo a su talento sino a su profundo espíritu nacionalista, llegando a ser considerado como el verdadero jefe del pueblo checo. En 1401 fue decirlo deán y dos años más tarde rector de la Universidad, por los votos del profesorado y del auditorio como era costumbre. Fue también nombrado predicador de la capilla de Bethelem, la cual había sido edificada y dotada por dos laicos, uno miembro de la corte y otro comerciante, para que en ella se predicase la Palabra de Dios en lengua vulgar para instrucción del pueblo; en vista de que los templos de Praga estaban casi exclusivamente consagrados a ritos y ceremonias que no servían para alimentar espiritualmente a los que tenían hambre y sed de las enseñanzas divinas. Por eso le fue dado el nombre de Bethelem, que significa casa del pan.

El historiador bohemio Francisco Polaky describe a Juan Huss de esta manera: "La penetración y claridad de su inteligencia, el discernimiento que tenía para poner el dedo en el nudo de las cuestiones, la facilidad con que los desataba, el espíritu consecuente que mostraba en sus deducciones, le aseguraron una gran superioridad sobre sus colegas. A todas estas cualidades se añadían la notable seriedad de su carácter, una conducta a la cual sus enemigos nada podían reprochar, un celo ardiente por el mejoramiento moral del pueblo y del clero; pero tenía también un atrevimiento imprudente, cierta falta de circunspección, tenacidad, costumbre de seguir su

propia idea, amor a la popularidad y una alta ambición espiritual dando a la corona del martirio más importancia que a todas las glorias humanas."

Tanto la predicación como los escritos de Juan Huss despertaron la oposición del clero al cual atacaba sin miramientos debido a la vida licenciosa de sus componentes. El arzobispo se puso al frente de la oposición y lo acusó ante el papa de ser propagador de las doctrinas de Wicliffe. El papa encargó al arzobispo que hiciese una prolija investigación requisando todos los escritos heréticos que pudiese encontrar, y éste, haciendo uso de un celo verdaderamente inquisitorial, consiguió no menos de doscientos volúmenes que con gran pompa hizo quemar frente a su palacio. Se prohibió a Huss la predicación, pero éste consiguió mantenerse en la capilla de Bethelem que era propiedad privada y ahí continuar enseñando al pueblo. Dadas las modestas dimensiones de esta capilla, se vio obligado a salir al aire libre y llegó a predicar a diez mil personas. Sus partidarios le imitaban en su actividad y recorrían los pueblos y aldeas predicando al aire libre. El rey Wenceslao se puso a favor del movimiento y se dirigió al papa quejándose de la quema de los libros y de los obstáculos que se oponían a la predicación.

Fue citado a comparecer a Roma, pero Huss no se presentó sabiendo que en la corte papal no encontraría ni justicia ni seguridad. Fue entonces excomulgado, y como la ciudad se adhería cada vez más a sus doctrinas, fue puesta en entredicho, es decir privada del ejercicio del culto y de los sacramentos. Esta medida solía tener mucho efecto en aquellos tiempos y provocar levantamientos populares de graves consecuencias. El rey Wenceslao, que había favorecido a Huss, se atemorizó y le retiró su protección, y muchos de sus adeptos volvieron atrás cuando vieron el giro que iban tomando las cosas. En este tiempo Huss se vio obligado a salir de la capital pero continuó predicando en su retiro a la gente que de todas partes acudía para escucharle. Aprovechó estos días de relativa calma para escribir su obra sobre La Iglesia, en la cual sigue casi literalmente a Wicliffe y declara que Cristo es su único Jefe y que la componen aquellos que tienen fe y vida espiritual.

Por medio de sus cartas llenas de ternura y de un alto sabor espiritual, continuaba alimentando y fortificando a la comunidad de Bethelem. Como san Pablo al escribir a los Filipenses, revela estar del todo conforme con lo que Dios disponga respecto a su futuro, ya sea la vida para continuar sirviendo, ya sea la muerte, para entrar al descanso de su Señor. "¿Por qué tener temor a la muerte — escribe — si hemos de encontrar en Cristo la vida verdadera?".

En Otoño de 1414 se reunió el concilio de Constanza convocado para poner fin a un grave cisma en la iglesia católica originado por tres papas que funcionaban al mismo tiempo y se lanzaban recíprocamente excomuniones y maldiciones. Se buscaba también poner un dique a la ola de corrupción que invadía a todo el sistema eclesiástico. La pequeña ciudad de Constanza presenció una extraordinaria afluencia de forasteros a medida que iban llegando los patriarcas, los prelados, los príncipes, y los delegados universitarios, acompañados de sus numerosos séquitos. El consejo municipal contó hasta 72.000 forasteros en los meses de mayor actividad.

Se hallaba presente en el concilio el papa Juan XXIII, verdadero monstruo humano a quien se le acusaba de todos los crímenes imaginables, desde el envenenamiento de su antecesor hasta los actos más impúdicos que puede cometer un hombre corrompido. El concilio no pudo menos que destituirlo, pero era tal el estado corrupto de la, iglesia que en lugar de separarlo por completo de su seno lo nombró deán del colegio cardenalicio, cuando, ha dicho un historiador, uno solo de los crímenes que se le imputaban bastaban para que hubiera merecido estar perpetuamente encerrado en una prisión.

Tal era el "santísimo" papa y el "santo" concilio ante el cual comparecería el más noble de los hijos de la heroica Bohemia. El emperador Segismundo le había dado un salvo-conducto y una escolta para que pudiese ir y regresar en completa seguridad. El 11 de octubre de 1414 partió de Praga acompañado de su fiel discípulo Juan de Chlum. Los que le despidieron lloraban al verle partir porque tenían el doloroso presentimiento de que no volverían a verlo.

El 3 de noviembre entró en Constanza, recibido por una multitud de admiradores y curiosos que se disputaban el sitio más prominente para ver pasar al gran heresiarca que conmovía a la cristiandad. Fue alojado en una casa particular donde lo dejaron tranquilo durante las primeras cuatro semanas. En este tiempo se dedicaba enteramente a la lectura de obras devocionales y a la preparación de su defensa. Pero sus enemigos no estaban inactivos, particularmente el Dr. Paletz, uno de sus antiguos compañeros de causa y ahora convertido en su perseguidor implacable. Levantaban contra Huss toda clase de calumnias para predisponer desfavorablemente a los miembros del concilio, y si fuese posible, irritarlo, para despojarlo de toda autoridad moral.

Sus enemigos sostenían que un hereje no era digno de la consideración que se le tenía al permitírsele tener una casa por cárcel. Debía ser encerrado donde se encierra a los peores malhechores, para que vaya al juicio no desde una casa sino desde una prisión. Consiguieron con estos argumentos que el 28 de noviembre fuese sacado de su alojamiento y encerrado en una cárcel inmunda, por donde pasaba una cloaca pestilencial que hacía de la vida un tormento. De nada valieron las protestas del caballero de Chlum ni aun las del emperador a quien decían que el salvo-conducto y protección ofrecidos a un hereje no tenían valor. Ya quedaba evidenciado que Juan Huss había sido miserablemente engañado. Él creía que al parecer ante el concilio era para discutir y demostrar que sus creencias eran sanas; en cambio lo trataban como a un reo de graves delitos que estaba ahí para responder a acusaciones.

Sus sufrimientos físicos y morales eran atroces. Él había soñado con hacer resplandecer la luz de la verdad en aquella magna asamblea, pero ahora ya estaba convencido de que le esperaba la muerte. Escribió a uno de sus amigos: "Es ahora cuando aprendo a repetir los acentos de los Salinos, a orar, a contemplar los sufrimientos de Cristo y de los mártires. En medio de las tribulaciones comprendemos mejor la Palabra de Dios."

En la prisión fue interrogado varias veces por la comisión papal, la que hipócritamente buscaba que ya estuviese condenado cuando compareciese ante el concilio y así impedir que hiciese uso de la palabra. El 5 de junio fue llevado ante el concilio, reunido en minoría, pero los presentes eran numerosos. Leída la acusación, Huss pidió la palabra para dar sus explicaciones, pero no se la concedieron. La burla ya estaba consumada. Se le exigía que respondiese con un sí o un no, sin intentar siquiera defenderse. Él protestó enérgicamente y la sesión terminó tumultuosamente. El día 7 hubo otra audiencia y esta vez el concilio tuvo que conformarse con dar la palabra al acusado. Huss habló con claridad y unción impresionando vivamente en su favor a muchos de los oyentes, debido a la precisión, acierto, agudeza y sentido práctico con que habló. Pero el concilio siempre colocado en el terreno de la arrogancia y despotismo declaró que lo que quería era una retractación lisa y llana. En otra audiencia inmediata quedó demostrado que Huss permanecería firme como una roca aun frente a la muerte; y que pondría en práctica la sentencia de Salomón en los Proverbios: "Compra la verdad y no la vendas." Cuando salió, presintiendo todos los concurrentes el desenlace trágico de aquel proceso, el caballero de Chlum consiguió darle un apretón de mano. "Qué gozo — escribía Huss desde su prisión — me proporcionó la mano del noble Juan de Chlum al estrechar la mía. No se avergonzó de mí, el miserable, el desechado, el hereje excomulgado, cargado de cadenas."

El fin de Juan Huss ya estaba resuelto. El mismo emperador pedía su condenación diciendo: "Es el mayor hereje que he conocido; si no abjura merece ser quemado." Su palabra y su firma garantizándole la vida las echaba al olvido. Era lo que los prelados querían y ya lo habían conseguido. Pero pasaron aun cuatro semanas en llenar todas las formalidades necesarias para que el crimen se consumase con apariencias de justicia. Varios cardenales lo visitaron en su celda para arrancarle una retractación, pero todo fue inútil. Cuando le asaltaba algún temor en vista del suplicio que le estaba esperando, tomaba la Biblia y hallaba consuelo en las promesas de Dios. El ejemplo de aquellos que habían sido fieles hasta la muerte le infundía aliento. Escribía en una de sus cartas: "Hallo gran consuelo en estas palabras del Salvador: Bienaventurados sois cuando os vituperaren y os persiguieren y dijeren de vosotros todo mal por mi causa mintiendo. Gozaos y alegraos; porque vuestra merced es grande en los cielos; que así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros".

Las cartas escritas por Huss en sus últimos días en la prisión son una de las páginas más heroicas y espirituales de la literatura cristiana. En ellas invita a sus amigos de Bohemia a permanecer firmes en sus convicciones y a no buscar la venganza de su muerte. Con acentos proféticos anuncia el triunfo futuro de la verdad. "El ganso —escribe— (Huss quiere decir ganso en lengua bohemia) es un ave inferior; han prendido al ganso en sus redes, pero vendrán otras aves, águilas y gavilanes, que se reirán de sus trampas". Una de sus últimas cartas termina con estas palabras: "Escrita entre cadenas, esperando la muerte por fuego."

El día fijado para la ejecución de Huss fue el de su cumpleaños; 6 de julio de 1415. El concilio se había reunido solemnemente en la catedral con la presencia del emperador Segismundo. La sesión empezó con una misa y sermón. Durante este tiempo Huss tuvo que permanecer en el atrio en calidad de hereje. El lugar "sagrado" estaba reservado sólo para los culpables del crimen que pronto iba a ser consumado. El predicador tomó por texto estas palabras de Romanos 6:6: "Para que el cuerpo del pecado sea deshecho, a fin de que no sirvamos más al pecado." El orador hizo una absurda e impía interpretación de este pasaje bíblico para sostener que los herejes debían ser destruidos por fuego.

Se dio lectura a treinta proposiciones de Huss que según los jueces del concilio contenían graves errores. Aunque al acusado se le había dicho que debía guardar silencio pudo decir algunas palabras. Recordó que había recibido un salvoconducto firmado por el emperador presente, garantizándole el libre regreso a su país, y al decir estas palabras fijó su mirada en el soberano quien dio vuelta su rostro sonrojado de vergüenza.

La sentencia fue pronunciada. Huss fue condenado a ser despojado de su carácter sacerdotal y a ser entregada al brazo seglar para que cumpliese con la sentencia. La hoguera ya estaba preparada y los ejecutores estaban esperando al reo, pero el clero, como en todos estos casos, unió el sarcasmo a la crueldad, declarando que como la iglesia tiene horror a la sangre encomendaba al hereje a la clemencia del estado.

Siguió la degradación. Primeramente lo vistieron con los hábitos sacerdotales y como él declarase que no estaba dispuesto a retractarse de sus creencias, lo despojaron de ellos al compás de terribles maldiciones eclesiásticas que pronunciaban cada vez que le quitaban una pieza. Al sacarle de la mano el cáliz, dijeron: "Te quitamos, Judas maldito, la copa de salvación." Pero él les respondió: "Confío en Dios y en mi Salvador Jesucristo, que El no me ha quitado la copa do salvación y que hoy mismo la beberé en su reino." En seguida le colocaron una gorra de papel en la que habían pintado demonios y escrito una leyenda que decía: "Este es el heresiarca." Cuando al fin lo sacaron de la iglesia y los obispos dijeron: "Entregamos tu alma al diablo", él contestó: "En tus manos, Señor Jesús, encomiendo mi alma."

Una escolta lo condujo al sitio de la ejecución. Allí volvió a declarar que toda su vida había trabajado para encaminar a los hombres por el camino del bien y que quería confirmar con su muerte la verdad del Evangelio; que todo lo que había predicado estaba de acuerdo con las Sagradas Escrituras. Se le oyó decir: "Señor Jesús, quédate cerca de mí, socórreme para que pueda sufrir con firmeza, por tu gracia y tu ayuda, esta muerte cruel y dolorosa que debo afrontar por amor a tu Palabra."

El conde palatino que presidía la ejecución le preguntó por última vez si quería retractarse, y ante su nueva y firme negativa mandó encender la hoguera. Cuando las llamas le rodearon se le oyó cantar y decir: "Jesús, Hijo del Dios viviente, ten misericordia de mí."

Recogidas las cenizas fueron arrojadas al Rhin.

JERÓNIMO DE PRAGA

El martirio de Juan Huss fue seguido por el de su compañero Jerónimo de Praga, quemado vivo el 30 de mayo de 1416.

Jerónimo era un hombre enérgico e impetuoso, pasando a menudo los límites de la prudencia. Era un poco más joven que Huss, pero era más rico en experiencias porque había viajado mucho en diferentes países de Europa. Era un verdadero príncipe de la palabra y este don le abría las puertas de todos los centros intelectuales que visitaba. Las Universidades de Praga, París, Colonia y Heidelburgo le habían conferido títulos bien merecidos, razón por la cual en Bohemia era altamente apreciado.

Viajando por Inglaterra llegó a conocer los escritos de Wicliffe, los que copió e introdujo en su país, contribuyendo de este modo a la propagación del evangelio.

En abril de 1415 fue citado a comparecer ante el concilio de Constanza para responder a cargos idénticos a los que se habían hecho a Juan Huss. Se presentó y con valentía protestó contra la prisión de su amigo, pero viendo el peligro que corría huyó de la ciudad con la esperanza de ponerse fuera del alcance de sus perseguidores. Tuvo en esto muy mala suerte, pues fue prendido antes de llegar a su destino y encerrado en un calabozo. Después de un año de sufrimientos terminó por declararse vencido, retractándose de lo que había enseñado. Pero este triunfo de los secuaces de Roma fue de muy corta duración, porque avergonzado de su debilidad, y profundamente arrepentido, pidió ser oído de nuevo, y con gran sorpresa del concilio hizo un elocuente elogio de Juan Huss y censuró duramente a sus verdugos.

El florentino Poggio Bracciolini, testigo ocular de su proceso y ejecución, escribió a su amigo Leonardo Aretino una carta admirable en la que con muchos detalles y en un estilo literario impecable, dio a conocer la grandeza del hombre que Roma condenó. Dice entre otras cosas: "Desde mi regreso a Constanza mi atención ha estado del todo fija en Jerónimo, el hereje bohemio, como es llamado. La elocuencia y el saber que este hombre ha empleado en su defensa son tan extraordinarios que no puedo menos que darte un sucinto relato. Para decir la verdad, nunca conocí el arte de hablar llevado tan cerca a los modelos de la antigua elocuencia. Era en verdad sorprendente oír con qué fuerza de expresión, con qué fluencia de palabra y con qué excelentes razonamientos, él contestaba a sus adversarios: y no fui menos impresionado por la gracia de sus modales, la dignidad de sus acciones, lo mismo que por la firmeza y constancia de su comportamiento."

"Cuando Jerónimo, después de algunas dificultades, consiguió ser escuchado, empezó su discurso con una oración a Dios, cuya asistencia patéticamente imploró. Entonces recordó que muchos hombres excelentes, en los anales de la Historia, fueron oprimidos debido a falsos testimonios y condenados por juicios injustos."

"Diferentes opiniones en materia de fe — dijo — siempre se han levantado entre los intelectuales, y siempre se creyó que esto era beneficioso a la verdad más bien que al error, cuando se lograba poner de lado al fanatismo. Tales fueron, dijo, las diferencias entre Agustín y Jerónimo: y aunque sus opiniones eran no sólo diferentes sino contrarias, nunca se les tachó de herejía."

"Todos esperaban que él se retractase de sus errores o por lo menos se disculpase; pero no se le oyó nada parecido. Declaró francamente que no tenía nada de que retractarse. Hizo un gran elogio de Huss, llamándolo un varón santo y lamentó su cruel e injusta muerte. Estaba dispuesto, dijo, a seguir los pasos de aquel bendito mártir y a sufrir con constancia cualquier cosa que sus enemigos le hicieron."

"Firme e intrépido estuvo delante del concilio, concentrando toda su personalidad; y en lugar de temer a la muerte, parecía que la deseaba. Los hombres más notables de los tiempos pasados probablemente no fueron superiores a él. Si la historia es justa este hombre será admirado por toda la posteridad."

"Con rostro radiante y con firmeza más que estoica, afrontó la desgracia, no temiendo ni a la muerte ni a la forma horrible en que se le presentaba. Cuando llegó al sitio de la ejecución se quitó la capa, hizo una corta oración frente al poste en que fue atado con cuerdas húmedas y una cadena de hierro, y fue envuelto en leña hasta la altura del pecho."

"Viendo que el ejecutor estaba por encender la pira a sus espaldas le gritó: "Trae la antorcha de este lado. Cumple tu misión delante de mi faz. Si hubiera temido a la muerte la hubiera evitado".

"Cuando la leña empezó a arder, cantó un himno, que la violencia de la llama apenas pudo interrumpir."

"Así murió este hombre prodigioso. Este título que le doy no es exagerado. Fui un testigo ocular de toda su conducta. Interprétese como se quiera su vida, que su muerte, fuera de toda duda, fue una noble lección."

LA GUERRA DE LOS HUSITAS

Los bohemios no pudieron tolerar el gran ultraje que se les hizo en Constanza y se levantaron en armas contra el emperador y contra el papa. El alma y jefe de este movimiento fue Juan Zisca. Este hombre intrépido pertenecía a una familia noble y tenía reputación bien merecida de valentía, inteligencia y piedad. De todas partes del país acudían los campesinos cansados de sufrir la tiranía eclesiástica de Roma y el yugo de los extranjeros que tiranizaban el país. Se reunían en grandes multitudes por las cercanías de Praga, celebraban sus cultos al aire libre, y participaban de la Santa Cena bajo las especies de pan y vino, llegando algunas veces a cuarenta mil el número de los comulgantes.

Los curas, por su parte, empezaron a predicar la violencia ofreciendo la seguridad del cielo a quien diese muerte a un hereje bohemio, Zisca y sus huestes arremetían con heroísmo, bajo el impulso de los dos sentimientos más fuertes en el hombre; el de la libertad y el de la fe. Derribaban los altares, destruían las imágenes, abolían las órdenes monásticas y convertían en cuarteles los conventos.

El programa revolucionario de los husitas era radical y muy avanzado, basado en los principios de justicia proclamados en el Evangelio. Pedían la igualdad de derechos para todos los habitantes sin distinción de cuna, riqueza, instrucción, profesión o sexo. La mujer quedaba completamente emancipada debiendo disfrutar de los mismos derechos que el hombre. El gobierno debía ser republicano y el poder supremo debía estar en poder del pueblo. La sociedad en aquel tiempo estaba encajada dentro del molde férreo de una iglesia apóstata, de modo que todos los que gemían oprimidos creyeron que había sonado la hora de las reivindicaciones y soñaron con la implantación de una sociedad cristiana regida por los preceptos fraternales del nuevo Testamento.

Zisca mostraba ser un guerrero aventajado poniendo en jaque o derrotando completamente a las tropas imperiales. Hubo momentos en que se creyó que toda Europa sería invadida por las huestes triunfantes de los husitas. Pero no fue así. Aquellas energías fueron agotándose con la prolongación de una lucha desesperada, y la preponderancia de los imperiales se hizo sentir. La revolución social fue vencida, consiguiéndose solamente algunos derechos espirituales. La reacción papista parecía que iba a borrar todo rastro de aquel movimiento pero no fue así. Las raíces del árbol destroncado echaron nuevos retoños, y en 1457 los seguidores de las doctrinas de Juan Huss se organizaron bajo el nombre de Iglesia de la Unidad, de los hermanos moravos, y hasta hoy son conocidos como celosos misioneros, gente pacífica, que ha hecho flamear el estandarte de la verdad en todos los confines del mundo.

JERÓNIMO SAVONAROLA

Jerónimo Savonarola aparece en Italia al fin del siglo XV como representante eminente del renacimiento que invadía a todo el mundo, despertando un vivo deseo de conocer las lenguas clásicas para estudiar a los autores que habían quedado casi olvidados durante los siglos obscuros de la Edad Media, pero principalmente representa el anhelo de ver efectuada una gran reforma en la iglesia, la cual había caído de su pureza primitiva y se había convertido en instrumento de ignorancia y tiranía. Las mistificaciones que se habían hecho a las doctrinas enseñadas por Cristo y sus apóstoles habían conducido a una masa nominalmente cristiana a una lamentable relajación de costumbre que el clero fomentaba pisoteando descaradamente los dogmas y la disciplina neotestamentarios. Pero nunca dejó de haber una minoría de personas sinceras que abrigaban sentimientos genuinamente cristianos y trabajaban para que la causa del Señor fuese restaurada. Esta reforma era tan necesaria que los concilios de Pisa, Constanza, Basilea, y finalmente el de Trento, intentaron efectuarla, cosa que no lograron porque la mayoría de sus componentes eran los mismos causantes del malestar y tenían interés en perpetuarlo.

Savonarola era hijo de una familia pudiente, habiendo sido su abuelo un médico notable en la entonces floreciente corte de Ferrara. En esta ciudad nació nuestro héroe el año 1452 y desde niño reveló un espíritu serio y capacidad de pensador. Estaba todavía en la adolescencia cuando su alma se inflamaba de pasión por las obras de Virgilio y Platón. Todos los que le rodeaban presentían que llegaría a ser una lumbrera de la humanidad.

Rechazado por una joven de la casa de Strozzi a cuyo amor aspiraba, resolvió retirarse del mundo y con gran sorpresa de todos ingresó a un convento de frailes dominicanos en la ciudad de Boloña. Tomó esta tremenda resolución sin comunicarla a sus padres, por temor de que éstos influyeran en hacerle cambiar de propósito. Desde el claustro les escribió una carta llena de buenos sentimientos en la que les pedía su bendición y les decía que ellos eran siempre el objeto de sus oraciones. Conforme a las costumbres de la orden buscaba ganar el favor de Dios mediante penitencias, meditando constantemente frente a un cráneo humano sobre la vanidad de la vida. Los

primeros catorce años de su vida monacal los pasó absorto en las prácticas devocionales y en el estudio de la filosofía, teología y sobre todo de las Escrituras. Los escritos de los profetas le impresionaban vivamente, y cuando veía la manera como éstos dejaron oír sus cálidas voces contra la corrupción reinante en sus días, llegaba a la convicción de que la vida religiosa debía desarrollarse en el campo de batalla y no en el encierro estéril de un claustro.

Su amor a la Biblia, que lo convertiría en un reformador, iba todos los días en aumento y deseaba que fuese leída y debidamente estudiada por los que quieren de veras servir a Dios. Oigamos como se expresaba: "Nadie, sabio o ignorante, puede comprender la Escritura si no tiene en él un rayo de la luz de la cual emana. Hay que acercarse a ella con un corazón puro, concentrando las fuerzas del espíritu, porque ella nos muestra las realidades más sublimes. Empezad por escapar de las garras del pecado y de los pensamientos mundanos; pedid a Dios su luz, después de haber conseguido el silencio interior y exterior. La luz divina os dará mayor claridad que los más eruditos comentarios. Ella os revelará el significado de vuestras experiencias, ella os hará sacar consecuencias útiles para la obra en que estáis empeñados. Se trata de leer lentamente, pensando en cada palabra hasta que uno se haya apropiado de la letra del pasaje. Solamente entonces es cuando convendrá penetrar en el sentido profundo del pensamiento de los autores sagrados. Creedlos porque ellos no pueden errar. No leáis solamente para aprender sino también para obrar. Pedid a Dios que el conocimiento adquirido produzca en vosotros la práctica del amor".

Tenía treinta y siete años cuando fue enviado a Florencia para enseñar a los novicios del convento dominicano de San Marcos. Todavía se muestra al viajero el rosedal debajo del cual reunía a sus discípulos. Era entonces un hombre de mediana estatura, de muy marcado temperamento sanguíneo, cutis bronceado, rostro aguileño, ojos grandes y chispeantes debajo de gruesas y tupidas cejas. Sus labios abultados daban a su palabra un tono de severidad y gravedad. Su lenguaje rústico, franco y directo formaba un marcado contraste con la fraseología melosa e indefinida de la mayoría de los predicadores, florentinos.

Su primera aparición en el pulpito fue mal recibida por las clases dirigentes, acostumbradas a escuchar a los predicadores para formar juicios sobre el valor literario y académico de los sermones y no para recibir instrucción en la Palabra de Dios. Savonarola no tenía nada de eso que se consideraba indispensable en un predicador de las grandes ocasiones. No subía al pulpito para agradar a los que no quieren oír la sana doctrina, sino para exponer la verdad con claridad.

Cuando vio que sus sermones eran mal recibidos y que la gente lo abandonaba por ir a escuchar a otros oradores más pulidos, sintió un profundo desaliento. Llegó a creer que su misión no era la de predicar sino la de enseñar a los novicios con quienes tenía excelentes resultados, y costó persuadirle a que volviese a predicar en las iglesias.

Pero el año 1486 se decidió a predicar en varias ciudades de Lombardía y fue entonces cuando empezó a ganar popularidad. No quiso aceptar los consejos de sus amigos que le rogaban que cambiase de estilo. Perseveró en su manera rústica y firme imitando a Amos, a Nahun y Juan el Bautista, clamando a voz en cuello para despertar las conciencias dormidas y llevar las almas a los pies del Salvador. Estaba persuadido de que Dios lo había levantado para esta misión. Muchas veces veía visiones y oía la voz de Dios que le mandaba no callar. Asumía la actitud de un iluminado y su entusiasmo se hacía contagioso. Las multitudes empezaron a hablar de él y acudían a oírle. Este trozo nos dará una idea de su predicación elocuente y apasionada: "No puedo callarme porque la Palabra de Dios es en mi corazón como un fuego ardiente; si no le doy escape consumirá hasta la médula de mis huesos. Los príncipes que reinan sobre Italia son azotes que Dios ha enviado para castigarla. Sus palacios son el refugio de bestias feroces, monstruos de

la tierra, cargados de crímenes y perversidades... Malos gobernantes que no cesan de crear nuevos impuestos para chupar la sangre del pobre pueblo. Esto es la Babilonia, oh mis hermanos, la ciudad de dementes y malvados que Dios destruirá… Id a Roma y veréis como los grandes prelados sólo se ocupan de poesía y elocuencia. Gobiernan la iglesia guiados por astrólogos. Lo exterior está bien ornamentado, sus ceremonias son deslumbrantes, abundan los candelabros de oro, los cálices preciosos; pero en la iglesia primitiva los cálices eran de madera y los prelados de oro; hoy ocurre al revés. Los prelados romanos han introducido entre nosotros fiestas del infierno, no creen en Dios y se burlan de nuestra santa religión, ¿Qué haces, Señor? ¿Por qué duermes? ¡Levántate y ven a libertar a tu iglesia de las garras del demonio, de los tiranos y de los malos sacerdotes! ¿Has olvidado a tu iglesia? ¿Has cesado de amarla? ¡Apresura el castigo a fin de que pronto volvamos a ti!".

Al fin Florencia descubrió que era más provechoso escuchar a un predicador del tipo de Savonarola que a los pulidos palabreros sin vida y sin mensaje. Todas las iglesias resultaban pequeñas y se levantaron galerías en la catedral para contener a las multitudes de oyentes. Desde las aldeas vecinas acudían caravanas de labriegos, haciendo largas caminatas durante la noche para conseguir un sitio conveniente. Sus sermones no eran sólo apostrofes contra los príncipes y prelados sino exposiciones de las Sagradas Escrituras y fiel presentación de la persona del Redentor. Hablaba con frecuencia de la doctrina paulina de la justificación por la fe y decía: "Si Cristo no te absuelve, ¿quién podrá absolverte? Aprende, oh hombre, que entrarás en el paraíso si tú lo quieres, porque Cristo nos precedió. Donde está la cabeza allí están los miembros. Aprende también esto: no entrarás al paraíso en consideración a tu estado natural, ni por el oro o la plata que poseas. Dirige tus miradas al crucificado, piensa en el amor que tuvo al morir por tí, si quieres ser salvo. Confía en él. El enderezará tu corazón torcido. El te socorrerá aunque lo has ofendido millares de veces. Te perdonará como perdonó al ladrón en la cruz. Cree solamente. Llora por tus pecados, promete abandonarlos, confórtate participando del banquete de Cristo".

Un oyente que recogió y publicó los sermones de Savonarola dice que muchas veces no podía terminar de predicar porque se ponía a llorar conmovido.

Florencia era entonces una república pero estaba dominada por la poderosa casa de los Médicis a la cual Cosme había enriquecido fabulosamente. Los príncipes y el papa eran sus deudores. Poseía buques que cruzaban los mares transportando mercaderías y un ejército de empleados trabajaba en el manejo de aquellos bienes. En el estado florentino eran ellos quienes hacían los nombramientos. Esta casa daba mucho movimiento y lustre a la ciudad, favoreciendo el comercio, las artes, la ciencia y la industria, pero estaba dominada por elementos mundanos y anti-religiosos. El dinero compraba las conciencias y así el relajamiento cundía.

El puritanismo y el tono de la predicación de Savonarola era un desafío lanzado a los Mediéis. Lorenzo, que había sucedido a Cosme, trató de amordazarlo donando a su convento una fuerte suma de dinero. Savonarola la hizo distribuir entre los pobres de la ciudad. El papa trató también de reducirlo ofreciéndole el capelo cardenalicio. "El capelo rojo que yo deseo — contestó — es el que estará teñido con la sangre del martirio".

Cuando Médicis enfermó mandó llamar al monje y le preguntó qué tenía que hacer para ser salvo. Este le habló claramente del arrepentimiento y de la fe en Cristo, exigiéndole que restituyese los bienes mal adquiridos. Estaba dispuesto a hacerlo, pero de pronto le exigió una cosa más: que devolviese la libertad a Florencia renunciando a la preponderancia que ejercía sobre ella. El enfermo se dio vuelta y no quiso escucharle más. Poco tiempo después pasaba a la eternidad.

En sus transportes de profeta Savonarola había anunciado que Dios haría caer la espada vengadora sobre la casa de los Médicis. Esta profecía se cumplió el año 1494 al penetrar en Italia el rey Carlos VIII de Francia. Los Médicis tuvieron que huir acosados tanto por los extranjeros como por los mismos florentinos, que aprovecharon las circunstancias para librarse de su pesada tutela.

Fue en este tiempo que Savonarola llegó a ser el verdadero jefe del estado florentino, aunque no abandonó su celda ni ocupó cargo público. El pueblo le miraba como a un verdadero representante de Dios y siguió sus consejos sin discutir. Bajo su influencia se puso en vigor una vieja y sabia constitución que estaba relegada al olvido y se dictaron leyes destinadas a reformar las costumbres. Su sueño dorado había sido ver a Florencia regida por el espíritu cristiano y creyó que había llegado la hora de su realización. En uno de sus sermones había dicho: "Dios sólo será, desde ahora en adelante, tu rey ¡oh Florencia! Tu libertad estará fundada en el temor de Dios y en la consagración al bien público. El principio de un estado ordinario es el egoísmo, el de un estado religioso es el del amor a Dios y al prójimo. Cuanto más un reino se ajusta a la voluntad de Dios, tanto más fuerte es. En paz con Dios, ¡oh Florencia!, serás rica en bienes temporales y las alas de tu grandeza se extenderán por el mundo".

Savonarola fielmente secundado por dos frailes, llamado uno Domingo y otro Silvestre, exigía de todos los habitantes una completa austeridad, haciendo cesar el juego de naipes, los bailes y toda diversión. Una liga juvenil de niños recorría la ciudad exhortando a todos a dejar las malas costumbres. En los días de Carnaval la gente entregó sus disfraces, caretas, libros inmorales, naipes y todo lo que era instrumento de iniquidad. Con todos esos elementos formaron una pirámide en la plaza del mercado y fue encendida por los representantes del consejo, mientras los jóvenes vestidos de blanco y con una cruz roja en la mano cantaban a su alrededor.

Esta campaña moralizadora ha tenido sus admiradores pero también sus críticos. Los primeros ven en ella un poderoso medio de grandeza y prosperidad porque las costumbres inmorales debilitan a los pueblos imposibilitándolos para cumplir una misión grande en la historia. Los segundos, en cambio, acusan a Savonarola de haber querido convertir a la ciudad en un gran convento conspirando contra la alegría del vivir.

Una ciudad que había vivido entregada al lujo y a los placeres, no pudo soportar por mucho tiempo un régimen moral tan severo como el que imponían los tres frailes dominicanos que dirigían la situación. Los enemigos aprovechando el descontento que cundía formaron un partido que fue denominado el de los furiosos (arrabiati) que hacían llover calumnias sin fin contra Savonarola y sus colaboradores.

Desde Roma los ataques recrudecieron, y Alejandro VI, considerado el más infame y corrompido de todos los papas, padre de Lucrecia Borgia, amigo de orgías y envenenamientos, juró que lo haría morir aunque fuese el mismo Juan Bautista. Empezó por dar una orden prohibiéndole predicar, excomulgándolo y declarándolo falso profeta. Savonarola contestó con un gesto de rebeldía y continuó predicando con más vigor que nunca, alegando que no atacaba a la iglesia si no al poder tiránico que la dominaba.

El papa amenazó a Florencia con el entredicho, es decir la suspensión de la misa y los sacramentos. La medida tuvo su efecto alarmando a las clases populares que veían cerradas para ellos las puertas del cielo. Savonarola empezó a sentirse abandonado y presintiendo su cierto fin decía: "Si me preguntáis cual será el desenlace de este combate os respondo: la victoria. Pero si me preguntáis como se producirá os diré: por la muerte... Pero Roma no logrará apagar el fuego que yo he encendido y si consigue apagarlo, Dios encenderá otro, y ya está encendido por todas partes sin que lo veamos". "Ha llegado la hora de apelar a Cristo contra el papa. El poder

eclesiástico está arruinando a la iglesia y por lo tanto ha dejado de ser eclesiástico para convertirse en infernal, en poder de Satán".

Impedido de predicar se consagró a escribir cartas a los príncipes europeos pidiendo la convocación de un concilio general, creyendo erróneamente, como muchos habían creído, que una asamblea tal pondría fin a los males reinantes. Pedía la deposición del papa a quien acusaba de simoníaco por haber comprado los votos que le llevaron al trono pontificio, y de hereje que ni siquiera creía en Dios.

El Domingo de ramos de 1498 recibió orden de abandonar la ciudad en el término de doce horas. Pero los arrabiati querían algo peor que el destierro y sitiaron el convento con la mira de prenderlo y castigarlo. Sus amigos tomaron las armas pero él no les permitió emplearlas, y se entregó a sus enemigos, quienes lo cargaron de cadenas y lo encerraron en una prisión. Durante la semana santa fue sometido siete veces a la tortura, lo mismo que sus compañeros Domingo y Silvestre. Los terribles sufrimientos que le eran infligidos arrancaron de sus labios algunas declaraciones que lamentaba haberlas hecho cuando la tortura terminaba y los secretarios no tenían ningún escrúpulo de poner un sí cuando él había contestado no, de modo que resulta imposible a la crítica comprobar si las declaraciones que se le atribuyen son dignas de confianza. Cuando la tortura terminaba era conducido despedazado a su celda donde se echaba de rodillas, si las fuerzas se lo permitían y pedía a Dios que perdonase a sus verdugos. Se sintió agotado por tantos padecimientos físicos y morales y en sus angustias exclamaba: "Basta Señor, retírame de este mundo". Dios lo reanimaba y en los momentos de lucidez parafraseaba el Salmo 51. "Mi corazón — decía — ha sido fortificado de tal manera que me puse a cantar de gozo y a bendecir al Señor diciendo: "Jehová es mi luz y mi salvación; ¿a quién temeré? Jehová es la fortaleza de mi vida; ¿de quién he de atemorizarme?".

Al mismo tiempo que Savonarola fueron detenidos muchos otros dominicanos y fueron juzgados sus dos compañeros más caracterizados: Domingo y Silvestre. Se les acusaba de enseñar doctrinas contrarias a las recibidas por la iglesia, de asumir el rol de profetas y de promover disturbios en el estado.

Se pronunció la sentencia condenando a los tres a ser ahorcados y después quemados en la plaza pública. Cuando Savonarola supo que había llegado la hora de partir de este mundo pidió la gracia de ver a sus dos amigos y pasar algunos momentos con ellos. Fue entonces cuando supieron que a cada uno se les había dicho que los otros dos se habían declarado culpables y abjurado de sus errores, lo que era incierto. Los tres héroes de la libertad y de la justicia pasaron sus últimos momentos en oración, encomendándose a Dios para afrontar el martirio serenamente y con espíritu cristiano. El 23 de mayo de 1498 tuvo lugar la ejecución. Conducidos a la plaza, un obispo que había sido discípulo de Savonarola los despojó de sus hábitos sacerdotales pronunciando las palabras de maldición que se usan en estos casos. Descalzos y cubiertos de ropas infamantes subieron a la plataforma donde se había levantado la horca y confortados por una oración afrontaron la muerte con calma y solemnidad. Florencia entera se hallaba congregada y presenció la muerte del hombre que pocos años antes era el ídolo de todos y de cuyos labios candentes las multitudes habían estado suspendidas. El sufrimiento de ver la ingratitud, la cobardía y endurecimiento de la gente era más terrible que el de la horca y de la hoguera.

Si por la doctrina y el apego a la vida monacal Savonarola permaneció católico, bien ha merecido ser colocado entre los grandes precursores de la Reforma, debido a su profundo amor a las Sagradas Escrituras y a sus esfuerzos por ver a la iglesia volver a su pureza primitiva. Eduardo Armstrong ha dicho: "La fascinación ejercida por Savonarola es hoy tan viva como cuando su congregación le escuchaba electrizada y hechizada... Pocos podrán rivalizar con él como fuerza espiritual, como fuerza que supo dejar una influencia que se perpetuó después de su

muerte. Su celo por la justicia, su horror al pecado, su caridad para con los pobres, su amor a los niños, son virtudes que le hacen acreedor al amor y al respeto de todos los siglos".

Cuando surgió vigorosa la reforma en el siglo XVI el espíritu de Savonarola animaba a los soldados de la gran jornada. Por eso dijo Lutero: "La esperanza del Anticristo fue la de borrar de la tierra la memoria de un hombre tan grande; pero su recuerdo está vivo y permanece como una bendición".

Nos hemos referido a cuatro hombres entre los muchos que merecen un lugar entre los precursores de la Reforma: Juan Wicliffe, Juan Huss, Jerónimo de Praga y Jerónimo Savonarola. No son los únicos, pues abundaron en los siglos XIV y XV las almas piadosas que si bien no tuvieron el gesto de Lutero, ni comprendieron que el único remedio era romper todo vínculo con el papado y salir de la Babilonia, como manda la voz apocalíptica (Apoc. XVIII: 4.), por su doctrina, por su piedad, por su santa rebeldía, prepararon el camino por el cual seguiría triunfante la marcha del Cristianismo.

Capitulo Segundo

LA REFORMA EN ALEMANIA.

JUVENTUD DE LUTERO

Entramos ahora en el período de la gran revolución religiosa denominada la Reforma, la más grande, la más gloriosa, la más fecunda y la más cristiana que haya sacudido al género humano. Las causas que le dieron origen venían acumulándose desde varios siglos atrás, y el estallido se produjo simultáneamente en casi todos los países del viejo mundo, como si Dios quisiera hacer comprender que no era obra de un solo hombre ni especialidad de un solo pueblo o raza. Pero era Alemania el país que ofrecía el terreno mejor preparado para librar las primeras batallas y alcanzar las primeras victorias. Los germanos eran muy celosos defensores de su independencia y estaban predispuestos a secundar toda acción contraria al poder centralizador de Roma. Sus príncipes estaban cansados de pagar pesados tributos al Pontificado y soportar un vasallaje religioso humillante, y aunque las causas de la Reforma fueron espirituales, no cabe duda que el factor político y el económico contribuyeron a favorecerla en Alemania, así como a obstaculizarla por el sur de Europa.

Los héroes de esta gloriosa jornada forman una numerosa legión de hombres de gran temple cristiano, amantes sinceros de la verdad, que reconociendo que es menester obedecer a Dios antes que a los hombres, rompieron con el papado y con el dogma asfixiante de la autoridad eclesiástica, para vivir en armonía con los preceptos del Evangelio.

Entremos a ocuparnos de aquél a quien con justicia se le llama el héroe de la Reforma.

Martín Lutero nació en una aldea de Alemania llamada Eisleben, el 10 de noviembre de 1483. Su padre Juan Lutero y su madre Margarita Siegler eran pobres y modestos trabajadores, pero personas que por su laboriosidad y honradez gozaban de buena reputación entre sus vecinos. Su célebre hijo nunca se avergonzó de su origen humilde y refiriéndose a su infancia decía: "Soy hijo de un aldeano; mi padre, mi madre y mis abuelos eran verdaderos aldeanos". Su padre trabajaba de leñador y de minero, y la familia, que mantenía con sus reducidas entradas, conoció muchas veces las amarguras de una extremada pobreza. El niño se crió bajo una severa disciplina impuesta tanto por las costumbres de su época como por el carácter un tanto rústico de su progenitor.

Su madre, a quien Martín mucho se le parecía en lo físico, era una fiel colaboradora de su esposo; trabajadora, enérgica, y emprendedora, contribuyó a mejorar las condiciones económicas de la familia. "Mi madre — decía Lutero — para criarnos tuvo muchas veces que llevar el atado de leña sobre sus espaldas".

Cerca de Eisleben se encuentra la población de Mansfeld donde florecían algunas industrias, y a ella se trasladó la familia Lutero en busca de un campo más próspero para sus actividades. Ahí mejoraron sus condiciones lo que hizo posible mandar al niño a la escuela. Fue durante este tiempo que recibió severos castigos tanto de su padre como de su maestro y así aprendió en carne propia que los métodos rigurosos son contraproducentes, y enseñó a su pueblo a castigar con más bondad y sabiduría.

A la edad de 14 años fue enviado a la escuela de Magdeburgo, y poco tiempo después a la de Eisenach, donde vivían algunos parientes de su madre. Como su padre volvió a verse en dificultades pecuniarias hubo momentos en que se creyó que sería imposible continuar costeándole los estudios. Siguiendo una vieja costumbre nacional, el joven salía con otros compañeros de escuela a cantar por las calles y recogían las ofrendas, ya en alimentos, ya en dinero, que les daban los vecinos. La melodiosa voz del joven cantor impresionó a una dama

llamada Ursula Cotta, esposa de un ciudadano adinerado, y ésta conociendo la situación afligente del estudiante se constituyó en su protectora, recibiéndolo en su propia casa y haciéndolo participar de su mesa. Fue en esto hogar donde se dulcificó un tanto su espíritu y donde aprendió a ser franco y jovial.

Su padre había resuelto que estudiase leyes y a la edad de dieciocho años pudo hacerlo ingresando a la Universidad de Erfurt, donde se entregó al estudio con gran entusiasmo, pasando el tiempo ya en las aulas ya en la Biblioteca. Al cabo de dos años recibió el grado de bachiller.

Examinando un día los libros de la Biblioteca dio con un volumen olvidado que le llamó mucho la atención. Era una Biblia en latín. Lleno de emoción se puso a recorrer sus misteriosas páginas y su corazón latía al encontrarse por primera vez con un tomo que contenía los escritos inspirados divinamente. Sus ojos se detuvieron para leer la bella historia de Ana y el niño Samuel. Poco sospechaba entonces que él llegaría a ser para su pueblo lo que este niño fue para Israel; un fiel profeta de Jehová. Leyó largamente y no tardó en volver para leer y releer esas páginas que le llenaban de satisfacción y derramaban en fu alma inmensos torrentes de luz. "¡Oh si Dios me diese un día — decía — la dicha de ser poseedor de un libro tal!". Fue así como Dios lo puso en contacto con su Palabra. ¡Había descubierto el libro del cual más tarde daría a su pueblo esa traducción admirable que Alemania lee desde hace cuatro siglos, y que ha sido fuente de tan abundantes y ricas bendiciones!

El sentimiento religioso, hasta ahora un tanto dormido, se había despertado vivamente en Lutero. Sus oraciones empezaron a ser frecuentes y fervorosas. La lectura de la Biblia intensificaba este fervor y hacía que fuese consciente y estuviese fundado en la verdad. Pero un incidente inesperado vino a ser la causa de que se pusiese a pensar en las cosas espirituales con mayor solemnidad. Había ido a visitar a sus padres y cuando estaba de regreso a Erfurt le sorprendió en el cantillo una fuerte tempestad. Un rayo cayó a sus pies y aterrorizado se puso de rodillas invocando a Santa Ana. Vio la muerte de cerca y en su desesperación prometió a Dios abandonar el mundo y servirlo si lo libraba de aquella hora tan terrible. Al levantarse del suelo y renacer la calina, se preguntó lo que debía hacer para cumplir la promesa que había hecho. El único camino que conocía era el de la vida monástica y creía que para ser santo y hallar la paz debía abrazarla. ¡Dios estaba preparando al futuro apóstol para la gran obra que debía realizar en el mundo!

La muerte prematura de un amigo, que algunos autores la hacen coincidir con la caída del rayo en el camino de Erfurt, le habló de la eternidad con muda pero impresionante elocuencia, y desde aquel momento la salvación de su alma fue su más seria preocupación.

Cuando llegó a Erfurt su resolución ya estaba tomada en forma inquebrantable, pero no sería sin pena que daría el adiós a sus amigos y a sus estudios. Una noche invitó a sus amigos para una tertulia y después de pasar algunas horas de entretenimiento cantando al son del laúd, con gran sorpresa para todos, les manifestó el propósito de hacerse monje. Antes de aclarar salió de su casa y fue a golpear las puertas del convento de agustinos. Tenía entonces cerca de veintidós años de edad. Los agustinos recibieron al joven universitario con los brazos abiertos. Sus amigos que en la noche de la despedida habían hecho todo lo posible para que no llevase a cabo su propósito, continuaban creyendo que su resolución había sido un error. ¿Un joven de tanta promesa ha de sepultarse en un claustro para llevar una vida ociosa como los demás frailes? Se dirigieron en corporación al convento para hacerlo salir, pero las puertas permanecieron cerradas. Pasó más de un mes antes que uno de ellos consiguiera verlo.

Su padre cuando supo la noticia quedó consternado y le escribió una carta foribunda. Juan Lutero que era ahora un vecino de alguna influencia, consejero municipal, había formado planes muy diferentes para su hijo. Quería verlo abogado y casado con la hija de algún ciudadano de Mansfeld. Las ilusiones de su vida se desvanecieron en una noche. El golpe era duro pero no tenía más remedio que soportarlo.

Durante el noviciado Lutero tuvo que hacer los trabajos más humildes del convento; barrer las celdas, cuidar el jardín, dar cuerda al reloj, actuar de portero, etc. Terminadas estas tareas venía lo más duro: "Cum saco per civitatem" con la bolsa por la ciudad. Tenía que recorrer las calles mendigando de puerta en puerta hasta llenar la bolsa que llevaba al convento con todas las provisiones conseguidas de los devotos.

Lutero buscaba cultivar sus facultades intelectuales dedicando algún tiempo al estudio, pero sus superiores y sus compañeros de más edad queriendo humillarlo hasta el extremo, cuando veían que estaba tomando gusto a alguna lectura le hacían esta reprimenda: "Vamos, vamos, no es estudiando sino mendigando pan, trigo, huevos, pescado, carne y plata como se ayuda al convento". Tenía entonces que dejar los libros y salir de nuevo con la bolsa.

Felizmente algunos de sus amigos de la Universidad influyeron ante el prior y pudo dedicarse más al estudio. Se puso a leer las obras de San Agustín, gustando sobremanera su exposición de los Salmos. Leyó también con provecho los comentarios bíblicos de Nicolás de Lyra, muerto en 1340, y ejercieron en él tan saludable influencia que se llegó a decir: "Si Lyra no hubiera tocado la lira, Lutero no hubiera saltado". Pero sobre todo leía la palabra de Dios en el ejemplar de la Biblia que halló encadenado en el convento. Aprendía de memoria trozos enteros y pasaba a veces todo un día meditando en un versículo. En este tiempo se dedicó al estudio del griego y hebreo para poder leer las Escrituras en sus lenguas originales.

Lutero buscaba en vano la paz del alma por medio del cumplimiento de los deberes religiosos que su orden le imponía. Los prolongados ayunos y las repelidas penitencias no llegaban a tranquilizarle. Encerrado en su celda como un prisionero luchaba contra los apetitos carnales pero no conseguía la victoria. Así aprendió que la salvación no se consigue por medio de las obras y pudo más tarde decir: "Si un fraile hubiera podido entrar al cielo por su frailería, yo hubiera entrado. De esto pueden testificar todos los frailes que me han conocido. Si ese estado se hubiese prolongado yo me hubiera martirizado hasta morir, a fuerza de vigilias, rezos, lecturas y otras obras. Yo acudía a mil medios para tranquilizar la voz de mi conciencia. Me confesaba todos los días, pero eso de nada me valía. Me preparaba con mucha devoción para la misa y la oración, pero llegaba al altar lleno de dudas, y lleno de dudas me retiraba. Yo ayunaba, velaba, maltrataba el cuerpo; nada conseguía".

Una vez se encerró en su celda y como pasaran varios días sin que la puerta se abriera, uno de sus amigos, Lucas Edemberger, deseando saber la causa la abrió y lo halló desmayado en el suelo. No pudiendo, por diferentes medios, hacer que volviese en sí, tomó un grupo de chicos acostumbrados a cantar en el coro y les hizo entonar una canción suave que obró con poder mágico sobre los sentidos de Lutero devolviéndole el conocimiento. "Pero — dice D'Aubigne, si la música podía por algunos instantes traerle un poco de serenidad, necesitaba otro remedio más poderoso para curarlo realmente, necesitaba ese don dulce y sutil del Evangelio, que es la voz de Dios mismo".

Lutero desde niño había mostrado gran pasión por la música y el canto, logrando tocar admirablemente el laúd y otros instrumentos. Años más tarde fue compositor de bien inspirados himnos y de trozos musicales clasificados entre los clásicos, como el famoso "Castillo fuerte es nuestro Dios".

En aquellos tiempos la luz de la verdad había penetrado en algunas personas que seguían la vida monacal, quienes a pesar de hallarse dentro del romanismo vivían por encima de su enseñanza y espíritu. Uno de estos era Juan Staupitz, vicario general de la orden. En una de sus visitas al convento de Erfurt conoció a Lutero y simpatizó mucho con él porque lo veía preocupado con problemas espirituales que habían sido también los suyos. Le aconsejó a dejar de depender de sus obras y a confiar enteramente en la obra del Redentor. "Contempla las llagas de Cristo, le dijo, y verás brillar el consejo de Dios a los hombres. No se puede comprender a Dios fuera de Jesucristo. En Cristo, dice Dios, encontrarás lo que yo soy y lo que pido. No lo encontrarás en ninguna otra parte, ni en la tierra ni en el cielo".

Hablando como verdadero profeta Staupitz le dijo cierto día: "No es en vano que Dios te está probando por medio de estas luchas: tú lo verás, él te utilizará para realizar grandes cosas". El mejor consejo que le dio fue éste: "Que el estudio de las Escrituras sea tu ocupación favorita". Y este consejo fue acompañado con el regalo de una. Biblia que sirvió a Lutero para poder estudiarla en su celda, sin depender de la que estaba encadenada en el convento. Staupitz no acompañó a su discípulo en la obra de la Reforma y cuando Lutero rompió definitivamente con el papado se retiró a un convento de Salzburgo. Era un hombre pacífico que no se sentía capaz de tornar parte en una batalla tan formidable como la que se estaba librando, y aunque interrumpió su correspondencia con el reformador, en el fondo espiritual ambos seguían líneas paralelas.

El 2 de mayo Lutero fue ordenado sacerdote. Su padre que hasta entonces se había mantenido distanciado asistió al acto y le regaló veinte florines. Ofició el obispo de Brandeburgo y al conferirle el poder de celebrar la misa le puso el cáliz entre las manos diciendo: "*Accipe potestatem sacrificandi pro vivís et mortis*". (Recibe el poder de sacrificar por los vives y los muertos). Años después dijo Lutero: "Si la tierra no nos tragó a ambos fue por la gran paciencia y longanimidad del Señor"

LUTERO EN WITTENBERG

El elector Federico de Sajonia había fundado la Universidad de Wittenberg, nombrando a Staupitz decano de la Facultad de Teología que funcionaba en la misma. Este comprendió que había llegado el momento de proporcionar a Lutero la oportunidad de utilizar sus aptitudes en un escenario más amplio que el del Erfurt y lo trajo a Wittenberg para enseñar en el nuevo y floreciente centro de estudios. El joven fraile llegó en 1508 y se instaló en el convento de agustinos porque su nuevo cargo no le desligaba de las relaciones que mantenía con la orden. Su primera tarea fue la de dictar clases de filosofía; pero como su alma suspiraba por cosas menos áridas, se esforzó para alcanzar el grado de bachiller en teología lo que le habilitaba para dictar cursos de materias religiosas. Desde entonces todos los días tenía que hablar sobre la Biblia, y esa hora de estudios llegó a ser la más apreciada por los estudiantes y profesores, porque Lutero en lugar de seguir la rutina que consistía en definir sentencias obscuras de los autores religiosos y teólogos medioevales, exponía la Biblia usando una exégesis racional y con todo el fervor que caracteriza a las personas que han pasado por las experiencias espirituales de que la Biblia trata. Estas lecciones empezaron a ser el objeto de los más vivos y variados comentarios y el sabio Mellerstadt dijo al respecto: "Este fraile desalojará a todos los doctores; introducirá una nueva doctrina y reformará toda la iglesia; porque se funda en la Palabra de Cristo y nadie en el mundo puede vencer y trastornar esta Palabra, aunque fuese atacada con todas las armas de la filosofía, de los sofistas, scotistas, albertistas, tomistas y con todo el Tártaro".

Staupitz llevó a Lutero a predicar en la iglesia de los agustinos y la gente acudía en tropel a escucharle. El recinto resultaba pequeño, de modo que el consejo municipal lo llamó a predicar en la iglesia parroquial. La fama del nuevo predicador se extendió por todas partes, y el mismo Federico el sabio vino una vez hasta Wittenberg para escucharlo.

En 1510 tuvo que interrumpir su brillante obra de profesor y predicador para cumplir con una delicada misión que su orden le confiaba ante el sumo pontífice. Se dirigió a Roma lleno de emoción, y a medida que avanzaba en su peregrinación se agolpaban en su mente los recuerdos históricos relacionados con la ciudad eterna. ¡Pronto vería el coliseo y otros lugares inmortalizados por el martirologio cristiano! Cuando contempló la ciudad cayó de rodillas y exclamó: "¡Te saludo, oh Roma santa!" Pero una gran desilusión le esperaba. Encontró que los frailes llevaban una vida desordenada y viciosa. La frivolidad con que trataban las cosas sagradas le escandalizó en extremo. Oyó cómo los frailes se burlaban de la misa que celebraban. Halló casos en que los curas se jactaban de pronunciar las palabras de la consagración de esta manera: "Panis es, et panes manebis; vinum es, et vinus manebis". (Pan eres y pan quedarás: vino eres y vino quedarás). Se le partía el corazón cuando veía que los curas decían la misa a toda carrera, y que cuando él la decía llenando escrupulosamente todos los requisitos, alguno se le acercaba para decirle que terminase pronto.

Visitó muy devotamente los monumentos y sitios consagrados por la tradición. Fue a ver la llamada escalera de Pílalo, o escalera santa que la leyenda dice fue transportada de Jerusalén a Roma, y que fue por ella que Jesús subió al Pretorio. Cuando la estaba subiendo de rodillas recordó súbitamente las palabras de Habacuc citadas por San Pablo en las Epístolas a Romanos y Calatas: "El justo vivirá por la fe". Esas palabras le revelaron que Dios no se complace con las obras llamadas meritorias con que los hombres quieren ganar el cielo. Avergonzado por haberse dejado arrastrar por esa superstición y mentira de la escalera, se levantó resueltamente y se retiró de aquel sitio.

Su viaje a Roma lo preparó para romper sin escrúpulos con el papado, al cual hasta entonces había creído de origen divino. Pudo escribir: "En Roma se cometen crímenes increíbles. Es necesario haberlo visto para creerlo. Hay un proverbio que dice: Si existe un infierno debe encontrarse debajo de Roma. Ahí prosperan todos los vicios. Los que queréis vivir en santidad salid de Roma".

Pero todavía se hacía ilusiones sobre el papa y lo creía un cordero en medio de lobos.

De regreso a Wittenberg la doctrina bíblica de la justificación por la fe, que ninguno llegara a encarnar como él, fue haciéndosele cada día más preciosa. Las conversaciones con el piadoso Staupitz, el estudio de las Epístolas de San Pablo, el recuerdo de su experiencia en la escalera de Pilatos y otros factores contribuyeron a hacerle comprender que del conocimiento de esta verdad depende todo el sistema cristiano. Oigámosle hablar a este respecto: "Cuando por el Espíritu de Dios comprendí estas palabras, cuando comprendí cómo la justificación del pecador proviene de la pura misericordia del Señor por medio de la fe... entonces me sentí renacer como un nuevo hombre y entré a puertas abiertas en el paraíso de Dios. Desde entonces vi la querida y santa Escritura con ojos completamente nuevos. Recorrí toda la Biblia, reuní un gran número de pasajes que me enseñaron lo que era la obra de Dios. Y como antes había odiado fuertemente la frase "justicia de Dios" empecé entonces a estimarla y amarla como la frase más dulce y consoladora. Esta verdad fue para mí la verdadera puerta del paraíso.

"Yo veo — añade — que el diablo ataca sin cesar este artículo fundamental por medio de sus doctores, y que no puede darse reposo. Pues bien, yo el doctor Martín Lutero, indigno evangelista de nuestro Señor Jesucristo confieso este artículo, que la fe sola justifica delante de Dios sin las obras, declaro que el emperador de los romanos, el de los turcos, el de los tártaros, el de los persas, el papa, todos los cardenales, los obispos, los sacerdotes, los frailes, las monjas, los

reyes, los príncipes, los señores, todo el mundo y todos los diablos, deben dejarlo en pie y que permanezca para siempre. Si quieren combatir esta verdad traerán sobre sus cabezas el fuego del infierno. Ese es el santo y verdadero evangelio. No hay sino Jesucristo el Hijo de Dios que haya muerto por nuestros pecados. Lo repito, y aunque el diablo y todo el mundo se despedazasen en su furor, no sería esto menos verdadero. Y si es El sólo quien quita el pecado, no podemos ser nosotros con nuestras obras. Pero las buenas obras siguen a la redención como el fruto sigue a la planta. Esa es nuestra doctrina, es la que el Espíritu Santo enseña a toda la cristiandad. En el nombre de Dios la sostendremos. Amén".

LA VENTA DE LAS INDULGENCIAS

Los teólogos escolásticos de la Edad Media sentaron la falsa doctrina de las indulgencias, enseñando que la iglesia posee un tesoro inagotable de obras de supererogación, es decir, obras que los santos hicieron además de las necesarias para salvarse. Este tesoro dispone también de los méritos de Cristo y de la virgen, y el papa puede disponer de él libremente acordando indulgencias a quienes pagan en metálico o cumplen con tales o cuales deberes y preceptos que la iglesia impone.

El papa León X, hombre muy dado a las artes y a la mundanalidad, gastador de sumas fabulosas, necesitaba dinero, mucho dinero, pura terminar la basílica de San Pedro y conceder una dote cuantiosa a su hermana Margarita. Mandó entonces efectuar una venta de indulgencias en gran escala y confió el negocio en lo referente a Alemania al arzobispo de Mandeburgo, quien a su vez empleó a un dominicano llamado Tetzel para efectuar la venta al menudeo. Este fraile era un gran descarado, y sin el menor escrúpulo de conciencia abusaba de la ignorancia y buena fe de la gente sencilla y crédula. Recorría pueblos y ciudades levantando en las plazas una cruz colorada de enormes dimensiones y pregonaba la resolución papal, prometiendo a los compradores de indulgencias completa remisión de pecados. "Para sacar un alma del purgatorio — clamaba — basta medio escudo. No bien el dinero suena en mi caja, el alma libertada vuela al cielo. El papa tiene más poder que los ángeles, los apóstoles y los santos; éstos son inferiores a Jesucristo, mientras que el papa es su igual".

Tetzel decía que él por medio de la venta de las indulgencias había salvado más almas que San Pedro por medio de sus sermones.

Cuando Tetzel llegó a Wittenberg dijo Lutero: "Voy a hacer un agujero en ese tambor". Subió al pulpito y resueltamente se puso a predicar contra el inicuo tráfico que efectuaba el dominicano, anunciando que la salvación es gratuita para quien se arrepiente y confía en Jesucristo y que quien no llena estos requisitos no la puede conseguir ni con dinero ni buenas obras.

Tetzel se irrita y predica furiosamente contra Lutero. Para impresionar mejor a su auditorio enciende aparatosamente una hoguera en medio de la plaza y declara que los que se oponen a los decretos del papa son herejes y deben morir consumidos por el fuego.

La víspera de todos los santos la ciudad estaba llena de forasteros que venían para participar de los actos religiosos que se celebran en dicha ocasión. Lutero predicó sobre la conversión de Zaqueo, y al terminar su sermón clavó en las puertas de la iglesia las famosas noventa y cinco tesis, llamadas a producir tan inmensa sensación en el mundo. Era el 31 de octubre de 1517. Lutero no desconoce todavía la autoridad del papa ni sueña en romper con la iglesia romana, pero las tesis están saturadas de doctrina eminentemente evangélica, haciendo depender la salvación únicamente de los méritos de Cristo. Por oso no tardarían en hacerle descubrir que la iglesia romana es apóstata y contraria a los fundamentos de la fe cristiana. He aquí algunas de esas tesis:

1. "Cuando nuestro Maestro y Señor Jesucristo dice: “Arrepentíos” quiere que la vida entera de sus fieles sea un arrepentimiento constante y continuo".

2. "Esta palabra no puede referirse al sacramento de la penitencia como es administrada por el sacerdote".

21. "Los vendedores de indulgencia se engañan cuando dicen que por las indulgencias papales el hombre queda libre de todo castigo y se salva".

27. "Predican locuras humanas los que pretenden que en el momento cuando el dinero cae en el cofre el alma sale del purgatorio".

32. "Los que se imaginan estar seguros de su salvación por las indulgencias, irán con el diablo junto con aquellos que así lo enseñan”.

36. "Todo cristiano que tiene un verdadero arrepentimiento de sus pecados, tiene una completa remisión de la pena y de la falta, sin necesidad de indulgencia".

37. "Todo buen cristiano, muerto o vivo, participa de los bienes de Cristo o de la Iglesia, por el don de Dios, y sin carta de indulgencia".

62. "El verdadero y precioso tesoro de la Iglesia es el santo evangelio de la gloria y gracia de Dios".

92. "Quiera Dios que seamos librados de todos los predicadores que dicen a la Iglesia de Cristo *"paz,* paz" cuando no hay paz".

94. "Hay que exhortar a los cristianos a seguir a Cristo a través de la cruz, la muerte y el infierno".

95. "Porque es mejor entrar en el reino de cielos por muchas tribulaciones que tener una seguridad carnal por el consuelo de una paz falsa".

Las tesis fueron escritas en latín, pero toda Alemania las leyó en su propia lengua al cabo de dos semanas, y la cristiandad entera al cabo de un mes. Miles de almas saltaron de gozo porque Dios había levantado un profeta varonil que denunciaba los abusos del clero romano y proclamaba la verdad de Cristo. Otros, en cambio, estaban furiosos y clamaban contra Lutero. Él mismo estaba sorprendido de la gran resonancia que había tenido su protesta, pero quedó convencido de que había llegado la hora de levantar la voz y afirmar el rostro, y seguir adelante en una lucha fuerte contra el pecado y el error.

Las crónicas de la época refieren que el elector de Sajonia, Federico el sabio, que se encontraba en Schweinitz, a seis leguas de Wittenberg, cuando Lutero clavó sus tesis en la puerta de la iglesia tuvo un sueño que refirió así:

"Soñé que el Dios Todopoderoso me enviaba un fraile que era hijo verdadero del apóstol San Pablo. Por orden de Dios le acompañaban todos los santos para atestiguar ante mí y declarar que no venía a maquinar ningún fraude, sino que todo lo que hacía era según la voluntad de Dios. Me pidieron que le permitiese escribir algo en la puerta del castillo de Wittenberg, lo que permití por medio del canciller. El fraile entonces se dirigió a la puerta y se puso a escribir. Lo hizo con letras tan grandes que yo podía leerlas desde Schweinitz. La pluma que usaba tenía tales dimensiones que la extremidad llegaba a Roma; ella pinchaba las orejas de un león que estaba acostado y hacía tambalear la triple corona que estaba sobre la cabeza del papa. Los cardenales y príncipes corrieron y se esforzaban por sostenerla... El león todavía molestado por la pluma se puso a rugir con todas sus fuerzas a tal punto que toda la ciudad de Roma y todos los Estados del Santo Imperio corrieron a ver lo que pasaba. El papa pidió que se opusiesen a ese fraile y se dirigió sobre todo a mí porque se hallaba en mi país".

"Soñé que todos los príncipes del Imperio, y nosotros con ellos, corrieron a Roma y todos juntos procuraban romper la pluma; pero cuanto más se esforzaban más se enderezaba; crujía como si hubiera sido de hierro: nos cansamos al fin. Fui entonces a preguntar al fraile (porque tan pronto yo estaba en Roma como en Wittenberg) de dónde había sacado esa pluma y por qué era tan fuerte. "La pluma — respondió — perteneció a un viejo ganso de Bohemia[1], de cien años de edad. La recibí de uno de mis antiguos maestros de escuela. Su fuerza estriba en que no le pueden sacar el alma o la médula y yo mismo estoy sorprendido". De repente oí un fuerte ruido: de la larga pluma del fraile habían salido muchas otras plumas".

Las tesis despertaron a los secuaces de Roma y Lutero tuvo que contestar a muchos adversarios, después de lo cual dirigió una carta respetuosa al papa en la que las sometía a su consideración. León X que con su acostumbrada frivolidad se había limitado a decir que lo que estaba ocurriendo en Alemania eran simples querellas de frailes, se dio cuenta de que el asunto tenía que ser encarado con más seriedad y terminó por citar a Lutero a comparecer en Roma antes de sesenta días. Pero por influencia del elector, de su amigo Spalatino que vivía en la corte, y de los profesores de la Universidad, pudo arreglarse que en lugar de ir a Roma. Lutero compareciese ante el legado papal, cardenal Cayetano, que se encontraba en Ausburgo. Así se le libró de una muerte segura, pues otra no hubiera sido su suerte si caía en manos del papa.

El legado recibió instrucciones para conseguir de Lutero una completa retractación de sus afirmaciones o de lo contrario prenderlo y excomulgar a todos los príncipes e instituciones que saliesen en su defensa.

Aunque enfermo, Lutero hizo el viaje a pie, mundo de un salvoconducto del emperador y tuvo su primer encuentro con el papado, representado por ese cardenal, de quien dijo el reformador que sabía tanto de las Escrituras como un asno de tocar el arpa. Por su parte el cardenal describió a Lutero como una bestia alemana con ojos profundos y una cabeza llena de sorprendentes especulaciones.

En la primera entrevista el cardenal expuso a Lutero que debía retractarse de sus afirmaciones, prometer no volver a enseñar las mismas cosas, ser moderado y no causar trastornos a la iglesia. En fin, le exigía lo que siempre exige Roma, una sumisión completa e incondicional.

Lutero pidió que se le dijese en qué había errado, declarando que estaba pronto para corregirse si en algo se había apartado de la verdadera fe. Aunque de mala gana el legado le indicó dos cosas que consideraba peligrosas y éstas eran el haber dicho que los méritos de Cristo no constituían un tesoro de indulgencias puesto a disposición del papa y que el sacramento no es válido si el que lo recibe no tiene fe.

Estas dos proposiciones daban un golpe mortal al tráfico de las indulgencias y al sistema sacramental del papismo y de ahí procedía el terrible encono de Roma.

"En cuanto a las indulgencias, si me muestran que estoy equivocado — contestó Lutero — estoy listo para recibir instrucción. Pero tocante al articulo de la fe, si en algo cediese, sería lo mismo que renegar a Jesucristo. No puedo ni quiero ceder en este punto, y por la gracia de Dios, no cederé jamás".

"Quieras o no quieras — contestó el cardenal — es necesario que hoy mismo retractes este artículo, o bien por ese solo artículo voy a rechazar y condenar toda tu doctrina.

Lutero quiso exponer sus razones, pero el legado encolerizado respondió: "Yo no he venido aquí para discutir contigo. Retráctate o prepárate a sufrir las penas merecidas".

[1] Juan Huss.

Lutero comprendió que por ese camino no se llegaría a ningún resultado. No era el hombre dispuesto a claudicar de su conciencia sometiéndose al dogma de la autoridad. No creía en la infalibilidad de los hombres ni de las instituciones y quería razones y no imposiciones. Determinó retirarse, y entonces el legado le tendió una red pero no cayó en ella: "¿Quieres — le dijo — que te dé un salvo conducto para ir a Roma?".

No obstante, al día siguiente tuvo lugar una segunda audiencia. Experimento inútil porque el libre examen y la autoridad infalible nunca podrán ponerse de acuerdo. El legado quiso impresionar dando a esa audiencia mucha solemnidad, pero Lutero ya estaba por encima de esas vanidades, y en nada fue conmovido de su resolución de ser fiel a lo que creía ser la verdad de Dios. Nuevamente se le pidió una retractación. Staupitz que acompañaba a Lutero consiguió que se le permitiese contestar por escrito al día siguiente.

El escrito que presentó Lutero en esta tercera audiencia era una nueva reafirmación de que la salvación es por la fe en Cristo. Aun los santos se salvaron en virtud de la misericordia divina y no por obras. Cuando el cardenal Cayetano vio que se hallaban siempre en el mismo punto y que no había esperanza de ver al fraile de rodillas delante de su presencia implorando la bondad del papa, se puso furioso y dijo a Lutero: "Retráctate o sal de mi presencia". Lutero lo saludó y se retiró.

Comprendiendo que corría serio peligro, se ausentó pronto de Ausburgo volviendo a Wittenberg para continuar la batalla que había empezado en el nombre de Dios.

El elector de Sajonia recibió una orden de expulsar al hereje de sus dominios, pero lejos de tomarla en cuenta se dispuso a proteger a Lutero más de lo que hasta entonces lo había hecho, porque él personalmente había llegado a la convicción de que su causa era justa y en defensa del Evangelio al cual profesáis amor verdadero.

ENEMIGOS Y COLABORADORES

Al regresar Lutero a Wittenberg hubo un breve período de paz, que fue interrumpido por el doctor Juan Eck al desafiar al reformador a una discusión pública en la docta ciudad de Leipzig, sobre el derecho divino del pontificado. Eck era un hombre de vasta erudición y habilísimo argumentador que había ganado mucha fama al dictar cursos de filosofía en la Universidad de Ingolstadt. El desafío fue aceptado y la discusión tuvo lugar. Las crónicas de la época describen los carros que trasportaron a los dos combatientes escollados de más de doscientos estudiantes que anhelaban presenciar el importante débale. El encuentro tuvo lugar en un amplio salón del palacio del duque Jorge donde se habían levantado dos estrados con una silla en cada uno para los disputantes. La discusión versó sobre el primado y supremacía del papa y Eck supo llevar a Lutero a un terreno muy peligroso, y aunque aparentemente triunfaba, estaba, sin saberlo ni mucho menos quererlo, contribuyendo a que Lutero descubriese el inmenso abismo que separa al Evangelio del papado y comprendiese que una ruptura radical y completa con el mismo era indispensable para ser fiel a Cristo.

Lutero se había aventurado a negar el derecho bíblico de las pretensiones del papado, sosteniendo que no databan sino de unos cuatrocientos años atrás y que por lo tanto no eran obligatorios para el cristiano quien solo debe responder a las enseñanzas de las Escrituras. Eck hizo surgir entonces el fantasma de la herejía demostrando la semejanza que había entre las afirmaciones de Lutero y las que en siglos anteriores habían hecho Valdo, Wicliffe y Juan Huss. Lutero mismo no se había percatado de tal cosa pero al darse cuenta no se avergonzó de encontrarse en compañía de tan insignes defensores de la verdad y declaró que entre los artículos

condenados por el concilio de Constanza, había no pocos que eran genuinamente cristianos. Un escalofrío pasó por el auditorio cuando se oyeron estas palabras y el duque Jorge lanzó una maldición que puso de manifiesto su espíritu poco evangélico. Lutero volvió a hablar y negó la pretendida infalibilidad de los concilios y sostuvo que sólo las Escrituras debían de ser consultadas en materia de fe.

La discusión no dio resultados sensibles y ambos partidos se afirmaron en sus respectivas posiciones.

En Bohemia se celebró la aparición de un Juan Huss sajón y los discípulos de este mártir que desde hacía cien años estaban luchando solos por la pureza de la fe, se dirigieron a Lutero saludándolo y enviándole de regalo un ejemplar del libro de Huss sobre la verdadera iglesia. Su lectura lo convenció de que estaba en perfecto acuerdo con el célebre mártir de Constanza y escribió: "Todos somos husitas sin saberlo y hasta lo son San Pablo y San Agustín".

Muchos hombres intelectuales empezaron en este tiempo a interesarse en la obra y escritos de Lutero, y secundaron valiosamente sus esfuerzos. Entre éstos merece especial mención Felipe Melanchton, profesor de lenguas muertas y de filosofía en la Universidad de Wittenberg. Era un talento precoz y sorprendente, que había sido iniciado en sus estudios por su tío, el sabio hebraísta Reuchlin y no tardó en ser considerado uno de los hombres más eruditos de Alemania. Se unió estrechamente a Lutero con una amistad que nunca terminó; fueron el David y Jonatán de la Reforma. Su aplicación al estudio de las Escrituras lo había preparado para comprender la importancia del movimiento que se estaba llevando a cabo, determinó entrar en él con todo el ardor de su alma y la fe de su corazón. Escribió una exposición de la Epístola a los Romanos en la que se reveló insigne exegeta y pensador independiente, iniciando la serie de comentarios que con espíritu crítico y sin caprichosas interpretaciones alegóricas producirían los escritores protestantes de Alemania y otros países donde el Evangelio era predicado y recibido. Melanchton era de un temperamento pacífico, y si se hubiera encontrado solo nunca hubiera iniciado la Reforma, pero como compañero del intrépido fraile, su influencia fue muy valiosa. Lutero y Melanchton formaban buena liga; uno tenía sobreabundancia de lo que al otro le faltaba. Un historiador se expresa así sobre las cualidades de estos dos hombres: "Lutero avanzaba siempre atrevidamente, manifestaba su opinión sin rodeos y sin preguntar jamás cuales podían ser las consecuencias de su franqueza. Se lanzaba lleno de furor sobre el enemigo. Melanchton era calmo y mesurado. Hablaba con circunspección y dulzura a todos, aun dirigiéndose a los adversarios. De ahí el proverbio que corría entonces: "Lo que Martín empieza con coraje, Felipe lo termina bien". La amistad de estos dos hombres, la manera como se complementaban, nos recuerda el envío de los apóstoles, que Jesús delegó de dos en dos".

Contribuyó también a dar impulso a la Reforma el apoyo que le prestaron algunos príncipes ya cansados de la tutela de Roma y que sentían la necesidad de mayor independencia religiosa. Sin este apoyo, Lutero y los demás que se interesaban en el Evangelio no hubieran tardado en caer en poder de los adversarios y perecer en la hoguera Entre estos príncipes hubo algunos que eran verdaderamente piadosos y amantes de la verdad. Al nombre célebre de Federico el sabio, elector de Sajonia, hay que añadir el de Franz de Sickingen y el de Ulrich de Hütten quienes ofrecieron a Lutero asilo y protección en sus estados, cuando lo vieron en peligro.

El sabio holandés Erasmo contribuyó mucho al triunfo de la Reforma aun sin pensar en ello. Había nacido en Rotterdam, en 1467, pero pasó la mayor parte de su vida en Basilea. La publicación que hizo del Nuevo Testamento griego puso en manos de muchos el libro que mostraba a las claras que las creencias y prácticas religiosas favoritas del romanismo no eran de origen cristiano, pues eran desconocidas a la iglesia del primer siglo. Su fama de sabio corría por todo el continente y sus ingeniosas sátiras sobre la conducta de los frailes contribuían a minar la influencia

de éstos sobre las masas populares. Su Elogio de la Locura en el que ridiculiza a los clérigos y a la escolástica llegó a traducirse a casi todos los idiomas de Europa. Erasmo había comprendido más de lo que generalmente se cree el pensamiento fundamental del Evangelio como lo demuestra este párrafo: "Poner toda nuestra esperanza en Dios, que sin nuestros méritos, por gracia, nos da todo por Cristo Jesús; saber que somos rescatados por la muerte de su Hijo, es lo que tenemos que hacer comprender al hombre hasta que llegue a ser en él una segunda naturaleza". Se dio cuenta de la importancia del movimiento religioso que sacudía al mundo pero no se atrevió a ser un soldado en esta lid gloriosa. Dijo que no había nacido para ser mártir. Quería estar al abrigo de las tempestades y llevar una vida menos agitada de la que tenían que soportar los que se atrevieron valientemente a desafiar el poder del papa y del emperador. Lutero dijo que Erasmo, como Moisés, había alcanzado a ver desde el monte la tierra prometida pero que no había entrado en ella.

SUS PRIMEROS ESCRITOS

Después de la discusión con el doctor Eck, escribió Lutero en 1520 varios de los libros y tratados que sirvieron para exponer los principios de la Reforma y demostrar que eran los del Evangelio y no una innovación o nueva doctrina. Uno de estos libros se tituló Llamamiento a la nobleza cristiana de la nación alemana. En pocas semanas se vendieron cuatro mil ejemplares y los impresores no podían satisfacer los numerosos pedidos que recibían no sólo del país sino también del extranjero. Lutero hace ver los obstáculos que ponía Roma a la obra de reforma de la cual tanto hablaban sus teólogos desde siglos atrás. Si los príncipes manifestaban que era necesario introducir mejoras que librasen a la iglesia de la miserable condición en que se hallaba, Roma contestaba que esa tarea correspondía al poder espiritual y no al secular. Si con las Escrituras en la mano se ponían de manifiesto los errores y prácticas anticristianas que prevalecían, contestaba que sólo la iglesia tiene el derecho de interpretarlas. Si se apelaba a un concilio respondían que correspondía al papa convocarlo.

En este libro sentó Lutero el gran principio protestante del libre examen, sosteniendo que todo creyente debe escudriñar por sí mismo las Sagradas Escrituras, y que no hay ninguna autoridad que pueda imponer normas de interpretación. Estas Escrituras son claras y comprensibles a todos los que viven en Cristo, que tienen la conciencia iluminada por el Espíritu Santo y que se acercan a ella con humildad. No se trata, como algunos enemigos de la Reforma dicen, de interpretar conforme al antojo y capricho de cada uno, sino de hacer un uso legítimo de los dones y facultades con que el Creador ha dotado a sus criaturas. Por lo demás; ¿cómo podía leerse sin hacer uso del criterio privado?

Denuncia sin miramientos al papado. En Roma, dice, hay un hombre que se titula vicario de Cristo, cuyas costumbres no tienen el más insignificante parecido con la vida de nuestro Señor o la de San Pedro. Se ciñe de una triple corona y se rodea de tanta pompa que necesita mayor renta que un emperador. Le circundan varios hombres que se llaman cardenales quienes se apoderan de las rentas y beneficios de los conventos, y por medio de otros acaparadores Roma arrebataba a Alemania 300.000 florines anuales. Aboga por la abolición completa de la supremacía papal sobre el Estado.

Otro de sus libros de ese año fue La Cautividad Babilónica de la Iglesia en el que empieza declarando que antes había negado el derecho divino del papado, admitiéndolo como de derecho humano, pero que las discusiones con sus adversarios le obligaron a estudiar mejor el asunto con el resultado de que le negaba ahora todo derecho y sostenía que el papado no es otra cosa sino la Babilonia apocalíptica, donde están cautivos muchos de los hijos de Dios, a quienes ahora quiere

libertar por la restauración del Evangelio. En este libro, que también alcanzó gran circulación y produjo mucha conmoción en las almas dormidas, hace un examen del sistema sacramental del romanismo, se opone a la transubstanciación, sin negar la presencia real en los elementos de la cena y aboga por la comunión bajo dos especies, diciendo que negar el símbolo de la sangre a los laicos es impío y tiránico, y que ni los ángeles del cielo, y mucho menos los papas, tienen derecho de quitar lo que Cristo estableció.

Un escrito que también fue muy leído es el que trata de la libertad cristiana en el cual sienta la doctrina del sacerdocio universal de los creyentes, consecuencia lógica de la justificación por la fe. Todo lo que tiene el cristiano está en relación con su fe; si tiene fe lo tiene todo; si carece de fe no tiene nada. Afirma que todos los actos del cristiano deben proceder de su fe, de modo que cuando se carece de ella pierden todo valor los sacramentos y los demás actos y prácticas del culto.

Los escritos de Lutero pronto lograron circulación universal porque en toda Europa abundaban las almas a las cuales Dios estaba despertando para entrar en el gran movimiento religioso que se extendía por todas partes. Desde Francia, Suiza, Países Bajos, Inglaterra y hasta de Italia y España le llegaban voces de aliento. Desde París, Lefevre d'Etaples, le envió felicitaciones muy ardientes, y el cardenal Schinner de Sitien, suizo, se atrevió a decir, con sorpresa de muchos, que cuanto Lutero escribía era la pura verdad, contra la cual nada valía la habilidad retórica y la dialéctica astuta del doctor Eck, que continuaba encabezando el movimiento de resistencia a la Reforma.

LA BULA DE LEÓN X

Ahora ya era tarea muy fácil para el doctor Eck conseguir la condenación de su adversario, de modo que se fue a Roma y no tardó en regresar trayendo consigo la bula papal con la que esperaba dar un golpe mortal al movimiento. Es la bula conocida con el nombre de Exsurge Domine, en la que se condenaban cuarenta y una proposiciones extraídas de las obras del reformador y se ordenaba que sus libros fuesen quemados públicamente. Lutero y todos los que le prestaban apoyo debían ser excomulgados si no se arrepentían, y todos los cristianos quedaban bajo la obligación de perseguirlo y entregarlo a las autoridades para que fuese castigado. Pero la bula no tuvo el efecto que los papistas esperaban. Es verdad que hubo lugares donde fueron quemados los libros de Lutero, como ser en Maguncia, Colonia y Lovaina, pero no obedeció la Universidad de Wittenberg ni el elector de Sajonia. Lutero se sentía ahora más satisfecho que nunca porque la guerra con Roma quedaba declarada, y no tenía para con ella ninguna obligación.

Entre las proposiciones que el papa condenó se hallaban éstas: "Una vida nueva es la mejor y más sublime penitencia." "Quemar a los herejes es contra la voluntad del Espíritu Santo."

El 3 de octubre de 1520 tuvo conocimiento de la bula, y al enterarse de sus términos escribió la respuesta: "Por fin, decía, llegó la bula romana. La desprecio y la ataco como impía, embustera y en todo sentido digna de Eck. En ella se condena a Cristo mismo. No se da ninguna razón y se me cita no para oírme sino para que cante la palinodia. Siento ahora más libertad en mi corazón; porque al fin he llegado a saber que el papa es el Anticristo y que su sede es la de Satán."

El 10 de diciembre apareció un anuncio fijado en las paredes de la Universidad, invitando a profesores y alumnos a un encuentro a las nueve de la mañana en la puerta oriental, cerca de un paraje denominado la santa cruz. Acudió a la cita un gran número de los invitados, y Lutero, poniéndose a la cabeza de todos, condujo el cortejo al sitio señalado. Ahí estaba preparada una pequeña hoguera que fue encendida por uno de los maestros más antiguos. Lutero se acercó a ella

teniendo en su mano un volumen de derecho canónigo, las Decretales, varios escritos más y la bula del papa, y arrojó todos esos papeles al fuego. Era un acto simbólico que demostraba que los amigos de la Reforma, y con especialidad Lutero, rompían definitivamente todo vínculo con el papado cuya pretendida autoridad ya no reconocerían más. Una vez quemada la bula regresaron todos a la Universidad y Lutero reanudó sus meditaciones y comentarios sobra los Salmos. Al final de su exposición se refirió a la bula papal llamando la atención a la guerra que empezaba para todos los que querían ser fieles a la verdad. "Los que la rechacen, dijo, deben esperar toda clase de peligro y aun perder la vida. Pero es mejor exponerse a todos los peligros del mundo antes que callar. Mientras yo viva denunciaré a mis hermanos la plaga y peste de Babilonia, por temor de que algunos que están con nosotros no vuelvan a caer con los otros en el abismo del infierno."

Había llegado la hora crítica, porque los príncipes tenían que entregar a Lutero o romper con el papa, lo que significaba también romper con el emperador. Federico el sabio quiso conocer la opinión de Erasmo y lo invitó a su palacio. El eminente holandés que pusilánime había querido mantenerse neutral, se halló en un gran compromiso y quiso salir del apuro con una de sus oportunas ocurrencias. A las preguntas de Federico contestó: "Lutero ha cometido dos faltas graves, porque ha atacado la corona del papa y el vientre de los frailes." El príncipe sonrió, pero le dio a entender que deseaba conocer su opinión seriamente. Habló de nuevo Erasmo y dijo: "El origen de toda esta disputa es el odio que los frailes tienen a las letras y el temor de que termine su tiranía... Cuanto más virtuoso es un hombre y más adicto al Evangelio menos se opone a la doctrina de Lutero. El mundo tiene sed de la verdad evangélica. Guardémonos de oponerle una resistencia culpable."

LA DIETA DE WORMS

La bula papal no había dado el resultado apetecido, de modo que había que buscar otros medios para someter o quemar al atrevido fraile. El emperador Carlos V hubiera querido poner fin a la contienda mandándolo ejecutar sin ningún miramiento, ya que las órdenes del papa estaban dadas, pero no quería disgustar a Federico el sabio a quien le debía la corona.

La dieta imperial estaba reunida en la ciudad de Worms y el legado papal buscaba que el emperador se pronunciase de una vez contra Lutero, y fue con gran disgusto que supo que había tomado la resolución de hacerlo comparecer ante la dieta. Se trataba de un fraile contra quien ya se había pronunciado el papa, de modo que no veía por qué los príncipes laicos tenían que examinar una causa ya fallada por la primera autoridad de la iglesia. Mayor fue el disgusto del legado cuando supo que en la citación dirigida a Lutero se le llamaba honorable, querido y piadoso y que se le remitía un salvo conducto para que pudiera dirigirse a Worms y regresar a Wittenberg con toda seguridad.

Cuando llegó a Lutero la citación, todos sus amigos quedaron consternados, porque fuera de los dominios de los príncipes amigos nada bueno podía esperarse. Lutero no dejaba de darse cuenta de la gravedad de la situación y decía: "Dos papistas no buscan mi ida a Worms sino mi condenación y muerte."

Lutero resolvió comparecer costase lo que costase. Al llegar el día de la partida se despidió de los amigos que le rodeaban, y a su amigo Melanchton que estaba presente le dirigió estas palabras que revelan la intensidad del amor que le profesaba y de la confianza que le tenía: "Si no vuelvo y mis enemigos consiguen mi muerte, oh hermano, no ceses de enseñar, y permanece fiel a la verdad. Trabaja en mi lugar ya que yo no podré hacerlo. Si tú vives, poco importa que yo

perezca." El municipio le había proporcionado un coche con capota para hacer el viaje junto con algunos amigos que le acompañarían a su destino. Un oficial seguido de su asistente iba delante revestido de los ornamentos de su rango y ostentando el águila imperial. Los amigos del Evangelio al verle partir lloraban y dirigían a Dios sus oraciones. La creencia de muchos era que no volverían a verlo, porque Roma no dejaría escapar la presa.

En el trayecto las poblaciones enteras salían a su encuentro, y él notaba que los presentimientos de la gente eran siniestros. En Nuremberg el cura salió a recibirlo, mostrándole un retrato de Savonarola y le dijo: "Permanece firme en la verdad que has conocido y tu Dios estará a tu lado."

En Erfurt las calles que había recorrido mendigando para el convento, estaban llenas de personas que deseaban verle. A pesar de la excomunión que pesaba sobre él, consiguió predicar en la iglesia de los agustinos, y olvidándose de sí mismo nada halló sobre su caso sino que ocupó la atención del auditorio sobre la verdad favorita de su corazón; la salvación por gracia. "Cristo venció la muerte — dijo — y he aquí la gran noticia; somos salvos por su obra y no por las nuestras. Creamos al Evangelio, creamos a San Pablo y no a las cartas y decretales de los papas." Terminó hablando de las buenas oirás como resultado de la fe, frutos de la conversión y no medio de ganar el cielo. Partió de Erfurt y al llegar a Gotha lo rodeó un gran gentío. Algunos le dijeron: "Hay muchos cardenales y obispos en Worms. Te Quemarán y te reducirán a cenizas como hicieron con Juan Huss. Pero el valiente hombre de Dios en lugar de atemorizarse les respondió: "Aunque encendieseis una fogata desde Worms a Wittenberg, que se levantase hasta el cielo, la atravesaría en el nombre del Señor".

En Francfort una anciana piadosa fue a verlo y le dijo: "Mi padre y mi madre me anunciaron que Dios levantaría un hombre que se opondría a las vanidades papales y salvaría la Palabra de Dios. Espero que tú seas ese hombre y deseo que en tu obra tengas la gracia y el Espíritu de Dios."

Su amigo Spalatino, que se encontraba en Worms, al ver la actitud insolente de los enemigos de la Reforma, que con el mayor descaro decían que el salvo conducto no sería respetado, envió un mensajero a su encuentro aconsejándole que no entrase en Worms. Pero Lutero resueltamente contestó: "Ve y di a quien te envió, que aunque hubiese en Worms tantos diablos como tejas en los techos, yo iría."

El 16 de abril Lutero vio los muros de la vieja ciudad. Como un centenar de personas salieron a su encuentro, montadas a caballo y lo escoltaron a su entrada. Era medio día, pero toda la gente se levantó de la mesa cuando se supo que había llegado, porque querían verle. La entrada del emperador no había despertado tanta curiosidad.

"Lutero ha llegado, dijo Carlos V. ¿Qué tenemos que hacer ahora?" Monseñor Modo le respondió: "Que su majestad se deshaga pronto de este hombre. ¿Segismundo no hizo quemar a Juan Huss? No hay por qué dar ni por qué respetar el salvo-conducto a un hereje." "No, contestó Carlos, lo que uno promete debe cumplirlo."

Lutero fue citado a comparecer ante la dieta al día siguiente, 17 de abril, a las cuatro de la tarde.

Ulric de Hutten no podía entrar en Worms porque el papa había pedido al emperador que lo remitiese a Roma atado de pies y manos, pero desde su castillo quiso alentar a su amigo y le escribió estas líneas: "¡Óigate Jehová en el día de la angustia! ¡Que el nombre del Dios de Jacob te ampare! ¡Envíete ayuda desde su santuario y desde Sión te sustente! ¡Déte conforme a tu corazón y cumpla todo tu consejo! (Salmo 20). ¡Oh amado Lutero, respetable padre... No temas y sé fuerte! El consejo de los impíos te ha rodeado, y contra ti han abierto la boca como leones rugientes. Pero el Señor se levantará contra los impíos y los dispersará. Combate valientemente

por Cristo. Por mi parte yo también combatiré con coraje. ¡Cuánto quisiera ver cómo fruncen el ceño! Pero el Señor limpiará su viña que los jabalíes del bosque destruyen. ¡Cristo te Salve!".

A la hora señalada, Lutero, abriéndose paso entre la multitud, consiguió llegar al palacio donde la augusta asamblea estaba reunida. En la puerta estaba el viejo general Jorge de Freundsberg, quien palmeando a Lutero en el hombro le dijo: "Frailecito, frailecito, tienes una lucha por delante, que ni yo ni muchos capitanes hemos visto jamás en los más sangrientos combates. Pero si es tan cierto de que tu causa es justa, avanza en el nombre de Dios, y no tengas temor. Dios no le abandonará."

La dieta era imponente. Estaban presentes, además del emperador, su hermano el archiduque Fernando, seis electores del Imperio, veinticuatro duques, y entre ellos el más tarde feroz de Alba, y sus dos hijos; ocho margraves, treinta arzobispos y obispos, siete embajadores, entre los que sobresalían los de Francia e Inglaterra; los diputados de diez ciudades libres, un considerable número de príncipes, condes, barones, y los nuncios papales. Entre todos doscientos cuatro miembros.

Oigamos al historiador Merle D'Aubigné: "Esta comparición era en sí una brillante victoria contra el papado. El papa había condenado a este hombre y este hombre se hallaba delante de un Tribunal que se ponía por encima del papa. El papa lo había puesto en entredicho, separado de toda sociedad humana, y era citado en términos honorables y recibido ante la más augusta asamblea del universo. El papa había ordenado que su boca fuese cerrada e iba a abrirla delante de miles de oyentes venidos de las regiones más remotas de la cristiandad. Una gran revolución se había cumplido por medio de Lutero. Roma bajaba de su trono y era la palabra de un fraile que la hacía bajar."

Lutero tomó su sitio frente al trono, y el canciller del arzobispo de Treves se levantó y hablando primeramente en latín y después en alemán dijo: "¡Martín Lutero! Su santa e invencible Majestad Imperial te ha citado ante su trono, de acuerdo con el consejo de los Estados del santo Imperio Romano para que respondas a estas dos preguntas: Primero: ¿Reconoces que estos libros han sido compuestos por ti? Segundo: ¿Quieres retractarte de su contenido o persistes en las cosas que en ellos has dicho?".

Lutero estaba a punto de contestar, cuando se oyó una voz que pedía que se leyesen los títulos. Eran como veinte entre libios y folletos, entre los que había algunos de pura devoción que nada tenían que ver con la controversia.

Lutero contestó reconociéndose autor de los libros, y respecto a la segunda pregunta pidió que, en vista de la gravedad del asunto, se le diese tiempo para reflexionar.

Como Lutero había hablado en tono respetuoso y con voz un tanto apagada, muchos creyeron que estaba atemorizado y a punto de claudicar.

El emperador se retiró con sus consejeros a deliberar, y al regresar a la dieta se notificó a Lutero que se le daba un plazo de veinticuatro horas. Carlos V se formó una idea tan pobre de Lutero que dijo: "Ciertamente que este hombre no me convertirá en hereje."

Lutero pasó esa noche en angustia, clamando a Dios, luchando en oración como Jacob cuando iba al encuentro de Esaú. Fue su Getsemaní. Los amigos que se alojaron en las habitaciones inmediatas a la suya le oían orar con frases entrecortadas, pidiendo el socorro del Altísimo. Su oración fue escuchada en los cielos y todos los temores que le habían sobresaltado dieron lugar a una dulce calma y plena confianza.

A las cuatro de la tarde del 18 de abril de 1521 fue de nuevo conducido ante la dieta y cuando le preguntaron si quería retractarse, sin violencia, pero con firmeza cristiana, contestó: "Se me preguntó ayer dos cosas de parte de su Majestad Imperial: la primera, si yo era el autor de los libros cuyos títulos fueron leídos; la segunda, si yo quería revocar o defender la doctrina que

en ellos enseñaba. Contesté al primer artículo y persevero en esta respuesta. Tocante al segundo, yo he compuesto libros sobre diferentes materias. Hay algunos en los que traté de la fe y las buenas obras de una manera tan pura, tan simple y cristiana, que mis propios adversarios en lugar de encontrar en ellos cosas condenables, reconocen que esos escritos son útiles y dignos de ser leídos por las almas piadosas. La bula del papa, a pesar de su violencia, así lo reconoce. ¿Cómo podría yo revocarlos? ¡Desdichado de mí si abandonase verdades que mis amigos y enemigos unánimemente aprueban y me opusiese a lo que el mundo entero se gloría en confesar!"

"He compuesto, en segundo lugar, libros contra el papismo, en los que he atacado a los que por su falsa doctrina, su mala vida y ejemplos escandalosos, desuelan al mundo cristiano, y pierden los cuerpos y las almas. ¿Las quejas de todos los que temen a Dios no lo demuestran? ¿No es evidente que las leyes y doctrinas humanas de los pupas, atan, martirizan y atormentan las conciencias de los fieles a la vez que las extorsiones dolorosas y perpetuas de Roma tragan los bienes y riquezas de la cristiandad, y particularmente de esta nación ilustre?...

"Si yo revocase lo que he escrito sobre eso; ¿qué haría yo sino fortificar esa tiranía y abrir a tantas y tan grandes impiedades una puerta más ancha todavía? Desbordando entonces con más ímpetu que nunca, se vería a esos hombres orgullosos, engrandecerse, sobrepasarse y trastornar siempre más. Y no solamente el yugo que pesa sobre el pueblo cristiano se haría más pesado con una retractación, sino que vendría a ser, por así decirlo, más legítimo, porque recibiría por esta retractación la confirmación de Vuestra Serenísima Majestad y de todos los Estados del santo Imperio. ¡Oh Dios mío! Yo vendría a convertirme en un manto infame, destinado a cubrir toda suerte de malicias y tiranías!...

"En tercer lugar, yo he escrito libros contra personas que defendían la tiranía romana y destruían la fe. Confieso con franqueza que las he atacado con más violencia que la que cuadraba a mi profesión eclesiástica. No me creo un santo, pero tampoco puedo retractarme de esos libros, porque, al hacerlo, autorizaría las impiedades de mis adversarios y ellos tomarían ocasión para aplastar aún con más crueldad al pueblo de Dios."

"Sin embargo yo soy un simple hombre y no Dios; yo me defenderé, pues, como lo hizo Jesucristo. Si he hablado mal, hacedme conocer lo que he dicho de mal (San Juan 18:23), dijo él. Cuanto más yo que no soy sino polvo y ceniza, y que puedo fácilmente errar, debo desear que cada uno exponga lo que puede contra mi doctrina."

"Por esto os conjuro, por la misericordia de Dios, Serenísimo Emperador, y a vosotros muy ilustres príncipes, y todos los demás, de alto o bajo rango, a que me probéis por los escritos de los profetas y los apóstoles que yo me he equivocado. Una vez que yo haya sido convencido, retractaré todos mis errores y seré el primero en tomar mis escritos y arrojarlos a las llamas".

"Lo que acabo de decir muestra claramente, pienso, que he considerado bien los peligros a los que me expongo; pero lejos de estar amedrentado, es para mí motivo de gran gozo ver que el Evangelio es hoy como antes causa de conmoción y discordia. Ese es el carácter y destino de la Palabra de Dios. Dijo Jesucristo: "No he venido a traer paz en la tierra sino espada." Mat. 10:34. Dios es admirable y terrible en sus consejos; temamos que al pretender evitar las discordias no estemos persiguiendo la santa Palabra de Dios y no hagamos descender sobre nosotros un espantoso diluvio de males irreparables, desastres presentes y desolaciones eternas... Temamos que el reino de este noble y joven príncipe, el emperador Carlos, en quien después de Dios fundarnos tan altas esperanzas, no sólo empiece sino que continúe y termine bajo los más funestos auspicios. Podría presentar ejemplos sacados de los oráculos de Dios, podría hablaros de los Faraones, de los reyes de Babilonia, de los de Israel, quienes nunca trabajaron mejor para su propia ruina, que cuando por consejos aparentemente muy sabios pensaban afirmar su poder. Dios arranca los montes con su furor y no conocen quién los trastornó. (Job. 9:5).

"Si digo esto no es porque piense que tan grandes príncipes tengan necesidad de mis pobres consejos, sino que yo quiero dar a Alemania lo que ella tiene derecho a esperar de sus hijos. Así, recomendándome a Vuestra Augusta Majestad y a Vuestras Altezas Serenísimas, suplico con humildad que no permitan que la ira de mis enemigos haga caer sobre mí una indignación que yo no he merecido."

Lutero había pronunciado su discurso en alemán, y al terminar le ordenaron que lo repitiese en latín en beneficio de los que no lo habían entendido. Así lo hizo y cuando terminó, el orador de la dieta le dijo con indignación:

"Usted no ha contestado a la pregunta que le ha sido hecha. Usted no está aquí para poner en duda lo que ha sido resuelto por los concilios. Se le pide una respuesta clara y precisa. ¿Quiere o no quiere retractarse?"

Lutero contestó entonces resueltamente:

... "Puesto que exigen de mí una respuesta clara y precisa, la daré, y es ésta: No puedo someter mi fe ni al papa ni a los concilios, porque es claro, como la luz del día, que a menudo han caído en el error, y en grandes contradicciones con ellos mismos. Si no se me convence por el testimonio de las Escrituras, o por razones evidentes, si no se me persuade por los mismos pasajes que he citado, y si no cautivan mi conciencia con la Palabra de Dios, no puedo ni quiero retractarme de nada porque el cristiano no debe hablar contra su conciencia." Luego dirigiendo una fuerte mirada a la asamblea añadió estas impresionantes palabras: "Aquí estoy. No puedo obrar de otro modo. ¡Que Dios me asista! ¡Amén!".

El auditorio quedó estupefacto. Nadie ponía en duda la sinceridad y grandeza de esta alma. Todos comprendieron que la hora era grave. El elector Federico estaba orgulloso de haber sido el protector de un hombre tal y se dispuso a no abandonarlo aunque le costase el poder y la vida.

El dogma católico de la autoridad absoluta y el principio protestante del libre examen habían librado un formidable combate. El primero estaba representado por el orador de la dieta que pedía sumisión y retractación, sin dar razones. El segundo, por el fraile rebelde, que había roto las cadenas de la esclavitud espiritual y que no reconocía más autoridad religiosa que la de Dios y pedía ser convencido antes de verse obligado a creer.

Al día siguiente el emperador hizo leer el mensaje en que pronunciaba la sentencia contra Lutero. Respetando el salvo-conducto se le permitía regresar a Wittemberg, pero después se procedería contra él y contra todos sus adherentes como contra los herejes manifiestos, quienes serían castigados con la excomunión, el entredicho y todos los medios posibles para destruirlos. El 26 por la mañana, bendiciendo a todos los amigos que le rodeaban, Lutero emprendió el regreso sobre el coche que le había traído, rodeado de veinte hombres a caballo encargados de protegerlo.

WARTBURGO

Cuando Lutero se alejaba de Worms fue arrestado por dos caballeros enmascarados que lo condujeron al castillo de Wartburgo, cerca de Eisenach. Era su protector Federico que así había arreglado para; que tuviese un asilo seguro en esos días de tanto peligro, y hasta que se viese qué rumbo tomarían los acontecimientos. Durante este cautiverio, que fue para él lo que el destierro de Patmos para el último apóstol, vivió alejado del bullicio pero no en la ociosidad, pues aunque estaba ajeno a todo lo que pasaba en el mundo, empleaba el tiempo en preparar las armas con las

que continuaría peleando la buena pelea de la fe. Vestido de caballero y con la barba larga era el personaje misterioso de aquel castillo.

Su desaparición produjo consternación, pues corrió el rumor de que había sido asesinado en el camino. Esta creencia llegó a ser aún la de muchos de sus amigos íntimos que no lograban saber nada de su paradero. El célebre pintor Alberto Durero que labia abrazado el Evangelio escribió en su diario estas palabras: "¡Oh Dios!, si Lutero ha muerto, ¿quién nos explicará con tanta claridad el santo Evangelio? Si hubiera vivido diez o veinte años más ¡cuántos libros hubiera escrito! Cristianos, ayudadme a llorar como conviene a este hombre divino, y a pedir a Dios que le dé un sucesor alumbrado de lo alto como él era."

Melanchton, que estaba alarmado sobre la suerte que podía haber tenido su amigo íntimo, saltó de alegría cuando recibió una carta escrita con su propia mano.

Pero Alemania no tardó en saber que vivía, porque desde su ignorado retiro hizo publicar nuevos escritos contra el papismo y sus erróneas doctrinas.

Fue entonces cuando se puso a trabajar con desvelo en la traducción de la Biblia, terminando el Nuevo Testamento antes de salir del castillo. Las versiones que hasta entonces poseía Alemania, como las de otras naciones de Europa, eran obscuras y defectuosas y del todo fuera del alcance del pueblo por su alto precio. Lutero dio a su nación una versión admirablemente fiel y en tan buen alemán que no parecía proceder de otras lenguas. Al verla publicada veía realizado uno de los grandes sueños de su vida y lleno de entusiasmo escribía: "¡Que este libro esté en todas las lenguas, en todas las manos, bajo todos los ojos, en todos los oídos y en todos los corazones." "La Escritura sin ningún comentario es el sol del cual todos los sabios reciben la luz". Cuando en 1534 terminó la traducción de toda la Biblia, las otras porciones ya publicadas habían tenido tan buena acogida que se contaban más de ciento cincuenta ediciones.

La soledad en la cual vivía, los trabajos y fatigas de los últimos años, los peligros a que se había expuesto, y las tareas que se imponía en su destierro llegaron a debilitar su salud. En medio de estas preocupaciones se sentía muchas veces atacado por el diablo; y actualmente el guardián del castillo muestra a los viajeros una mancha de tinta en la pared, que se hizo cuando Lutero arrojó el tintero sobre la cabeza de Satanás que apareció en la sala y se reía sardónicamente de la traducción de la Biblia que estaba efectuando.

Durante su ausencia la Reforma seguía progresando. En Wittenberg se oyó la voz del fraile bohemio Gabriel Zwilling que protestaba contra la adoración de la hostia, calificando este acto de idolatría. En el convento las discusiones eran cada vez más acaloradas y frecuentes y muchos de los frailes que se habían entregado a escudriñar las Escrituras, querían suprimir de la iglesia las prácticas que no tenían apoyo bíblico. Trece de ellos rompieron los votos monásticos y salieron del convento. En la Universidad los doctores se mostraban más resueltos que antes a prestar su apoyo a la obra de la reforma, pues les resultaba evidente que el romanismo había apostatado de la fe primitiva. Este progreso demostraba que la obra no era de Lutero sino de Dios, y que ni papas ni emperadores podían detenerla en su marcha gloriosa. Un archidiácono llamado Carlstadt, a quien Lutero había iniciado en el estudio de la Biblia, se mostraba impaciente y quería que se procediese con más rapidez. Era un hombre inquieto y turbulento que no conocía lo que era la prudencia humana y quería ver las cosas llevadas a su término. "Todo lo que los papas han instituido — decía — es impío. No nos hagamos cómplices dejándolo subsistir. Lo que está condenado en la Palabra de Dios debe ser abolido de la cristiandad. Si los Jefes del Estado y de la Iglesia no quieren cumplir con su deber, no dejemos de hacer el nuestro. Basta de negociaciones, de conferencias, de tesis, de debates, y apliquemos el verdadero remedio a los males. Se necesita un segundo Elías para destruir los altares de Baal", Y como este Elías no

aparecía se aventuró a serlo él mismo. "Se arrodillan delante de estas ídolos — clamó — les encienden velas, les presentan ofrendas. Levantémonos y arranquémoslos de sus altares". Estas palabras encontraron eco en el pueblo, y entrando en las iglesias, sacaron fuera las imágenes y les dieron fuego. Algunos se alarmaron de tanta osadía, pero otros aprobaban la acción persuadidos de que había llegado la hora de resoluciones enérgicas.

El movimiento anabaptista con su gran caudal de méritos y defectos se extendía por todas partes donde la Reforma se iniciaba. Quería la abolición del multitudinismo para dar lugar a iglesias compuestas de personas regeneradas y bautizadas en profesión de fe. Pero entre estos anabaptistas había muchos exaltados, visionarios, iluminados, que creaban muchas dificultades a los reformadores. Hicieron su aparición en Wittenberg, estimulando las medidas radicales de Carlstadt, y aumentó la efervescencia a tal punió que todos pedían que se tomasen medidas para aclarar la situación. Los papistas estaban contentos al ver a la Reforma sufriendo las consecuencias deletéreas de su sistema de libertad. Todos reclamaban la presencia de Lutero porque querían conocer su parecer, y tenían esperanza de que su autoridad moral bastaría para normalizar la situación.

Cuando Lutero supo lo que estaba pasando en Wittenberg, escribió al elector que se ponía bajo la protección de Dios y no de la suya, y secretamente abandonó el castillo y se dirigió a su convento. Todo el mundo quería verlo. Durante ocho días predicó a grandes auditorios y consiguió calmar los ánimos e imprimir a la Reforma su marcha normal.

REBELIÓN DE LOS ALDEANOS

Más difícil fue la situación de Lutero frente a la rebelión de los aldeanos que por aquel tiempo estalló en Alemania y países vecinos. Ya antes de la Reforma hubo estallidos de campesinos cansados de soportar las pesadas cargas que ponían sobre ellos los señores y nobles usurpadores de la tierra pública. Como justamente ha hecho notar A. Reville, ha sido un error de muchos historiadores asegurar que este levantamiento fue engendrado por las luchas religiosas del momento, pues el descontento se había hecho sentir mucho antes. Pero no cabe duda de que los escritos controversiales del reformador que rompían el dogma de la autoridad papal, proclamaban la libertad cristiana y el sacerdocio universal de los creyentes, dieron empuje al levantamiento, el que adquirió un carácter religioso y fue acompañado de manifestaciones de fanatismo, de predicciones astrológicas y visiones apocalípticas, lo que no es motivo para que echen en el olvido las proposiciones serias, justas y positivas que contenían los doce artículos del programa de los labriegos. En ellos se pedía la supresión de la servidumbre "atendido que Cristo nos ha redimido con su preciosa sangre, tanto al pastor de ovejas como al hombre más encumbrado, sin exceptuar a ninguno; por consiguiente, resulta de la Escritura Santa que somos libres y queremos serlo, sin que deba entenderse que se rechace toda autoridad, pues queremos la instituida por Dios y la queremos acatar en todo lo que sea racional y cristiana". Los aldeanos pedían el libre uso del agua y de los bosques o sea el derecho de cazar y pescar, que se reservaban los nobles para sus entretenimientos. Pedían la reglamentación de las prestaciones personales e impuestos gravosos, muchos de los cuales debían suprimirse en absoluta. En lodos estos artículos se apelaba al Evangelio, a la fraternidad cristiana y a la igualdad humana.

En todas partes surgían profetas que predicaban fogosamente a millares de oyentes. Hubo entre ellos muchos hombres serenos y reposados pero prevalecieron los exaltados que anunciaban la llegada del reino de Dios y el consiguiente castigo de los clérigos y señores causantes de la tiranía y miseria que soportaba el pueblo. Tomás Munzer fue uno de los más célebres. Era cura de

una aldea llamada Altstadt cuando se incorporó al movimiento ultra radical de los profetas de Zwickau. Acusaba a los reformadores de dar demasiada importancia a la letra y muy poca al espíritu, y de estar poniendo los cimientos de un nuevo papismo. Pronto abolió de su iglesia todas las ceremonias. Puesto al frente de sus parroquianos hizo derribar una iglesia que era centro de peregrinaciones, lo que le obligó a huir y a andar errante por Alemania. En sus viajes predicaba incesantemente y contagiaba a las poblaciones con su doctrina y entusiasmo. Se estableció después en Mulhouse donde presidió el consejo de la ciudad. Según el testimonio imparcial de Schlosser era un hombre grave y altamente moral. Se cubría con un manto de profeta y usaba barba larga, lo que le daba una presencia imponente.

El formidable movimiento, por estar mal organizado, no pudo hacer frente a los ejércitos disciplinados que mandaban los nobles y caballeros de los diferentes Estados, de modo que fue ahogado en un diluvio de sangre que inundó a toda la nación.

En medio del caos todos buscaban a Lutero, quien se vio frente a un problema que nunca había pensado tener que afrontar. ¿Qué actitud asumiría? ¿Se pondría ¿el lado de los aldeanos o de la nobleza? Cuando levantó su voz no estuvo a la altura de sus antecedentes, y no comprendió los alcances de aquel movimiento ni se dio cuenta de que él mismo había sido en parte el causante del levantamiento de las masas. El error más grande de su vida fue el de constituirse en defensor de la reacción, alentando la crueldad y ferocidad de los opresores del pueblo. Pero digamos en su honra que no le faltó tampoco el valor necesario para censurar a los señores. "Sois vosotros — les dice — los culpables de esta revuelta; son vuestras declamaciones contra el Evangelio, es la opresión culpable que ejercéis contra los pequeños de la iglesia, la que ha llevado al pueblo a la desesperación. No son los aldeanos, queridos señores, los que se sublevan contra vosotros; es Dios mismo que quiere oponerse a vuestro furor. Los aldeanos son los instrumentos que Dios emplea para humillaros... Entre los doce artículos los hay que son justos y razonables".

Tocante a Melanchton se puede decir que fue más reaccionario que Lutero, pues en la refutación que escribió a los doce artículos, sostuvo el derecho ilimitado de los señores territoriales y el deber de sumisión incondicional de los aldeanos.

LUTERO ÍNTIMO

La Reforma seguía prosperando en todas partes y los vínculos con Roma se rompían. Lutero abandonó el convento, que ya había quedado vacío, se quitó el hábito de fraile y se casó con una ex monja llamada Catalina de Bora. "Si este fraile se casa, había dicho el jurisconsulto Schurff, hará que el mundo y el diablo se mueran de risa, y destruirá la obra que ha empezado". Pero Lutero hacía tiempo que desafiaba a ese mundo y a ese diablo, obedeciendo a la voz de la conciencia sin cuidarse de las opiniones de los hombres. "Quiero dar testimonio del Evangelio no sólo con mis palabras sino también con mis obras. Quiero en presencia de mis enemigos, que ya se consideran triunfantes, que se oiga su algazara, quiero casarme con una monja para que sepan que no me han vencido". El 11 de junio de 1525 contrajo enlace. Habían pasado ocho años desde que clavó las tesis en las puertas de la iglesia, de modo que los que suponen que se separó del papismo para casarse, están equivocados. Sobre la vida íntima de Lutero dice César Cantó: "Amó a la mujer que tomó por esposa, vivió bien con ella y trabajó con sus propias manos para proporcionarle el sustento". "Es grato seguir a Lutero en su vida privada y en sus opiniones particulares, pues tiene muchos pensamientos hermosos sobre la naturaleza, la Biblia, las escuelas, la educación, la fe y la ley... Era buen marido y padre cariñoso. En el seno de su familia

reposaba de sus luchas exteriores, reía, bromeaba, amaba, y cuando su esposa se estremecía ante los peligros que le amenazaban, le inspiraba confianza en Dios y para dar distinto giro a sus pensamientos la colmaba de palabras dulces, y la muerte de su hija le arrancó acerbas lágrimas". Hist. Univ. Tomo V.

A su vez Catalina fue una esposa ideal y ayuda idónea para su esposo, quien encontró siempre en ella un corazón lleno de amor y de valentía para alentarle en la lucha contra el mal. Ella había conocido las calamidades de la vida conventual y daba gracias a Dios porque había sido librada de un sistema tan anticristiano como contrario a las leyes naturales. ¡Qué contraste entre un claustro triste y un hogar alegre!

El cariño de Lutero para con los suyos se puede ver en una carta que dirigió a su hijo Hans, de cinco años de edad, desde el castillo de Coburgo, donde se alojaba durante la dieta de Ausburgo. En ella le decía:

"Gracias y paz en Cristo. Mi querido hijo, me alegro de oír que aprendes bien y oras diligentemente. Continúa haciendo así y cuando vuelva a casa te llevaré un lindo juguete. Yo conozco un hermoso y alegre jardín donde muchos niños juegan. Se visten con blusas doradas y juntan ricas manzanas de los árboles, peras, cerezas y ciruelas; ellos cantan y saltan por todas partes y están siempre alegres; también tienen lindos caballos con riendas de oro y monturas de plata. Pregunté al hombre que cuidaba el jardín quiénes eran esos niños y me contestó: Estos son los niños que oran y estudian, y que son piadosos. Entonces yo le dije: Buen hombre yo tengo un hijito que se llama Hans Lutero, ¿no me permite que lo traiga a este lugar para comer estas ricas manzanas y peras y andar en estos lindos caballitos y jugar con los otros niños? Y el hombre me dijo: Si a él le gusta orar y estudiar, y es piadoso, vendrá a este lugar con Lipo y Justo; y cuando estén juntos tendrán flautas, címbalos, arpas y otros instrumentos musicales; y bailarán y arrojarán flechas con un arco. Me mostró entonces un lindo prado en el jardín, preparado para la fiesta; había muchas flautas de oro, címbalos y arcos. Pero era muy temprano y los niños no habían comido todavía. Entonces yo no quise esperar que la fiesta empezase y dije al hombre: Mi buen señor, yo voy a escribir pronto todo esto a mi querido hijito Hans, para que no se olvide de orar, para que aprenda mucho y sea piadoso, y así sea admitido en este jardín; pero tiene una tía que se llama Lena a quien querrá traer consigo. El hombre me contestó: Muy bien, escríbale.

Así que, mi querido Hans, debes aprender mucho y orar bien; y cuenta esto a Lipo y Justo, para que también ellos estudien y oren; y todos se reunirán en este lindo jardín. Yo te encomiendo a Dios Todopoderoso. Saluda a tía Lena y dale un beso de mi parte. Tu padre que te ama,

Martín Lutero.

Y así Lutero formando un hogar cristiano en el cual reinaba el amor de familia, la simplicidad y la alegría, mostraba la superioridad moral del Evangelio sobre las costumbres deplorables de los claustros y condenaba con un ejemplo digno de imitación el celibato clerical.

LA DIETA DE SPIRA

En 1526 volvió a reunirse la dieta imperial en la ciudad de Spira y tenía que resolver la cuestión luterana. La sentencia de condenación pronunciada contra Lutero tanto por el papa como por la dieta de Worms, estaba en pie, pero los príncipes lejos de resolverse a darle cumplimiento se inclinaban más y más hacia la Reforma. Poblaciones enteras abrazaban la fe, transformaban las

iglesias adaptándolas a las necesidades del nuevo culto, la misa se abolía por idolátrica y la lectura de la Biblia iluminaba a las masas apartándolas del romanismo.

La dieta, como de costumbre, tenía que iniciarse con pomposos oficios religiosos, y esta vez los príncipes partidarios de la Reforma se negaron terminantemente a concurrir a ellos, pero en cambio se reunían con frecuencia en los vestíbulos de los palacios para adorar a Dios en espíritu y en verdad y escuchar la predicación del Evangelio. Estas reuniones atraían más público que las ceremonias que se celebraban en la catedral católica a pesar de la presencia del príncipe Fernando, hermano de Carlos V, que había venido para presidir la dieta. Los evangélicos llevaban bordadas en la manga derecha las iniciales V.D.M.I.E. correspondientes al texto bíblico que en latín dice: "Verbum Domini manet in eternum". (La palabra del Señor permanece para siempre).

La firmeza de los evangélicos era tal que Fernando no se atrevía a comunicar a la dieta las rigurosas instrucciones que traía para suprimir la herejía, y las substituyó por proposiciones de tregua que esperaba pudiesen satisfacer a ambos partidos, lo cual no daba el resultado apetecido.

Cuando bajo la constante presión de los prelados las instrucciones fueron dadas a conocer y las cosas habían llegado a un punto peligroso, nuevos acontecimientos políticos vinieron a impedir que se les diese cumplimiento, pues el emperador había roto sus relaciones con el papa y sus ejércitos se aprestaban a invadir los Estados Pontificios. Bajo esas circunstancias la dieta se disolvió, resolviendo dejar a los Estados en libertad hasta la reunión de un concilio general.

Terminada la guerra la dieta volvió a reunirse en Spira en 1529 y la mayoría votó contra todo cambio religioso donde se había mantenido la fe católica, y en los estados adictos al luteranismo no se permitirían controversias, quedaría permitida la celebración de la misa y nadie podría abrazar la fe evangélica. Lo que se buscaba era sofocar la Reforma prohibiendo el proselitismo y la controversia.

A los católicos les pareció el colmo de la generosidad permitir a los príncipes luteranos seguir practicando su culto, pero éstos demostraron no estar dominados por egoísmo, y no se conformaron con un decreto que impedía que el conocimiento de la verdad fuese llevado libremente a todas partes, y conscientes del peligro de aquella hora y de la guerra que se desencadenaba contra ellos, tuvieron la valentía de no doblegarse ante una doble mayoría y refirmar los derechos sagrados de la conciencia, que no pueden ser sometidos a la decisión de ninguna dieta, concilio o autoridad humana de cualquier índole que sea.

El 15 de abril de 1529 los príncipes luteranos leyeron ante la dieta la famosa protesta que daría el nombre de protestante al gran movimiento religioso que sacudía los cimientos del mundo. En ese inmortal documento daban las razones porque no estaban dispuestos a aceptar lo resuelto por la dieta: "No podemos — decían — porque se trata aquí de la gloria de Dios y de la salvación de las almas, porque en estas cosas debemos mirar, ante todo, los mandamientos de Dios que es Rey de reyes y Señor de señores; teniendo cada uno de nosotros que dar cuenta por sí mismo sin preocuparse para nada de la mayoría o minoría. Aceptar vuestra resolución sería obrar contra nuestra conciencia... sería renegar de nuestro Señor Jesucristo, rechazar su santa Palabra... sería declarar que si Dios llama a un hombre a su conocimiento, este hombre no está libre de recibir el conocimiento de Dios. Estamos resueltos por la gracia de Dios a mantener la predicación pura y exclusiva de sólo la Palabra tal como está contenida en los libros bíblicos del antiguo y nuevo Testamento, sin añadirle nada que le sea contrario. Esta Palabra es la única verdad; es la norma segura de toda doctrina y de toda vida, y no puede faltar ni engañar. Quien edifica sobre este fundamento subsistirá contra todas las potencias del infierno; mientras que todas las vanidades humanas que se le oponen, caerán delante de la faz de Dios". "Si vosotros no escucháis nuestra demanda PROTESTAMOS por la presente, delante de Dios, nuestro único creador, conservador, redentor y salvador, quien será nuestro juez, así como delante de todos los hombres y de todas las

criaturas, que no consentimos ni adherimos en ninguna manera, por nosotros ni por los nuestros, al decreto propuesto, en todas las cosas que son contrarias a Dios, a su santa» Palabra, a nuestra buena conciencia, a la salvación de las almas y al último decreto de Spira".

Algunos días después los protestantes se retiraron de la ciudad satisfechos del testimonio que habían dado ante la dieta y ante el mundo, pero conscientes de que había que esperar acontecimientos graves y lúgubres. ¿Qué ocurrirá ahora?, se preguntaban todos. Melanchton estaba agobiado viendo ya a los partidos en el campo de batalla. ¿El imperio tolerará la osadía de ese puñado de germanos? Y yendo a la lucha, ¿qué pueden hacer ellos contra todos los reyes y príncipes de Europa conjurados para sofocar a la Reforma y presentarla humillada a los pies del papa?

LA CONFESIÓN DE AUSBURGO

La cuestión religiosa quedaba todavía por resolverse, y el emperador Carlos V convocó a la dieta imperial para reunirse a principios de mayo de 1530 en la ciudad de Ausburgo.

El elector de Sajonia encargó a Lutero, Melanchton y otros teólogos que preparasen un documento que pudiera ser presentado a dicha asamblea, en el que se expusiese cuáles eran las creencias que sostenían los protestantes. Antes de emprender viaje pidió que se predicase sobre el texto de Mateo X: 32 y 33: "Cualquiera que me confesare delante de los hombres, le confesaré yo también delante de mi Padre que está en los cielos. Y cualquiera que me negare delante de los hombres, le negaré yo también delante de mi Padre que está en los cielos". Este pedido demuestra que estaban animados del sano propósito de permanecer fieles al Señor y a su verdad costase lo que costase.

En los primeros días de mayo empezaron a llegar a Ausburgo príncipes y teólogos seguidos de numeroso séquito, de modo que la ciudad era el teatro de una animación nunca vista.

El emperador hizo llamar a su presencia a los miembros del consejo de la ciudad y a los príncipes evangélicos, y les comunicó que estaba prohibido a los evangélicos ocupar los pulpitos durante su permanencia en la ciudad, y que esperaba que todos fuesen a la procesión de corpus que tenía que celebrarse al día siguiente. Grande fue la sorpresa de Carlos V, cuando todos unánimemente declararon que no estaban dispuestos a obedecer, pronunciando el margrave Jorge de Brandemburgo estas palabras: "Antes preferiría yo doblar mis rodillas ante Su Majestad Imperial y hacerme decapitar que renegar de mi Dios y de su santo Evangelio".

Ninguno de ellos asistió a la procesión, la cual fue un fracaso para los romanistas porque los habitantes de la ciudad tampoco asistieron. Los pastores predicaron, no en las iglesias, pero sí en los campamentos de sus respectivos soberanos a grandes auditorios. A la misa con que se inauguró la dieta asistieron los príncipes por respeto al soberano, pero no participaron de la ceremonia, permaneciendo en pie cuando fue elevada la hostia.

Lutero que estaba colocado fuera de la ley, no podía asistir a la dieta; pero como los príncipes querían que estuviese cerca a fin de recabar su parecer cuando hiciese falta, le prepararon alojamiento en el castillo de Coburgo, donde pasaba el tiempo leyendo la Biblia y las Fábulas de Esopo y escribiendo cartas muy interesantes a su familia y a sus amigos. Fue en este sitio que compuso su famoso himno "Castillo fuerte es nuestro Dios", que no tardó en ser cantado en Ausburgo y en toda Alemania.

Melanchton escribió la inmortal confesión que fue leída ante la asamblea; documento del cual dice el historiador Schaff: "La Confesión de Ausburgo siempre será apreciada como uno de los monumentos más nobles de la fe del período pentecostal del protestantismo". Lutero la

aprobó diciendo: Me agrada. No veo que haya cosas que cambiar; yo no hubiera podido hablar tan suavemente". La respuesta católica fue tan débil que desagradó a los católicos que hubieran querido una réplica capaz de producir una impresión favorable a su partido. Hubo una nueva lectura de Melanchton, pero los miembros de la asamblea habían venido no para tomar en consideración las razones que se expusiesen sino lo que agradase al papa y al emperador.

La Confesión de Ausburgo es una afirmación de la fe evangélica. Con excepción de lo que dice de los sacramentos, sosteniendo el punto de vista luterano, las demás creencias expuestas tienen el asentimiento de todos los grupos evangélicos. Respecto a la gracia dice: "Los hombres no pueden ser justificados en la presencia de Dios por sus propias fuerzas, méritos u obras, sino que son justificados gratuitamente por causa de Cristo por la fe, si creen que son recibidos en gracia y que sus pecados son perdonados por Cristo, quien con su muerte satisfizo por nuestros pecados. Dios imputa esta fe por su justicia en su presencia. Romanos 3 y 4.

Todos temían que hubiera llegado el momento en el cual la guerra sería inevitable, de modo que las entrevistas de los representantes de ambos partidos eran continuas buscando una reconciliación. Hubo momentos en que algunos de los protestantes se mostraban inclinados a ceder por amor a la paz, sacrificando algunas doctrinas. Melanchton era uno de ellos. Cuando estas noticias llegaron a oídos de Lutero se alarmó y escribió: "Oigo que habéis empezado una obra maravillosa, es a saber, poner de acuerdo a Lutero con el papa; pero el papa no quiere y Lutero se excusa. Y si a pesar de ellos lo conseguís, entonces siguiendo vuestro ejemplo, yo pondré de acuerdo a Cristo con Belial".

Felipe de Hesse vio que el protestantismo corría peligro, y desde su retiro escribió: "Cuando se empieza a ceder, se cede cada vez más. Declarad a mis aliados que yo rechazo esas conciliaciones pérfidas. Si somos cristianos, no busquemos nuestra propia ventaja sino la consolación de tantas conciencias fatigadas, afligidas para las cuales no habrá más salvación si se les quita la Palabra de Dios".

La dieta finalmente intimó a los Estados protestantes a volver al catolicismo y a extirpar la herejía. Los príncipes protestantes declararon que 89 negaban a acatar la orden y formaron la Liga de Smalkalde para defenderse contra la imposición armada que les amenazaba. Carlos V no se atrevió a proceder y se iniciaron nuevas negociaciones que dieron por resultado el pacto de paz religiosa hecho en Nuremberg en 1532, en el cual protestantes y católicos se comprometieron a vivir en paz hasta que se reuniese un concilio general, del cual, equivocadamente, muchos esperaban lo que nunca podía producir.

LA ÚLTIMA ETAPA

En la última parte de su vida, Lutero vivió consagrado a las tareas pastorales buscando edificar y enseñar el buen camino a las almas que estaban a su alrededor. Ninguno como él vio la importancia que tenía la instrucción pública, y trabajó ardientemente para que en todas partes se formasen escuelas que estuviesen al alcance de todos los habitantes. Una parte importante de la piedad protestante consistía en la lectura de "la Biblia, de modo que era menester destruir el analfabetismo y a él, como a ningún otro, debe Alemania la cultura adquirida.

El hombre que se había ganado el pan cantando por las calles cuando era estudiante, fue durante toda su vida un apasionado por la música. F. Marcillac en su "Historia de la Música Moderna" dice: "Dos que durante tantos siglos desesperaron del alma humana, dice Michellet, la dejaron incurable, inconsolable hasta que sonó el primer canto de Lutero. Fue él que principió y entonces toda la tierra cantó, todos, protestantes y católicos. No fue el canto triste de la Edad

Media, que un rebaño humano, bajo la batuta de un director oficial repetía al unísono; fue un canto verdadero, libre, puro, un canto salido de lo profundo del corazón, el canto de los que lloran y encuentran consuelo, el gozo divino entre las lágrimas de la tierra, una muestra del cielo".

Las obras del reformador están llenas de máximas serias y profundas sobre este tema favorito:

"La música — dice — es el más sublime de los, dones de Dios. Siempre he amado la música y lo poco que de ella sé no lo cambiaría por mucho. Satán la odia; por medio de ella se ahuyentan muchas tentaciones".

"No me encuentro a gusto con aquellos que no aman la música, como lo hacen las personas frívolas. La música es una disciplina, hace a los hombres más dulces, más virtuosos y sabios. El canto es la mejor de las artes y el mejor de los ejercicios. El que lo posee es de buena especie y apto para todo. Yo creo y declaro sin miedo que después de la ciencia de conocer a Dios, no hay cosa mejor que la música".

A su amigo Spalatino le escribía: "Yo quisiera que siguiéndose el ejemplo de los profetas y padres de la iglesia, se compusiesen himnos alemanes que cantados sirviesen para anunciar la Palabra de Dios entre el pueblo. Ayudadme en esta obra".

Lutero escribió y coleccionó muchos himnos religiosos que los siglos no han envejecido. Fue también aventajado compositor, y la música de "Castillo fuerte es nuestro Dios" figura entre los trozos de música clásica.

Oigamos de nuevo a Marcillac: "La Alemania de Lutero se reconoció en estos cantos graves y austeros en los que habían hallado expresión todos los sentimientos que la animaban entonces. El niño los aprendía en la escuela, el padre de familia los repetía a los suyos en el santuario del hogar; los cantaban a una voz en las circunstancias solemnes y en los campos de batalla, y el entusiasmo que despertaron fue tal que un escritor católico dijo que Lutero había hecho más daño al catolicismo con sus cantos que con sus doctrinas".

El hombre de guerra, el gran batallador, era un hombre de paz, un hijo de consolación, y la última acción de su vida fue reconciliar a los condes de Mansfield para lo que tuvo que hacer un viaje a Eisleben. Cuando partió estaba enfermo y su esposa se despidió de él con tristes presentimientos. Antes de llegar a su destino le escribió dándole ánimo y diciéndole que Dios podía levantar a diez Luteros para que continuasen la obra.

Cuando se sintió enfermo comprendió que ya había terminado su carrera, y al ser conducido a la pieza donde se reclinó sobre un sofá dijo: "En tus manos encomiendo mi espíritu; tú me has redimido, oh Señor, Dios de verdad".

En medio de sus sufrimientos se le oía orar; y uno de los testigos de aquella escena recogió estas palabras: "¡Oh padre celestial, Dios y Padre Nuestro Señor Jesucristo; Dios de toda consolación, te doy gracias porque me hiciste conocer a tu querido Hijo, Cristo Jesús, en quien yo confío, a quien he amado, predicado y confesado y a quien el pernicioso papa y los malos hombres deshonran, persiguen y blasfeman; te ruego mi Señor Jesucristo, que recibas mi alma en tu seno. ¡Oh padre celestial!, tengo que dejar este cuerpo y esta vida, pero estoy seguro de que iré a estar contigo para siempre jamás, y que nadie puede arrebatarme de tu mano". Después de orar dijo: "De tal manera amó Dios al mundo, que dio a su hijo unigénito para que todo aquel que en él creyere no se pierda más y tenga vida eterna".

El doctor Justo Jonás estaba presente y le preguntó si moría afirmando lo que había enseñado, y todos los que lo rodeaban oyeron con claridad: "Sí, sí". Un momento después estaba con el Señor. Era el 18 de febrero de 1546. Tenía 63 años de edad.

Quiso la providencia que muriese en el pueblo donde había nacido.

Capítulo Tercero

LA REFORMA EN SUIZA

INFANCIA Y JUVENTUD DE ZWINGLIO

En la Suiza democrática y republicana se levantaron, al mismo tiempo que en otros países monárquicos y aristocráticos, hombres que predicando el viejo y glorioso Evangelio, buscaban una Reforma que salvase a la cristiandad, librándola del yugo férreo de los papas y del clericalismo.

Fueros muchos los héroes de esta jornada, pero entre ellos sobresale la figura de Ulric Zwinglio.

Vivía entre las montañas suizas de Toggenburgo, en una pintoresca aldea llamada Wildhausen, un campesino influyente que desempeñaba las funciones de alcalde, padre de una numerosa familia, de apellido Zwinglio. Se muestra aún en nuestros días, al pie de una montaña un chalet construido con madera de los bosques regionales, en el cual nació el tercero de sus hijos, el 1º de enero de 1484, al cual dieron el nombre de Ulric. Como los demás miembros de la familia tuvo que trabajar en las faenas rurales, y desde muy niño aprendió a pastorear las ovejas en los verdosos valles y cerros que circundaba la casa paterna.

Su padre, hombre experto, descubrió que su hijo Ulric tenía una inteligencia sobresaliente y el temperamento que se requiere para sobresalir en la vida, de modo que se propuso darle una esmerada preparación, y como tal cosa no era posible en la aldea donde vivían, lo envió a estudiar a la ciudad de Basilea, y después a la de Berna. El muchacho de la montaña aventajaba en mucho a los de la ciudad tanto por la inteligencia natural que poseía como por la buena disposición y constancia que revelaba en todas las tareas. Los frailes dominicanos que estaban a la pesca de jóvenes de esta clase, trataron de inducirlo a entrar en el convento, pero sus padres y demás parientes se opusieron enérgicamente, y para librarle de caer en lo que ellos consideraban una trampa lo enviaron a Viena para estudiar filosofía. En 1502 estaba de regreso a su país y fue a ocupar el cargo de director de la escuela de San Martín, donde al mismo tiempo daba lecciones de latín. Lejos de abandonar los estudios, los continuaba y perfeccionaba bajo la dirección del profesor Tomás Wyttenbach, hombre espiritual que anunciaba la llegada de nuevos tiempos, en los cuales la gracia divina obraría con poder para que resurgiese la doctrina apostólica y fuese desalojada la superstición, y la vida sana y costumbres cristianas ocupasen el lugar de los desórdenes reinantes en la iglesia y en la sociedad. Se pronunciaba fuertemente contra el celibato clerical al que consideraba antibíblico y contrario a la naturaleza, y causante de la vergonzosa corrupción de los elementos eclesiásticos. Protestaba contra las indulgencias sosteniendo que la muerte de Cristo era el único sacrificio que Dios acepta. A él debió Zwinglio el conocimiento del Evangelio que predicó durante toda su vida y por eso lo tenía en muy alta estima, siguiendo con cristiana devoción las enseñanzas que le había impartido en el tiempo cuando lo tuvo de maestro.

SUS PRIMEROS TRABAJOS PARROQUIALES

A la edad de veintidós años Zwinglio fue ordenado sacerdote y nombrado cura párroco de Glaris. Se consagró devotamente a su ministerio y al estudio de la literatura clásica, aprendiendo de memoria largos trozos de los mejores autores griegos y latinos, y a esto se debe el brillante estilo de sus escritos. No tardó en verse rodeado de un considerable grupo de admiradores y discípulos, algunos de los cuales llegaron a ser personas de considerable influencia y de acción

eficaz. Los reunía frecuentemente en su casa y, mediante edificantes conversaciones sobre temas espirituales, literarios y políticos, procuraba ganarlos para Dios y para la patria, enseñando que las personas piadosas deben, ser la sal de la tierra y la luz del mundo, mediante una activa participación en todas las luchas y trabajos que demandan la energía del hombre. Nada más contrario para el futuro reformador que el espíritu monacal que se apodera muchas veces de los que se interesan en asuntos espirituales.

Los suizos se distinguían como buenos tiradores y atrevidos soldados, de modo que los reyes y príncipes europeos procuraban enrolarlos en sus filas. Había así miles y miles de los mejores jóvenes del país, que en lugar de dedicarse al trabajo se dedicaban a la guerra sirviendo en calidad de soldados mercenarios. Zwinglio mismo los acompañó dos veces a Italia sirviendo de capellán, y asistió a la feroz batalla de Marignan, mereciendo del papa una pensión por los servicios prestados. Se dio cuenta de los males de este sistema y se propuso trabajar para encauzar las energías de la juventud a cosas más sanas y menos peligrosas. Al regresar de Italia escribió un valioso relato de las guerras italianas y se dirigió a los cantones exhortándolos a anular los compromisos firmados con potencias extranjeras para proporcionar soldados suizos. Alegaba que la venta de sangre y de vida era desmoralizadora, pues la juventud regresaba a la patria cargada de vicios y sin aptitudes ni voluntad para el trabajo honrado. Ocurría también que muchas veces tenían que combatir y matarse los unos a los otros, por hallarse al servicio de diferentes naciones que estaban en guerra. Desde el pulpito clamaba contra esta costumbre y denunciaba con términos enérgicos a quienes la favorecían.

Como los antiguos profetas de Israel predicaba sobre todos los asuntos del Estado, denunciaba las injusticias de los gobernantes y abogaba por la honestidad y la justicia. Su voz apasionaba a las multitudes; pero aquellos que estaban comprometidos en los abusos que denunciaba, se convertían en sus enemigos y hacían caer contra él lluvias de calumnias que los papistas no han cesado de repetir, olvidando que en aquel tiempo él era papista también.

Sus luchas y trabajos no le impedían dedicarse al estudio de temas suaves y apacibles, mayormente al de las Escrituras en las que buscaba no solamente el conocimiento exegético de la misma sino la verdad espiritual fue hace sabios para la salvación. Como Lutero, tuvo grandes conflictos de conciencia; se sentía inmerecedor de la misericordia divina, para al mirarse en el espejo de la Palabra de Dios, veía las manchas de su alma pecadora. Pero el arrepentimiento, la fe en Cristo y la oración le trajeron el celestial consuelo que necesitaba. Le parecía que estaban dirigidas personalmente a él estas palabras del Salvador: "Venid a mí los que estáis trabajados y cargados que yo os haré descansar". En 1523 escribió este testimonio: "Hace ocho o nueve años que llegué a la convicción de que hay un solo mediador entre Dios y los hombres, es a saber, Cristo Jesús. Leí en aquel tiempo una emocionante poesía latina del sabio Erasmo de Rotterdam, en que Jesús se lamenta de que no se busque sólo en él la ayuda necesaria, siendo como es, la fuente de todo bien, el único Salvador, la consolación y tesoro de las almas. Fue entonces cuando pensé y dije: Si es así; ¿por qué buscaré el socorro de la criatura? Y a pesar de los otros himnos de Erasmo dirigidos a Santa Ana no pude deshacerme de la idea de que Cristo es el único tesoro de nuestra pobre alma. Desde entonces examiné cuidadosamente las Sagradas Escrituras y las obras de los Padres para encontrar una enseñanza precisa sobre la intercesión de los santos; y nada encontré a ese respecto".

En 1517 dejó el curato de Glaris y se trasladó al convento de Einsiedelm, localidad que era el punto a donde llegaban numerosos peregrinos venidos de todas partes, atraídos por la fama de una virgen reputada milagrosa. En la puerta del monasterio se leían estas palabras: "Aquí se obtiene una plena remisión de los pecados".

La credulidad, la superstición, el engaño, la falta de una verdadera piedad, que se veían en ese sitio tenido por sagrado, empezaron a producir en el ánimo de Zwinglio un profundo disgusto para todo lo que se relacionaba con los ritos romanistas. Consagrado a la predicación se esforzaba más que nunca en dirigir las miradas de sus oyentes a la obra redentora de Cristo, señalándola como la única en la cual el pecador puede hallar paz y seguridad, bendiciones éstas que nunca se logran en otra persona sea santo o virgen. La Biblia le atraía más y más, y consagraba las mejores obras de su tiempo para meditar en ella. En la Biblioteca de Zurich han sido halladas las Epístolas de San Pablo que él personalmente copió durante este tiempo, a fin de poderlas tener más a mano. Suspiraba por la santidad verdadera de la cual se sentía muy lejos, teniendo que lamentar frecuentes caídas que le llenaban de horror y abatimiento. Refiriéndose a este período de su vida escribió más tarde: "No tenía a nadie que me ayudase a levantarme; muchos, en cambio, me aplastaban al verme caído. Como el perro que vuelve a su vómito, yo volvía al mal que había abandonado. Con profundo dolor y vergüenza descendía a las profundidades de mi corazón y descubría mis llagas y se las mostré a Aquél, ante quien me agrada confesarme, más bien que a los hombres".

La convicción de pecado y necesidad de arrepentimiento que sintió el futuro reformador, la lectura cada día más devota e inteligente de la Biblia, y un concepto más elevado y cristiano del valor de la muerte de Cristo, produjeron la Reforma. El administrador del convento compartía las creencias de Zwinglio, y de común acuerdo hicieron sacar la inscripción ya mencionada que se leía en las puertas del convento y enterrar las reliquias que ahí se adoraban. Establecieron la práctica de leer el Nuevo Testamento en lengua alemana, y permitieron a las monjas y frailes que desearan hacerlo, dar por nulos los votos monásticos y contraer enlace.

Los sermones de Zwinglio eran cada día más de acuerdo con las doctrinas del Nuevo Testamento, y todos los que le escuchaban no tardaron en comprender que era imposible ser fieles a Cristo viviendo bajo la autoridad del papa.

ZWINGLIO AL FRENTE DE LA CATEDRAL DE ZURICH

En 1519 aceptó el cargo de primer predicador de la catedral de Zurich. En esta ciudad se encontraba su amigo y admirador Obswaldo Myconius, hombre que más tarde llegó a ser una columna de la Reforma en Suiza. En Zurich empezó exponiendo desde el pulpito el Evangelio según San Mateo y grandes auditorios acudían a escucharle. Los días de feria cuando la ciudad se llenaba de campesinos, predicaba especialmente para ellos y éstos se disputaban un sitio en la catedral porque oían la Palabra de Dios expuesta con claridad, y en una forma que llegaba a producir frutos de santidad y justicia. Predicaba sobre los episodios más notables de los Evangelios. Sobre esto decía: "La vida de Jesús ha sido escondida al pueblo; yo quiero beber en la fuente fresca de las Escrituras, y sin recurrir a las explicaciones de los doctores daré a mis oyentes lo que yo mismo encontré por medio del estudio y de la oración".

La popularidad de Zwinglio iba en aumento, y tanto las clases cultas como las populares admiraban su talento, descubriendo en él al profeta que encaminaría al pueblo por nuevos rumbos. El terreno se presentaba muy favorable para la campaña emancipadora que pronto se iniciaría. Zurich era un Estado libre y altamente democrático. La Reforma no dependería de la actitud de un príncipe sino de la del pueblo y este pueblo estaba sediento de libertad cristiana. Al papado y a toda la jerarquía eclesiástica le causaba disgusto.

Pero Zwinglio aun no había roto con el papa, de quien recibía una pensión anual de cincuenta florines, que le había acordado con motivo de la campaña que había hecho en el Milanesado, y de donde había vuelto cargado de regalos del papa Julio II. Más larde por motivos de conciencia renunció a esta pensión.

Todavía no había atacado directamente al papado, pero con la predicación del Evangelio estaba minando los cimientos de ese sistema que no lardaría en derrumbarse en Zurich y en oíros cantones de la Suiza. Todos los que escuchaban al fogoso predicador sacaban esta conclusión: Si es el Evangelio lo que leñemos que seguir, están demás las indulgencias papales, las misas, las penitencias; nada leñemos que ver, como cristianos, con el celibato, el monasticismo; las jerarquías eclesiásticas, ele. Lo llamaban luterano, pero no había sido Lutero el instrumento de su conversión. Fue la gracia de Dios y la lectura de la Biblia lo que obró este milagro en su vida. "Antes de que el nombre de Lutero fuese conocido en nuestro país — decía — yo prediqué el puro Evangelio. ¿Por qué, pues, mis enemigos me llaman luterano? Quieren de este modo injuriarme y desdeñar mi predicación. A Lutero la considero un excelente soldado de la causa de Dios, conocedor de las Escrituras, serio y admirable, como no ha aparecido otro en la tierra desde hace mil años, y nadie, desde la existencia del papado, ha atacado al papa de Roma con armas tan viriles, sin que al decir esto yo quiera tener en poco a oíros. Pero, ¿quién hizo eso? ¿Dios o Lutero? Preguntad al mismo Lutero y él os responderá que fue Dios. Por eso, buenos cristianos, no cambiemos el nombre de Cristo por el de Lutero. Él y yo predicamos la misma doctrina de Cristo sin que nos hayamos concertado, si bien yo no me estimo su igual; en fin, cada uno hace conforme a la medida del don de Dios".

En 1519 Zwinglio pasó por pruebas muy duras, sobre todo la de una grave enfermedad adquirida por contagio, cuando andaba prestando ayuda a los enfermos de una epidemia general. Esta enfermedad le llevó más cerca de Dios, de modo que al sanar entró con más poder y fortaleza al combate cristiano.

MARCHA DE LA REFORMA

Los vendedores de indulgencias hicieron su aparición en Zurich, en mal momento, sin duda, para llevar a cabo su inicuo tráfico. Era como encender la mecha de una bomba que ya estaba bien cargada. Un fraile milanés llamado Bernardo Samson, franciscano, era el encargado de vender el perdón papal. Zwinglio clamó desde el pulpito, y el consejo de la ciudad resolvió que el traficante fuese expulsado del territorio. Zwinglio conocía ya el verdadero perdón y disfrutaba de la seguridad que tienen los que están en Cristo, de modo que al atacar a las indulgencias de papel, lo hacía animado con el más alto espíritu cristiano. "Ningún hombre — decía — puede perdonar pecados. Cristo solo, que es el verdadero Dios y el verdadero hombre, tiene ese poder. Comprad indulgencias si queréis, pero tened por cierto que no os traen ninguna absolución. Los que venden por dinero la remisión de pecados son compañeros de Simón el mago, amigos de Balaam y embajadores de Satanás".

La guerra al papado ya estaba abiertamente declarada y era el pueblo mismo que la sostenía.

Desde el bando papista fue el obispo de Constanza que rompió el fuego, dirigiendo al consejo de la ciudad una protesta porque no habían sido observados los ayunos de cuaresma, a lo que contestó Zwinglio con sesenta y nueve artículos inspirados en las enseñanzas del Nuevo Testamento.

Los dos partidos estaban en continua lucha; y como el concepto de libertad religiosa no existía, cada uno esperaba que el Estado se pronunciase en contra del otro y pusiese fin a la contienda. El Consejo resolvió que en enero de 1523 tuviese lugar una conferencia pública para escuchar a los representantes de ambos partidos. La asamblea se componía de seiscientos representantes. Zwinglio estaba sentado frente a una mesa sobre la cual se hallaba una Biblia. Al tomar la palabra dijo: "He predicado que la salvación se encuentra solamente en Cristo y a causa de esto en toda la Suiza me llaman hereje, seductor y rebelde. Ahora aquí estoy y conjuro a todos mis acusadores, que me consta se hallan en esta sala, a que se levanten y me muestren la verdad". Los ojos de todos se dirigieron hacia Faber, vicario general del obispado, pero para gran sorpresa de todos declaró que se hallaba presente no para discutir sino como simple espectador y para poder informar a su obispo del estado de las cosas. Zwinglio volvió a conjurar a sus adversarios pero ninguno se levantó. Faber anunció la próxima reunión de un concilio y dijo que todos debían esperar el fallo que daría. A la tarde volvió a reunirse la asamblea siempre con resultado negativo, porque los enemigos de la Reforma continuaron en su hermético silencio.

El consejo entonces declaró que no habiéndose demostrado que la doctrina que Zwinglio predicaba fuese falsa, quedaba en plena libertad do continuar predicándola.

Durante estos días se distribuyó profusamente un tratado que contenía una explicación de las tesis defendidas por el reformador, en el que se exponían las doctrinas que llenaban el ambiente y en el que se hacía una declaración de tolerancia religiosa, cosa desconocida en aquel siglo.

El 16 de octubre de 1523 empezó una segunda discusión pública sobre la misa y el culto de las imágenes. Los obispados, las Universidades y doce cantones fueron invitados a enviar sus representantes. Los doctores católicos resolvieron abstenerse procurando así hacer fracasar el debate por falta de combatientes. No obstante, la asamblea contó con unos novecientos miembros, de los cuales trescientos cincuenta eran sacerdotes. Zwinglio negó a la jerarquía romana el derecho de llamarse iglesia. "Los papas, los cardenales y los concilios no son ni la iglesia universal ni una iglesia particular". Un viejo canónigo tomó la palabra para defender al papa. Sostuvo la claudicación de la conciencia y de la razón, diciendo que el pueblo no debe discutir problemas religiosos sino someterse a lo que determine la autoridad de un concilio. "¡Un concilio!, exclamó Zwinglio. ¿Quiénes formarán ese concilio? El papa y obispos ociosos e ignorantes que harán lo que a ellos les plazca. ¡No! ¡Ese concilio no es la iglesia! Kong y Kussnacht (dos aldeas suizas) son más una iglesia que todos los obispos y papas reunidos".

Varios sacerdotes hablaron en favor del culto de las imágenes, basándose en la costumbre y en la autoridad de la iglesia, pero los evangélicos contestaron con argumentos bíblicos.

Uno de los curas irónicamente dijo: "Hasta aquí he creído a los doctores antiguos, desde hoy voy a creer a los modernos". "No es a nosotros — respondió Zwinglio — que debes creer, sino a la Palabra de Dios".

El presidente de la asamblea tomó la palabra, y dijo que en vista de lo que había oído declaraba que correspondía al Consejo abolir el culto de las imágenes.

Se pasó luego a tratar el asunto de la misa. Zwinglio la declaró idolátrica y por lo tanto contraria a la verdadera adoración cristiana. Varios sacerdotes se manifestaron en el mismo sentido, y Baltasar Hubmayer, el futuro adalid anabaptista, negó que la misma fuese un sacrificio expresándose así: "Cristo no dijo: ofreced esto, sino haced esto".

Otro anabaptista, Conrado Grebel, se levantó y enérgicamente manifestó que ya ha había discutido mucho y que lo que correspondía era suprimir los abusos de una vez para siempre, tomando medidas radicales y eficaces. En su intrepidez iba más allá que Zwinglio, quien trató de calmarlo respondiendo que el Consejo publicaría un decreto al respecto. Esto era colocar en el

Consejo el centro de la autoridad religiosa y por eso Simón Stumpf respondió: "El Espíritu de Dios ya ha decidido este asunto, ¿por qué someterlo al Consejo?"

La conferencia fue del todo favorable a la Reforma, pero Zwinglio no quería ensoberbecerse por la victoria, haciendo tomar medidas violentas; pero sin enconos ni furias iconoclastas fue suprimido el ritual papista y restablecido el culto cristiano en su primitiva sencillez y pureza. En la Pascua de 1524 se celebró por primera vez la santa cena bajo las dos especies, suprimiéndose la media comunión papista.

Casi todos los curas que habían asistido a la conferencia regresaron a sus parroquias dispuestos a seguir más de cerca las enseñanzas de Cristo. La Palabra de Dios empezó a ser predicada en todas partes con gran alegría del pueblo.

Zurich se independizó del obispado de Constanza y el pueblo fue declarado depositario del tesoro del Evangelio: los acontecimientos sucesivos demostraron que éste sabe cumplir con tan sagrado deber mucho mejor que los encumbrados eclesiásticos.

Se tomaron serias disposiciones contra el juego, el lujo desmedido, los vestidos indecentes y contra todo lo que fuese una relajación de las costumbres. Los frailes y monjas salieron de los monasterios y se autorizó el casamiento de los eclesiásticos.

La Reforma se extendió pronto a otros cantones. Berna, Basilea, Saint Gall, Gravis, Grissons y Schaffouse abrieron las puertas al Evangelio. En Berna, en Badén y otras ciudades tuvieron lugar discusiones, abiertas ante el pueblo, que terminaron siempre con la adopción de la Reforma.

LA CONFERENCIA DE MARBURGO

Lutero había abandonado muy lentamente la doctrina romanista de .la transubstanciación y formuló la de la consubstanciación, enseñando que el comulgante recibe junto con el pan y el vino, el cuerpo y la sangre de Cristo. Otros reformadores, y Zwinglio en particular, enseñaban que los elementos son solamente símbolos representativos y que se participa del cuerpo y de la sangre solo en un sentido espiritual. Sobre estos dos puntos de vista habían escrito ambos reformadores muy apasionadamente.

El príncipe Felipe de Hesse, hombre que se había adherido entusiastamente a la Reforma, quiso unir las dos tendencias porque graves peligros amenazaban a los Estados protestantes, y era urgente hacer desaparecer toda discordia para presentar un frente único a las amenazas de Carlos V que planeaba una guerra para someter por la fuerza a todos los que se habían emancipado del papado. Lutero se oponía a toda alianza con los que negaban la presencia real en los elementos de la santa cena, convencido de que estaban en un error tan grave que los excluía de la iglesia de Cristo.

Creyó Felipe de Hesse que no era tarea difícil efectuar una reconciliación, y propuso que Lutero y Zwinglio tuviesen una conferencia en Marburgo para conseguir ese fin, considerando que una vez conseguida la unidad doctrinal no costaría mucho conseguir la deseada alianza política y militar.

Lutero recibió la invitación con mucha frialdad e hizo todo lo posible para hacer fracasar la conferencia. Zwinglio, en cambio, anhelaba de tal modo la unidad cristiana, que se puso en marcha aun antes de que el consejo de Zurich le acordase el permiso para dejar la ciudad.

Lutero se presentó acompañado de Melanchton y otros teólogos de Wittenberg. Zwinglio por su parte había sido seguido por Oecolampade y varios reformadores suizos.

La primera conferencia tuvo lugar el 2 de octubre de 1529 en uno de los salones del castillo donde los reformadores habían sido alojados. El príncipe, deliberadamente, evitó toda pompa y ceremonia palaciega que despojase al acto de la augusta sobriedad cristiana. Alrededor de una mesa se sentaron él, Lutero, Zwinglio, Melanthon y Oecolampade. El número de personas presentes en el acto era sólo de veinticuatro, que más tarde llegó a unas cincuenta. Lutero tomando un pedazo de tiza inclinó la cabeza y se puso a escribir con mano firme sobre la carpeta de felpa que cubría la mesa. Los ojos de todos miraron el movimiento de aquella mano y pudieron leer estas palabras: Hoc Est Corpus Meum. Esta inscripción le fortifica en su firme convicción y era una advertencia a sus adversarios. Abierta la discusión dijo Lutero: "Declaro que estoy en desacuerdo con mis adversarios respecto a la doctrina de la cena, y que siempre lo estaré. Cristo dijo: Esto es mi cuerpo". Así demostraba Lutero que su mente no estaba abierta para aprender lo que otros pudiesen enseñarle. No habló como el profesor de Estrasburgo, Francisco Lamber, que dijo: "Yo quiero ser una hoja de papel blanco sobre la cual el dedo de Dios escriba la verdad".

A la declaración de Lutero respondió Oecolampade: "No se puede negar que hay figuras en la Palabra de Dios: Juan es Elías, la piedra era Cristo, Yo soy la vid. La expresión esto es mi cuerpo, es una figura de este género".

Tomó la palabra Zwinglio y dijo: "Hay que explicar la Escritura por la Escritura". "Jesús dice que comer corporalmente su carne de nada aprovecha (San Juan 6.), de donde resultaría que en la cena nos daría una cosa inútil". "El alma se alimenta de espíritu y no de carne".

Los argumentos se sucedían unos tras otros, pero Lutero quedaba inconmovible en su posición, señalando con el dedo el escrito que tenía por delante y repitiendo: “Esto es mi cuerpo, esto es mi cuerpo. El diablo no me moverá de aquí. Tratar de comprender es destruir la fe”.

Como la discusión iba subiendo de tono, el príncipe, que actuaba como moderador, la interrumpió aprovechando la oportunidad de que llamaban a comer.

Al día siguiente volvieron a reunirse, pero no conseguían llegar a ningún acuerdo. Lutero insistía tanto en repetir la frase esto es mi cuerpo que Zwinglio se impacientó un poco, y poniéndose en pie dijo: "Es inútil discutir de esta manera. Un testarudo podría citar estas palabras del Señor a su madre: he aquí tu hijo, dichas, con referencia a Juan. En vano se le darían explicaciones, él no cesaría de gritar: ¡No!, ¡no! él dijo: Ecce filius tuus, he ahí tu hijo, he ahí tu hijo".

Viendo que nada se adelantaba, Oecolampade dijo que no valía la pena continuar la conferencia. El príncipe tembló al oír esta triste declaración, e invocando mil razones cristianas les rogaba que se pusiesen de acuerdo. Lutero declaró que era imposible. Zwinglio no pudo menos que ponerse a llorar, y sin arribar a ningún acuerdo terminó el coloquio.

Una cosa quedaba bien demostrada para la gloria del protestantismo, y es que los reformadores eran hombres de convicciones firmes, sinceros en sus creencias, y que no obedecían a sus sentimientos personales ni obraban por intereses políticos. Obedecer a Dios, conforme a la conciencia, costase lo que costase, era la divisa de la Reforma.

El príncipe no podía reconciliarse con la idea de que los adalides de la buena causa se separasen en desacuerdo, y continuaba rogando, advirtiendo, exhortando, y conjurando a que se uniesen. Volvieron a tener otra conferencia. "Confesemos nuestra unidad en las cosas en que estamos de acuerdo — dijo Zwinglio — y respecto a las otras recordemos que somos hermanos. La paz no existirá jamás entre las iglesias si manteniendo todas la doctrina de la salvación por la fe, no se puede diferir en puntos secundarios".

"Sí, sí, — contestó el príncipe — estáis de acuerdo. Dad testimonio de vuestra unidad y reconoceos como hermanos". Zwinglio dijo entonces a los doctores de Wittenberg: "No hay personas sobre la tierra con quienes yo más quiera estar unido que con vosotros". Lo mismo dijeron sus compañeros.

"Reconocedlos, reconocedlos como hermanos", dijo el príncipe, con el tono del que implora una gracia. Los corazones estaban conmovidos. Zwinglio bañado en lágrimas, extendió su mano a Lutero, pero Lutero la rechazó diciendo: "Vosotros sois de otro espíritu". Tenía razón, porque en esta escena el espíritu de Cristo estaba con los suizos, y el de Elías que pide que baje fuego del cielo, con el reformador alemán y los suyos.

Las conversaciones continuaron, y por fin se encontró un punto sobre el cual empezar la reconciliación. Lutero dijo que aunque no podía unirse a ellos sobre la base de la fe doctrinal, podía hacerlo sobre la de la caridad cristiana. Los suizos no rechazaron este punto de contacto, y enseguida los representantes de ambas tendencias se dieron la diestra de compañerismo. Lutero conmovido dijo: "¡Que la mano de Jesucristo quite de entre nosotros el último obstáculo que nos separa. Hay entre nosotros una buena concordia, y si oramos con perseverancia, la fraternidad vendrá".

Los espíritus se serenaron y los corazones se unieron, y a fin de poder hacer una manifestación ante el mundo, resolvieron redactar y firmar los artículos de fe sobre los cuales estaban de acuerdo. A Lutero le encargaron la difícil tarea de componer este escrito que muy fácilmente podía convertirse en un nuevo elemento de discordia. Lutero se retiró a meditar para poder escribir con calma, y cuando volvió para leer el pliego, que con oración había redactado, todos lo firmaron con regocijo descubriendo que estaban concordes en todo lo que es fundamental y esencial a la salvación, y que aun sobre el artículo de la cena había más puntos de unión que de desacuerdo.

EL DESASTRE DE CAPPEL

Los últimos años de Zwinglio fueron de lucha incesante, tanto en el campo religioso como en el político. Suiza había quedado dividida y en 1529 los soldados de los cantones protestantes estaban frente a los católicos, prontos para librar una sangrienta y feroz batalla. Cada ejército contaba con unos treinta mil hombres, pero la voz del venerable Aebeli que se esforzaba en evitar una guerra fratricida fue escuchada y se firmó un acuerdo sin entrar en combate. Zwinglio no quedó satisfecho porque había confiado en la espada como medio de hacer penetrar el Evangelio en los cantones que permanecían católicos.

Pero la paz firmada no fue durable debido a que cada partido al suplantar al otro, negaba el derecho de libertad de conciencia que figuraba en las bases del tratado firmado. El desacuerdo era cada vez más profundo. Los cantones católicos se consideraron agraviados por las medidas que los protestantes lomaban, y se lanzaron precipitadamente a la guerra, invadiendo el territorio de Zurich. Los protestantes no estaban preparados para la guerra, pero en vista de esta invasión se alistaron a toda prisa y se dispusieron a partir al campo de batalla. En medio de la confusión todos pedían la presencia de Zwinglio. Era antigua costumbre que la bandera cantonal saliese siempre acompañada de un representante de la iglesia, y el reformador no tardó en ir a ocupar su puesto.

Frente a la plaza de la catedral estaba la casa de Zwinglio. A la puerta un caballo lo esperaba. A las once del día se le vio salir con la mirada firme pero cubierta de un velo de tristeza. Acababa de despedirse de su esposa, de sus hijos y de sus amigos íntimos, y estaba con

el alma acongojada porque no se hacía ilusiones sobre el porvenir. ¿No era él quien había hecho desencadenar esta tormenta al dejar la atmósfera tranquila del Evangelio para lanzarse al torbellino de las pasiones políticas? Presentía que él sería la primera víctima.

Zwinglio se había casado con Ana Reinhard, y en ella había hallado no sólo la fiel compañera de su vida sino la colaboradora eficiente en su sagrado ministerio. Todas las noches leían juntos la Biblia. Un ejemplar que Zwinglio le había regalado fue hasta el día de su muerte su compañero inseparable. Nadie había sido más celosa que ella en la tarea de propagar este libro y el conocimiento de su doctrina. Ella recibía debajo de su techo, con gran ternura, a los extranjeros que llegaban huyendo de las persecuciones que se levantaban en casi todos los países de Europa. Ella reemplazaba a su esposo en las visitas pastorales, especialmente en el caso de los enfermos pobres para quienes buscaba remedios, alimentos y ropa. Una vez por semana reunía en su casa a las esposas de los otros pastores de la ciudad, y pasaban horas de sana socialibilidad cantando himnos religiosos y leyendo trozos de la Biblia.

Había llegado la hora de separarse de esta esposa santa e ideal. Acompañado por ella y rodeado de sus hijos que llorando se prendían de su ropa para retenerlo, salió de esta casa querida donde había pasado horas tan felices. Al pie del caballo dijo a Ana que bañada en lágrimas estaba con la cabeza sobre su pecho: "Ha llegado la hora en que tenemos que separarnos. Así lo quiere el Señor... Amén. ¡Que Dios quede contigo... conmigo... con los nuestros! La abrazó, y Ana que tenía lúgubres presentimientos rompió el silencio: "¿Nos volveremos a ver?" "Si el Señor lo quiere" respondió el afligido esposo. Ana volvió a hablar: "Cuando regreses, ¿de qué serás portador?" "Después de las tinieblas, la bendición", respondió. Abrazó a sus hijos y montando a caballo partió.

Las miradas del gentío que llenaba la plaza no podían apartarse del ídolo de la ciudad. "Es la última vez que lo veremos", se decían unos a otros.

La columna se puso en marcha, pero no como soldados que van confiados en la victoria sino como quienes presiente una segura derrota.

Cuando ya habían salido de la ciudad la gente que los había despedido regresó a sus hogares sumida en la más profunda tristeza. Ana había visto partir a su esposo, un hijo, un hermano y a un crecido número de parientes y amigos.

Llegados a Cappel se libró la feroz batalla. Las fuerzas católicas, cuatro veces más numerosas que las protestantes, consiguieron una victoria completa. La artillería hizo grandes estragos y en la lucha cuerpo a cuerpo cayeron miles de hombres.

Zwinglio corría por todas partes auxiliando a los heridos, cuando de repente una enorme piedra venida con toda fuerza lo hirió en el cráneo y lo derribó. No bien logró levantarse, nuevos golpes lo hicieron caer, y finalmente, recibiendo una feroz lanzada, cayó para nunca más levantarse. Viendo que estaba cubierto de sangre exclamó: "¡Qué importa esto! ¡Pueden matar el cuerpo, pero no el alma!" Fueron sus últimas palabras.

Recostado debajo de un árbol veía a los soldados correr de una parte a otra y oía sus gritos de furor y de venganza.

Los católicos recorrían el campo de batalla sembrado de muertos y heridos. “Invocad a los santos y confesaos a nuestros sacerdotes”, decían a los protestantes. Algunos por temor a ser ultimados obedecían. A los que rehusaban los traspasaban con la espada hasta darles muerte, Zwinglio con la mirada levantada al cielo oía el gemido de las víctimas.

La noche ya había extendido su negro crespón. Dos soldados llegaron junto a Zwinglio cuando estaba a punto de expirar y le dijeron: "¿Quieres que te traigamos un sacerdote para confesarte?" Con una señal de la cabeza contestó negativamente. "Si no puedes hablar — continuaron — piensa en la madre de Dios e invoca a los santos". Otra vez movió la cabeza para

decir que no. Entonces los soldados se pusieron a maldecirlo. "Sin duda eres uno de los herejes de la ciudad", dijo un soldado, al tiempo que le levantaba la cabeza para 'mirarle la cara frente a una luz. No había acabado de pronunciar testas palabras cuando asustado la soltó exclamando: "¡Me parece que es Zwinglio!" Un capitán mercenario lo reconoció y gritando: "¡Zwinglio, vil hereje, infame, traidor!" "¡Muere hereje obstinado!", sacó la espada tantas veces vendida al extranjero y le aplicó un golpe mortal en la garganta. Era el 11 de octubre de 1531. "Así — escribió Bullinger — Ulrico Zwinglío, fiel pastor de la iglesia de Zurich, fue herido en medio de las ovejas de su rebaño con las cuales permaneció hasta la muerte, y pereció por la mano de un mercenario, por la confesión de la verdadera fe en Cristo, único Salvador, mediador e intercesor de los fieles".

No bien despuntó el día una multitud de enemigos se congregó alrededor del cadáver del reformador. Muchos pedían que fuese cortado en cinco pedazos y enviados a los cinco cantones vencedores. Algunos católicos de mejores sentimientos se opusieron, pidiendo paz para los muertos, pero tuvieron que retirarse ante los gritos de la multitud endemoniada. Al son de los tambores se juzgó al cadáver y fue sentenciado a ser descuartizado por traición y quemado por herejía. El verdugo de Lucerna cumplió la macabra ceremonia. Una vez que fue reducido a cenizas las mezclaron con cenizas de puercos, y la multitud se encargó de pisotearla y lanzarla a los vientos.

La noticia del desastre de Cappel llegó a Zurich y se oyeron por todas partes ayes de desesperación y angustia. Todos se inquietaban por la suerte de los suyos que habían salido al campo de batalla. Ana había oído desde su casa él disparo de la artillería. Esposa y madre, esta noble dama, pasó una noche de angustiosa expectativa.

En el camino de Cappel todos inquirían noticias a los derrotados que habían conseguido huir. Oswaldo Myconius preguntaba sobre la suerte del reformador. De repente se oyó decir: "¡Zwinglio no existe más! ¡Zwinglio ha muerto!" La dolorosa nueva llegó a los oídos de Ana, quien al saberla abrazó a sus hijos y poniéndose de rodillas exclamó sollozando: "¡Oh Padre, no mi voluntad sino la tuya!" No tardaron en llegar otros mensajeros que con cortos intervalos le anunciaron la muerte de su hijo Gerardo, de su hermano Reinhart, de su yerno Wirz, de su cuñado Lutschi y de muchos amigos y conocidos. ¡Todo estaba perdido!

Humillada y reducida, después del desastre de Cappel, la Reforma salió purificada del crisol de la prueba. Los hombres de Dios tuvieron que aprender de Zorobabel que no con ejército ni con fuerza sino con el Espíritu de Jehová se edifican los muros del templo derruido.

Capítulo Cuarto
LA REFORMA EN FRANCIA
SANTIAGO LEFEVRE.

En los primeros años del siglo XVI, entre los muchos doctores que ilustraban a la capital francesa, se distinguía un hombre de corta estatura y de origen plebeyo que, por su saber y elocuencia, ejercía un gran poder de atracción. Se llamaba Santiago Lefevre. Había nacido el año 1455 en Etaples, pequeño puerto cercano a Boulogne sur Mer. A su vasta erudición unía una profunda piedad y un carácter altamente noble. Había viajado mucho relacionándose, por este medio, con muchos hombres y centros intelectuales de Europa. En 1493 ya actuaba en la Sorbona y era a los ojos de Erasmo una de las primeras figuras de aquella Universidad. Aunque fuertemente ligado a las prácticas religiosas del romanismo, se empeñaba en dar una nueva y más espiritual orientación a los estudios, estableciendo principalmente el de la Biblia y el de las lenguas originales en que fue escrita. Su seriedad en la cátedra no le impedía ser un hombre jovial y sin afectaciones; Cántela, jugaba, discutía, y a menudo con los alumnos se reía de la locura da este mundo. Un gran número de discípulos, venidos de toda la nación, le rodéala y escáchala con cariño e interés. Era un pozo de sabiduría y nadie podía escucharle sin sacar provecho y ser edificado.

Entre sus alumnos se encontraba Guillermo Farel, el futuro y atrevido reformador. Ambos estaban entregados por completo a la mariolatría y se les veía juntos adornando con flores el altar de la imagen de una virgen. Pero algunos rayos de luz empezaban a brillar en el alma del venerado profesor; presentía la llegada de días mejores para la cristiandad, y tomando la mano de Farel le decía: "Querido Guillermo, Dios renovará el mundo, y tú lo verás".

Lefevre había empezado a escribir la vida de todos los santos que figuran en el calendario. Ya había escrito sobre los que figuran en los dos primeros meses, cuando tanta leyenda y puerilidad le llenó de disgusto. ¡Qué contraste entre este pobre material y la sublimidad de los Evangelios! Comprendiendo que su penoso y largo trabajo sólo serviría para fomentar la idolatría y superstición de los lectores, lo abandonó resueltamente y se volvió a las Sagradas Escrituras. Ese día nació la Reforma en Francia.

En 1512 apareció la primera parte de su "Comentario sobre las Epístolas de San Pablo" que se conserva en la Biblioteca Nacional de París, y que hizo decir a Richard Simón que "Santiago Lefevre debe ser colocado entre los comentadores más hábiles de su siglo".

Estudiando y comentando esos libros llegó necesariamente a la doctrina de la justificación por la fe. Los estudiantes de la Sorbona oían por primera vez este lenguaje extraño y esta doctrina tan diferente a la que enseñaban los teólogos romanistas: "Es Dios únicamente que por gracia, por la fe, justifica para vida eterna. Hay una justicia de obras y otra de gracia; una viene del hombre, la otra viene de Dios; una es terrestre y pasajera, la otra es divina y eterna; una es la sombra y señal, la otra es la luz y la verdad; una hace conocer el pecado para huir de la muerte, la otra hace conocer la gracia para conseguir la vida".

La salvación por gracia, mediante la fe en Cristo, sin las obras, llegó a ser el tema diario en la Universidad. Pronto se oyeron las objeciones que siempre se hacen a esta verdad por parte de los que no la entienden o no la quieren reconocer. "Si somos salvos por la fe — decían — no tenemos necesidad de hacer buenas obras; Santiago dice que la fe sin obras es muerta; esta enseñanza conduce al abandono, a la negligencia, a la esterilidad".

Lefevre contesta: "¿No dice Santiago (cap. I.) que toda gracia y todo don perfecto viene de lo alto? Ahora bien; ¿quién puede negar que la justificación sea el don perfecto, la gracia por excelencia? Si vemos que un hombre se mueve, la respiración que en él notamos es para nosotros

la señal de que tiene vida. Así las obras son necesarias como señales de una fe viva que acompañan a la justificación".

Lejos de que la justificación por la fe conduzca al descuido de las buenas obras, es ella la que las produce y por eso dice: "¡Oh si los hombres pudiesen comprender este privilegio! ¡Cuán puros, santos y castos se mantendrían y cuan ignominiosa les resultaría la gloria del mundo comparada con la gloria interior, que está oculta a los ojos carnales!"

Lefevre de Etaples ha sido llamado con justicia el padre de la Reforma. Los protestantes franceses hacen notar con orgullo y satisfacción que la Reforma no es en los países latinos un producto importado del extranjero; nació en Francia, germinó en París, tuvo sus raíces en la misma Sorbona. Lefevre enseñaba en sus aulas la doctrina básica del protestantismo en el año cuando Lutero iba a Roma por un asunto de frailes y Zwínglio no había todavía empezado a estudiar las Escrituras.

La persecución no se hizo esperar mucho tiempo. Actuaba entonces como síndico de la Sorbona Noel Bedier, llamado comúnmente Beda; hombre que se alimentaba de las sentencias áridas de la escolástica y que ponía al servicio de la autoridad de la iglesia romana todas las tesis y antítesis que hervían en su cerebro; andaba siempre en busca de algún pleito o de algún hombre n quien atacar; todos le temían porque cuando menos pensaban se hallaban comprometidos en alguna intriga por él fraguada, con el fin de ejercer una dominación despótica en aquel centro de estudios. Hacía tiempo buscaba algún pretexto para destruir la influencia moral de Lefevre, y siendo incapaz de afrontar una lucha sobre una doctrina importante, consiguió librarla sobre un punto baladí. Lefevre había afirmado que María, la hermana de Lázaro de Betania; María Magdalena, mujer enferma curada por Jesús: y la pecadora que aparece en el capítulo séptimo de San Lucas, eran tres personas distintas. Los padres griegos las habían distinguido, pero los latinos lucieron de las tras una sola. Esta herejía de las tres Marías puso en movimiento a Beda y a todo su ejército; Fisher, obispo de Rochester, uno de los prelados más eruditos del siglo, escribió contra Lafevre sosteniendo la tesis de María única; y todos los doctores se declararon contra una opinión que hoy sostienen los mejores exégetas romanistas, incluso el padre Felipe Scio en sus notas a la traducción de la Biblia castellana. Lefevre fue condenado y sólo la intervención del rey Francisco I, que quería humillar a la Sorbona, pudo librarlo de las garras de sus perseguidores.

Pero Beda y los suyos no se dieron por vencidos y siguieron conspirando contra Lefevre, y al ver que la leña aún estaba verde para encender la hoguera procuraron hacerle la vida insoportable.

En este tiempo la Sorbona se pronunció contra Lutero, de modo que los que se adherían a la doctrina de la gracia eran severamente vigilados y estaban en constante peligro de ser denunciados y finalmente condenados.

Entre los amigos de la Reforma se contaba el obispo Brigonnet, de la ciudad de Meaux, quien no cesaba de manifestar su gran admiración por Lefevre y las doctrinas que había sacado a luz. Éste le ofreció un asilo en la sede de su diócesis, y así para disfrutar de calina y seguridad dejó la capital y se estableció en la ciudad que estaba destinada a ser teatro de una gran actividad evangélica y refugio de muchos cristianos perseguidos.

Lefevre en su nuevo campo de acción exponía las Escrituras con más libertad que en París: "Es necesario — decía — que los reyes, los príncipes, los grandes, los pueblos, todas las naciones, no piensen sino en Jesucristo. Es menester que cada sacerdote se asemeje al ángel que Juan vio en el Apocalipsis volando por en medio del cielo, teniendo en su mano el evangelio eterno, para llevarlo a todo pueblo, tribu y nación. ¡Naciones, despertaos a la luz del evangelio y respirad la vida eterna! ¡La Palabra de Dios es suficiente!"

"¡La Palabra de Dios es suficiente!" Esta vino a ser la divisa de la Reforma. "Conocer a Cristo y su Palabra — decía Lefevre — esa es la teología viva, única y universal. El que conoce eso conoce todo".

La buena nueva de salvación se predicaba libremente en Meaux y muchos se gozaban al haber encontrado la perla de gran precio. En muchas casas de familia se formaban asambleas para estudiar las Sagradas Escrituras y oír la predicación de los que Dios levantaba para ese ministerio. En no pocas iglesias la predicación era puramente apostólica. El obispo se regocijaba al ver cómo la verdad empezaba a desalojar la, superstición, y alentaba con su palabra y con su ejemplo a los que tomaban parte en este extraordinario movimiento espiritual.

Lefevre comprendió que la gran necesidad del momento era poner la Biblia al alcance de todos mediante una traducción en lengua vulgar. El 30 de octubre de 1522 publicaba los cuatro Evangelios; al mes siguiente los demás libros del Nuevo Testamento; más tarde aparecieron los Salmos.

Estas porciones de la Biblia eran recibidas con verdadero entusiasmo y su lectura derramaba luz a torrentes en los corazones de la gente ya cansada de las áridas tradiciones del papismo; en Francia, como en todas partes, penetraban como espada de dos filos hasta partir el alma y poner de manifiesto las intenciones del corazón.

Los franciscanos empezaron entonces a hacer una guerra sin cuartel a los amantes de la Palabra de Dios. Saliendo de sus claustros se introducían en las casas para prevenir a todos, contra las nuevas ideas que se estaban propagando, y producían alarma diciendo: "Estos maestros son herejes; atacan las prácticas más santas y niegan los más sagrados misterios". Los que ya conocían el evangelio y eran lectores del Nuevo Testamento sabían cómo contestar, pero los demás no, y quedaban bajo la impresión de que un grave mal les amenazaba.

Llevan su acometida hasta la misma casa episcopal y apostrofan atrevidamente a Briconnet: "Aplastad esta herejía — le dicen — o la peste que ya infecta la ciudad de Meaux correrá por todo el reino". El obispo los despide varonilmente, pero ellos no se acobardan; van a París y uniéndose a Beda denuncian al Parlamento quo la mala doctrina se propaga desde él mismo obispado. La Iglesia, el Gobierno y la Universidad se unen para extirpar lo que ellos llaman herejía, y aquí es triste ver al obispo ceder ante la presión de estas fuerzas conjuradas y ponerse en contra de la obra que había favorecido. Le faltó el valor necesario para pelear la buena pelea de la fe, y no solamente depone las armas sino que las emplea contra los soldados de la verdad. El 15 de octubre de 1523 promulgó tres decretos; el primero recomendando las oraciones por los muertos y la invocación de la virgen; el segundo prohibiendo prestar, comprar, leer o poseer los libros de Lutero; el tercero estableciendo la doctrina del purgatorio.

Pero los papistas no estaban satisfechos con todo esto y lo acusaban de no haber roto completamente con Lefevre y aun de sostenerlo secretamente, de modo que dos años después volvieron de nuevo sobre él y le arrancaron una retractación formal que él mismo confirmó proclamando un ayuno general, acompañado de pomposas ceremonias y la convocación de un Sínodo que condenó las obras de Lutero.

La caída de Briconnet fue un golpe terrible para los amigos del Evangelio. Roma triunfaba. Lefevre estaba reducido al silencio y sus compañeros más atrevidos habían tenido que huir al extranjero.

Cuando Lefevre ya no podía contar con el apoyo de sus poderosos amigos, entre los cuales se hallaba el mismo rey Francisco Iº, ahora prisionero en España, Beda creyó que el momento era oportuno para hacerlo morir en la hoguera y consiguió que el Parlamento, el 28 de agosto de 1525, condenase nueve proposiciones extraídas de sus obras. Lefevre comprendió que la hora era crítica y huyó de Meaux para Estrasburgo, donde se unió a los amigos de la Reforma

que con toda libertad estaban predicando el Evangelio. En esta ciudad tuvo el gran gozo de encontrar a su discípulo Guillermo Farel que tres años antes había huido de Meaux. El viejo doctor de la Sorbona encontraba al joven soldado de Jesucristo en la plenitud de su vigor y lleno de energía espiritual. "¡Oh hijo mío — le dijo el anciano — continúa predicando con coraje el santo Evangelio de Jesucristo".

Margarita de Orleans, hermana del rey Francisco Iº, quien por medio de Lefevre había conocido la verdad del Evangelio, era a la sazón reina de Navarra. Viendo ella que la vida del ya viejo y venerado doctor volvía a estar en peligro, dio los pasos necesarios para que le fuese permitido ir a residir en Nerac, donde ella tenía su modesta corte. Al lado de esta discípula que había convertido su pequeño Estado en un asilo de cristianos perseguidos, podía descansar de sus trabajos en los últimos años de su carrera terrenal.

En 1534 lo visitó el joven Juan Calvino, quien más tarde daría a la Reforma tan poderoso impulso.

Noticias consternadoras llegaban de París. En enero de 1535 eran quemados seis creyentes en las plazas principales, y el rey con sus tres hijos, seguido de gran cortejo, asistía a estas ejecuciones. Muchos otros sufrían idénticos suplicios, pues el rey ya se había dejado dominar por los clérigos desoyendo los consejos de su ilustre y piadosa hermana Margarita.

Un día, a principios del año 1536, Lefevre se sentaba a la mesa de la reina junto con otros invitados. Todos notaron en él un semblante triste. La reina le preguntó la causa de este abatimiento y él contestó: "Es muy natural que cuando tantas personas mueren confesando el Evangelio que yo les he enseñado, me aflija por no haber sabido merecer la misma suerte".

Después de la comida se acostó para no volver a levantarse más. Pasó los últimos momentos de su vida mirando con gozo la ciudad celestial a la cual se dirigía. El pastor Roussel, otro exilado, estaba a su lado y escuchó las últimas palabras que salieron de los labios de este hombre de Dios, que pasó sus años enseñando la verdad con amor. Fueron también estas últimas palabras, palabras de fe y esperanza, lamentando tan sólo morir sobre un lecho rodeado de amigos, pues creía que su vida debía haberla terminado como sus discípulos, muriendo en la hoguera.

Fue sepultado en la iglesia de Nerac, cubierto con una piedra de mármol que la reina Margarita había hecho preparar para su propia sepultura.

JUAN LECLERC

Entre los cristianos evangélicos de Meaux actuaba destacadamente un cardador de lana llamado Juan Leclerc a quien todos reconocieron como el verdadero pastor del rebaño cuando los doctores habían tenido que huir o guardar silencio. Su padre permanecía adicto a la causa romanista, pero su madre, en cambio, le acompañaba en la fe, lo mismo que un hermano llamado Pedro.

La doctrina del sacerdocio universal de los creyentes no era letra muerta entre los reformados, así que entre ellos llegó a ser muy natural que un hombre de humilde profesión, sin instrucción académica, se levantase para predicar, enseñar las Escrituras y pastorear a la iglesia perseguida. Leclerc era uno de éstos, que sin revestir el carácter ministerial formal, se dedicaba a impartir a sus hermanos el conocimiento de la verdad que él había adquirido mediante la lectura de la Biblia y de tratados de controversia y edificación que circulaban en aquellos días de gran agitación religiosa. Tenía gran facilidad para exponer las Escrituras, y el fervor espiritual que le animaba se comunicaba pronto a cuantos le oían. Su palabra iba siempre acompañada de poder y

obraba milagros, produciendo conversiones instantáneas seguidas de frutos dignos de arrepentimiento.

El trabajo con que se ganaba el pan no le impedía encontrar tiempo para andar de casa en casa fortificando la fe de los discípulos y consolando a los muchos afligidos que había entonces entre los que seguían el Evangelio.

Más de una vez sentía impaciencia al saber que en Francia la Palabra de Dios no se recibía con tanto fervor como en los países vecinos. Hubiera querido ver el edificio papal derrumbarse en un instante para que de sus escombros se levantase el verdadero templo del Señor. Su impetuosidad era parecida a la de Carlstadt en Wittemberg. Escribió una proclama contra el Anticristo de Roma anunciando que el Señor no tardaría en destruirlo con el soplo de su boca y la claridad de su venida, y la colocó en las puertas de la catedral. Toda la ciudad fue conmovida y los frailes irritados exclamaban: ¡Un cardador de lana, lanzarse así contra el papa! ¡Esto es intolerable! ¡Un castigo ejemplar se impone! Leclerc fue arrestado.

El proceso terminó en menos de una semana, en el que fue condenado a ser azotado tres días consecutivos por las calles de la ciudad y al tercer día marcado en la frente con un hierro candente. Pronto empezó este triste espectáculo. Con las manos atadas a la cintura y las espaldas desnudas, era paseado por las calles, y los verdugos le seguían dejando caer los golpes que tenía que recibir. Una multitud seguía el cortejo, y la sangre que corría de las espaldas del mártir iba dejando señales en la ruta. Muchos lanzaban improperios maldiciendo al hereje, mientras otros con el silencio expresaban su conmiseración. Una mujer iba a su lado alentándolo con sus signos, sus, palabras, sus miradas: era su madre, mujer heroica y piadosa que lo secundaba en sus tareas de pastor.

El tercer día, después que había terminado la sangrienta y cruel procesión hicieron detener a Leclerc en la plaza donde se efectuaban las ejecuciones. El verdugo encendió el fuego y calentó el hierro con el que tenía que marcar al siervo de Jesucristo. Acercándose le puso en la frente la marca de los herejes. Se oyó un gemido, pero no fue Leclerc quien lo lanzó; era su madre que presente al espectáculo, despedazada de dolor, sentía en ella librarse un combate; era el entusiasmo de la fe que luchaba con el amor de madre. Al fin la fe triunfó y con una voz que hizo temblar á los verdugos dio gloria a Cristo su Salvador. Esa audacia hubiera sido castigada por los esbirros de la tiranía papal, pero el heroísmo de esta madre cristiana había helado la sangre de soldados y sacerdotes. La multitud respetuosa no se movió y la heroína de la fe volvió a su casa sin ser molestada. "Ninguno de sus enemigos — dice Teodoro de Beze — se atrevió a poner sobre ella la mano".

Después que Leclerc fue puesto en libertad se retiró a una población cercana y en 1523 se estableció en Metz, Lorena, donde nuevas y más dolorosas pruebas le esperaban.

Trabajando siempre de su oficio se ocupaba activamente en la evangelización, consiguiendo la conversión de muchos que fueron las primicias de una iglesia que llegó a ser célebre en los anales del protestantismo francés.

Metz se había convertido en un foco de luz espiritual y mucha gente de distinción había abrazado abiertamente la fe, cuando el celo imprudente de Leclerc detuvo bruscamente la marcha lenta pero segura de la naciente iglesia, precipitándola en una tempestad destructora.

El espíritu de Leclerc, como el de san Pablo en Atenas, se deshacía en él, viendo la ciudad entregada a la idolatría. El día de una gran fiesta religiosa se acercaba. Cerca de la ciudad había una vieja capilla que guardaba las imágenes "milagrosas" de muchos santos y vírgenes, las que eran visitadas anualmente por una numerosa peregrinación. Leclerc se acordó de estas palabras del Éxodo: "No te inclinarás a sus dioses, ni los servirás, ni harás como ellos hacen; antes los destruirás del todo, y quebrarás enteramente sus estatuas". 23:24. Olvidándose que el espíritu del

Antiguo Testamento es distinto del espíritu del Nuevo, y que una cosa es Israel y otra la iglesia, creyó leer en estas palabras una orden de Dios que él debía ejecutar. Sin consultar a sus hermanos, la víspera de la peregrinación, a la noche, se dirigió a la capilla, sacó las imágenes de sus altares, las hizo pedazos y las esparció por el suelo. Consumado el hecho regresó a la ciudad antes de salir el sol.

Pocas horas después todo Metz estaba en movimiento organizando la peregrinación, la que con gran pompa se puso en marcha encabezada por los canónigos y frailes, llevando cruces, banderas, velas y estandartes. Después de una hora de marcha se hallaron frente al venerado santuario, pero al penetrar comprueban el hecho inaudito. ¡Las imágenes "milagrosas" despedazadas! Retroceden espantados y pronto se oye un grito que sale de la boca de cada uno: "¡Muerte, muerte al sacrílego!" Vuelven a Metz en desorden resueltos a encontrar al autor de aquella acción.

Leclerc era conocido de todos por el testimonio que constantemente daba y por la marca que llevaba en su frente. Muchas veces le habían oído decir que las imágenes son ídolos y que su culto está prohibido en las Sagradas Escrituras. Todas las sospechas caen sobre él. Algunos, además, aseguraban haberlo visto regresar por la ruta de la capilla al amanecer. Lo prenden. Confiesa el hecho y exhorta a todos a adorar a Dios en espíritu y en verdad y a dejar una adoración que Dios condena.

Ante los jueces se manifiesta heroico y sereno. Fue condenado a ser quemado vivo y pronto lo conducen al lugar de la ejecución.

Ahí le esperaba una escena horrorosa. Los verdugos se ingeniaron para que la crueldad del suplicio fuese espantosamente horrible. Junto a la hoguera calentaron muchas tenazas que servirían para la operación. El mártir con su mirada puesta en lo alto escuchaba sin inmutarse el clamor de la turba enfurecida. Con las tenazas enrojecidas empezaron a arrancarle partes de la cara y músculos de los brazos, de las piernas y del tronco, pero él sostenido por un poder sobrehumano repetía estas palabras del salmista:

> "Sus ídolos son plata y oro, obra de manos de hombres.
> Tienen boca mas no hablarán; orejas tienen mas no oirán;
> Tienen narices mas no olerán. Manos tienen mas no palparán; tienen pies mas no andarán; no hablarán con su garganta.
> Como ellos son los que los hacen; cualquiera que en ellos confía. Oh Israel confía en Jehová: Él es su ayuda y su escudo". Salmo 115:4-9.

Los adversarios viendo tanta constancia estaban asombrados. Los creyentes se sentían robustecidos. El pueblo que había mostrado tanta ira estaba conmovido. Después de las torturas Leclerc fue quemado a fuego lento. Tal fue la muerte del primer mártir del Evangelio en Francia en el siglo de la Reforma.

LUIS DE BERQUIN.

Una hoguera ya había sido encendida, pero el Moloc de la intolerancia exigía nuevas víctimas. El primero en ser sacrificado había sido un modesto cardador de lana. Ahora buscaban a otro pero que fuese de más elevado rango social, para acobardar a las personas ilustradas e influyentes que se mostraban inclinadas a los principios de la Reforma. Brigonnet ya se había sometido, Lefevre había huido y estaba fuera del alcance de los perseguidores; éstos dirigieron

sus miradas a un caballero de la corte llamado Luis de Berquin, a quien se consideraba el hombre más bueno y más sabio entre los miembros de la nobleza.

Este hombre era amado y respetado en la corte de Francisco I por sus excelentes virtudes personales, costumbres puras, amor a la ciencia, trato amable, y, sobre todo, por la caridad no fingida que tenía para con la gente de baja suerte.

En religión se distinguía como adicto ferviente a la iglesia romana y por el horror que tenía a todo lo que significase profesar ideas que no tuviesen la sanción de la misma. Era muy raro encontrar en la corte un hombre de tan buenas costumbres y que tomase la religión tan en serio. Parecía imposible que un hombre tal algún día pudiese hallarse inclinado a un movimiento religioso que Roma condenaba sin consideración ninguna, pero algunos rasgos de su carácter contribuyeron poderosamente a emanciparle de las cadenas que le ligaban: era enemigo de toda simulación e intriga, de modo que al ver a Beda y su cohorte empeñados en perjudicar a otros, les declaró la guerra, y desde la corte donde su influencia era grande, se puso a favorecer a los que eran víctimas de la persecución. Se despertó así en él un vivo deseo de conocer las Sagradas Escrituras que daban origen a esa lucha, y no bien se puso a leerlas, la luz penetró en su mente y corazón. Busco, además, la amistad de Lefevre para tener con él conversaciones espirituales y estudiar los temas que tanto se discutían en aquellos días, los cuales tuvieron por resultado su conversión a la fe evangélica. Se apoderó de él un celo realmente apostólico y se puso a escribir, traducir y propagar muchos libros y folletos, figurándose que todos recibirían la verdad con la misma prontitud y sinceridad con que él lo había hecho. Su prodigiosa actividad, su amor sincero a la verdad, y sus brillantes talentos hicieron decir a Teodoro de Beze, que Berquin hubiera sido para Francia lo que Lutero fue para Alemania, si hubiera encontrado la protección de un Elector de Sajonia en lugar de la oposición de un Francisco I.

El coraje de Berquin aumentaba frente a la oposición y dirigió sus ataques a la Sorbona acusando de impiedad a sus doctores. Beda entonces se puso en acecho y no tardó en descubrir en los escritos del caballero del rey suficientes herejías como para hacerlo morir. "¡Pretende — dijo — que no se debe invocar a la virgen María ten; lugar del Espíritu Santo, ni llamarla fuente de toda gracia! Se levanta contra la costumbre de llamarla nuestra esperanza, nuestra vida, y dice que esos títulos corresponden solamente al Hijo de Dios. La gran verdad cristiana de que Cristo es el único Salvador, único Mediador, único Sacerdote, y que a su divino nombre no puede acoplarse ningún nombre humano, ni angélico, era para los secuaces de Roma una horrible herejía que tenía que ser severamente castigada.

Había otra cosa que alarmaba a los papistas; era que la casa de Berquin estaba convertida en un arsenal repleto de armas para combatir a la iglesia. ¿No será de ella que salen todos esos libros que inundan a París y a la Francia entera? ¡Hay que detener el torrente secando la fuente de donde mana!

Un día cuando el piadoso Berquin estaba entregado a la meditación y estudio, sepultado entre pilas de libros, la policía armada rodeó su casa y golpeó fuertemente la puerta. Eran los agentes de la Universidad, que provistos de la autorización del Parlamento venían a hacer una requisa. Beda, el temible síndico estaba a la cabeza y jamás inquisidor alguno cumplió mejor su detestable oficio. Entró con sus satélites en la biblioteca de Berquin y comenzó el examen de los libros. Ni un solo ejemplar se escapó, tomando de todos ellos un completo inventario. ¿Qué hallaba? Aquí un tratado de Melanthon; allí uno de Carlstadt; más allá ¡libros de Lutero!; y junto con todo este material ¡manuscritos heréticos salidos de la pluma de Berquin! Beda salió triunfante de la casa llevando el botín, el cuerpo del delito para acusar y hacer morir al caballero del rey.

Berquin comprendió que una tempestad se había desencadenado, pero no perdió el coraje. El 13 de mayo de 1523 el Parlamento ordenaba que los libros requisados fuesen examinados por la Facultad de Teología, y pocos días después se ordenaba quemarlos y hacer comparecer a su dueño. El acusado no ignoraba que una hoguera estaba preparada, pero mostró ante sus jueces la firmeza de un Lutero ante la dieta de Worms. El parlamento ordenó su detención y lo entregó al obispo de París para que le formase un proceso; y desde entonces tuvo que andar de tribunal en tribunal y de prisión en prisión.

Los nobles se sintieron ofendidos al ver que un caballero de la corte era tratado de ese modo por los frailes y consiguieron salvarlo, siendo puesto en libertad por orden del rey.

Berquin se imaginó que esta derrota de sus enemigos era el principio del triunfo del Evangelio en Francia y en este sentido escribió a Erasmo, pero este hombre tímido, que decía no haber nacido para ser mártir, le contestó desanimándolo y encargándole que no fuese a mezclarlo imprudentemente en una cuestión peligrosa.

Berquin comprendió que no podía esperar nada de los hombres y se echó en las manos de Dios.

El evangelio progresaba en Francia, y eran tantos los cristianos contra quienes se llevaba a cabo la persecución, que por un tiempo los frailes se olvidaron de Berquin, quien continuaba sembrando a manos llenas la simiente de la verdad.

Pero esta calma no duraría mucho tiempo. En enero de 1526 se le formó un nuevo proceso en el cual se le declaró hereje. Margarita de Orleans, hermana del rey, lo animaba con sus poesías espirituales y seguramente intercedió en su favor porque fue puesto en libertad.

Beda y los suyos no se daban, sin embargo, por vencidos y estaban en acecho para proceder contra él en la primera oportunidad; y en marzo de 1529 fue arrestado y el 17 de abril fue condenado a ser estrangulado y quemado en la hoguera, y esta vez para no dar tiempo a que sus amigos consiguiesen librarlo, resolvieron ejecutar la sentencia el mismo día. Sereno marchó al lugar del suplicio y un testigo de su martirio dice que "murió con tanta calma como cuando estudiaba en su gabinete o meditaba en el templo sobre las cosas del Señor."

MARGARITA DE ORLEANS

Margarita de Orleans, llamada también de Valois, hermana única del rey Francisco I y más tarde reina de Navarra, nació el 11 de abril de 1492. Todo se combinaba para hacer de esta princesa una persona dedicada a la vida frívola y mundana, y el gran mérito que hay que reconocer en ella es el de haber sabido substraerse a tantas malas influencias, hasta a la de su propia madre, para consagrarse a todo lo que era bueno, santo y beneficioso a los que la rodeaban. No hay duda que esto se debió a que desde muy joven tuvo quien dirigiese sus pensamientos a Jesucristo y su Evangelio.

Su temperamento serio y jovial a la vez, su sólida educación, su gracia y su belleza, se unían para hacer de ella una de las mujeres más acabadas de que se tenga conocimiento, según lo han puesto de manifiesto muchos autores que de ella se han ocupado y con especialidad Brantome en su *Vida de Damas Ilustres*.

Además de su propio idioma hablaba el italiano y el español, y leía con facilidad el latín, el griego y el hebreo. Estudiaba a fondo la filosofía y la religión y cultivaba con esmero las bellas artes. Era poetisa y buena escritora en prosa, pero no dejaba de ser una mujer práctica y capaz para afrontar los más serios problemas de la vida. Administró con sabiduría los asuntos del

Estado, fue fiel a sus amistades, pura en medio de una corte mundana, fiel consejera e inspiradora de su hermano rey, y tolerante en un siglo de enconos y persecuciones.

Fue la primera persona de la aristocracia francesa que se adhirió a las ideas de la Reforma, llegando a ser un instrumento en las manos de la Providencia para detener la persecución y librar a muchos cristianos de una muerte segura. Moderada en su temperamento no estuvo de acuerdo con los que llevaban su celo hasta convertirse en iconoclastas, pero sentía repugnancia por las groseras supersticiones que se unen al culto de las imágenes y luchó valientemente contra frailes fanáticos y doctores de la Sorbona, que cerraban la puerta del reino de Dios y ni ellos entraban y a los que entraban se lo impedían.

Fue durante muchos años el ángel tutelar de su hermano a quien por todos los medios procuró conducirlo a la vida cristiana; pero fue combatida por las pasiones que dominaban al rey y a la reina madre, de modo que no pudo impedir que al fin éste se viese envuelto en una historia de crueles persecuciones.

Cuando ella contaba diecisiete años. Luís XII sacrificándola a los intereses de la política, la casó con el duque de Alencon, hombre muy inferior a ella, a quien nunca se sintió ligada por el vínculo del amor. Brantone dice: "Dio a Dios su corazón que no pudo dar a su marido, y tomó por divisa una flor de caléndula mirando al sol, con esta divisa: non inferior secutus (no busco las cosas de la tierra), en señal de que ella dirigía todas sus acciones, deseos y afectos a ese gran Sol que es Dios; y por eso la sospecharon de la religión de Lutero."

Su cultura espiritual empezó en 1521 cuando tomó por maestro a Lefevre d'Etaples, a quien solicitó pronto una traducción francesa de las Sagradas Escrituras. Los libros protestantes que llegaban a sus manos le hablaban en cada página de la iglesia primitiva, de la Palabra de Dios, de la libertad cristiana, y le decían que Dios había disimulado los tiempos de esta ignorancia, pero que ahora mandaba a todos los hombres en todos los lugares que se arrepintiesen, que se diesen vuelta de los caminos torcidos, abandonando los dogmas antibíblicos y las prácticas idolátricas.

Margarita, autora de poesías de positivo mérito literario, puso en verso los combates espirituales que libró su alma. Cuando llega a ver la gravedad de su pecado exclama: "¡No hay en el abismo un castigo suficiente para la décima parte de mis pecados!" Pero pronto aparta su mirada de ella misma para fijarla en Cristo y echándose a sus pies logra el perdón que la tranquiliza. En uno de sus versos expresa la confianza que ha depositado en Cristo diciendo: "Jesús el Verbo divino, el único Hijo del eterno autor, es el primero, el último, obispo y rey, potente vencedor, y de la muerte por la muerte libertador. El hombre por la fe es hecho hijo del Creador, por la fe justificado, santificado, restaurado a la inocencia; por fe tengo a Cristo y en él todo en abundancia".

No tardó en saber que todo aquel que quiere vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerá persecución. Se habló en la corte de las nuevas ideas religiosas de Margarita y un coro de fariseos exclamó: ¡La hermana del rey mezclada con esos herejes! ¡Amiga de Lefevre, y en correspondencia con los corifeos de la Reforma! Se creyó que toda había terminado para ella pero no fue así. Su hermano no permitió que la tocasen. Dios la había destinado para ser manto de protección a muchos creyentes perseguidos y por eso la libró de la ira de sus adversarios.

A raíz de la batalla de Pavía, que tuvo lugar el 24 de febrero de 1525, Francisco I fue hecho prisionero y conducido a España y Margarita, impulsada por el gran amor que le profesaba, exponiéndose a serios peligros cruzó la frontera para tramitar su libertad y llevarle algún alivio en su aflicción. Douen nos dice que "aun en España, aun en viajes que exigían el continuo cambio de domicilio de la corte, Margarita no olvidó a los reformadores de Meaux refugiados en Estrasburgo y proveyó a su mantenimiento".

Cuando no pudo ya impedir que la persecución se desencadenase y tuvo que ver a su hermano idolatrado dando brillo con su presencia a los autos de fe que tenían lugar en París, escribió algunas poesías sentimentales en las que llama a Dios en socorro de los suyos y dice: "Despierta, Señor, socorre; ven a vengar la muerte de los tuyos. Tú quieres que tu Evangelio sea predicado por los tuyos en castillos, ciudades y aldeas. Da a tus siervos corazones firmes y fuertes. Que ardiendo en amor afronten la muerte".

La dispersión de los evangélicos con quienes se había relacionada la dejó en un estado de dolorosa soledad, pero no perdió el contacto con ellos y por medio de una constante y buena correspondencia continuó alimentando su alma e instruyéndose en las Sagradas Escrituras. Siendo reina de Navarra realizó muchas obras de progreso, introdujo reformas para mejorar las costumbres de sus habitantes e hizo factible el cultivo de las tierras a fin de conseguir el bienestar general.

No rompió oficialmente con el catolicismo pero implantó prácticas que los obispos miraron como demasiado avanzadas, y bajo su influencia él ducado de Alencon abrazó el protestantismo, siendo llamado la pequeña Alemania.

Siguiendo el ejemplo del buen samaritano se consagró a la cristiana tarea de aliviar a los pobres, visitando a los enfermos personalmente. Tomaba las medidas necesarias para que no les faltasen alimentos ni asistencia médica. Fundó en Pau un hospital como había fundado uno en París.

En su estado las multas que se cobraban a los delincuentes se empleaban para aliviar las necesidades de las familias de los mismos.

Ella misma se imponía muchas privaciones a fin de poder aliviar a los necesitados y socorrer a los cristianos perseguidos, lo mismo que a los amigos de las artes y de las letras, quienes le formaban ya en Pau, ya en Nerac, una corte no menos brillante que la de algunos monarcas poderosos.

Procuró en vano ser un puente que uniese a católicos y protestantes. Ella, como muchos otros, no llegó a comprender que la ruptura con Roma tenía que ser absoluta y radical, para que fuese posible seguir la fe cristiana de acuerdo con las enseñanzas de las Escrituras. Por eso no siempre agradó a los protestantes; y los católicos, por su parte, la miraban como persona peligrosa, infectada de herejía. Escondió a Calvino cuando este reformador tuvo que huir de su patria perseguido por la Sorbona, pero no se atrevió a ir tan lejos como él al pronunciarse contra las creencias tradicionales.

Las matanzas de protestantes en Cabrieres y Merindol en 1545 y las hogueras encendidas en Meaux en 1546 fueron para ella golpes que la acercaron a la sepultura. Falleció en octubre de 1549.

GUILLERMO FAREL

En el sur de Francia, a tres leguas de la ciudad de Gap, en una pequeña aldea llamada Farel, nació el año 1490 un niño al cual pusieron el nombre de Guillermo. Sus padres, personas que disfrutaban de bienestar en la comarca y que se distinguían por su sincera adhesión al catolicismo, educaron al niño con esmero y de acuerdo con una severa disciplina. Guillermo demostró desde muy pequeño cualidades muy raras; espíritu penetrante, viva imaginación, sinceridad, rectitud, y un atrevimiento tal que le llevaba a desafiar todos los obstáculos.

Tenía sólo diez años cuando sus padres lo llevaron en peregrinación a un lugar llamado Tallard, donde se adoraba una cruz que según la superstición popular estaba hecha con madera de la cruz en que murió el Salvador en el Calvario, la cual tenía, además, algunas piezas de metal hechas con parte del lebrillo que usó al lavar los pies a sus discípulos.

Del todo entregado a las prácticas religiosas de su ambiente se acostumbró a venerar las imágenes y reliquias espúreas, rindiéndoles un culto que más tarde le horrorizaba el sólo recordarlo.

Las hermosuras de la naturaleza que le rodeaban le hablaban de la grandeza de un Creador. La cadena magnífica de los Alpes, sus cimas cubiertas de nieve, los picos agudos de las rocas que llegaban a los cielos, y tantas otras obras portentosas despertaban su imaginación y elevaban su espíritu.

Una vez que terminó los estudios que se podían hacer en el terruño natal manifestó a sus padres el deseo de seguir estudiando para dedicarse a las letras. Su padre había pensado en verlo sobresalir en la carrera de las armas, de modo que puso un poco de resistencia a la vocación que manifestaba. Este niño estaba destinado por Dios para ser soldado, pero soldado de la mejor de las milicias: la de Cristo. Llegó el momento cuando necesitaba un nuevo horizonte y París con todo su esplendor le atraía. ¿No estaba en esa ciudad la famosa Universidad llamada madre de todas las ciencias y lumbrera de la iglesia? ¿No eran sus fallos doctrinales considerados casi infalibles; no enseñaban en ella los mejores hombres del siglo? En 1510 se realizaron sus deseos y poco tiempo después se hallaba sentado a los pies de Lefevre, el doctor ilustre que al comentar las Epístolas de San Pablo en las aulas, lograría encender una luz evangélica en medio de las tenebrosidades del escolasticismo: un pequeño fuego que no tardaría en convertirse en gran incendio.

Cuando Farel llegó a París estaba completamente sumergido en el espíritu idolátrico del papismo. "Yo creo —decía— en la cruz, en las peregrinaciones, en las imágenes, en las promesas, en los votos, en las reliquias. Eso que el cura tiene en la mano, que guarda, que encierra, que come, que da a comer, es mi solo Dios verdadero, y para mí no hay otro, ni en el cielo ni en la tierra."

La lectura de la Biblia le libraría de esta abominable idolatría. La voz de Dios que en sus páginas oía y la voz de la iglesia estaban en desacuerdo, pero acostumbrado a la sumisión ciega, a doblegarse ante el dogma de la autoridad decía: "¡Ah! yo no entiendo bien estas cosas; tengo que dar a las Escrituras otro sentido del que parecen tener, debo sujetarme a la mente de la iglesia y a las ideas del papa."

Un día cuando estaba leyendo la Biblia se le acercó un doctor y lo reprendió duramente diciendo: "Nadie debe leer este libro antes de haber estudiado filosofía y haber terminado su curso de artes." Era una preparación en la que los apóstoles no habían pensado, pero Farel se sometió y abandonó el libro por el cual ya sentía mucho cariño. Como él dijo más tarde, "ese día cerró los ojos para no ver."

Recrudeció entonces en Farel el fervor papista. Recordando este período sombrío de su carrera escribió más tarde: "Día y noche yo me ocupaba en servir al diablo, según el hombre de pecado, el papa. Tenía un panteón en mi corazón, y tantos abogados, tantos salvadores, tantos dioses, que podía considerarlo un registro papal."

En este tiempo Lefevre empezó a enseñar que el hombre es impotente para salvarse por medio de sus obras y que la justificación del pecador depende de la obra de Cristo en la cruz. Farel escuchaba aquella doctrina con sorpresa y temor, al mismo tiempo que con algo de satisfacción. Si era cierta, ya sabía dónde encontrar la solución a los terribles problemas del corazón. En Cristo hallaría lo que en vano andaba buscando en los santos, en la virgen, en los

ritos, en los sacramentos. La luz resplandeció en las tinieblas. "Lefevre —dijo— me sacó de la falsa opinión de los méritos y me enseñó que todo dependía de la gracia; la que creí al oírla." La conversión de Farel fue instantánea. Alumbrado por una luz superior vio que todo estaba hecho ya y que a él sólo le tocaba aceptar lo que un Salvador amante le estaba ofreciendo gratuitamente. El edificio papista en el cual se había cobijado se derrumbó tan prontamente como aquel en el que se había cobijado el fariseo Saulo de Tarso.

Anclada su alma en el puerto seguro donde estaba libre de las tempestades que la habían azotado, pudo decir: "Ahora todo se me presenta bajo un nuevo aspecto. La Escritura es clara; los profetas están abiertos; los apóstoles derraman una gran luz en mi alma. Una voz hasta ahora desconocida, la voz de Cristo, mi pastor, mi maestro, mi doctor, me habla con poder."

Ahora lo que quería era prepararse lo mejor posible para trabajar eficazmente en la viña del Señor. Se puso a estudiar con entusiasmo el griego y el hebreo para poder leer en sus lenguas originales las Escrituras que predicaría a su pueblo.

Ya no necesitaba más de las tradiciones humanas; nada le importaba de lo que decían los papas y concilios; nada le importaba tampoco la fuerza de la costumbre. Su guía, su autoridad era la de Dios que le hablaba en su santa Palabra. Oigamos cómo se expresaba: "Tu solo eres Dios; tú solo eres sabio; tú solo eres bueno. Nada hay que quitar a tu ley santa; nada hay que añadirle; porque tú eres el único Señor, y tú solo tienes autoridad."

Cuando la persecución obligó a Lefevre a dejar París ésta alcanzó también a su discípulo y ambos encontraron un refugio en Meaux donde el obispo Brigonnet favorecía la Reforma.

Su celo apostólico le empujó al sur del país donde se puso a evangelizar a los suyos. Se sentía deudor a ellos. Quería contar cuan grandes cosas había hecho el Señor a su alma.

Las noticias de lo que pasaba en el norte donde el testimonio del Evangelio era sellado con la muerte de los confesores, inspiró cierto espanto a sus hermanos y parientes. ¿No está exponiéndose a una muerte cruenta? ¿Veremos también aquí esas escenas de horror y esas luchas religiosas que conmueven al mundo? El único que nada teme es Farel y habla resueltamente a todos logrando ganar algunas personas a la fe; entre otras a tres de sus hermanos, quienes no manifestaron entonces su cambio de creencias, pero quienes cuando vino la persecución sacrificaron valientemente sus bienes, sus amigos, todo, para seguir a Jesucristo.

"Nueva y extraña herejía — decían unos — según la cual no valen nada todas nuestras prácticas piadosas". "No es ni cura ni fraile — decían otros — no le es lícito predicar".

¿Cómo predicaba Farel? Oigamos al respecto la palabra de D'Aubigne: "Su voz de trueno hacía temblar a sus oyentes. El vigor de sus convicciones creaba fe en las almas, el fervor de sus oraciones los elevaba hasta el cielo. Él lo demolía todo y construía con igual energía. Nunca atacó un punto de difícil acceso que no lo tomara".

En Gap había una capilla dedicada a Santa Colomba y Farel se atrevió a "profanarla", como dice una vieja crónica capuchina. Cuando las autoridades supieron que él estaba predicando en ella concurrieron armadas para disolver la reunión. Las puertas estaban cerradas y doblemente trancadas. Los oficiales golpean ordenando que se abran, pero nadie responde. Quebraron las puertas y entraron. Una enorme concurrencia llenaba todo el edificio; pero ni uno solo volvió la cabeza, todos estaban bebiendo con ansiedad las elocuentes palabras del intrépido predicador. Los oficiales subieron al pulpito, se apoderaron violentamente de», él y lo condujeron a la prisión.

Puesto en libertad, debido a la influencia de sus parientes, se dirigió a la campaña donde el terreno se prestaba mejor para sus operaciones. Los bosques, y las montañas llenas de grutas y rocas escarpadas le proporcionaban escondite cuando las autoridades lo buscaban. Muchos de los campesinos recibieron con gozo la palabra y un caballero llamado Anrenond de Coct no sólo se

convirtió sino que se puso a la par de Farel a predicar con entusiasmo, sorprendiendo a la gente que pensaba que esta misión sólo podían desempeñarla personas dedicadas a la carrera eclesiástica. El trabajo de estos dos laicos fue vigorizado cuando el cura de Grenoble, Pedro Sebville, atraído a la fe se puso a predicar el Evangelio "claramente, puramente, santamente." Y aunque la oposición empezó a hacerse violenta, el despertamiento que corría por todas partes era incontenible.

Los enemigos pedían la prisión y muerte del hereje perturbador de la tranquilidad de aquellas comarcas. Jesús había dicho que no había venido a traer paz en la tierra sino espada, y esta palabra tenía cumplimiento en el sur de Francia donde las opiniones estaban divididas. Llegó el momento cuando tuvo que pensar con dolor en abandonar el suelo nativo. Por caminos tortuosos y escondiéndose en los bosques pudo escapar de la persecución y llegar a Suiza donde Dios le reservaba grandes triunfos y abundantes frutos espirituales. Era a principios de 1524.

Ya había en Basilea una iglesia compuesta por refugiados franceses escapados a la hoguera. Todos conocían de nombre al heroico compatriota y se alegraron de verlo salvo en su seno. Lo presentaron a Oecolampade, jefe de la Reforma en esa ciudad, y éste lo recibió en su casa proporcionándole una habitación y haciéndole participar de su frugal mesa.

La ciencia, la piedad y el coraje del joven francés contribuyeron a que ganase el corazón de todos. Farel había llegado en, días cuando Oecolampade estaba muy desanimado al ver poco fruto en la obra. "Entre los turcos —decía— tal vez tendría más resultado." Pero la llegada de Farel despertó en él nuevas esperanzas. "¡Oh querido Farel, le decía, espero que el Señor haga nuestra amistad inmortal! Y si no podemos estar unidos aquí en la tierra nuestro gozo será mayor cuando estemos reunidos junto a Cristo en el cielo."

Un día el consejo de la ciudad anunció que un cristiano llamado Guillermo Farel iba a sostener una serie de artículos que había redactado e invitaba a los ciudadanos, curas y doctores a comparecer a la discusión. Las proposiciones encerraban los dos grandes principios de la Reforma: suficiencia de las Escrituras para conocer la voluntad de Dios y suficiencia de Cristo para salvar al pecador. Oigamos algunas de ellas:

"Cristo nos ha dado una regla perfecta de vida: nadie tiene derecho de quitar ni añadir nada."

"Guiarse por preceptos que no sean los de Cristo, conduce a la impiedad."

"El que espera ser justificado por su propia justicia y sus propios méritos, y no por la fe, se constituye a sí mismo en un Dios".

Llegó el día cuando debía celebrarse el debate. Toda la ciudad esperaba oír la respuesta de los defensores de la doctrina romanista. Farel habló con tal elocuencia, tanto en palabra como en argumentación, que nadie se atrevió a replicarle. "Es bastante fuerte, decían, para confundir a toda la Sorbona."

Visitó luego varias ciudades de la Suiza y en todas partes era recibido entusiastamente, pero Erasmo y otros que no lo apreciaban debido a su intrepidez, minaron de tal manera su reputación que cuando volvió a Basilea se encontró con la orden de salir de la ciudad. Fue con dolor que Oecolampade lo despidió. Munido de cartas para los reformados de Estrasburgo en las que se recomendaba a "Guillermo que ha trabajado tanto en la obra de Dios", emprendió de nuevo su peregrinación por este mundo donde el cristiano no tiene ciudad permanente.

En julio de 1524 llegaba a Montbeliard, nuevo campo que parecía ya listo para la siembra. En efecto, no bien fue sembrada la semilla produjo una abundante cosecha. Pero algunos empezaron a temer que las tormentas que la Reforma levantaba en todas partes, llegasen también a ellos. El clero se puso a trabajar para contrarrestar el avance del Evangelio. Un domingo cuando Farel había empezado a predicar fue interrumpido por un franciscano que lo insultó llamándolo

hereje y embustero. Se levantó a raíz de esto un gran tumulto que sólo pudo ser apaciguado por el duque, obligando al fraile a probar lo que había dicho o a retractarse públicamente. Esto último le pareció más fácil y así lo hizo.

Farel era un hombre que no conocía los términos medios y los ataques de que era objeto le llevaban fácilmente a declarar a Roma una guerra sin cuartel. Ecolampade que había dicho que prefería el temperamento agresivo de Farel a la prudencia de los cobardes, tuvo que amonestarle fraternalmente por carta en la que le decía: "Tú has sido enviado para traer suavemente a los hombres a la verdad y no para arrastrarlos con violencia; para evangelizar, no para maldecir. Los médicos no apelan a las amputaciones sino cuando las aplicaciones no dan resultado. Pórtate como médico y no como verdugo. No me basta que seas suave con los amigos de la Palabra; tienes que ganar a los adversarios. Si los lobos son arrojados del aprisco, que las ovejas, por lo menos, oigan la voz del pastor. Derrama aceite y vino en las heridas y pórtate como evangelista y no como juez y tirano."

A pesar del alto aprecio que tenía para quien le daba estos sabios consejos, no le era fácil ponerlos en práctica. Un día cuando se celebraba la fiesta de San Antonio, iba Farel caminando por la orilla de un río y al llegar a un puente se encontró con una procesión que iba en pos de la imagen de un santo que llevaban en andas. No había buscado aquel encuentro. Un fuerte combate se libró en su alma. ¿Hasta cuándo estos sacerdotes mantendrán al pueblo en la ignorancia e idolatría? No pudo contenerse y abriéndose paso entre el gentío, tomó al santo y lo arrojó a las aguas del río, exclamando: ¡Pobres idólatras! ¡Abandonad un culto que Dios condena!

Todos quedaron consternados ante aquel acto de arrojo, pero cuando oyeron una voz que gritaba con lamentos: ¡El santo se ahoga! ¡el santo se ahoga!, el gentío se lanzó furioso contra el sacrílego, que no obstante, tuvo la suerte de escapar de sus manos y ponerse en salvo. Pero tuvo que salir de la ciudad y abandonar la obra que había empezado con tanta bendición.

Aparece entonces por primera vez en la ciudad que le considera el héroe del culto que profesa: Neuchatel. Se puso a predicar en las calles con poder extraordinario y la misma gente lo llevó a la iglesia del Hospital para que hablase desde la tribuna. ¿Por qué dejar que la "Colegial", la iglesia medieval más importante del cantón estuviese en poder de los papistas? El gentío organiza una gran columna y penetra en la iglesia para que Farel predique. Sube al pulpito y predica como nunca. Inflamados por su predicación elocuente derribaron los altares e hicieron pedazos las imágenes colocando en las paredes esta inscripción: "El 23 de octubre de 1530 fue abatida y quitada, de este lugar, la idolatría por los ciudadanos."

Nuevos triunfos y derrotas le esperaban en Ginebra, la bella ciudad situada al borde del lago Leman, la cual estaba destinada a desempeñar un rol tan célebre en los anales del protestantismo de lengua francesa. Cuando Farel llegó, el evangelio contaba con un crecido número de simpatizantes quienes bajo la influencia del nuevo predicador se propusieron efectuar una reforma radical rompiendo por completo sus vínculos con el romanismo. El pueblo encabezado por Farel invadió el convento de Rive y éste predicó a más de cinco mil personas que se habían congregado.

El 8 de agosto de 1535 el pueblo llevó a Farel a la catedral de San Pedro porque deseaba oírle predicar en la sede del episcopado que se derrumbaba. Tronó la voz del gran soldado de la verdad y al día siguiente fueron derribadas las imágenes no sólo de la catedral sino de todas las iglesias de la ciudad. Entre las reliquias, se halló un supuesto cráneo de San Pedro que resultó ser un pedazo de piedra pómez. Pocos días después fue abolida la misa y establecido el culto protestante.

En 1538, habiendo triunfado la reacción, fue expulsado juntamente con Calvino. Se estableció entonces en Neuchatel donde trabajó durante el resto de su vida.

A fines de 1561 tuvo el gozo de ser invitado a predicar en, su tierra nativa, donde la fe evangélica había sido abrazada por casi todos los habitantes. En Grenoble y en Gap, lugares donde treinta años atrás había tenido que andar huyendo, fue recibido por grandes multitudes. Muchos recordaban los sermones de aquellos días y referían anécdotas relacionadas con sus luchas y huidas apresuradas a los escondites de la campaña.

En 1565, a pesar de sus 76 años, hizo una visita a la heroica iglesia de Metz. El 13 de septiembre del mismo año terminó su carrera terrenal rodeado del aprecio y veneración de toda la ciudad.

JUAN CALVINO

En Noyon, ciudad situada en el norte de Francia, existe una casa que conocen todos los habitantes y que visitan todos los extranjeros que a ella llegan: Es la casa donde nació Juan Calvino, el 10 de julio de 1509.

Su padre llamado Gerardo y su madre llamada Juana Lefranc eran personas que gozaban de cierto bienestar, ejerciendo él la profesión de escribano público.

Cuando terminó los estudios que podían hacerse en Noyon, fue enviado a París, y en el Colegio La Marche tuvo por maestro a Maturino Cordier, buen pedagogo a quien más tarde su discípulo llamó a Ginebra para desarrollar la instrucción. Pasó después el joven Calvino al Colegio de Montaigu donde puso de manifiesto el extraordinario talento que poseía. Contrariamente a lo que muchos han escrito, sabía reírse y ser jovial con sus condiscípulos, aunque debido a la severidad que mostraba cuando veía algo injusto o malo parece que solían llamarle el *acusativo*.

Su padre le había conseguido, cuando sólo tenía ocho años, un Beneficio eclesiástico, y a los doce años fue nombrado capellán de una iglesia situada en un paraje denominado La Genise. Designaciones arbitrarias de esta clase no eran raras en aquel tiempo, a tal punto que varios concilios habían protestado contra la costumbre. Recordemos estos casos: En Francia, Odet de Chatillon, fue nombrado cardenal cuando sólo tenía dieciséis años; en Portugal hubo uno de ocho años; y el papa León X había sido nombrado arzobispo de Aix a los cinco años.

El joven Calvino se encontraba estudiando en París cuando oyó por primera vez hablar de los despreciados luteranos, contra quienes se tomaban medidas de mucho rigor y quizá presenció el suplicio de Jacobo Pavanne, el primer mártir de la Reforma en París.

Había sido la idea de la familia que se consagrase a la carrera eclesiástica, pero tanto el padre como el hijo optaron más tarde por la de derecho; el primero, dice Teodoro de Beze, porque la consideraba más lucrativa, y el segundo porque debido a su trato con Olivetan (el traductor de la Biblia al francés) se había iniciado en el estudio de las Sagradas Escrituras y quería romper con las supersticiones del papismo.

Inició su nueva carrera en Orleans, donde era tenido más bien como profesor que como alumno, y ahí obtuvo el título de doctor, sin gasto alguno, en virtud de los servicios que prestaba a la Academia.

En Bourgues perfeccionó sus estudios, dedicándose principalmente al griego, idioma que aprendió bajo la dirección de un sabio helenista luterano, llamado Melchor Wolmar, a quien dedicó su comentario a la segunda Epístola de San Pablo a los Corintios, en el que le recuerda Ja gratitud que le tiene por los beneficios de él recibidos, sobre todo por haberle iniciado en el

estudio de la lengua griega "de la cual — le dice — era usted en aquel tiempo el más ilustre profesor".

Después de la muerte de su padre hizo un viaje a Noyon, de donde regresó a París para estudiar en el Colegio Fortet. "Tal vez — dice Lefranc — Calvino se sentó más de una vez en el mismo banco que Ignacio de Loyola, su antiguo condiscípulo de Montaigu". Parece que también estaban entre los estudiantes Rabelais y Francisco Javier.

En 1532 escribió su excelente comentario a la obra de Séneca De Clemencia, en el que hace consideraciones valiosas sobre la misericordia. Fue éste el primer libro de los muchos que escribió en su vida.

En este tiempo, debido a la influencia de un negociante llamada Esteban Forge, quien llegó a ser mártir de la fe, se afirmó en las doctrinas de las cuales llegaría a ser tan ilustre campeón y apóstol.

Calvino resolvió entonces consagrarse a la predicación del Evangelio "con gran deleite — dice Beze — de los piadosos que entonces estaban celebrando reuniones secretas en París".

El día de todos los santos el rector de la Universidad de París Nicolás de Cop tenía que pronunciar un discurso, siguiendo una vieja práctica en aquel centro de estudios, y hay muchos motivos para creer que fue Calvino quien lo compuso, en él cual trata de la religión con más claridad y pureza de lo que estaban dispuestos a tolerar. Los oyentes adictos al papismo pronto descubrieron los puntos tenidos por heréticos en aquel discurso y Cop fue citado ante el Parlamento, pero advertido por sus amigos prefirió huir del país sabiendo que no escaparía de la hoguera. Muchos amigos de la Reforma fueron encarcelados a raíz de aquel incidente. Se allanó la casa de Calvino y fueron secuestrados sus papeles. Pero esta tempestad fue apaciguada por la reina de Navarra, quien ofreció en su corte un asilo seguro a Calvino y se regocijó oyéndole con gran respeto.

En Nerac visitó a Lefevre de Etaples, a quien cobijaba Margarita, la reina de Navarra, y este noble anciano predijo que el joven Calvino llegaría a ser un valioso instrumento en las manos del Señor para la restauración de su reino.

En 1534 Calvino se hallaba secretamente en París. Eran días muy angustiosos para los creyentes. Éstos llevados por un celo imprudente habían circulado algunos escritos contra la misa y fijado uno en la puerta del dormitorio del rey, quien se indignó y quiso mostrar su adhesión al papado fijando un día de ayuno y desagravio. Asistió a la iglesia con la cabeza descubierta, junto con sus tres hijos, llevando una vela encendida en la mano, y ordenó que fuesen quemados treinta y dos luteranos, ocho en cada una de las principales plazas de la capital.

Calvino tuvo que huir y después de esconderse en varias ciudades francesas llegó a Italia, encontrando refugio en el castillo de la duquesa de Ferrara, pero no estando seguro tampoco allí se dirigía a Estrasburgo, y teniendo que pasar por Ginebra fue a visitar a Farel, quien lo invitó a quedarse para ayudarle en la obra que se estaba desarrollando en Suiza. Como no se sentía inclinado a aceptar la invitación, el fogoso Farel le habló de esta manera: "Tú estás siguiendo tu propia voluntad, y te declaro en el nombre de Dios Omnipotente, que si no nos ayudas en esta obra del Señor, él te castigará por buscar tu propio interés y no los suyos". Ante estas palabras Calvino se sometió y el Consejo de la ciudad lo nombró predicador y profesor de literatura sagrada.

La relajación moral era en Ginebra extraordinaria. El obispo y el clero habían dado ejemplos detestables. Muchos habían roto sus vínculos con Roma sin estar animados de un verdadero espíritu de piedad. Calvino lleno de ideas teocráticas, contaba con muy mal elemento para realizar sus planes de una ciudad santa. Apeló al brazo secular y exigía de las autoridades medidas enérgicas contra las malas costumbres. Se levantó entonces un partido, que fue llamado

de los libertinos, que en nombre de la libertad de conciencia se oponía a tales medidas. Calvino y Farel se negaron a administrar la santa cena a estos elementos y como tenían influencia en el Consejo lograron que fuesen expulsados de la ciudad. Calvino se estableció en Estrasburgo, donde pastoreó a una iglesia de habla francesa y se dedicó a otras actividades intelectuales.

Fue en esta ciudad donde se casó con la virtuosa Idelette, Viuda de un anabaptista, con la cual compartió nueve años de felicidad doméstica. "La única hermosura que me impresiona — dijo — es la dulzura, la modestia, el cuidado de la casa, la paciencia, la consagración al marido". Cuando ella falleció escribió a Viret: "He perdido la excelente compañera de mi vida, la que nunca me dejó ni en el destierro ni en la miseria, ni en la muerte". Los que han dicho que Calvino no poseía sentimientos de ternura se han equivocado. Beze, que lo conoció íntimamente, dice todo lo contrario.

En este tiempo el cardenal Sadolet, viendo que los ginebrinos estaban muy divididos, creyó que era momento oportuno para hacerlos volver al redil papista, y dirigió una Epístola al Senado, al Consejo y al pueblo de Ginebra en la que no omite ningún argumento que pueda contribuir a su fin.

¿Quién era capaz de contestar? Las miradas de todos se fijaron en Calvino y éste olvidando las injurias recibidas, tomó; la pluma y escribió una respuesta magistral, que por la solidez de su argumentación es una de las mejores refutaciones del sistema papista que se escribieron en aquel siglo.

Estalló en Ginebra una revolución interna y los partidarios de un puritanismo severo se encontraron en él poder. El Consejo se puso entonces a gestionar el regreso de Calvino y el 13 de septiembre de 1541 estaba de nuevo en Ginebra. Tenía entonces treinta y dos años de edad y aunque enfermizo se entregó a la obra de reforma con un entusiasmo y abnegación nunca sobrepasados.

Su influencia en la ciudad fue grande y consiguió que el Consejo sancionase ordenanzas que aunque han sido juzgadas como muy severas, fueron altamente beneficiosas. Toda la vida pública y privada de los ciudadanos debía acomodarse al espíritu cristiano. Se prohibieron todas aquellas diversiones que, como el baile y los naipes, podían degenerar en costumbres impías, y las penas que se aplicaban por la violación de estas ordenanzas eran muy severas.

Hubo años en que los encarcelamientos y sentencias de muerte alcanzaron proporciones pavorosas, pero sería injusto culpar a Calvino de aquel estado de cosas, por muy grande que haya sido su influencia.

En 1559 fundó la Academia a la cual con la colaboración de Beza y otros maestros le daría tanto realce. Algunos años tuvo en el curso de teología más de mil alumnos, que venían de todas partes y salían luego a todas partes para trabajar en la viña del Señor.

Durante la vida de Calvino se fundaron más de dos mil iglesias en el suelo francés. Sobre el ardor de los jóvenes pastores que iban a dirigirlas escribía a Bullinger: "Se disputan los puestos, como si el reino de Jesucristo estuviese apaciblemente establecido en Francia. Muchas veces procuro retenerlos. Les muestro el atroz edicto que manda destruir toda casa donde se haya celebrado un culto. Les recuerdo que en más de veinte ciudades los fieles han sido masacrados por el populacho. Pero nada puede detenerlos".

La persecución religiosa arrojaba a Ginebra miles de creyentes de todas las naciones de Europa, que organizaban iglesias para celebrar cultos en sus respectivos idiomas. Estos traducían los libros de Calvino y se ingeniaban para hacerlos llegar a sus compatriotas.

Una de las grandes tareas de Calvino fue la de escribir su obra inmortal: *Institución de la Religión Cristiana*. En francés y en latín en que fue escrita por su autor, tuvo numerosas ediciones y fue traducida a muchas lenguas Europeas: inglés, alemán, holandés, italiano, español, húngaro, griego y árabe.

Fue movido a publicar esta obra a causa de las crueles persecuciones que los cristianos estaban sufriendo en Francia. La dirigió al rey Francisco I, acompañada de un prefacio elocuente en el que demostraba que aquellos a quienes hacía morir en la hoguera, no eran herejes ni revolucionarios sino seguidores de Cristo y creyentes en sus enseñanzas. Esta circunstancia hizo que la Institución, llamada la obra maestra de la teología protestante, no fuese un trabajo árido y de pesada lectura sino que asumiese toda la grandiosidad y vigor de una cálida y monumental apología.

Originalmente fue una obra de cortas dimensiones, un tratado elemental de enseñanza cristiana, pero a medida que iban apareciendo nuevas ediciones era ampliada y robustecida en su argumentación.

La edición final apareció en 1559 dividida en cuatro libros de los que dice Cipriano de Valera en el prefacio de su versión castellana: "El primer libro trata del conocimiento de Dios en cuanto es Creador y gobernador supremo de todo el mundo. El segundo trata del conocimiento de Dios redentor en Cristo, el cual conocimiento ha sido manifestado primeramente a los Padres debajo la Ley, y a nosotros después en el Evangelio. El tercero declara qué manera haya para participar de la gracia de Jesucristo, y qué provechos nos vengan de aquí, y los efectos que se sigan. El cuarto trata de los medios externos, por los cuales Dios nos convida a la comunión de Cristo, y nos retiene en ella. De manera que en estos cuatro libros son muy cristianamente declarados todos los principales artículos de la religión Cristiana y verdaderamente católica y apostólica. Así que todo lo que cada fiel debe saber y entender de la fe, de las buenas obras, de la oración, y de las marcas externas de la iglesia, es amplia y sinceramente explicado en esta Institución".

La traducción a nuestro idioma fue hecha por el insigne evangélico español Cipriano de Valera y publicada en 1597 en un tomo en cuarto de más de mil páginas de compacta lectura. Costeó la publicación de esta obra un comerciante español establecido en Amberes llamado Marcos Pérez. Su esposa Úrsula López era también española y había otros de esta nacionalidad que seguían el Evangelio.

Los motivos que tuvo Valera para hacer esta traducción los expone él mismo en el prefacio: "Yo dedico este mi trabajo — dice — a todos los fieles de la nación española, sea que aun giman so el yugo de la inquisición, o que sean esparcidos y desterrados por tierras ajenas. Las causas que han movido a esto han sido tres principales. La primera es la gratitud que debo a mi Dios y Padre celestial, al que le plugo por su infinita misericordia sacarme de la potestad de las tinieblas y traspasarme en el reino de su amado Hijo nuestro Señor, el cual nos manda que siendo convertidos, confirmemos a nuestros hermanos. La segunda causa es el grande y encendido deseo que tengo de adelantar por todos los medios que puedo, la conversión, el conforto y la salud de mi nación: la cual a la verdad tiene celo de Dios, mas no conforme a la voluntad y palabra de Dios. Porque ellos ignorando la justicia de Dios y procurando de establecer la suya por sus propias obras, méritos y satisfacciones humanas, no son sujetos a la justicia de Dios y no entienden que Cristo sea el fin de la Ley para justicia a cualquiera que cree. La tercera causa que me ha movido es la gran falta, carestía, y necesidad que nuestra campaña tiene de libros que contengan la sana doctrina, por los cuales los hombres pueden ser instruidos en la doctrina de la piedad para que desenredados de las redes y lazos del demonio sean salvos. Tanta ha sido la astucia y malicia de los adversarios, que sabiendo muy bien que por medio de buenos libros sus

idolatrías, supersticiones y engaños serían descubiertos, han puesto (como Antiocos) toda diligencia para destruir y quemar los buenos libros para que el mísero pueblo fuese todavía detenido en el cautiverio de ignorancia, la cual ellos sin vergüenza ninguna, han llamado madre de devoción. En lo cual directamente contradicen a Jesucristo, que enseña muy expresamente en el Evangelio la ignorancia ser causa y madre de errores, diciendo a los saduceos: Erráis ignorando las Escrituras y potencia de Dios".

La edición hecha en este tiempo debe haber sido numerosa, pues los enemigos de la verdad escribían desde los Países Bajos a España avisando que revisasen bien los buques procedentes de Amberes, porque según los espías, se remitían treinta mil volúmenes de Biblias e Instituciones de Calvino[2].

Muchas otras obras salieron de la pluma de Calvino, las cuales han sido publicadas en cincuenta y un tomos. Recordemos algunas de ellas: Antídoto a los artículos de fe de la Facultad de Teología de París; Necesidad de reformar la Iglesia, trabajo dirigido a la Dieta de Espira, reunida en 1544; Observaciones a la carta del papa Pablo III al emperador Carlos V: Inventario de Reliquias, en la cual muestra la superstición que envuelve el culto que se tributa a los pretendidos huesos y objetos de santos; Antídoto al Concilio de Trento, refutando los dogmas que esta asamblea promulgaba; y Psichopannychia en la que refuta la creencia de que las almas duermen desde la muerte al juicio final.

Pero sus escritos más valiosos son sus Comentarios que abarcan casi todos los libros de la Biblia, y que lo han colocado en la categoría de los más grandes exegetas del Cristianismo. Oigamos lo que al respecto dice Félix Bungener: "Los Comentarios de Calvino marcan una revolución en el estudio de la Biblia, y ocupan un lugar eminente no sólo en la historia de la teología, sino en la del espíritu humano. Es el buen sentido destronando la erudición escolástica; es la verdad buscada en cada versículo, en cada palabra, por el camino más derecho y más corto. Se ha podido, sin duda, en muchos lugares encontrar algo mejor, pero era precisamente porque se seguía su método. La ciencia bíblica le debe, en una palabra, lo que toda ciencia debe a un hombre que la trasporta al terreno de los hechos y le da por base la observación y la experiencia". "Además, tratándose de Calvino no hay que apresurarse a creer que uno ha entendido mejor que él. La exégesis moderna ha tenido a menudo la sorpresa de descubrir que lo que ella creía nuevo ya se encontraba en Calvino desde hace tres siglos; a menudo, también, después de haber rechazado tal o cual de sus interpretaciones hubo que volver a ellas en nuestros días reconociéndola la mejor. Y aun en aquellas cosas que no podía saber, las que los viajes, la arqueología, u otras ciencias aclararon después de sus días, su poderosa razón basta para hacerle entrever la verdad a través de todos los errores y toda la ignorancia de su tiempo." "Nunca se encuentran en él citas que no sean de valor positivo para apoyar o aclarar su dicho; nunca interpretaciones examinadas por el placer de examinarlas; nunca, sobre todo, lo que parezca un mero ejercicio del espíritu o un entretenimiento sobre las Escrituras".

Después del triste episodio que terminó con la ejecución de Miguel Servet, del cual nos ocuparemos más adelante, la influencia de Calvino y del partido que lo apoyaba fue tan preponderante que inevitablemente se prestó a lamentables abusos. Pero Calvino empleó su tiempo trabajando desde las cinco de la mañana a las doce de la noche, enseñando, escribiendo, predicando y guiando a los muchos que buscaban su consejo. Su voz era escuchada como la de

[2] Son muy raros los ejemplares de la primera edición, que poseen solamente algunas antiguas Bibliotecas europeas y bibliófilos particulares. En 1858 fue reimpresa por el erudito bibliófilo español Usoz y Ríos, formando parte de su colección Reformistas antiguos españoles.

un oráculo. Cuando sus amigos trataban de convencerle de que necesitaba más horas de descanso respondía: ¿Queréis que cuando venga el Señor me encuentre ocioso?

Un día, después de una reunión del Consistorio, se sintió enfermo. El Consejo al saber que su estado era grave fue en corporación a verlo y después de agradecer la visita oró por ellos y por el pueblo que gobernaban. Los pastores de la ciudad le visitaron y oyeron de sus labios palabras serias de amonestación y también de confesión personal en las que reconocía y lamentaba sus errores sintiéndose indigno del favor de Dios. Farel tuvo tiempo de llegar desde Neuchatel a pesar de sus ochenta años y ver por última vez al compañero de mil batallas.

Murió el 25 de mayo de 1564. Ese día, dice Beze, se extinguió la luz más potente que hubo en el mundo para el bien de la iglesia de Dios.

Una piedra en el cementerio de Ginebra marca el lugar probable donde su cuerpo descansa. Para no contrariar su voluntad ni la costumbre implantada en la reacción contra la idolatría y vanidad, no hay lápida ni monumento.

La influencia que el pensamiento de Calvino ejerció en la posteridad ha sido grande. Su sistema religioso, severo, lógico, positivo, atrevido, consistente, tuvo la virtud de modelar el genio de muchos pueblos y llevarlos a la grandeza. El calvinismo llegó a ser el alma del protestantismo inglés, levantó el republicanismo en Holanda, alimentó el presbiterianismo de Escocia, y tanto los puritanos que van al nuevo mundo como las huestes de Cromwell que destronan monarquías carcomidas, obran bajo su poderoso influjo. América le debe sus instituciones democráticas y los principios de igualdad civil. Por eso dijo el historiador americano Bancroft: "Quien no honra la memoria y la influencia de Calvino, descubre su ignorancia acerca del origen de la libertad americana".

MIGUEL SERVET

Calvino, lo mismo que la mayoría de los reformadores del siglo XVI, no supo hacer distinción entre el orden civil y el religioso. Rompió con la iglesia romana pero no rompió con el dogmatismo autoritario que en ella había aprendido. Creyó que el Estado tenía el deber del castigar a los herejes y así Ginebra no fue menos intolerante que Roma. Muchos fueron perseguidos por sus creencias religiosas cuando éstas no eran las mismas que oficialmente se habían sancionado. Hagamos la historia del caso más triste producido por esta intolerancia.

Miguel Servet nació en Tudela, de Navarra, pero de padres aragoneses originarios de Villanueva, quienes siendo personas de bienestar económico dieron a su hijo una esmerada educación y le criaron en la más rígida observación del catolicismo. En 1528 fue enviado a Tolosa, Francia, donde se puso por primera vez a leer las Sagradas Escrituras y a formar con toda independencia un sistema propio de teología.

Cuando tenía veinte años de edad aceptó el puesto de secretario del franciscano aragonés don Juan Quintana, confesor del emperador e hizo con ese motivo un viaje a Italia para asistir a la coronación del monarca, y viendo tanto oro y púrpura en la corte papal y luego a los príncipes y magnates de todo el continente doblegarse delante del papa como delante de un dios, empezó a dudar de la iglesia romana a la que pronto llegó a mirar como a la Babilonia apocalíptica.

Siguió al emperador a Ausburgo en 1530 y escuchó la lectura de la Confesión de los luteranos escrita por Melanchton.

Publicó un libro titulado *De Trinitatis Erroribus* en el que ataca con inaudita audacia el dogma de la trinidad, y lo hace en términos que se consideraban blasfemos. Este libro produjo gran indignación tanto en el campo católico como en el protestante. Poco tiempo después publicó sus *Dos Diálogos sobre la Trinidad.*

Desde entonces tuvo que andar huyendo y escondiéndose bajo el nombre de Miguel Villanueva, tomado del pueblo de sus padres. Trabajó en Lyon de corrector de pruebas de imprenta y más tarde estudió medicina en París, donde publicó varios trabajos sobre ciencias naturales y medicina que tuvieron muy buena acogida, mereciendo elogios por la sagacidad de las observaciones y la claridad de la exposición. "Su elevada y lógica inteligencia — dice el Dr. Martín Philippson, de la Universidad de Brusellas — le hizo buscar y encontrar la unidad así en los ejemplos de la naturaleza, en los fenómenos fisiológicos, como en la esfera de la teología. Él fue el primero que descubrió la actividad de los pulmones y su influencia en la circulación de la sangre, y Velasio tomó de los trabajos de Servet un descubrimiento que dio grande e inmerecida fama a él y después a Harvey". Trata de este lema en su libro Restitutio Christianismi en el que hace una admirable descripción del cuerpo humano.

En Estrasburgo entró en relación con las anabaptistas y aceptó sus creencias contrarias al bautismo de los párvulos. De este modo ahondó más la sima que le separaba de los reformadores, quienes mantenían la práctica del bautismo infantil. Servet escribía a Calvino: "Si tú crees que el papa es el Anticristo debes creer también que el pedobautismo que forma parte de la doctrina del papa, es doctrina de demonios".

Rotas ya sus relaciones con Calvino se dispuso a atacarlo sin miramientos, y a principios de 1553 publicó su Restitución del Cristianismo, título que implicaba una réplica a la Institución de Calvino. Las ideas sustentadas en esta obra eran bastante extrañas. Cristo era un hombre en quien se había encarnado la divinidad en toda su plenitud y esta divina esencia se transmitía al creyente. Da falta más grave de la teología de Servet, sostiene Eugenio Secretan, es la de dar poca importancia al mal que reina en el mundo y al pecado que está en el hombre, no dejando lugar para la redención; fenómeno extraño porque hace de la divinidad de Cristo el centro de su teología, sin ver un argumento, un postulado en favor del Redentor. Disminuyendo la importancia de la fe para la salvación, volvía a caer en la doctrina católica del mérito de las buenas obras.

Servet cayó en poder del tribunal de la inquisición de Viena, ciudad de Francia que no hay que confundir con la capital de Austria, y muchos han sostenido que fue Calvino quien lo denunció y remitió a este Tribunal cartas confidenciales de Servet que revelaban que él era el autor de la edición anónima de la Restitución. ¿Quién puede imaginar intimidades entre un tribunal católico y Calvino? La simple suposición resulta un absurdo. A tal acusación respondió el acusado: "¿Cómo había de haber tal familiaridad entre mí y los satélites del papa?" ¿Puede creerse que se cruzaran cartas confidenciales entre partes que tienen tan poco de común como Cristo y Belial?

Lo que hay de cierto es que un caballero católico residente en Lyon, llamado Arneys, escribió a su amigo Guillermo Trie, que se había hecho protestante y refugiado en Ginebra, procurando hacerlo volver a la iglesia romana, y que Trie al contestarle hizo referencia a Servet, diciendo que en Francia, mientras mataban a los protestantes, tenían en estima a este hereje antitrinitario. Era una correspondencia privada entre amigos y nunca se creyó que pudiese dar origen al tan sonado episodio.

Doumergue en su monumental obra sobre Calvino sostiene que la afirmación de que este reformador instigó a Trie para que denunciase a Servet no puede ser probada y da muchas razones de peso para demostrar que carece de fundamento, siendo tan sólo una de las muchas cosas que su enemigo Bolsee escribió para desacreditarlo.

En Viena Servet fue condenado a muerte por la inquisición católica, pero logró escaparse de la prisión y así se libró de la hoguera. Dirigiéndose a Nápoles pasó por Ginebra donde fue reconocido y denunciado por Calvino, quien antes había tratado con él. La acusación más grave contra Calvino es la de haber redactado los artículos de acusación pidiendo al Consejo la aplicación de la pena que las leyes establecían. Se apartó del espíritu de Aquel que dijo que había venido para salvar y no para condenar. Ante la gravedad del caso y como medida de prudencia se consultó a las iglesias y Consejos de Zurich, Berna, Basilea y Schaftshauses, y de todas partes contestaron que Servet debía morir en la hoguera. De esta misma opinión fueron muchos teólogos.

La sentencia de muerte, por hereje y blasfemo, se confirmó y el 27 de octubre de 1553, en Champel, cerca de Ginebra, Servet murió heroicamente, negándose a una retractación que no podía hacer en conciencia. Sus últimas palabras fueron: "Jesús, Hijo del Dios eterno, ten piedad de mí." Julio Gindraux dice: "Con sólo haber dicho "Hijo eterno de Dios" podía haber escapado de la muerte. Prefirió ser sincero. Alabemos esta rectitud aunque fue errónea."

Hace cuatrocientos años que se viene enrostrando a Calvino la ejecución de Servet. ¿Y quiénes son los que más inclementemente lo hacen? Son los romanistas y los antirreligiosos. Los primeros olvidan el largo y siniestro capítulo de su historia; las innumerables víctimas de la inquisición, la matanza de San Bartolomé y las crueldades inauditas del duque de Alba en los Países Bajos. Los segundos se olvidan de las víctimas de la revolución francesa, de Robespierre y de la legión de impíos que le secundaban; se olvidan también de la mancha negra que están imprimiendo en la historia de la civilización en pleno siglo XX, imponiendo el ateísmo en Rusia y persiguiendo a los que no creen como ellos.

Es tiempo de que se callen las voces injustas de los que ven la paja en el ojo ajeno, pero no la viga que está en el suyo.

El protestantismo levantó en 1903 un monumento a Servet en el sitio donde fue quemado. De un lado se lee una inscripción con la fecha del nacimiento y muerte del mártir; del otro esta inscripción:

FILS
RESPECTUEUS ET RECONNAISSANTS
DE CALVIN
NOTRE GRANO REFORMATEUR
MAIS CONDAMNANT UNE ERREUR
QUT FUT CELLE DE SON SIECLE
ET FERMEMMENT ATTACHES
A LA LIBERTE DE CONSCIENCE
SELON LES VRAIS PRINCIPES
DE LA REFORMATION ET DE L'EVANGILE
NOUS AVONS ELEVE
CE MONUMENT EXPIATOIRE
LE XXVII. OCTUBRE MCMIII.

La traducción es ésta: "Hijos respetuosos de Calvino, nuestro gran Reformador, pero condenando un error que fue el de su siglo, y firmemente adheridos a la libertad de conciencia, según los verdaderos principios de la Reforma y del Evangelio, hemos levantado este monumento expiatorio el 27 de octubre de 1903."

RECRUDECIMIENTO DE LA PERSECUCIÓN

A pesar del destierro y del martirio que tuvieron que sufrir los primeros testigos del Evangelio en Francia, la palabra de Dios corría y era glorificada por todas partes.

Las severas medidas que tomaba Francisco I, instigado por el alto clero, no daban el resultado esperado y este rey terminó su carrera ordenando una matanza general de los valdenses establecidos en Provenza. En el año 1545 el barón Juan de Menier, por orden del Parlamento, se puso al frente de las hordas, impulsado no solamente por el espíritu de crueldad sino también por el de codicia, siendo su plan el de apoderarse de los bienes de sus víctimas. En una quincena más de cuatro mil valdenses fueron horriblemente masacrados, sus mujeres secuestradas y vendidas, doscientos cincuenta fueron quemados en las hogueras y todos los que no lograron escaparse entre las rocas de las montañas, fueron enviados a los trabajos forzados de las galeras del rey. Las localidades de Merindol y Cabrieres y unas veinte aldeas fueron convertidas en montones de escombros; destruyéndose no solamente las casas sino las ricas plantaciones que eran fruto de siglos de paciente labor.

La persecución recrudeció durante el reinado de Enrique II y más de cinco mil personas tuvieron que refugiarse en Ginebra, sin hablar de las que salieron para Alemania, Holanda y otras partes del continente. El Evangelio contaba, no obstante, con muchos seguidores aun entre las clases aristocráticas. Cuando el rey supo que D'Andelot, de la ilustre familia de los Chatillon, había hablado francamente de sus ideas evangélicas lo mandó llamar a su presencia y lo recriminó severamente. Pero el joven militar sin perturbarse le respondió: "Señor, en materia de religión yo no puedo usar disfraz ni podría engañar a Dios, si quisiera intentarlo. Disponga Vd. como quiera de mi vida, propiedad y honores; pero mi alma independiente de toda soberanía, es sólo vasalla de mi Creador, de quien la he recibido y a quien sólo es mi deber obedecer en materia de conciencia. En una palabra, señor, más bien prefiero morir que ir a misa."

Dos miembros del Parlamento, Faur y Du Bourg se atrevieron a acusar al cardenal de Lorena de ser el autor de las persecuciones que dividían a la familia francesa y a pedir que se respetase el derecho de todos los que querían adorar a Dios sin sometimiento al Vaticano. Otros tres consejeros se manifestaron en el mismo sentido, pero como única respuesta el rey mandó que los cinco fuesen encerrados en la Bastilla y se les formasen procesos. Du Bourg fue condenado a ser estrangulado y quemado.

La persecución continuaba bajo el reinado de Francisco II, quien al subir al trono tenía sólo dieciséis años de edad. Fue en este tiempo que el duque de Guisa y el cardenal de Lorena, su hermano, dirigían los destinos de la nación. Siendo encarnizados enemigos del protestantismo emplearon todo su poder para destruirlo y fue tal la tiranía que ejercieron que provocaron un levantamiento.

En Amboise en 1560 un caballero llamado Renaudie tramó una conspiración para desalojar a los Guisa del poder, pero habiendo abortado él plan se tomaron crueles medidas contra los conspiradores. Mil doscientos fueron pasados por las armas y muchos otros ahogados en las aguas del Loire. El fallecimiento repentino del rey puso fin a las crueldades que estaban destinadas a castigar también a los miembros de la nobleza adictos a la fe evangélica. "Cuando todo se había perdido — dijo Beze — he aquí el Señor nuestro Dios despertó".

EL COLOQUIO DE POISSY

Un nuevo rey ocupa ahora el trono de Francia bajo el nombre de Carlos IX, pero como tiene sólo once años de edad, toma la regencia su madre Catalina de Mediéis. Bien guiada por el canciller Miguel l'Hopital comprendió que convenía moderar a los Guisa y suspender las crueldades contra los protestantes, quienes eran ya demasiado numerosos e influyentes para ser sofocados. Convocada una asamblea general de los Estados, el virtuoso canciller llamó a todos a la reconciliación y al amor; pero nada se podía conseguir bajo el régimen de la intolerancia. L'Hopital propuso la celebración de un coloquio en el cual católicos y protestantes presentarían sus puntos de vista y estudiarían la manera de llegar a un acuerdo, que permitiese a la nación vivir en paz. La idea fue muy resistida por los católicos, pero al fin cedieron y en otoño de 1561 los representantes de ambas tendencias se reunieron en la pequeña población de Poissy.

La delegación católica estaba presidida por el cardenal de Lorena y la componían cinco cardenales más y cuarenta obispos.

Teodoro de Beze presidía la delegación protestante compuesta por treinta y cuatro pastores entre los que se encontraban Maloratus y el italiano Pedro Mártir Vermigli.

Recordemos algunos datos biográficos de Beze. Era francés y en su juventud tuvo por maestro a Melchor Wolmar, quien también había sido maestro de Calvino, Estuvo siete años bajo su dirección y fue guiado por la senda del Evangelio. "El bien mayor que me has hecho —le escribió más tarde— es el de haberme amamantado con el conocimiento de la piedad y la pura palabra de Dios." Pero el Evangelio no había entrado en su corazón. Tuvo mucho que luchar contra las pasiones nada sanas de su naturaleza y el ambiente corrompido que le rodeaba. Fue entonces cuando escribió su Juvenilla, poesías que tantas veces le fueron reprochadas por sus enemigos y de las cuales tuvo que arrepentirse. Su familia no cesaba de instigarlo a abandonar sus creencias y más de una vez estuvo a punto de ser vencido y ceder ante las brillantes ofertas que le hacía un mundo lleno de encantos.

Una grave enfermedad lo derribó y fue entonces cuando su alma encontró la misericordia de Dios. No bien sanó, reunió sus pocos haberes y se fue a Ginebra donde entró en relación con Calvino y otros reformadores. Durante diez años estuvo en Lausanne enseñando griego, desde donde varias veces fue enviado con misiones especiales ante los príncipes extranjeros a favor de la causa evangélica. En Ginebra actuó como pastor y profesor. Sus lecciones sobre el Nuevo Testamento sobrepasaban a las de Calvino desde el punto de vista filológico y gramatical. Muerto Calvino llegó a ser el hombre de más peso entre los protestantes de lengua francesa. Sus obras principales son: El Sacrificio de Abraham, tragedia emocionante que ha sido muy elogiada; una traducción de los Salmos en verso que se cantaban en las iglesias; Anotaciones, obra valiosa de exégesis bíblica; la *Vida de Calvino*; los *Icones*, que son bosquejos biográficos de los reformadores; y una *Historia Eclesiástica*.

Este es el hombre que aparece ahora en el coloquio de Poissy, donde dejará sentir junto con su elocuencia arrebatadora la fuerza de la verdad que sostiene.

La magna asamblea estaba presidida por el rey acompañado de su madre Catalina de Mediéis. Les rodeaban numerosos príncipes y princesas. Detrás, sobre gradas, estaban los cardenales, obispos y otros eclesiásticos; alrededor los grandes señores invitados y numerosas damas ostentando lujosas vestimentas.

Se abrieron las puertas para dejar entrar a los protestantes. Un cardenal al verlos pasar se permitió decir: ¡Aquí están los perros ginebrinos! Teodoro de Beze alcanzó a oírlo y tuvo esta respuesta oportuna: "El rebaño del Señor necesita perros fieles para ahuyentar a los lobos que andan alrededor."

L'Hopital abrió el debate con un discurso conciliatorio y cedió la palabra a Teodoro de Beze, quien se arrodilló y elevó una plegaria pidiendo a Dios que derramase su luz sobre la asamblea. En su magistral discurso adujo numerosos e irresistibles argumentos para demostrar que la iglesia de Roma no era la iglesia de Cristo. Expuso los puntos principales del credo reformado, extendiéndose en contra del dogma de la presencia real en los elementos de la eucaristía. Horrorizados por estas afirmaciones, los partidarios del papismo prorrumpieron en vociferaciones y clamores: ¡Está blasfemando! ¡Está blasfemando!

El cadenal Tournon viendo que Beze se ganaba a la mayoría de los oyentes, se levantó de su asiento repentinamente y después de afirmar que había desaprobado la celebración de ese coloquio y que se hallaba presente sólo en deferencia a Catalina de Mediéis, se dirigió al niño rey exhortándole a no dejarse impresionar por la palabra del orador hugonote.

En seguida se levantó el cardenal de Lorena y defendió al catolicismo con gran habilidad y talento retórico. Cuando terminó, los cardenales y obispos lo rodearon para agradecerle el servicio que había prestado a la iglesia.

El famoso jesuita Láinez defendió el absolutismo papal, deplorando el error de haber aceptado conferenciar con los protestantes, lo que significaba poner en duda la infalibilidad de la iglesia y su autoridad suprema sobre las almas y conciencias.

Beze quiso contestar, pero siendo la hora ya muy avanzada se aplazó la discusión para el día siguiente. Durante varios días continuaron las conversaciones entre los representantes de los dos credos, pero sin llegar a ningún resultado práctico. Lo único que quedó demostrado es la imposibilidad de reconciliar el principio protestante del libre examen con el dogma católico de la autoridad. Todos quedaron convencidos de que la reconciliación era imposible.

LOS HUGONOTES

Se dio el nombre de hugonotes a los protestantes franceses que en defensa de sus derechos civiles y religiosos se habían levantado en armas contra sus opresores. El origen de este nombre no ha podido ser establecido. La gente decía que en las calles de Tours donde ellos celebraban sus reuniones andaba un fantasma llamado Hugo, y de ahí puede haber venido el extraño nombre significando seguidores nocturnos de Hugo. Otros suponen que es una corrupción de la palabra eigenossen que significa correligionario.

A pesar del fracaso del coloquio de Poissy, en enero de 1562 apareció un edicto real autorizando la celebración de los cultos protestantes y parecía que la tolerancia religiosa iba a quedar definitivamente establecida, pacificando así a la nación. Pero todo se redujo a una calma momentánea, presagio de la sangrienta guerra civil que azotó al país durante muchos años.

En 1562 el duque de Guisa se dirigía a París seguido por un escuadrón de doscientos hombres, y al pasar por la población de Vassy, el día de Navidad, vio que los protestantes se dirigían a una granja donde debían celebrar un culto. El fanático duque bajo el dominio de un espíritu satánico lanzó gritos de furor y mandó a su gente llevar a cabo un ataque. En la refriega una piedra vino a herirle el rostro, y enfurecido redobló la violencia del ataque haciendo morir a más de setenta protestantes e hiriendo a unos doscientos.

La noticia exaltó a los hugonotes ya cansados de soportar tantos ultrajes y fue la señal de que había sonado el clarín llamándolos al campo de batalla.

Convertidos así los hugonotes en un partido político y militar se encontraron frente a inesperadas dificultades para continuar la obra espiritual. Los partidarios de la Reforma entraban en masa a engrosar las filas, pero no todos tenían experiencia cristiana y los nobles que se ponían al frente de las tropas muchas veces dieron ejemplos deplorables.

A pesar del mal ya señalado los hugonotes tienen muchos méritos que es necesario reconocer. El austero, grave y democrático espíritu del calvinismo había penetrado en sus filas. Su organización política, militar y religiosa era admirable. Los que violaban las prácticas de austeridad eran sometidos a disciplina. Conde, príncipe de sangre, tuvo que humillarse ante el consistorio de la Rochelle por haberse apoderado indebidamente de un botín de guerra, y Enrique de Navarra tuvo que pedir perdón delante de toda la iglesia por un pecado cometido.

Todos los Sínodos se declararon contrarios a los matrimonios con los que no pertenecían a la fe, y la vida matrimonial estaba regulada con mucha severidad.

Este espíritu de disciplina ha sido dado como la única explicación al hecho de que siendo una minoría tan pequeña pudieran durante treinta años resistir con éxito a la mayoría contraria.

"Esencialmente provechosas para la causa de los protestantes fueron la extraordinaria importancia que daban a la instrucción y el incremento que ésta tomó entre ellos. Los nobles y señores debían procurar que recibiesen instrucción sus servidores, y los pastores y sínodos no debían descuidar para nada la construcción de escuelas. En todas sus asambleas la asistencia escolar formaba uno de los principales puntos de discusión. Crearon cinco Universidades. Esta consideración que les mereció la ciencia produjo sus frutos: la esmerada instrucción de los principales hugonotes y los sólidos conocimientos que la generalidad de ellos tenían, les aseguraban en la política y en la guerra una situación dominante." *Oncken, 22: 444*.

Gaspar de Coligny, de la familia de los Chatillons, vino a ser el jefe militar de los hugonotes. Como almirante se había distinguido en la carrera de las armas y su influencia en la corte y entre la nobleza era muy considerable. Hombre sincero y profundamente religioso se adhirió de corazón a las doctrinas de la Reforma, y en su castillo, lo mismo que guiando a los ejércitos en la campaña, buscaba siempre horas de quietud, meditación y comunión con Dios.

Con toda su servidumbre celebraba diariamente el culto doméstico que consistía en la lectura de la Biblia, en la oración, que hacían todos de rodillas, y en el canto de algunos Salmos. Su piedad no era exaltada pero sí profunda y nacida de convicciones íntimas.

Cuando estalló la guerra tuvo momentos de perplejidad respecto a la conducta que debía adoptar frente a esa emergencia. Un día cuando se paseaba absorto en los pensamientos que llenaban su mente, vio que su esposa Carlota de Laval estaba llorando. Él le preguntó cuál era el motivo de esas lágrimas. "Lloro, contestó, al pensar en el dolor que tendrán los nuestros cuando sepan que Coligny se retira de la causa santa." —"¿Pero sabes bien, replicó, qué consecuencias puede traernos la participación en la guerra? ¿No sabes que puede ser la ruina de nuestra casa, la huida, la miseria para ti y para tus hijos?" —"Ya lo sé, y me hago responsable de todo"—, respondió la noble dama. Al día siguiente Coligny montaba a caballo y partía para el campo de batalla, seguido por sus hermanos y bendecido por la compañera de su vida.

A raíz de algunos triunfos militares alcanzados por el almirante Coligny la corte se sometió a firmar la paz de San Germán en 1570 por la cual los hugonotes quedaban en poder de cuatro ciudades fortalecidas y libres para celebrar sus cultos salvo algunas limitaciones que aunque injustas aceptaron debido a las circunstancias y al deseo de establecer la paz en el reino.

LA NOCHE DE SAN BARTOLOMÉ

El plan de una matanza general de los protestantes venía madurando desde años atrás. Los cardenales de Lorena y de Granvelle habían puesto de acuerdo a los reyes de Francia y España —asegura el historiador Regnier— bajo la condición de que ambos emplearían todas sus fuerzas para exterminar a los herejes sin respetar hermano, hermana, hijo, padre o amigo.

Se trató entonces de atraer a toda la nobleza hugonote a la capital, lo cual se consiguió con motivo de las bodas de Enrique de Navarra con la hija del rey, la cual estaba destinada a robustecer las relaciones de ambos partidos, pero se aprovechó para consumar el mayor crimen que registra la historia.

Coligny había sido recibido con aparentes señales de amistad y regocijo, pero la reina madre encargó a Maurevert de asesinarlo, lo cual intentó logrando solamente herirlo al salir del Louvre. Fácil es imaginar la indignación que este hecho produjo en el ánimo de todos los protestantes, quienes pedían explicaciones y justicia.

En ese momento de efervescencia se pusieron en juego todas las influencias para ejecutar la matanza antes que los invitados a las bodas saliesen de París.

Para conseguir el consentimiento de Carlos IX le hicieron creer que el almirante había levantado un ejército en Suiza y otro en Alemania, que haría estallar una nueva guerra de religión poniendo en serio peligro la estabilidad de la corona. El débil monarca terminó por someterse pronunciando estas palabras: "Consiento, con tal que maten a todos los hugonotes para que no quede ni uno solo que pueda reprocharme la acción".

La noche de San Bartolomé, 24 de agosto de 1572, entre dos y tres de la mañana, sonó la campana mayor de la iglesia de San Germán, que era la señal convenida para que los ejecutores del siniestro plan se lanzaran a la obra. Llevaban una cruz blanca sobre el sombrero para distinguirse. Todos los caminos habían sido cuidadosamente cerrados y las casas de los hugonotes señaladas. Los asesinos rompían las puertas, penetraban en las habitaciones y mataban a todos sin consideración de edad ni sexo. La casa donde Coligny se alojaba fue una de las primeras en ser atacadas. El noble anciano estaba en el lecho sin poderse mover a consecuencia de la herida que había recibido días antes. Uno de sus criados le hizo saber lo que estaba ocurriendo. Comprendió que había llegado su fin y dijo: "Hace mucho que estoy preparado para morir; encomiendo mi alma a la misericordia de Dios". Al frente de los agresores estaba un tal Besme, adicto a la casa de los Guisa, quien por su participación en la sangrienta jornada se casaría con una hija del cardenal de Lorena. Besme atacó al almirante y sus acompañantes terminaron la obra. En el patio estaba el duque de Guisa y le gritaba: "Si has concluido, arrójalo por la ventana". El asesino obedeció, y cuando el duque vio que el cadáver que había caído era realmente el de Coligny, le dio un fuerte pisotón en el rostro. Dieciséis años más tarde él caía asesinado delante de Enrique III y éste lo pisoteaba de la misma manera.

La matanza duró en París desde el domingo hasta el jueves, y católicos eminentes, como el duque de Anjou, participaban a la par del carnicero que se jactaba de haber dado muerte a ciento veinte personas en un solo día. Sacerdotes con el crucifijo en la mano recorrían las calles alentando a los asesinos. Algunos barrios estaban sembrados de cadáveres y las paredes salpicadas de sangre. El mismo rey hizo disparos desde los dorados balcones de su palacio y vio cómo los cadáveres eran arrojados al Sena.

En las provincias la matanza duró varias semanas. La carnicería fue horrible en Meaux, Angers, Bourges, Orleans, Lyon, Tolosa, Rúan y otras ciudades.

Dejemos oír una nota que demuestra que los sentimientos humanitarios no habían muerto del todo: el vizconde de Orles, gobernador de Bayona, cuando recibió la orden de llevar a cabo la matanza, dio la siguiente respuesta: "He comunicado el mandato de su majestad, a los habitantes de esta ciudad y a los soldados de la guarnición. Encuentro aquí buenos ciudadanos y valientes soldados; pero ningún verdugo. Por esta razón sobre este punto su majestad no debe esperar obediencia de mí."

¿A cuánto llegó el número de víctimas? Imposible es precisarlo, pero los cálculos más moderados dicen que alcanzaron a dos o tres mil en la capital y a unos veinte o treinta mil en todo el país. Hay quienes calculan de sesenta a cien mil.

Para colmo de la barbarie este crimen dio lugar a grandes manifestaciones de regocijo. El cadáver decapitado de Coligny fue arrastrado por las calles y el rey con toda su corte se paseó en medio del tendal de muertos.

Cuando la noticia llegó a Roma, el papa hizo cantar un Te Deum, de acción de gracias y mandó acuñar una medalla Conmemorativa que llevaba de un lado su efigie con esta inscripción: Gregorio XIII. Pont. Max. (Pontífice máximo); del otro un ángel con la espada en la mano matando hugonotes y estas palabras: Hugonottorum strages (matanza de hugonotes), 1572.

Mandó también el papa al artista Vasari que pintase un cuadro de grandes dimensiones para ser exhibido en el Vaticano, el cual llevaba esta inscripción: Pontifex Colignii necem probat lo que significa: El pontífice aprueba el asesinato de Coligny.

El papa completó todas estas demostraciones de júbilo enviando a París al cardenal Ursino para agradecer a Carlos IX "todo lo que hace en favor de la fe cristiana contra los herejes."

Felipe II recibió la noticia con no menos júbilo y se dice que ese día fue el único en el que se le vio reír.

Pasados aquellos días de criminal locura se despertó la conciencia adormecida de los culpables. Las damas dijeron haber visto bandadas de cuervos en los atrios del palacio que presagiaban días luctuosos para la Francia. Un estupor y espanto les seguía día y noche.

Carlos IX no pudo más dormir ni calmarse de los espantosos remordimientos de conciencia. Durante la noche creía estar oyendo los aullidos de los verdugos y los gemidos desesperantes de las víctimas. Durante el día procuraba por medio de fuertes ejercicios prepararse para un sueño reparador, pero era inútil. Salía a cazar, andaba a caballo, jugaba a la pelota, pasaba horas enteras golpeando fuertemente sobre un yunque con un colosal martillo, pero nada podía hacerle olvidar las escenas sangrientas que había autorizado.

Había pedido que no quedase ningún hugonote con vida para que le reprochase la acción, y ahora la única persona amable que tenía a su lado era una sirvienta hugonote que buscaba consolarlo hablándole del amor de Dios y exhortándole a buscar perdón por Jesucristo.

Soñando creía encontrarse en un mar de sangre que salía de los poros de su piel. "No hay paz para los malos", dijo el profeta, y esta sentencia se cumplió en el desgraciado monarca que falleció antes que se cumpliesen los dos años de la San Bartolomé, el 30 de mayo de 1574.

Los protestantes con todo lograron levantarse nuevamente en armas para defender sus derechos ultrajados, y Enrique III, que se había mostrado tan intolerante como sus antecesores, cuatro años después de la San Bartolomé tuvo que aceptar condiciones de paz, permitiendo el culto reformado en todo el territorio menos en París; y reconocería los protestantes como aptos para el desempeño de cargos públicos.

Cuando este monarca fue asesinado por un fanático dominicano, tenía que ocupar el trono Enrique de Navarra, pero estaba por medio el obstáculo de que era protestante. Nunca había sido un hombre de convicciones religiosas de modo que nada le costaba pasar de una comunión a la otra. Protestante desde su nacimiento, aceptó ir a misa para librarse de la muerte en los días de

San Bartolomé; volvió al protestantismo cuando el peligro pasó, y vuelve de nuevo al catolicismo para tomar la corona pronunciando una frase que se hizo célebre: París vale bien una misa.

En 1598 promulgó el Edicto de Nantes asegurando la tolerancia religiosa, y aunque éste fue de corta duración y no tuvo una aplicación completa, honra a su autor y marca una nueva era en la historia de las religiones.

Ya había transcurrido casi un siglo de luchas y persecuciones. El protestantismo aunque aminorado salía triunfante de la prueba, dejando en su glorioso derrotero una verdadera legión de mártires que demuestran que las puertas del infierno nunca prevalecerán contra la iglesia del Señor

Capítulo Quinto
LA REFORMA EN INGLATERRA Y ESCOCIA.
INTRODUCCIÓN DEL NUEVO TESTAMENTO

En los países del continente europeo la Reforma giró alrededor de algunos héroes prominentes: Lutero, Zwinglio, Calvino. Pero no fue así en Inglaterra, donde a pesar de la descollante actuación de varios de los personajes que figurarán en este capítulo, ninguno puede ser considerado el héroe que hiciera de esta isla el baluarte más fuerte del protestantismo.

La ruptura de la corona con el Vaticano, a raíz del divorcio de Enrique VIII, acerca de quien hablaremos más adelante, fue sabiamente aprovechada por los amigos del Evangelio, pero no es a ese episodio que se debe la transformación del reino y su conversión a la fe de la Biblia.

El gran factor que emancipó a Inglaterra de la tutela de Roma fue la lectura de las Sagradas Escrituras.

El sabio holandés Erasmo, publicó en Basilea, el año 1517, el Nuevo Testamento griego junto con una traducción latina. Cuando este libro llegó a Londres, y de ahí pasó a Cambridge y Oxford, empezó para Inglaterra un nuevo capítulo de su historia. "Es necesario — decía Erasmo — que se levante un templo espiritual en medio de la cristiandad desolada. Los poderosos del mundo ofrecerán para este santuario, mármol, marfil y oro; yo hombre pobre y pequeño traigo el fundamento"; y ponía delante del mundo el libro mágico que contiene los escritos apostólicos, impreso por primera vez en su lengua original. "Si la nave de la iglesia —añadía—, no va a ser devorada por la tempestad, una sola ancla la puede salvar; es la Palabra divina, que salida del seno del Padre, vive, habla y obra todavía en los escritos evangélicos."

Este Nuevo Testamento fue recibido con gran entusiasmo por todos los hombres de buena voluntad. Jamás libro alguno había producido tal sensación. Todos se lo arrebataban de las manos y su lectura iluminaba los corazones. Pero al mismo tiempo que sus páginas derramaban bendición para consuelo de unos, producían terrible alarma en otros. Obispos y frailes comprendieron que se aproximaban para ellos días peligrosos porque tendrían que dar cuenta al pueblo de sus doctrinas y acciones. Este libro, decían, engendrará horribles herejías y será la muerte del papado. Pedían que el libro fuese condenado y prohibido, y que su traductor fuese expulsado de las escuelas donde enseñaba. "En las plazas públicas se oían sus ladridos", dijo Erasmo.

Los frailes se alarmaban con razón. Es verdad que el libro estaba escrito en griego y latín, pero su publicación era el primer paso que anunciaba otro: la publicación de toda la Biblia en la lengua del pueblo. "Hay que publicar los misterios de Cristo — escribía el sabio holandés — y las Sagradas Escrituras traducidas a todos los idiomas deben ser leídas no sólo por los escoceses e irlandeses sino también por los turcos y los sarracenos. Es necesario que las cante el labrador cuando va detrás del arado, que el tejedor las repita al hacer correr la lanzadera, y que el caminante fatigado, suspendiendo su marcha, se conforte al pie de un árbol por medio de sus dulces relatos."

Para salvar las apariencias, los frailes no atacaban el Nuevo Testamento griego sino la traducción latina que lo acompañaba, poniendo el grito en el cielo porque Erasmo en Mateo 4:17 no dice hacer penitencia sino convertirse. Una vez que dejaron oír su protesta en los conventos y escuelas se dirigieron a los que estaban en las alturas. ¿No era Enrique VIII protector de Erasmo? Hasta él llegaron, pero no con mucho éxito. El arzobispo Lee, de York, formó una liga de todos aquellos que se oponían a la lectura del Nuevo Testamento, lo que demuestra que la Palabra de Dios iba penetrando en muchos corazones y haciendo la obra a que estaba destinada. Toda la

oposición fue inútil; la luz que resplandece en las tinieblas había resplandecido en aquel reino para nunca más ser apagada.

TOMÁS BILNEY.

La conversión, coronada con el martirio, de Tomás Bilney, es una muestra de lo que estaba haciendo la lectura del Nuevo Testamento.

Era un joven doctor de Cambridge, aventajado estudiante de derecho canónico, de alma seria y conciencia delicada. Pequeño de estatura, un tanto enfermizo. Preocupado de la salvación de su alma se entregaba con febril devoción a las prácticas religiosas del catolicismo. Arrodillado delante de su confesor examinaba rigurosamente su conciencia y se acusaba de todo lo que reconocía malo en su vida cotidiana. Los sacerdotes le imponían penitencias que consistían ya en misas costosas, ya en vigilias prolongadas. Cumplía con todas ellas, pero su alma permanecía siempre sumergida en las tinieblas y hasta en la desesperación. A menudo tenía dudas sobre la validez de los actos que realizaba a costa de tanto sacrificio, y desconfiaba de la sinceridad de los motivos que los sacerdotes tenían para imponérselos. Se preguntaba si sus directores espirituales estarían en la verdad y si las doctrinas que enseñaban eran dignas de ser creídas; pero pronto desechaba estos pensamientos como tentaciones del enemigo.

Un día oyó hablar de un libro nuevo que era objeto de animados comentarios; se trataba del Nuevo Testamento griego, con la traducción latina, elegantemente presentado. Venciendo el temor y los escrúpulos, guiado — dijo él más tarde — por la mano de Dios, se dirigió adonde So vendían, temblando adquirió un ejemplar y fue en seguida a encerrarse en su habitación. Lo abrió y sus ojos cayeron en este versículo: "Palabra fiel es ésta y digna de ser recibida de todos, que Cristo Jesús vino al mundo a salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero." (I. Tim., 1:15),

"¡Pablo — exclamó — el primero de los pecadores, y Pablo con todo está seguro de su salvación!" Volvió a leer y dijo: "¡Oh sentencia de Pablo, cuan dulce eres a mi alma"! Estas palabras del gran apóstol a su discípulo Timoteo, quedaron grabadas en su mente y le instruyeron en el camino de salvación. No sabía lo que le pasaba, se sentía como si un viento refrigerante corriese por su alma o como si un rico tesoro fuese puesto en su mano. "Yo también, se dijo, soy como Pablo, más que Pablo, el más grande de los pecadores. Pero Cristo salva al pecador. Al fin he oído hablar de Jesús." Todas sus dudas se desvanecieron y su alma halló reposo en Cristo.

Entonces se obró en él una admirable transformación; un gozo desconocido lo inunda; su conciencia hasta entonces lastimada con las heridas del pecado se siente curada; en lugar de desesperación tiene paz, esa bendita paz interior que sobrepuja a todo entendimiento.

Bilney no dejaba de leer el Nuevo Testamento y su lectura era el maná escondido con que alimentaba y sustentaba la vida espiritual que por la fe había conseguido.

No se contentó con haber encontrado la salvación. Pronto quiso que otros pudiesen participar de la misma bendición. Rogaba a Dios que le diese fuerza para testificar, y ardiente de espíritu hablaba a sus amigos, abriéndoles el Nuevo Testamento para demostrarles que les anunciaba la verdad divina.

Llegó en ese tiempo a Cambridge Guillermo Tyndale, y fue ganado a la causa un joven de dieciocho años llamado Juan Fryth. Estos dos jóvenes, juntos con Bilney, se pusieron a trabajar con entusiasmo. Iban progresando en el conocimiento de la verdad; se declararon contra la absolución sacerdotal y enseñaban que la salvación se consigue por medio de la fe en Cristo. Bilney comprendió también que no era la consagración episcopal la que constituía ministro del

Evangelio, sino la vocación celestial, y caía de rodillas clamando a Dios para que viniese en socorro de los que querían dejar el error y seguir la Palabra y al Espíritu. En su entusiasmo santo sentía arranques de profeta y decía: "Un tiempo nuevo ha empezado. La asamblea cristiana será renovada. Alguien; se acerca... lo veo... lo siento, es Jesucristo... el rey; él es quien llamará a los verdaderos ministros encargados de evangelizar a su pueblo."

Había en aquellos días en Cambridge un sacerdote que se distinguía por un fervor que culminaba en el fanatismo. Era siempre el primero en las procesiones y se le veía llevar con mucho orgullo la cruz de la Universidad. Se llamaba Hugo Latimer; tenía unos treinta años de edad y a su celo infatigable unía un humor mordiente que lo usaba para poner en ridículo a sus adversarios. Como un nuevo Saulo perseguía a los amigos de la Palabra de Dios y en algunos discursos tuvo tanto éxito que muchos creyeron que había aparecido el hombre capaz de medirse con Lutero y dar a la iglesia de Roma un triunfo deslumbrante. Bilney concibió el plan de ganarlo al Evangelio para que sus dones fuesen puestos al servicio de mejor causa, y para dar comienzo a su difícil tarea se valió de un procedimiento un tanto extraño. Se dirigió a donde Latimer se encontraba y le pidió que escuchase su confesión. ¿Qué ocurría? ¡El campeón de la herejía pide confesarse ante él campeón del papismo! Latimer creyó que sus discursos habían conseguido convencerle y que una vez sometido Bilney, harían igual cosa todos sus compañeros. El presunto penitente se arrodilla delante del satisfecho confesor, pero hace una confesión muy diferente de la que están acostumbrados a oír los sacerdotes; le refiere cuan grandes fueron las angustias de su alma y cuan inútiles las obras, ceremonias y sacramentos para librarlo de ellas. Y en seguida con voz emocionante y sinceridad contagiosa le habla de cómo encontró la paz cuando dejando todo eso confió en el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Habla a Latimer del espíritu de adopción que ha recibido y de la dicha que experimenta al poder llamar a Dios, su padre.

El confesor quedó estupefacto al oír tal testimonio en lugar de una mecánica confesión. Su corazón se abrió y la palabra llena de unción del piadoso Bilney penetró hasta lo más íntimo de su ser. Esa palabra simple pero llena de vida lo traspasó como una espada de dos filos. El Espíritu de Dios obró en Latimer, la luz de la verdad lo alumbró en aquella hora por ese medio inesperado. Su conversión fue instantánea como la de Saulo en el camino a Damasco. Latimer quiso aun levantar alguna objeción, pero pocas respuestas llenas de amor bastaron para que toda duda se disipase. "Aprendí más por medio de esta confesión — dijo más tarde — que antes por medio de muchas lecturas y en muchos años. Me deleito ahora en la Palabra de Dios, y dejo a los doctores de escuelas humanas con todas sus extravagancias."

Una conversión tan notable como la de Latimer imprimió un nuevo impulso al movimiento evangélico. Desde entonces la juventud universitaria acudía en masa a escuchar a Bilney, quien tenía por tema principal de sus enseñanzas la obra perfecta y completa de Cristo, que hace nula e innecesaria toda otra obra. Pero la eficacia de su predicación dependía de la oración. Modesto delante de los hombres era confiado delante de Dios, y día y noche le pedía almas y más almas. Como el Maestro, sentía compasión por aquellos que andan extraviados, errantes como ovejas sin pastor.

Bilney que había perdido su anterior timidez desplegaba ahora una admirable actividad misionera, no sólo en Cambridge sino en otras partes del reino. Él y otro fraile convertido llamado Arthur, visitaban los conventos y al mismo tiempo que buscaban ganar a los religiosos, predicaban al pueblo, encontrando muchas veces formidable oposición. Más de una vez fueron sacados del pulpito por los frailes enfurecidos y éstos no descansaron hasta conseguir que Bilney fuese arrestado y conducido a Londres para ser juzgado. Arthur se encargó entonces de llevar adelante la obra, aunque no por mucho tiempo, porque fue sometido a la misma prueba que su compañero.

El 27 de noviembre de 1527, el cardenal Wolsey y un gran número de obispos y teólogos se reunían en Westminster para juzgar a los dos acusados. Después de abrir el acto el cardenal se retiró diciendo que asuntos de estado reclamaban su presencia en otro lugar, indicando antes que debía buscarse que los acusados abjurasen de sus errores y que si no lo hacían fuesen entregados al poder secular. La retractación o la muerte, tal era la orden que recibía el obispo que debía presidir el juicio.

Bilney tenía esperanza de salir bien de esta prueba porque sabía que el obispo era amigo y admirador de Erasmo. Consiguiendo papel y tinta se puso a escribir en la prisión cartas admirables, que han sido conservadas, en las que expone que es la lectura del Nuevo Testamento la que había engendrado en él la doctrina que predica. Bien sabía el obispo que los acusados estaban mucho más cerca de la verdad cristiana que los frailes acusadores y deseaba librarlos de la muerte, pero quería hacerlo sin comprometerse ni correr riesgo. Todas las tentativas para arrancar a Bilney una retractación encontraron respuesta negativa, pero presionado por el ruego de sus amigos que no lo abandonaban y con la idea de que viviendo podría servir mejor a su Maestro, terminó por someterse, cosa que también había hecho Arthur. Los amigos de Roma triunfaban y una ola de dolor y tristeza invadía las filas evangélicas.

Llegado el domingo pusieron a Bilney al frente de una procesión, y el discípulo caído, con la cabeza cubierta y la mirada hacia el suelo marchaba con paso lento hacia la cruz de San Pablo, cargando sobre sus espaldas un lío de leña con el cual iba diciendo: "Yo soy un hereje que merezco ser quemado." Los verdugos se complacen en humillar a sus víctimas hasta el último grado. Una vez que llegaron al sitio señalado se oficiaron los ritos establecidos para estos casos de abjuración. Un predicador habló sobre la penitencia que tenía que hacer el reo y terminado el acto lo condujeron de nuevo a su prisión. Con su caída se había librado de la muerte pero no de la cárcel.

Empezó para el desdichado apóstata un tiempo terrible en la soledad del calabozo, el cual se le asemejaba a un horno de fuego devorador. En el silencio de la noche creía estar escuchando palabras de reproche y acusación. Las sombras fatídicas de Caín y de Judas le rodeaban, y los remordimientos de conciencia no le permitían un instante de paz. Vuelto en sí se había dado cuenta de su falta y se avergonzaba de sí mismo. Había querido evitar la muerte y ésta le aparecía a cada instante en él aposento lúgubre donde lo habían encerrado. En vano trataba de apartar de sí este horrible espectro. Los amigos que lo habían arrojado a este abismo aparecieron, y cuando al tratar de consolarlo pronunciaban el nombre del Salvador, aterrorizado huía al fondo de su calabozo, lanzando gritos como si viera a un enemigo armado de una lanza. Había renegado de la Palabra de Dios para someterse a los hombres, y lo único que de ella ahora armonizaba con el estado de su alma, era aquella imprecación apocalíptica en que los condenados claman a las montañas diciendo: "¡Caed sobre nosotros y escondednos de la cara de aquel que está sentado sobre el trono y de la ira del Cordero!" (Apocalipsis, 6:16).

Puesto en libertad volvió a Cambridge, donde los remordimientos más agudos continuaron persiguiéndole. Pero Cristo con una mirada lo restauró como en otro tiempo a San Pedro. Se levantó como uno que resucita de entre los muertos, dijo Latimer.

Una noche se despidió de sus hermanos en la fe diciéndoles que subiría a Jerusalén y no lo verían más en este mundo. Tarde, en una noche del año 1531 se puso en marcha y al llegar a Norfolk empezó a predicar privadamente en las casas de unos antiguos discípulos, para quienes con su cobarde conducta había sido causa de tropiezo. Consideraba que su primer deber era confirmarlos en la fe. Una vez que consiguió restaurarlos se puso a predicar abiertamente en los campos que rodeaban a la ciudad. Prosiguió a Norwik, donde continuó activamente su ministerio

exhortando a los creyentes a no recibir nunca el consejo de amigos mundanos como él había hecho.

Pronto los frailes tuvieron conocimiento de sus actividades; lo denunciaron y fue arrestado. Frente a sus jueces y acusadores mostró una firmeza inquebrantable, confesó resueltamente su fe y negándose a abjurar fue condenado a morir en la hoguera. La ceremonia de la degradación se cumplió con mucho aparato. La noche antes de su ejecución cenó en la prisión con sus amigos y hablaba con toda calma sobre su próxima muerte, repitiendo jubiloso este texto de Isaías: "Cuando pasares por el fuego no te quemarás, ni la llama arderá en ti."

A la mañana siguiente, un día sábado, los oficiales seguidos de una guardia armada se presentaron en la prisión. Bilney apareció acompañado del Dr. Warner, vicario de Winterton, uno de sus viejos amigos a quien pidió que estuviese a su lado en sus últimos momentos. Seguidos de una multitud de espectadores se dirigieron al lugar de la ejecución, sitio donde muchos lollardos habían sufrido el martirio confesando su fe en Cristo. Como todavía no habían terminado de preparar la hoguera, Bilney dirigió la palabra al gentío, exhortando a confiar en Cristo. Cuando llegó la hora de morir se acercó resueltamente al poste en que tenía que ser atado y quemado y lo besó. Se puso de rodillas y oró con gran fervor, terminando con estas palabras de los Salmos: "¡Oh Dios, escucha mi oración; está atento a mis súplicas!". Tres veces repitió con acento solemne el otro versículo: "Y no entres en juicio con tu siervo; porque ante tus ojos ninguna carne se justificará." Terminó con este otro versículo de los Salmos: "Mi alma tiene sed de ti". Entonces fue atado al poste con una cadena. Con palabras entrecortadas por la emoción, el Dr. Warner se despidió de su amigo quien le hizo esta última recomendación: "Apacienta la grey, apacienta la grey." El mártir se dirigió a la gente rogándoles que no buscasen vengar su muerte castigando a los frailes que eran los causantes de ella.

La antorcha fue arrimada a la leña y las llamas envolvieron el cuerpo de Bilney, a quien se le oyeron pronunciar estas últimas palabras: "Jesús, creo".

Así murió el primer mártir de la Reforma en Inglaterra. Murió por predicar la fe del Nuevo Testamento y sostener que sólo Dios tiene que ser adorado; y que hay un solo Salvador el cual es Jesucristo; y que el perdón es un don gratuito que se obtiene por medio de la fe y no de las obras.

GUILLERMO TYNDALE

En las márgenes del Severn, que desciende de las montañas del país de Gales, hay un hermoso valle rodeado de árboles seculares, poblado de numerosas y pintorescas aldeas. Una de ellas se llama North Nibley y se enorgullece de haber sido la cuna de Guillermo Tyndale, que nació el año 1484. En aquel sitio rodeado de encantos naturales pasó los primeros años de su infancia, y siendo todavía muy joven, sus padres lo enviaron a Oxford, ciudad que en aquel siglo ya era célebre por ser el asiento de su famosa Universidad y los muchos colegios donde se educaban los hijos del reino. En uno de ellos estudió gramática y lenguas muertas y así fue adelantando hasta graduarse en la Universidad.

Oxford, donde Erasmo tenía tantos amigos, fue la ciudad inglesa donde el Nuevo Testamento tuvo mejor acogida. El joven estudiante atraído por el estudio de las letras leyó este libro que tanto interés despertaba en la cristiandad. Al principio le interesaba sólo su valor filológico, pero no tardó en interesarse en lo que tiene de más precioso. Cuanto más lo leía, más sentía los saludables efectos de esta Palabra llena de virtud divina; había encontrado un Maestro en quien no había pensado. Estas páginas que tiene ahora en las manos le hablan de Dios, de

Cristo, de la regeneración, en un tono muy superior y diferente del de los doctores eclesiásticos. Dotado de un alma noble, de un espíritu atrevido, de una actividad infatigable, no guardó para sí este inestimable tesoro. Como un nuevo Arquímedes iba por todas partes diciendo: eureka, eureka; y los jóvenes estudiantes le rodeaban atraídos por la pureza de su vida y el encanto de su conversación. Los frailes, en cambio, se alarmaron y dieron comienzo a su campaña contra el libro griego que consideraban semillero de herejías. "Esta gente — dijo Tyndale — quería apagar esa luz que ponía de manifiesto su charlatanismo." Esto ocurría en 1517, el mismo año en que Lutero clavaba sus tesis en las puertas de la iglesia de Wittemberg. Alemania e Inglaterra empezaban al mismo tiempo la lucha contra el papado. Tyndale, perseguido por los frailes, salió de Oxford y se dirigió a Cambridge donde se unió a los que en esta ciudad amaban la Palabra de Dios.

Poco tiempo después dirigió sus pasos hacia el valle donde estaba su casa paterna, para hacerse cargo de la educación de los hijos de un hombre encumbrado llamado Sir John Walsh, señor de la comarca, en casa de quien se celebraban frecuentes tertulias a las que concurrían los vecinos más caracterizados, quienes eran agasajados por Lady Walsh, mujer de mucha cultura y muy fino trato. Tyndale fue introducido a este círculo y como las conversaciones giraban a menudo sobre los asuntos religiosos que se discutían en toda la cristiandad, él tomaba buena parte haciendo hablar a su Nuevo Testamento que siempre llevaba consigo. Los frailes empezaron a impacientarse al ver que él preceptor de la familia sacaba constantemente a relucir el librito peligroso. Uno de ellos se lo reprochó un día diciendo: "¡La Palabra de Dios! No la comprendemos nosotros; ¿cómo puede comprenderla el pueblo?" "Vosotros no la comprendéis — replicó Tyndale — por qué buscáis en ella solamente apoyo para cuestiones necias, como si leyeseis libros de caballería andante. Las Escrituras son un hilo conductor que hay que seguir sin desviarse, hasta llegar a Cristo."

Los domingos, Tyndale acostumbraba predicar en una iglesia situada entre grandes árboles. Sir y Lady Walsh ocupaban los asientos señoriales, como era costumbre, y los vecinos llenaban él modesto recinto. Exponía las Escrituras con tanta unción que sus oyentes creían estar escuchando al mismo San Juan, dice un cronista de aquella época.

Los curas se enardecían y no pudiendo soportar la popularidad que ganaba el preceptor, hicieron llegar sus protestas a Sir y Lady Walsh. Éstos le aconsejaron ser más prudente en sus sermones para no llenarse de enemigos, pero él se limitó a contestar: "¿Qué puedo hacer yo? ¡No soy yo quien digo estas cosas; es San Pedro, San Pablo, el mismo Señor, que las dice!", y mostraba el Nuevo Testamento.

La capilla resultaba pequeña para satisfacer las aspiraciones misioneras del joven preceptor. Empezó a visitar otros lugares. En Bristol celebraba reuniones en un prado. Pero los monjes seguían sus pisadas y destruían lo que sembraba. Cuando volvía a los lugares que había visitado encontraba el campo arruinado por sus adversarios quienes lo tildaban de hereje y amenazaban con la excomunión a los que se atreviesen a escucharle. ¿Cómo conseguir dar mayor estabilidad al trabajo? Nació entonces en él un ardiente deseo que seguramente le venía de Dios: dar al pueblo la Biblia en su propia lengua. "¡Oh si los cristianos tuviesen la Biblia! Con ella podrán responder a los sofismas. Sin ella no pueden afirmarse en la verdad." La traducción de la Biblia al inglés será la obra de su vida.

Sir y Lady Walsh iban tomando cada día mayor interés en el Evangelio y consecuentemente se alejaban de los sacerdotes, quienes al ver que iban perdiendo terreno redoblaron sus ataques. Acusaron a Tyndale de herejía y éste fue citado a comparecer ante una asamblea general del clero convocada por el obispo de Worcester. Tyndale partió y previendo la lucha que le esperaba,

mientras remontaba el Severn, pedía a Dios que le diese fuerza para confesar resueltamente la verdad que había conocido.

Una vez que se halló frente a sus acusadores y enemigos, éstos le insultaron "tratándolo como si fuera un perro", dice un antiguo documento, pero no pronunciaron contra él ninguna sentencia, tal vez por no contrariar a los Walsh.

Acosado por todas partes, sentía la necesidad de consolarse con la comunión de algún hermano en la fe, pero estaban lejos. Se acordó entonces de un viejo doctor que vivía cerca de Sodbury y fue a él para abrirle el corazón. El anciano lo miró largamente como si temiese revelarle algún misterio. "¿No sabes tú —le dijo al fin en voz baja— que el Papa es el Anticristo de que hablan las Escrituras?... Pero cuidado... silencio... este conocimiento podría costarte la vida." Lo mismo que Lutero, llegó a convencerse de que así era, y esa creencia redobló sus energías de combatiente contra el error y la autoridad humana.

Su gran ambición era dar la Biblia a su pueblo, de modo que durante algún tiempo tomó poca participación en la lucha verbal con los hombres y pasaba largas horas traduciendo. Todas sus precauciones fueron inútiles, y cuando los frailes supieron en qué pasaba su tiempo juraron impedir que llevase a cabo su empresa. Tyndale comprendió que se aproximaba una hora peligrosa; que sería citado, juzgado, condenado y así impedido de, realizar su magna obra. Necesitaba un lugar donde estar seguro. "Vd. no podrá librarme de las garras de los sacerdotes — dijo a Sir John — y Dios sabe que Ud. se expone guardándome bajo su techo. Permítame que lo deje." Y habiendo dicho esto juntó sus manuscritos, tomó su Nuevo Testamento, dio un apretón de manos a sus protectores, abrazó a los niños y dijo adiós a las márgenes sonrientes del Severn. ¿A dónde irá? Él mismo no lo sabe. Por fe, avanza como Abraham; una sola cosa le preocupa: que la Biblia sea traducida y entregada al pueblo.

Llegó a Londres a fines de 1522. Ya había empezado su carrera de errante pero ignoraba cuántos dolores le esperaban. Simple, sobrio, atrevido, generoso, no temía ninguna fatiga ni a ningún peligro. Inflexible en el cumplimiento del deber, ungido del Espíritu, lleno de amor a sus hermanos, mente privilegiada y orador elocuente, hubiera brillado en cualquier carrera de la vida, pero era uno de aquellos "de los cuales el mundo no era digno", y por eso tenía que marchar llevando a cuestas una cruz pesada.

Recomendado por Sir John y por Henry Guilford, controlador de las gracias reales, consiguió predicar en San Dustan y así la doctrina desterrada del Severn aparecía en plena capital. La salvación gratuita era el tema constante de sus sermones, como lo revelan estas sentencias: "Es la sangre de Cristo la que abre las puertas del cielo, y no nuestras obras." "Somos salvados por obras pero no por las que nosotros hacemos sino por las que Cristo hizo por nosotros."

Fue recibido por el obispo pero no pudo conseguir ayuda ni protección para realizar su gran proyecto. Lo que no pudo obtener del prelado se lo proporcionó un negociante llamado Monmouth que lo había oído predicar, y conocía su triste situación; era uno de los hombres más piadosos y serviciales de la gran capital y su mesa estaba siempre abierta a los amigos de las letras y del Evangelio; fue albergado en el hogar de este hombre. Una vez instalado en la casa de su protector, se entregó de lleno a la tarea que se había impuesto, y tan preocupado estaba en ella que no quería distraerse participando de los buenos manjares que le eran presentados, prefiriendo una severa frugalidad. Parece que llevaba al extremo su simplicidad en el vestir. Su piedad iba ganando el corazón de Monmouth.

Se levantó en aquel entonces una persecución eclesiástica contra algunos que amaban la Palabra de Dios y Tyndale tuvo que la hoguera viniese a interrumpir su trabajo. Si castigan con la muerte a otros que poseen y leen unos fragmentos de las Sagradas Escrituras, ¿qué no harán a quien las traduce para propagarlas? Se convencía con dolor de que no había un lugar en toda Inglaterra donde podría estar seguro y pensó en emigrar al extranjero. Se encontraba entonces en las aguas del Támesis un buque fletado para Hamburgo. Monmouth le regaló diez libras esterlinas para el viaje; de otros amigos recibió también ayuda. Partió para Alemania desde donde al cabo de algún tiempo, envió a su patria el Evangelio escrito, mediante el cual la luz de la verdad resplandecería en millares de corazones.

En Hamburgo el Evangelio se predicaba desde 1521 y un considerable número de personas lo habían abrazado; con estas entró pronto en relación el inglés emigrado. En una de las tortuosas calles de la ciudad estableció su modesta morada, y ayudado por Guillermo Roye, se puso a trabajar en la traducción, viviendo frugalmente con los pocos recursos que había traído de su patria.

En 1524 envió a Monmouth los dos primeros Evangelios, y habiendo recibido algunos fondos se fue a Wittemberg, para poder seguir más tranquilamente su tarea y tal vez para entrar en contacto con Lutero y los helenistas alemanes.

Poco tiempo después para estar más cerca de Inglaterra se estableció en Colonia, donde había buenas imprentas que tal vez se atreviesen a imprimir las Escrituras. Sabiendo que estaba rodeado de enemigos tomó muchas precauciones para mantenerse escondido.

Pudo entenderse con el impresor, y pliego tras pliego iba saliendo de la prensa para hacer una reducida tirada de tres mil ejemplares. Seguía con los ojos la marcha del trabajo y lleno de optimismo se decía: "Quiera o no quiera el rey, pronto todos los ingleses alumbrados por el Nuevo Testamento obedecerán a Jesucristo."

El cielo tan brillante repentinamente se le llenó de espesos y negros nubarrones. Un día el impresor corre a verlo y le dice que las autoridades acababan de ordenarle suspender la impresión. ¡Había sido descubierto! Seguramente el rey Enrique VIII, que ha hecho quemar los libros de Lutero, quiere también quemar el Nuevo Testamento y a su traductor. ¿Qué ocurría? Cochlee, el gran enemigo de la Reforma, habiendo entrado en relación con los impresores con motivo de una obra que deseaba publicar, oyó una conversación que despertó sus sospechas. ¿Qué — se dijo — Inglaterra, esta fiel sierva del papado, este pueblo el más religioso de la cristiandad, cuyo rey se ha hecho ilustre por su libro contra Lutero, será invadida por la herejía? Cochlee prosigue sus diligentes pesquisas; hace frecuentes visitas a los impresores; les habla amigablemente; los adula; los invita a su casa, y poco a poco les ganó la confianza. Él mismo no se avergüenza de referir que les daba a beber en abundancia los ponderados vinos del Rhin; y de este modo les arrancó el tan deseado secreto. "El Nuevo Testamento — le dicen sus alegres visitantes — está traducido al inglés, y tres mil ejemplares están en prensa; ochenta páginas en cuarto ya están listas; algunos negociantes ingleses pagan los gastos; cuando la obra esté terminada será llevada a Inglaterra sin que ni el rey ni el cardenal puedan saberlo ni impedirlo."

La denuncia es hecha y los secuaces del papado logran detener la impresión. Tyndale se consterna al saberlo. ¿Se perderá el trabajo de tantos años? Siente un profundo abatimiento. La prueba le parece superior a sus fuerzas. "¡Oh lobos devoradores — exclama — predican que no hay que robar y ellos roban al hombre el pan de vida eterna para alimentarlo con las cáscaras de sus méritos y buenas obras!" Pero Tyndale era un hombre que poseía esa fe que traspasa las montañas y no tardó en sentirse reanimado. Con plena confianza dijo a Roye que lo siguiese. Corre a la imprenta, recoge los pliegos impresos y los manuscritos, sube a una embarcación y remonta el río llevándose la futura grandeza de Inglaterra.

Cuando Cochlee y las autoridades llegaron a la imprenta se enteraron que el hereje se había escapado. ¿Dónde encontrarlo? Irá, sin duda, a ponerse bajo la protección de algún príncipe luterano. ¡Prenderlo es imposible! El único recurso que queda es el de impedir que los libros lleguen a Londres. Escribe en el acto a Enrique VIII, al cardenal Wolsey y al obispo de Rochester. "Dos ingleses — les dice — quieren enviar a vuestro pueblo el Nuevo Testamento en inglés. Dad órdenes a todos los puertos de Inglaterra para que no puedan introducir la más funesta de las mercaderías." ¡Tal es el nombre que este ferviente papista daba a la Palabra de Dios!

Mientras tanto Tyndale con la mano puesta sobre los pliegos preciosos remonta las aguas correntosas del río. Pasa frente a las antiguas y sonrientes aldeas que pueblan las márgenes del Rhin. Las montañas, las rocas, los bosques sombríos, las ruinas, las iglesias góticas, las embarcaciones, las aves, las flores, no podían hacer que apartase su mirada del tesoro que llevaba consigo. Al fin, después de un viaje de tres o cuatro días, llegó a Worms, donde cuatro años antes Lutero había dado fiel testimonio de su fe y desafiado al emperador, al papa, a la muerte. Como viajero desconocido descendió del navío y puso su carga sobre la ribera.

En Worms consiguió los servicios de una imprenta y se entregó de nuevo a su tarea. Para despistar a la Inquisición, introdujo algunos cambios de forma, y dos ediciones del Nuevo Testamento estuvieron listas a fines de 1525.

En los primeros días de 1526 los libros ya estaban embarcados, escondidos entre la mercadería de cinco negociantes establecidos en ciudades marítimas. Llegaron a su destino y fueron secretamente depositados en un sitio llamado Steelyard. Surge ahora otro problema: ¿quién se encargará de hacer que estos libros, fruto de tantos desvelos y sacrificios, lleguen a las manos del pueblo?

En una calle estrecha de Londres se levantaba la vieja iglesia de Todos los Santos. Era vicario de la misma un hombre sincero, de viva imaginación, tímido por naturaleza, pero lleno de un coraje santo que más tarde lo llevó al martirio. Este cura se llamaba Tomás Garret, y habiendo aceptado el Evangelio lo estaba predicando en la iglesia donde desempeñaba sus funciones. Se buscaba un sitio seguro donde guardar los ejemplares del Nuevo Testamento enviados por Tyndale, y otros libros que se introducían de Alemania. Garret ofreció esconderlos en su casa y constituirse en guardián de tan precioso tesoro. Una vez en su poder, día y noche los leía y reunía secretamente e muchos amigos para explicarles su contenido. Procuraba sigilosamente vender algunos, y los adquirían tanto laicos como eclesiásticos, de modo que se diseminan por la gran metrópoli y aún más allá.

Deseando llevar adelante su obra se trasladó a Oxford y consiguió introducir muchos ejemplares en los círculos estudiantiles. Cuando el cardenal supo lo que estaba sucediendo reunió a los obispos y juntos tomaron la resolución de impedir que el libro continuase circulando. Llegaron a enterarse de las actividades de Garret y mandaron prenderlo. Lo buscaron en la iglesia, en la casa de Monmouth, en todas partes, pero no aparecía. Un día cuando estaba tranquilamente colocando libros en Oxford, llegan dos amigos apresuradamente y le dicen: "Huya, huya cuanto antes, si no será llevado ante el cardenal y de ahí a la torre". Comprendió que había llegado una hora de peligro y se dirigió sin demora a casa de Antonio Delaber, donde tenía el depósito de sus libros y se dispuso a huir. ¿A dónde? Delaber tenía un hermano en Dorsetshire, rector en Stabridge, que necesitaba un vicario. Convinieron en que Garret cambiase de nombre y que fuese a llenar esa vacante, y como dicho rector era un papista fanático, los perseguidores no lo buscarían en esa parroquia. Era la única puerta de escape, y más tarde podría seguir al extranjero. Estaba en marcha, pero en el camino se puso a reflexionar, y su conciencia se rebeló ante la idea de ocultarse bajo un falso nombre y vivir a la sombra de un enemigo de la verdad, ocultando sus convicciones y practicando actos que según

la Palabra de Dios eran abominables. Se detiene. Lucha. Vence el temor a la muerte y retrocede, llegando a Oxford donde cayó en manos de sus enemigos y más tarde sufrió el martirio.

Tyndale continuaba en el continente viviendo en Marburgo bajo la protección del príncipe protestante que allí gobernaba y donde tenía grandes facilidades para proseguir sus tareas de publicista, pues además de su traducción de la Biblia, compuso muchos escritos de controversia de un tono altamente subido, pues la actitud de la iglesia romana le había llevado a la convicción de que ella era la Babilonia apocalíptica y la ramera embriagada con sangre de santos.

En 1535 Tyndale se hallaba en Amberes, donde después de tanto rodar había hallado asilo en casa de algunos negociantes ingleses que le prestaban ayuda. Estaba pasando los días más tranquilos de su vida cuando fue traicionado por un falso amigo y encerrado en la prisión de Vilvorde, donde permaneció sufriendo durante un año y ciento treinta y cinco días. El proceso que se le formó fue muy lento y todo llevado por escrito. Muchos amigos influyentes trataron de salvarlo, pero nada pudo saciar la sed de sangre de sus perseguidores. Se ha encontrado una carta escrita por Tyndale al gobernador de la prisión en el último invierno de su vida en la cual pide que le den la ropa gruesa que le fue substraída, y la misma contiene este párrafo: "Pero mayormente ruego y suplico a su clemencia que interceda ante el procurador para que tenga la bondad de permitirme mi Biblia hebrea, mi Gramática hebrea y mi Diccionario hebreo, para que pueda pasar el tiempo estudiando": ¿Quién no ve en este ruego semejanza al de San Pablo cuando preso en Roma pedía el capote que había dejado en Troas y mayormente los pergaminos?

La sentencia de muerte fue pronunciada el 10 de agosto de 1536 y conforme a ella Tyndale fue estrangulado y después quemado. Su última oración fue ésta: "Señor, abre los ojos del rey de Inglaterra".

ENRIQUE VIII

Al mismo tiempo que entre la gente piadosa de Inglaterra la lectura del Nuevo Testamento iba produciendo un extraordinario movimiento espiritual, en la Corte tenían lugar algunos hechos que, en la providencia de Dios, estaban destinados a contribuir a la emancipación religiosa de la nación.

En 1509 subió al trono Enrique VIII. Sus padres lo habían destinado a la carrera eclesiástica y en su juventud se dedicó con verdadero entusiasmo al estudio de la teología escolástica, siendo Tomás de Aquino su autor favorito.

Desde el principio de su reinado se constituyó en un ardiente defensor del catolicismo y persiguió a los lollardos, quienes desde los días de Wickliffe, no cesaban de predicar el Evangelio por las calles, y viajando por toda la isla.

Alarmado por la buena acogida que tenían en su reino los libros de Lutero y escandalizado por los ataques que éste dirigía al pontífice romano, quien era para Enrique un verdadero ídolo, salió al encuentro del reformador alemán diciendo coléricamente: "Yo combatiré a este Cerbero (monstruo mitológico) salado de las profundidades del infierno, y si rehúsa retractarse, el fuego consumirá a sus herejías y al mismo hereje". Tomó la pluma y armado de la Summa Teológica escribió un libro titulado: "Defensa, de los siete sacramentos contra Martín Lutero". En esta obra defiende la transubstanciación y todo el sistema sacramental del papismo. El embajador de Inglaterra en Roma presentó al papa un ejemplar magníficamente encuadernado y éste quedó tan encantado de su contenido que lo llamó un diamante del cielo. Preguntó a sus consejeros cómo podía premiar la meritoria contribución religiosa del "virtuoso" rey; ¿qué título se le podía otorgar que estuviese a la altura de su piedad y celo religioso? Hubo varios pareceres, pero

prevaleció la idea de concederle el título de "Defensor de la fe", que llevan hasta hoy los soberanos ingleses. Desde entonces redobló su celo de perseguidor de protestantes y las cárceles se llenaron de las víctimas que no conseguían llegar al continente.

Antes de referir otras cosas referentes a Enrique VIII, presentemos a un personaje que tuvo mucho que ver con los acontecimientos de su reinado: el cardenal Wolsey. Era hijo de un carnicero de Ipswich y en la carrera eclesiástica a la cual lo dedicaron sus mayores hizo rápidos progresos, llegando pronto a ser nombrado obispo de York. Encargado por el rey de algunas difíciles negociaciones en el extranjero reveló cualidades de hábil diplomático y desde entonces su influencia en la corte fue inmensa. Consiguió ser nombrado cardenal y así ya se sentía a un paso de la silla pontificia. Fue nombrado canciller del reino y era de hecho el verdadero soberano de Inglaterra, porque no había ningún asunto civil o eclesiástico que no estuviese bajo su control.

El lujo y la suntuosidad de su palacio no conocía límites. Tenía una servidumbre de más de 500 personas y algunos miembros de la nobleza se consideraban muy honrados de pertenecer a ella. Cuando salía a las calles se vestía de un modo deslumbrante; ropas finísimas de seda, mantos de púrpura carmesí y zapatos tachonados con piedras preciosas. Iba acompañado de numerosos sacerdotes que llevaban enormes cruces de plata.

Empleaba su enorme fortuna en proteger las letras y las artes. Su palacio era el rendezvous de la gente de alto tono, y la vida que en él se llevaba estaba muy lejos de ser un modelo de virtudes cristianas.

Carlos V le había prometido su apoyo para alcanzar el pontificado, pero no cumpliendo con su promesa tuvo el disgusto en dos ocasiones de ver a otro salir elegido. Hay historiadores que aseguran que para vengarse del emperador promovió el asunto del divorcio del rey, que tan alta resonancia tuvo en la historia del mundo.

Enrique VIII se había casado con Catalina de Aragón, viuda de su hermano Arturo, la cual era sobrina de Carlos V. Este matrimonio era contrarío a las leyes canónicas, pero se salvó este obstáculo consiguiendo una dispensa del papa Julio II. ¿Cómo puede el papa, se preguntaron muchos, autorizar lo que Dios prohíbe?

Después de dieciocho años de matrimonio, instigado por el cardenal, descontento por no tener un heredero varón, y locamente enamorado de Ana Bolena, una hermosa dama de la corte, el rey manifestó tener escrúpulos de conciencia para continuar unido en un matrimonio que muchos eclesiásticos le decían no era legítimo. Pidió entonces al papa Clemente VII que lo anulase, pero éste, no queriendo contrariar a Carlos V, puso muchas dilaciones. El rey por su parte alegaba en su favor que no había cosa más común en la historia de las naciones que la anulación de matrimonios reales por parte del Vaticano. Recordaba el de Ladislao y la princesa Beatriz de Nápoles, acordado por Alejandro VI y también el de Luis XII que se separó de Juana de Francia.

En esta circunstancia aparece un hombre que estaba destinado a jugar un papel muy importante en la historia de Inglaterra: Crammer. Era este un eclesiástico, doctor de Cambridge, que simpatizaba con las ideas de la Reforma. Aconsejó al rey que se dejase del Papa y consultase a las Universidades. El rey aceptó el consejo y despachó comisiones a todas partes y las universidades inglesas, francesas, alemanas e italianas se declararon por la nulidad de] matrimonio del rey.

Mientras se efectuaban estas consultas, Crammer que había ganado el favor real, fue nombrado arzobispo de Canterbury, primado de Inglaterra.

Así Enrique VIII desentendiéndose del papa logró la anulación de su matrimonio y se casó con Ana Bolena.

Este divorcio real tuvo un largo alcance, pues terminó con el divorcio de Inglaterra con el papado, circunstancia que aprovecharon los partidarios de la Reforma para introducir doctrinas evangélicas en la iglesia del Estado.

El Parlamento promulgó varios edictos aboliendo los diezmos que se pagaban al papa, prohibiendo toda apelación a Roma, y finalmente declarando al rey cabeza suprema de la iglesia de Inglaterra, la que tomaba el nombre de Ecclesia Anglicana.

El rey reunió al alto clero en una especie de Sínodo donde pronto chocaron las tendencias protestantes con las católicas. El rey a pesar de romper con el papa permanecía católico en sus creencias. El partido protestante consiguió que la Biblia fuese publicada con autorización real y que se colocase un ejemplar en cada iglesia. En 1536 fueron presentados diez artículos en los que se acentuaba la tendencia protestante que iba tomando la separación.

El papa excomulgó a Enrique y puso al reino en entredicho. El rey para demostrar que continuaba permaneciendo católico hizo promulgar seis artículos antiprotestantes que recibieron la denominación de "el azote de seis cuerdas". En éstos se amenazaba con la horca y con la hoguera a quienes se atreviesen a desconocerlos. Eran la transubstanciación, la privación del cáliz a los laicos, el celibato clerical, los votos monásticos, la misa y la confesión auricular.

Recrudeció entonces la persecución contra la fe evangélica y entre las muchas víctimas se encuentra un maestro llamado Lambert, quemado a fuego lento por haber negado la presencia real en los símbolos de la cena. Más de quinientos fueron encarcelados.

Enrique VIII, abogado del celibato, tuvo nada menos que seis esposas. Se cansó pronto de Ana Bolena y acusándola de infidelidad la hizo decapitar. Al día siguiente de esta tragedia se casó con Juana Seymour la cual murió. Se casó entonces con Ana de Cleves pero se disgustó con ella porque amaba la música y hablaba sólo el alemán. Obtuvo el divorcio y se casó con Catalina Howard. Alegando que había descubierto en ella faltas cometidas antes del matrimonio la hizo condenar a muerte y se casó, por sexta vez, con Catalina Parr.

Su reinado fue un reinado de sangre. Hubo ejecuciones a miles, pues hacía dar muerte a los católicos que se negaban a desconocer la autoridad del papa, como a los protestantes que se oponían a la misa. Nunca abandonó las creencias católicas como lo demuestran estos párrafos de su testamento:

"En nombre de Dios y de la gloriosa y bienaventurada virgen, nuestra Señora Santa María y de toda la Santa Compañía Celestial: Nos Enrique, por la gracia de Dios, etc., muy humilde y sinceramente encomendamos y legamos nuestra alma al Todopoderoso Dios. También rogamos con toda instancia a la bienaventurada virgen María, Su Madre, con toda la Santa Compañía Celestial, que oren por nosotros mientras vivamos en este mundo y al tiempo de salir de él para que podamos alcanzar la vida eterna lo más pronto posible. También encargamos a nuestros albaceas que hagan limosna a la gente pobre para que oren por la remisión de nuestros pecados". "Y queremos que los deanes y canónigos de nuestra capilla de San Jorge, dentro de nuestro palacio de Windsor, reciban propiedades que den 600 libras esterlinas de rédito al año, para ellos y sus sucesores, para celebrar misa en dicho altar". *Collier, Eclesiástical History*.

No se puede pedir un testamento más católico ni menos protestante.

Enrique VIII persiguió a los protestantes todos los días de su reinado, hasta la muerte. Fue cismático pero fanáticamente católico.

EDUARDO VI

Muerto Enrique VIII, heredó el trono Eduardo VI, pero como tenía tan sólo diez años de edad fue nombrado un consejo de regencia, presidido por el duque de Somerset, tío del rey. Este era un hábil estadista y franco amigo de la Reforma religiosa. El joven rey, que fue llamado el Josías inglés, no puso obstáculos al programa protestante de las personas que le rodeaban, de modo que el partido católico fue por completo desalojado del poder. Crammer comprendió que había llegado la hora oportuna para introducir en la iglesia muchas reformas saludables de índole evangélica, y supo hacerlo con tacto y sabiduría. Fueron entonces abolidos los Seis Artículos que habían sido causa de tantos encarcelamientos y muertes durante el reinado anterior. Los partidarios de la Reforma que estaban presos fueron puestos en libertad v muchos volvieron del destierro, entre otros Juan Knox, quien fue nombrado capellán del rey, cargo que no le agradó debido a sus tendencias presbiterianas. Crammer eligió los predicadores más fogosos y entusiastas y los envió para enseñar al pueblo por todas las diócesis, tomó medidas para que la Biblia fuese más leída y explicada en las iglesias, abolió la misa y las oraciones en latín, hizo que la comunión sé administrase bajo las especies de pan y vino, y autorizó el matrimonio de los eclesiásticos.

Se reunió un importante Sínodo en 1551 y redactó cuarenta y dos artículos de fe, que respondían a los principios del protestantismo, que fueran reducidos más tarde a treinta y nueve, los que con algunas modificaciones son los que sirven hasta hoy de norma a la iglesia Anglicana.

El rey vivió sólo hasta los diecisiete años, y antes de morir, influenciado por el duque de Northumberland, había designado a Juana Grey para sucederle en el trono, y así evitar que los católicos volviesen al poder. La nueva reina no tenía todavía veinte años y se distinguía tanto por su hermosura como por sus virtudes y cultura. Dominaba varios idiomas y leía en sus lenguas originales las obras maestras de la literatura antigua. Seguía por convicción la doctrina evangélica y mantenía correspondencia sobre temas espirituales con Zwinglio y Bullinger. Al morir Eduardo VI, los partidarios de la Reforma se apresuraron a colocarla en el trono, pero la mayoría de los miembros de la nobleza, por respeto al principio hereditario tan venerado en Inglaterra, se pronunció en favor de María, hija de Catalina de Aragón, primera esposa de Enrique VIII. La infortunada reina pagó con su vida el efímero reinado que sólo le duró diez días. Fue encerrada en la torre de Londres y terminó sus días alentada por la fe evangélica que había abrazado. Poco antes de ser decapitada envió a su hermana un Nuevo Testamento con una dedicatoria en la que manifiesta sentimientos cristianos muy tocantes y serios. Extraemos algunas líneas de la misma: *"Te envío, querida hermana, un libro que aunque exteriormente no está cubierto de oro, no vale menos que todas las piedras preciosas. Contiene el mensaje bienhechor de Nuestro Señor, la expresión de su suprema voluntad y de su misericordia para con nosotros, pobres pecadores. Te enseñará, si lo lees con un sincero deseo de ser salva, el camino de la vida eterna... En cuanto a mí, tengo la seguridad, al abandonar esta vida mortal, de obtener la vida eterna, que ruego a Dios te conceda también a ti... En el nombre de Dios, no te apartes jamás de la verdadera fe cristiana, ni aun por salvar tu vida, porque si tú negares la verdad, Dios a su vez te negará... ¡Quiera Él introducirme en su gloria, y también a ti, cuando sea su voluntad! ¡Adiós, querida hermana! ¡Espera en Dios! ¡Él te ayudará!".*

UNA LEGIÓN DE MÁRTIRES

La princesa María fue proclamada reina el 17 de julio de 1553. Tenía entonces treinta y siete años de edad. Había sido educada en el más pronunciado fanatismo romanista. No bien se sentó en el trono despachó un mensajero a Roma manifestando al papa que se ponía incondicionalmente a sus pies.

A los que le ofrecieron la corona y trabajaron para que la obtuviera, les había manifestado hipócritamente que ninguno sería molestado por sus convicciones religiosas, y que lo único que pedía era que las suyas fuesen respetadas. Pero una vez en el poder se sacó la careta, cambió prontamente de tono, y dio a entender que tenía la inquebrantable resolución de suprimir el protestantismo de su reino.

Su primer cuidado fue el de rodearse de colaboradores que apoyasen sus planes y los encontró en Gardiner y Bonner. Al primero hizo nombrar obispo de Winchester y Lord Canciller del reino; y al segundo obispo de Londres, en reemplazo de Ridley, el futuro mártir. Pidió, además, al papa que el cardenal Pole, que se encontraba en Italia, fuese enviado en calidad de legado pontificio.

Todos los oficiales del gobierno que anteriormente habían mostrado alguna simpatía por la Reforma fueron substituidos por papistas reconocidos.

El arzobispo Crammer fue no sólo destituido sino enviado a la torre bajo la acusación de herejía y alta traición, por haber tenido parte en la elevación al trono de Juana Grey. Fueron igualmente encarcelados, Ridley, obispo de Londres; Rogers, por haber predicado un sermón protestante en la catedral de San Pablo; Latimer que era el predicador más elocuente de Inglaterra; Hooper, de Gloucester, hombre activísimo que predicaba tres o cuatro veces por día; Coverdale, Bradíord, Saunders, y otros. Todos los obispos y vicarios sospechosos de antipapismo fueron destituidos, mayormente los que se habían casado. La misa y otros ritos que habían sido abolidos, fueron restablecidos, aun antes de que el Parlamento lo sancionase.

La reina contrajo enlace con el hijo del emperador Carlos V, más tarde Felipe II, y por este enlace quedaba hecho rey de Inglaterra. De modo que la nación estaba virtualmente dominada por el papa de Roma y un príncipe español, lo que causaba no poco disgusto a los amantes de la independencia y dignidad del reino.

El protestantismo inglés fue sometido a una prueba dura y severa durante el reinado de María, generalmente llamada la católica. No menos de cuatrocientas personas fueron ejecutadas por motivos religiosos. Fox en su famoso y popular libro titulado LOS MÁRTIRES ha referido con muchos detalles los sufrimientos de estas víctimas de la intolerancia. Son páginas melancólicas, de dolor y sufrimiento, que sirvieron país mantener encendido el fervor espiritual del pueblo sajón, los que quisieron extirpar al Evangelio por medio de la hoguera se equivocaron grandemente, pues escribieron una página tan gloriosa en la historia del protestantismo, que contribuyó durante siglos a mantenerlo vigoroso.

En la prolongada rocha de la persecución brillaron los astros de la fe; y aquéllos para quienes la historia nunca hubiera tenido un recuerdo, pasaron a formar parte de la gran nube de testigos que dieron sus vidas antes que negar a su Señor.

Bajo el sangriento reinado de María las sentencias de muerte se pronunciaban con suma facilidad. Se interrogaba a los acusados sobre la transubstanciación y el papado; y todo aquel que negaba que la hostia era realmente el cuerpo de Cristo y el papa el verdadero jefe de la iglesia, era conducido a la hoguera sin ningún miramiento.

Mencionemos algunos mártires de los que figuran en la numerosa legión.

JUAN ROGERS. El 4 de febrero de 1555 Juan Rogers fue súbitamente despertado del sueño en la lúgubre prisión donde se encontraba encerrado, esperando que se cumpliese la sentencia que pocas semanas antes había sido pronunciada en su contra. Se le notificó que había llegado la hora de morir. Cuando llegó a Smithfield donde se había levantado la hoguera, vio entre el gentío a su esposa que lo esperaba con un niño en los brazos y diez a su alrededor. Sólo pudo despedirse de ella con una mirada. Sus perseguidores habían creído que ante el triste cuadro que le ofrecía su pobre esposa e hijos, no vacilaría en apostatar de su fe, pero se equivocaron. Confiado en "el padre de huérfanos y defensor de viudas" se dirigió resueltamente al poste. La leña ya estaba preparada y todo listo para la ejecución, cuando le ofrecieron el perdón si se retractaba. "Lo que he predicado —respondió Rogers heroicamente— lo sellaré con mi sangre". "Eres un hereje", le contestaron. "Eso lo sabremos en el último día", respondió. Se arrimó la antorcha, el fuego se encendió y pronto las llamas lo rodearon. Levantó las manos al cielo y así las mantuvo hasta que exhaló su ultime suspiro.

JUAN HOOPER. Era obispo de Gloucester y había estado junto con Rogers en el juicio. Pensaba que le tocaría morir a su lado, pero los romanistas, con la idea de amedrentar a sus admiradores, resolvieron hacerlo ejecutar en la ciudad donde había actuado. Cuando lo supo saltó de alegría, porque estaba dispuesto a morir por Cristo en cualquier parte, pero especialmente en presencia de aquellos a quienes había predicado el Evangelio. Así coronaría su ministerio con una acción que confirmaría todos sus sermones. Acompañado por seis soldados de la guardia fue conducido a Gloucester donde le esperaba una multitud de personas que derramaban lágrimas. Le concedieron un día de gracia que lo pasó en oración y ayuno, y despidiéndose de los amigos que acudían a verlo. Se acostó temprano y durmió algunas horas profundamente, después de las cuales se levantó para ir al encuentro de la muerte. A las 8 de la mañana, el 9 de febrero de 1555, fue conducido al sitio donde tenía que ser quemado, el cual estaba cerca de la catedral donde tantas veces había predicado a la misma gente que ahora se agolpaba para verlo morir.

La multitud era de unas siete mil personas, pero Hooper no pudo hablarles porque sus verdugos lo habían amenazado con arrancarle la lengua en cuanto procurase hacerlo, pero su mansedumbre, su imperturbable tranquilidad, la noble serenidad de su rostro y el coraje demostrado ante la dura prueba, hablaron con más elocuencia de lo que pudieran haberlo hecho sus labios.

Frente a la pira se arrodilló y los que estaban cerca pudieron oír esta oración: "Señor, tú eres un Dios misericordioso y clemente Redentor. Ten misericordia de mí, miserable e indigno pecador, según la multitud de tus miseraciones y la grandeza de tu compasión. Tú subiste al cielo: recíbeme para ser participante de tu gozo, donde te sientas en igual gloria que el Padre".

Rehusó el perdón que le fue ofrecido si volvía al seno de la iglesia romana, y entonces fue sujetado con una cadena al poste, y en medio de los sollozos y lamentos del gentío, se encendió la hoguera. La leña estaba verde y el fuego era muy lento, y entonces se le oyó exclamar: "Por amor de Dios, poned más fuego". Se trajeron algunos atados de leña seca y aunque el fuego se avivó el martirio seguía siendo lento. Se le oyó entonces decir: "Jesús, hijo de David, ten misericordia de mí, y recibe mi alma".

Se agregó entonces una tercera porción de leña a la hoguera, pero habían pasado tres cuartos de hora antes que el fuego tomase fuerza. Por fin las llamas le rodearon y Hooper inclinando la cabeza entregó su vida diciendo: "Señor Jesús, recibe mi espíritu".

Con no menor heroísmo murieron, Lorenzo Saunder, en Coventry; Rolando Taylor, en Suffolk; y Bradford, en Smithfield.

LOS TRES MÁRTIRES DE OXFORD. Tres víctimas ilustres bajo la persecución de la reina María fueron Latimer, Ridley y Crammer. Los tres habían discutido con una comisión de los nuevos señores de Inglaterra en septiembre de 1554 y como permaneciesen inconmovibles en las creencias de la fe protestante relativas a la transubstanciación y al papado, fueron declarados herejes obstinados y condenados a morir en la hoguera.

Permanecieron más de un año en la cárcel y en octubre de 1555 se dio orden de que Latimer y Ridley sufrieran la pena a que estaban sentenciados. La noche antes de su muerte Ridley cenó tranquilamente con la familia del alcalde de la prisión sin dar señales de abatimiento por el próximo fin que le esperaba. Mostraba hasta cierta jovialidad invitando a los que le rodeaban a asistir a sus bodas. "Mañana —decía— mi almuerzo será duro, pero estoy cierto que será dulce". Cuando terminaron de cenar, su hermano quiso pasar la noche a su lado. "No, no —respondió— iré a la cama y, Dios mediante, dormiré tan tranquilamente esta noche como en toda mi vida".

Al día siguiente al ser conducido al sitio de la ejecución, pasó por la prisión donde Crammer estaba encerrado; lanzó una mirada ansiosa esperando verle en la ventana para darle su adiós, pero Crammer en ese momento estaba discutiendo con un fraile. "Cuando supo que sus compañeros de causa habían pasado, subió apresuradamente al techo de la cárcel, desde donde pudo presenciar el martirio; y puesto de rodillas rogó a Dios que los fortaleciese en aquella hora y que lo preparase para seguirles en la misma prueba.

Ridley vio que Latimer venía detrás suyo. El fogoso campeón de la verdad tenía ya una edad muy avanzada y marchaba con paso lento, pero con la frente levantada, mostrando así la nobleza de su carácter. Ridley al verlo corrió a su encuentro, le dio un fuerte abrazo y lo besó diciendo: "Ten coraje, hermano". Ambos se arrodillaron, oraron y se cruzaron algunas palabras que nadie oyó.

Fueron asegurados a un poste con una cadena, y un montón de leña encendida fue arrojada a los pies de Ridley, y entonces Latimer le dirigió estas palabras que han resonado a través de los siglos: "Ten coraje, maestro Ridley y pórtate varonilmente: en este día, por la gracia de Dips, encendemos una luz en Inglaterra, que nunca se apagará".

Crammer también terminó su carrera con un glorioso martirio, pero tuvo antes una caída humillante. Sus enemigos lo rodearon de respeto y consideraciones y lo convencieron de que salvando su vida podía ser muy útil al reino y a la iglesia. Para esto sólo se requería reconocer la autoridad del papa. "¿Qué mal hay en reconocerla hasta donde lo permitan las leyes de Dios y de la nación?", le decían los que buscaban su sumisión. Crammer se dejó vencer y firmó el pliego fatal que sus enemigos le presentaban. La reina y el cardenal estaban contentísimo» de este triunfo. Esta renuncia haría más por la causa del papa que todas las hogueras. No por eso abandonaban la inicua idea de sacrificarlo. El 21 de marzo de 1556 lo sacaron de la prisión y lo condujeron a la iglesia de Santa María, para que hiciese su retractación pública. Lo colocaron frente al pulpito vestido con ropas burlescas en las que se recordaba su carácter eclesiástico. Se cantaron los Salmos penitenciales y luego el doctor Colé pronunció un sermón exhortando a Crammer a que hiciese una pública confesión de sus faltas y errores para verse libre de toda sospecha de herejía. "Lo haré —contestó— y de muy buena gana". Se levantó resueltamente y, para gran sorpresa de todos, declaró que detestaba las doctrinas romanistas y que permanecía firme en la fe evangélica. "Ahora — añadió— vengo al asunto que ha turbado mi conciencia más que cualquier otra cosa que haya hecho en mi vida". Declaró aquí que se arrepentía de la sumisión que había firmado y terminó diciendo: "En vista de que mi mano ofendió, escribiendo en contra de mi corazón, mi mano será la primera en ser castigada; porque cuando sea conducido a la hoguera, será la primera en ser quemada".

No había acabado de pronunciar estas palabras, cuando los romanistas crujiendo los dientes de rabia se arrojaron sobre él y violentamente lo condujeron a la hoguera que ya tenían preparada, porque estaba resuelto que lo harían morir ese día a pesar de la retractación pública que esperaban. En el mismo sitio donde Ridley y Latimer habían sido quemados estaba el poste donde sería sujetado. No bien se encendió el fuego extendió su mano a la llama diciendo: "¡Esta indigna mano derecha!" Así la mantuvo, salvo un instante en que la allegó a la frente para quitarse el sudor que le corría. Tuvo la fuerza suficiente de mantenerla en el fuego hasta que se consumió, siempre diciendo: "¡Esta, indigna mano derecha!" Las llamas envolvieron por completo su cuerpo y llegando su último momento de vida en esta tierra, levantó los ojos al cielo y pronunció la oración, de Esteban: "¡Señor Jesús, recibe mi espíritu!".

ESTABLECIMIENTO DEFINITIVO DEL PROTESTANTISMO

Al morir la reina María, dejando tras ella un sangriento derrotero, subió al trono su hermana paterna, Isabel, quien profesaba la fe protestante, como lo había hecho su difunta madre Ana Bolena. Inglaterra sintió entonces una sensación de alivio, pues su primera medida fue poner en libertad a los numerosos presos que esperaban de un momento a otro ser conducidos de la cárcel a la hoguera.

El día de su coronación, al pasar por las calles de la capital, le fue presentado un ejemplar de la Biblia que ella recibió con marcadas señales de aprecio. El pueblo supo entonces que había empezado para la nación una nueva era y que la religión de la Biblia no sería perseguida más.

No era tarea fácil restablecer el protestantismo porque los romanistas estaban atrincherados en las altas posiciones y se defendían tenazmente y amenazaban también desde el extranjero. Por otra parte, las figuras prominentes de la Reforma ya no existían, porque los que no habían perecido bajo la persecución estaban en el destierro. El clero era en su mayor parte papista y se oponía a toda medida de renovación y adelanto. Pero la reina supo obrar con prudencia para lograr su objeto. Estableció la lectura de la Biblia en las iglesias y prohibió la adoración de la hostia por ser un acto idolátrico.

En este tiempo tuvo gran influencia la Apología de Jewell que se propagó por todas partes del reino trayendo a los numerosas lectores el convencimiento de que la iglesia romana era una iglesia apóstata, contraria en doctrina y espíritu al genuino Cristianismo.

El papa amenazaba con la excomunión y entredicho, pero no se atrevía a tomar esta enérgica medida sabiendo que sería de efecto contraproducente. Por fin, Pío V, en 1570, convencido de que toda esperanza de ganar ese reino estaba perdida, lanzó la terrible bula en la que declaraba a Isabel usurpadora del reino y a Inglaterra refugio de herejes y de los peores hombres.

Desde entonces Inglaterra quedó definitivamente separada del papado y llegó a convertirse en el baluarte más fuerte del protestantismo.

LA REFORMA EN ESCOCIA: PATRICIO HAMILTON. JUAN KNOX.

PATRICIO HAMILTON

En el siglo XVI Escocia era un reino independiente, aunque por motivos de matrimonios reales estaba estrechamente ligado a Francia. En ninguna otra parte del mundo la iglesia romana tenía más predominio e influencia. La población entera obedecía sin protestas a los sacerdotes que la subyugaban económica y espiritualmente. Los obispos, abades y otros eclesiásticos ocupaban casi todos los cargos públicos; eran ministros, jueces, maestros, embajadores y hasta jefes militares. Eran dueños de las pesquerías y de los feudos donde trabajaban los plebeyos en exclusivo provecho de los eclesiásticos. La mitad del territorio les pertenecía y la otra mitad la tenían sujeta a elevadas cargas públicas e impuestos onerosos. Ningún país, por lo tanto, ofrecía un campo menos propicio para la Reforma, y no obstante, en ningún otro ésta tuvo un triunfo tan completo y duradero.

Algunos rayos de luz habían penetrado en Escocia en los días de Wicliffe y los lollardos, y hasta el papa llegó a quejarse de que el reino estaba infectado de herejía. Pero la preponderancia del catolicismo era tal que esa luz fue pronto apagada.

El país estaba herméticamente cerrado a la introducción de toda idea contraria a los que lo dominaban, de modo que el único reformador que podía abrirse camino era la Biblia, la cual penetró en algunos de sus medioevales castillos allá por el año 1525. Tuvo buena acogida y era leída también en varios conventos y escuelas, llegando a despertar y conmover a más de una conciencia adormecida, y sujeta al férreo yugo del dogma de la autoridad papal.

Recordemos ahora al primer mártir de una legión gloriosa que selló con la muerte el testimonio de Cristo, antes que la Reforma fuese establecida.

Patricio Hamilton era un joven de linaje real, y más que por su nacimiento era noble en mente y corazón. Nació en 1504. Fue educado en la Universidad de San Andrés y más tarde enviado a París para perfeccionar sus estudios; y fue en esta ciudad donde recibió los primeros conocimientos de la verdad evangélica. Pasó después a Marburgo e ingresó al flamante Colegio que acababa de fundar el landgrave de Hesse, y estudiando bajo la dirección de Francisco Lambert aceptó de corazón e inteligentemente las verdades bíblicas que se estaban propagando. Cuando volvió a su tierra nativa iba animado del ardiente deseo de dar a conocer el camino de salvación, y aunque sabía muy bien a cuánto peligro se exponía no se amedrentó. Desde que se puso a predicar, una espada estaba suspendida sobre su cabeza. No tardó en conseguir algunos adeptos entre sus parientes y amigos, quienes lo recibían admirados de su valentía y quedaban prendados de sus modales atractivos y sinceridad de motivos.

Se puso a trabajar también entre la gente de los distritos rurales, quienes le oían de buena gana cuando exponía las Escrituras con claridad y poder espiritual. Dio un paso más adelante cuando se atrevió a predicar en la iglesia del antiguo palacio de Lintithgow, y ahí muchos miembros eminentes del clero y personas pertenecientes a la familia real escucharon al singular predicador que rebajaba el valor de las ceremonias y ritos, al mismo tiempo que levantaba a Cristo y lo proclamaba único Salvador del mundo.

Las noticias de las actividades del evangelista llegaron a oídos del cardenal Beatón, quien comprendió que se trataba de un caso que tenía que considerar cuidadosamente y con mucha cautela. Condenar a un despreciado lollardo era cosa fácil, pero ahora se trataba de un luterano de sangre real, de modo que tenía que adoptar otra táctica. El cruel y astuto cardenal mandó llamar a Hamilton dando a entender que deseaba reformar la iglesia para librarla de los males que la afligían y que deseaba contar con él para tan importante tarea. Hamilton adivinó que el cardenal

lo estaba conduciendo a una emboscada; pero a pesar de los ruegos y lágrimas de sus amigos se presentó a la cita, la que tuvo lugar en la iglesia de San Andrés, donde estaba el asiento de la corte eclesiástica. Parece que tenía la convicción de que su misión era la de servir a Dios y a su país con el testimonio de su martirio, y esto explicaría la osadía que demostró desde el principio de sus trabajos. Fue muy bien recibido por el cardenal, y después de exponerle sus planes le manifestó que quedaba en completa libertad de acción y que podía exponer sus creencias francamente sin temor de ser molestado.

Después de esta entrevista le salió al encuentro un famoso canónigo llamado Alesius, hombre joven y pujante, que deseaba medirse con el hereje que ya empezaba a llamar extraordinariamente la atención y a causar algunas zozobras a los eclesiásticos. Las discusiones con Alesius dieron por resultado la conversión de éste, quien dejando caer la espada que había esgrimido con valor y desesperación, se puso enteramente y de corazón del lado de Hamilton. La misma cosa ocurrió con Alejandro Campbell, prior dominicano a quien el cardenal había encargado de persuadir a Hamilton, con la diferencia de que en este segundo caso hubo sólo un convencimiento intelectual que no llegó a efectuar un verdadero cambio de corazón.

Pasó un mes de esta manera, discutiendo sin ser molestado, seguramente porque el clero creía que estando el catolicismo tan arraigado no corría ningún peligro. Argumentaba con unos y con otros y de este modo la Palabra de Dios se iba sembrando en muchos círculos. Pero el plan de sacrificar a Hamilton estaba ya fraguado y no tardaría en ser puesto en ejecución. La primera medida tomada fue la de alejar al joven aconsejándole un retiro espiritual; la segunda, la de vigilar los pasos de un hermano de Hamilton que podía mover muchas influencias en su favor y evitarle la muerte.

Hamilton fue arrestado y este hecho produjo mucha sensación, a tal punto que hubo hasta tentativas armadas para librarlo de las garras de sus enemigos, las cuales no prosperaron. Una mañana muy temprano tuvo que comparecer delante de la corte que debía juzgarlo y se le acusó de ser propagador de trece enseñanzas heréticas. Dos de ellas damos como ejemplo: "Que el hombre no es justificado por las obras sino por la fe". "Que las buenas obras no hacen al hombre bueno, sino que el hombre bueno hace buenas obras".

Se discutieron los artículos que formaban la base del proceso y fue nombrada por el cardenal una comisión que debía informar al cabo de algunos días. Para tranquilizar los ánimos, el acusado fue puesto provisoriamente en libertad.

La comisión no tardó en hacer saber al cardenal que había terminado su tarea y estaba lista para informar. Se ordenó entonces que Hamilton fuese nuevamente arrestado para hacerlo comparecer ante el tribunal; pero como se quería evitar todo tumulto, fue arrestado durante la noche. Hamilton se hallaba en su alojamiento rodeado de un grupo de amigos con quienes compartía sobre temas espirituales, cuando repentinamente el silencio fue interrumpido por la llegada de una patrulla, y el hombre a quien buscaban fue conducido al castillo, acompañado de algunos amigos a quienes se les permitió seguirlo.

A la mañana siguiente, el último día de febrero de 1528, el cardenal tomaba su asiento en el lujoso trono de la catedral, una de las principales y más ricas del mundo. Cuatro obispos revestidos de sus mitras y vestimentas del rango, numerosos priores de los conventos, también muchos abades y canónigos, lo rodeaban. Gran profusión de cirios y cruces daban al acto gran solemnidad. Entre los priores se hallaba Alejandro Campbell, quien había declarado privadamente a Hamilton que compartía sus ideas y principios, pero que demostraba no tener el valor necesario para ser fiel a su conciencia.

Hamilton fue conducido desde el castillo y puesto frente a esta asamblea de enemigos y acusadores que tenían que ser jueces al mismo tiempo. Campbell se levantó y leyó los artículos de la acusación y después de una breve discusión apostrofó a Hamilton de esta manera: "¡Hereje! ¿Has dicho tú que es lícito a todos los hombres leer la Palabra de Dios y especialmente el Nuevo Testamento?" Hamilton respondió afirmativamente. "¡Hereje! — volvió a preguntar — ¿Has dicho tú que es inútil invocar a los santos y en particular a la bienaventurada Virgen María, como nuestros mediadores para con Dios?" "Yo digo con San Pablo — contestó Hamilton — que no hay otro mediador entre nosotros y Dios que su Hijo Jesucristo". "¡Hereje! — volvió a preguntar el prior — ¿Dices tú que es cosa vana decir misas por las almas que han partido de este mundo y que se hallan en el Purgatorio?" "Hermano — le respondió con nobleza el reformador — nunca he leído en las Escrituras de Dios que exista tal Purgatorio, ni creo que haya otra cosa que pueda limpiar las almas sino la sangre de Jesucristo". El dominicano levantó la voz y gritó: "¡Hereje detestable, execrable, hereje impío!" "Basta, hermano, — contestó Hamilton dirigiendo a su acusador una mirada compasiva — en tu corazón no piensas que yo soy hereje".

El cardenal pronunció la fatal sentencia declarando a Hamilton hereje y condenándole como tal a morir en la hoguera. Fue conducido de nuevo al castillo y ese mismo día al lugar de la ejecución. Llevaba el Nuevo Testamento en la mano e iba acompañado de muchos amigos. Cuando vio el poste se descubrió y levantando los ojos al cielo permaneció unos instantes en oración. Regaló el Nuevo Testamento a uno de sus amigos y la capa al sirviente que lo acompañaba diciéndole: "Esto no sirve para el fuego, pero a ti puede serte útil. Después de esto no puedes esperar nada de mí sino el ejemplo de mi muerte, que te ruego no la olvides, porque aunque es amarga a la carne y terrible al hombre, es la entrada a la vida eterna, la cual ninguno poseerá si niega a Cristo en esta perversa generación".

Con una fuerte cadena fue ligado al poste y cuando se encendió la leña dijo: "En el nombre de Jesucristo, entrego mi cuerpo a las llamas y encomiendo mi alma en las manos del Padre".

Alesio estaba presente y narró más tarde los detalles del martirio de aquel que lo había llevado al conocimiento de la verdad.

Campbell también estaba junto a la hoguera y exhortando al mártir a que se retractara. "¡Hereje! — exclamaba — ¡conviértete invocando a nuestra Señora! ¡Pronuncia un Salve Regina!" "¡Apártate de mí, mensajero de Satanás — le respondió Hamilton — y déjame en paz!" "¡Sométete al papa — volvió a decir el dominicano — porque no hay salvación sino en unión con él". "¡Hombre impío — le respondió Hamilton — tú sabes que no es así, porque me lo has dicho a mí mismo! ¡Te entrego al tribunal de Jesucristo!" Al oír estas palabras el fraile no pudo más y redargüido por la conciencia huyó al convento donde pocos días después murió demente por causa del terrible remordimiento de conciencia.

Seis horas hacía ya que Hamilton estaba atado al poste pero fue quemado con tanta lentitud que aún estaba con vida. Cuando su fin se acercaba, se le oyó decir: "¿Hasta cuándo, Señor, las tinieblas cubrirán este reino? ¿Hasta cuándo, Señor, tolerarás la tiranía de los hombres? ¡Señor Jesús, recibe mi espíritu!"

Así murió el protomártir de la Reforma en Escocia.

JUAN KNOX

Después del martirio de Patricio Hamilton los eclesiásticos se creyeron dueños absolutos de la situación, pero no tardaron en saber que no era así, porque en todas partes surgían nuevos testigos del Evangelio abogando por la pureza doctrinal y disciplinaria de la iglesia. Pero los directores espirituales del reino en lugar de escuchar esas voces las sofocaban en las hogueras, hasta que se levantó Juan Knox, el héroe de la Reforma en Escocia.

Nació Juan Knox en un suburbio de Haddington el año 1505. Sus padres, sin ser ricos, disfrutaban de cierto bienestar y pudieron hacerlo estudiar en la escuela de la población y después enviarlo a la Universidad de Glasgow.

No contento con conocer sólo fragmentos de las obras de los padres de la iglesia, se engolfó en los gruesos volúmenes y así halló en San Jerónimo y San Agustín conocimientos que le llenaban de alegría y entusiasmo. Jerónimo le inspiró un vivo amor a las Sagradas Escrituras y San Agustín le enseñó principios teológicos muy superiores a los que constituían la esencia de la enseñanza católica de su siglo.

De Glasgow pasó a San Andrés donde se dedicó a la enseñanza de la Filosofía, y como la lectura de la Biblia le alejaba cada día más de la iglesia romana, empezó a atacar la corrupción reinante haciéndolo con la vehemencia que le era natural. Pronto se alarmó el cardenal Beatón, y como Knox comprendiera que corría peligro en ese centro de autoridad eclesiástica, la Roma de Escocia, se radicó en el sur del país, donde manifiestamente se declaró protestante y empezó, dice cierto autor, a romper el manto purpúreo con que se cubría la ramera apocalíptica. Varios señores de Langniddrie le confiaron la educación de sus hijos, y por medio de ese trabajo se ganaba la vida. Al mismo tiempo predicaba en una capilla de propiedad particular a muchas almas que se mostraban hambrientas del pan espiritual.

Cuando Knox se hallaba en Langniddrie, el cardenal Beatón fue asesinado por una banda de conspiradores. Este hecho fue motivado por un deseo de venganza personal y estaba sólo indirectamente relacionado con la Reforma. Pero el castillo en el que el cardenal había llevado su vida lujuriosa fue tomado por los enemigos de Roma y se convirtió en el refugio de muchos que en diferentes partes estaban sufriendo persecución a causa de sus opiniones religiosas. Juan Knox se unió a la gente que estaba en poder del castillo y como todos sus moradores gustasen de la manera como los instruía en las verdades de las Escrituras, le pidieron que se consagrase formalmente a la predicación para secundar a Juan Rough, a quien habían elegido pastor. Knox se resistía, no considerándose ni apto ni digno para esa noble tarea, pero en vista de la insistencia de la congregación, y después de mucha reflexión y oración, se rindió al Señor. Fue fijado el día de la ordenación, y restableciendo la forma democrática del Nuevo Testamento, Rouge, después de predicar un sermón alusivo al acto, preguntó a la asamblea si aprobaban esa vocación, y habiéndose contestado unánimemente por la afirmativa, Knox fue invitado a ocupar la tribuna, y este hombre que como dijo Grattan, "vino a interrumpir el silencio del pulpito, y que golpeaba una palabra con el estruendo de la otra", se sintió tan conmovido en aquella ocasión que le fue imposible hablar, y prorrumpiendo en un profundo llanto bajó del pulpito y salió de la reunión para encerrarse a hablar a solas con su, Dios. Pasó varios días absorto en tan solemnes pensamientos, que sus amigos con dificultad lograban arrancarle una palabra.

Cuando se puso a la obra no pudo contentarse con predicar sólo a los que se reunían dentro del castillo. Él quería ganar a otros; a toda Escocia, y pronto le hallamos sosteniendo una discusión pública con un sacerdote. En esta discusión demostró fuerte poder moral, gran capacidad de argumentador y también un admirable dominio del idioma. La gente quiso oírle y se congregaba con este fin en la capilla parroquial. Sus sermones explicando las visiones del profeta

Daniel conmovían a todos. Sostenía que el reino que persigue a los santos del Altísimo es el papado, el mismo que se describe en el Apocalipsis como la Babilonia. "Hamilton — dijo uno de los oyentes — cortó las ramas del árbol del romanismo, pero éste ataca sus mismas raíces."

El 4 de junio de 1547 apareció una escuadra francesa en la costa donde se levantaba el castillo, y tropas escocesas lo rodearon por tierra. La causa de los conjurados estaba perdida y éstos tuvieron que capitular. Knox fue conducido a una galera y encadenado junto al remo para hacer el duro trabajo de los penados. Cuando en el buque se decía misa era maltratado porque se negaba a rendir homenaje a la hostia.

Después de un duro cautiverio de diecinueve meses pudo escapar y establecerse en Inglaterra donde el arzobispo Crammer procuraba imprimir carácter protestante a la iglesia de Inglaterra, ya desligada de Roma. Fue enviado a predicar a diferentes partes del reino y más tarde fue nombrado capellán del joven rey Eduardo VI. Se le ofreció un obispado, pero sus convicciones anti-episcopales no le permitieron aceptarlo.

Cuando empezó la persecución bajo la reina María la católica, pudo huir al continente y se radicó en Ginebra, donde fue muy bien recibido por Calvino. Los dos hombres eran casi de la misma edad y coincidían en sus ideas teológicas y eclesiásticas. Pero también eran diferentes en muchos puntos: Calvino era superior en inteligencia. Knox tenía más corazón; Calvino amaba más la quietud, Knox la vida agitada; Calvino era intransigente, Knox mucho más tolerante y enemigo de obstaculizar a los de otras opiniones.

Pasó a Fráncfort para pastorear una iglesia de refugiados ingleses. Volvió a Ginebra y permaneció en esa ciudad hasta agosto de 1555, fecha en que se aventuró a hacer un viaje hasta donde se hallaba su esposa, y de ahí hacer una visita a Edimburgo para confirmar en la fe a muchos que secretamente seguían el Evangelio, reuniéndose en casas particulares para adorar a Dios y celebrar la santa cena de acuerdo a lo instituido en el Nuevo Testamento.

Durante esta visita se dio cuenta de que aún no era posible permanecer en Escocia y regresó a Ginebra donde pastoreó a la iglesia de los refugiados ingleses. Al salir de Escocia, los enemigos que habían acariciado la idea de prenderlo, viendo que la víctima, se les había escapado, lanzaron en su contra una sentencia de condenación en la que le declaraban hereje y merecedor de ser quemado en la hoguera. Trabajó ardientemente dos años en Ginebra, pero su corazón estaba en la tierra de su nacimiento. La semilla sembrada en Escocia empezó a germinar. El número de los que seguían la fe evangélica se hacía cada vez más numeroso, y entre ellos había no pocos señores de influencia. Estos lograron arrancar a la reina María de Guisa una promesa de tolerancia, y entonces Knox fue invitado a regresar a su patria donde las perspectivas eran brillantes.

En mayo de 1559 desembarcó en Leith. Al día siguiente, la noticia de su llegada fue llevada al concilio eclesiástico y luego a la reina. Pocos días después era declarado sujeto fuera de la ley debido a la sentencia que sobre él pesaba desde su última salida del país. Esta medida tuvo la virtud de anunciar a toda Escocia que el temible hereje se hallaba en su puesto de combate desafiando las iras de la adversidad. Los amigos de la Reforma se sintieron alentados como nunca y resolvieron defenderle contra la reina, contra el arzobispo, contra todos.

Su predicación encendía de entusiasmo los corazones y el país entero se conmovía. El edificio del romanismo temblaba y su ruina era cosa inminente y segura.

En Leith predicó contra la misa y el culto de las imágenes. Cuando la congregación se retiró, un cura se puso a decir misa. Un muchacho que estaba presente gritó: ¡Idolatría! El cura no pudo contenerse y tomó al muchacho a golpes. Este arrojó una piedra la cual fue a dar sobre una imagen que cayó al suelo hecha pedazos. Hubo gran confusión aumentada por muchos que estaban afuera. Todavía resonaban en los oídos las denuncias enérgicas de Knox y la gente con

furia iconoclasta se lanzó sobre los altares y destruyó las imágenes y cuanto objeto de culto católico encontró.

De la Iglesia se dirigieron a los conventos donde procedieron también con la misma violencia y se apoderaron de los tesoros, los cuales fueron repartidos cuidadosamente a los pobres para demostrar que el movimiento obedecía a razones de conciencia y no al de un saqueo vulgar.

Knox que se alegraba al ver cómo el culto idolátrico empezaba a sufrir serios contrastes, no aprobó las medidas de violencia, mayormente cuando temía que provocasen una reacción contra los que estaban llevando adelante y en buena forma la causa del Evangelio. Los temores de Knox eran fundados, porque la reina, poniéndose al frente de un ejército de ocho mil hombres, se propuso desolar la población a fuego y espada, lo que obligó a los protestantes a armarse reuniendo un ejército de cinco mil hombres. Felizmente no hubo derramamiento de sangre porque llegaron a un acuerdo antes de entrar en combate, firmando la paz en Perth.

La Reforma seguía su marcha triunfal por todos los pueblos y ciudades del reino y ahora lo que hacía falta era dar un golpe maestro en San Andrés, el gran baluarte del catolicismo. Llegó el momento en que Knox contó con bastantes amigos como para prepararse a predicar en la catedral. El arzobispo anunció que si se atrevía a hacerlo, no saldría con vida; y a fin de defender el edificio, lo que consideraba un santuario sagrado, preparó numerosas fuerzas armadas. Pero los tiempos habían cambiado y el vaticinio del reformador se cumplió. La catedral se llenó de sus admiradores y su voz de trueno retumbó bajo las cúpulas seculares. Su gran sermón versó sobre la purificación del templo y dijo que así como el Señor había arrojado a los mercaderes con un azote, ahora había que purificar la iglesia para librarla de su sacerdotalismo, de su idolatría y supersticiones. Cuando el predicador terminó su discurso y se sentó rendido de cansancio, la Reforma ya había triunfado en Escocia. Los magistrados y el pueblo resolvieron unánimemente establecer el culto presbiteriano.

Edimburgo, Glasgow, Crail, Lindores y otras ciudades tomaron idéntica medida. Se destruyeron los altares y las imágenes de las iglesias y se suprimieron los conventos contra los cuales era más fuerte el sentimiento popular.

La paz que había sido estipulada en Perth duró muy poco tiempo, pues la reina introducía continuamente soldados franceses, y tramaba, bajo la dirección del papa y algunos monarcas católicos, un plan para destruir al protestantismo. La guerra civil se encendió en Escocia y su independencia estaba amenazada. Knox era el alma del partido protestante y con su predicación y consejos mantenía encendido el fervor religioso y el patriotismo. La muerte de la reina vino a colocar el poder en manos de los reformados y así el protestantismo se consolidó, quedando abolida la misa y otros ritos romanistas.

María Estuardo, viuda de Francisco II, rey de Francia, fue llamada a ocupar el trono dejado vacante por la muerte de su madre. Su educación católica y su fuerte predilección por el papado la colocaron en difícil situación para ser soberana de un pueblo que ya se había pronunciado calvinista.

Llegó a Escocia en 1561 y el próximo domingo después de su llegada se celebró misa en su capilla privada. Este acto indicaba a los protestantes lo que podían esperar de la nueva reina. Knox desde el pulpito dio la voz de alarma diciendo que esa misa era más peligrosa que lo que sería el desembarque de diez mil soldados enemigos.

Llegó en esos días de Francia la noticia de que los Guisa habían efectuado una matanza de hugonotes, y la reina festejó el acontecimiento con un baile en su palacio. Nuevas protestas de Knox contra el motivo del baile y contra el baile en sí al que consideraba contrario a las sanas costumbres cristianas.

La reina citó a Knox a su presencia y le dijo: "Ud. ha enseñado al pueblo una religión diferente a la que sus príncipes permiten, y Dios ordena que los súbditos deben obedecer a los príncipes, por lo tanto Vd. ha enseñado a desobedecer tanto a Dios como a sus gobernantes".

La reina pensaba que este silogismo no admitía respuesta, pero Knox pudo destruirlo fácilmente respondiendo: "Madam: la verdadera religión no tiene su origen y autoridad en los príncipes sino en el eterno Dios, de modo que los súbditos no tienen que formar una religión de acuerdo al gusto de los príncipes, porque a menudo los príncipes son completamente ignorantes de la religión de Dios. Si los judíos hubieran seguido la religión de Faraón, de quien eran súbditos, ¿qué religión le pregunto, madam, existiría en el mundo? Y si todos en los días de los apóstoles hubieran seguido la religión de los emperadores romanos; ¿qué religión habría en la tierra?".

El coloquio continuó, hablándose sobre varios tópicos más, y al terminar, la reina declaró que ella sostendría a la iglesia romana por creer que era la verdadera iglesia de Dios. "Ud. puede hacerlo — contestó el reformador — pero eso no hará que la ramera romana sea la inmaculada esposa de Jesucristo. Yo me comprometo a demostrarle que la congregación de los judíos que crucificó a Cristo Jesús no estaba tan apartada de los mandamientos que había recibido de Dios, como lo está apartada, y por más de quinientos años se viene apartando, la iglesia romana de la pureza de aquella religión que los apóstoles enseñaron e implantaron".

Los planes de la reina y sus consejeros para restaurar al romanismo eran desbaratados por la acción enérgica y eficaz de Knox. Cuando ella vio que nada podría contra la firmeza de los que habían abrazado la fe evangélica, abdicó, y durante la minoría del rey Jaime, el duque de Murray fue regente del reino. Éste era gran amigo de Knox. El Parlamento ratificó el acto de 1560 que declaraba al protestantismo religión nacional.

Los años de 1568 y 69 fueron para el reformador relativamente apacibles, siendo su principal tarea y gozo predicar por todas partes a las multitudes que se disputaban el privilegio de escucharle.

En 1572 llegaron de Francia las dolorosas nuevas de la horrible matanza de los hugonotes en la noche de San Bartolomé, en la cual perecieron muchos amigos personales de Knox. El viejo profeta se sintió rejuvenecido al denunciar desde el pulpito este nuevo crimen de la ramera embriagada con la sangre de los santos.

El 9 de noviembre de 1572 predicó su último sermón para instalar a su sucesor. Consciente de que no volvería a estar frente a su congregación la exhortó a permanecer fiel a la verdad en la cual había sido instruida. Exhausto y fatigado, con dificultad pudo bajar del pulpito y caminar hasta su casa, seguido por la gente que deseaba verlo, quizá por última vez en la vida. Sus días estaban contados. Todo el mundo así lo presentía y rodeaban su modesto lecho para oír sus últimas amonestaciones. Con frecuencia se hacía leer la Biblia y los sermones de Calvino sobre la Epístola a los Efesios.

El 24 de noviembre, lleno de coraje como había vivido, entregó su alma al Señor. Frente a sus despojos mortales el regente Morton pronunció esta frase que se hizo célebre: "Aquí yace aquel que nunca temió la faz del hombre". Y como dice uno de sus biógrafos, "nunca temió al hombre porque siempre confió en Dios".

Capítulo Sexto
LA REFORMA EN LOS PAÍSES BAJOS.

EL EVANGELIO EN LOS PAÍSES BAJOS

Los Países Bajos en el siglo XVI comprendían a diecisiete Estados incluidos en el territorio actual de Bélgica y Holanda. Era una región intensamente cultivada donde florecían las industrias y el comercio, encerrando dentro de sus límites algunas de las ciudades más importantes de Europa, como Amberes, que se enorgullecía de ver entrar en su puerto quinientos buques diariamente, y dos mil carros, conduciendo mercaderías, pasar por sus puertas cada semana. Los holandeses habían logrado dar a su territorio una fertilidad y belleza que envidiaban otros pueblos poseedores de tierras más favorecidas. Dedicados a. la pesca y a la navegación, se dijo que poseían más navíos en el mar que casas en la tierra, pues su flota era más numerosa que la de todas las demás naciones juntas. Amsterdam era el primer puerto del mundo y Holanda compraba y vendía cinco veces más mercaderías que Inglaterra. La instrucción también había alcanzado a las clases trabajadoras más que en otras naciones, y sus escuelas y colegios gozaban de fama y reputación en toda Europa.

Amberes fue la ciudad de los Países Bajos donde la luz del Evangelio brilló primero y con mayor fulgor. Un año después que Lutero clavase sus famosas tesis contra las indulgencias, apareció Jacobo Spreng, prior del convento de los agustinos, sosteniendo los mismos principios que el reformador, pero pronto fue arrestado, conducido a Bruselas y condenado a la hoguera. No tuvo el coraje necesario para afrontar el martirio y se sometió a la humillación de leer públicamente una retractación, y así se libró de la muerte. Puesto en libertad se radicó en Bremen, donde reflexionó sobre su anterior conducta logrando borrarla mediante una vida fecunda en frutos espirituales, pastoreando con acierto la iglesia que ahí se había levantado.

La misma ciudad y el mismo convento produjo otro discípulo de la Reforma más valiente que el anterior. Se llamó Enrique Zutphen. Su carrera también fue corta porque no tardó en caer en manos de los enemigos. Creyendo que no escaparía de la muerte se dispuso a afrontarla con heroísmo. Estaba velando en su celda cuando el silencio de la noche fue interrumpido por la llegada de un gentío que rodeó la prisión. Grande fue su sorpresa cuando supo que aquella gente eran sus amigos que venían para ponerlo en libertad. Se apoderaron de la guardia de la prisión y penetrando en la celda lo libertaron. Para no caer de nuevo en mano de los perseguidores, tuvo que andar vagando por diferentes partes, pero aprovechó esas andadas para predicar, cosa que hacía con poderosa elocuencia y gran bendición. Por fin logró establecerse en una población llamada Holstein, pero al fin también lo alcanzó la ira de los frailes, quienes instigaron a una turba en su contra, la cual lo atacó y lo hizo morir de una muerte cruel y bárbara.

El convento de los agustinos era un verdadero semillero de "herejes", según el concepto romanista. No bien sofocaban a un fraile que anunciaba el Evangelio, se levantaba otro, de modo que resolvieron suprimirlo, imaginándose que el suelo donde estaba edificado era el que los producía. En octubre de 1522 el convento fue desmantelado y demolido hasta los cimientos, como las casas de los leprosos en tiempos antiguos.

Pero esta medida no consiguió sofocar el testimonio del Evangelio, de modo que los frailes emprendieron la lucha no ya contra las paredes y techos sino contra todas las personas que se hacían sospechosas por haber demostrado en alguna forma su desconformidad con la iglesia romana, y tres frailes que habían pertenecido al convento demolido fueron juzgados y quemados en Bruselas.

El deseo de oír la Palabra de Dios aumentaba día a día, y a pesar de los peligros se efectuaban reuniones numerosas en muchas partes donde las almas hambrientas y sedientas de justicia se saciaban con el maná del Evangelio. Un domingo se congregó una verdadera multitud en un astillero junto al río Schelat, pero no había predicador. Se levantó entonces un joven instruido llamado Nicolás, quien en forma admirable improvisó un excelente sermón basado en el episodio de la multiplicación de los panes y los peces con los que el Señor dio de comer a la multitud que le seguía. La gente en la ribera escuchaba con placer al nuevo predicador, pero los frailes juraron que el joven no predicaría otro sermón en su vida. Pagaron a unos hombres malvados y éstos ataron al joven dentro de una bolsa y lo arrojaron al río. Cuando se tuvo conocimiento de este crimen los habitantes de Amberes sintieron indignación, pero ya no se podía remediar el mal.

LOS EDICTOS DE PERSECUCIÓN

Carlos V estaba dispuesto a extirpar el luteranismo de sus vastos dominios, y lo que no podía hacer en Alemania debido a la resistencia de los príncipes, podía fácilmente hacerlo en los Países Bajos donde su autoridad era absoluta.

Continuamente aparecían edictos de persecución que se fijaban en las calles y eran leídos por todos, produciendo .alarma y consternación. En 1524 apareció uno de estos edictos prohibiendo la publicación de cualquier libro sin la autorización eclesiástica. En marzo de 1526 apareció otro contra el luteranismo, y pocos meses después un tercero dado en términos mucho más severos. Cuando aún no había pasado el asombro producido por estos edictos y el gemido de las víctimas encausadas podía aún escucharse, la población volvió a leer otros, prohibiendo celebrar reuniones en las que se leyesen las Sagradas Escrituras y se tratasen temas religiosos; ordenando quemar todo libro de Lutero, y sentenciando con la confiscación de los bienes a quienes se atreviesen guardarlos en su poder. En 1528 apareció otro contra los libros prohibidos y contra los frailes que abandonasen los conventos. En 1529 se renovó el mandato de quemar los libros luteranos en general. Todo el que era declarado culpable tenía que ser quemado y a los que se arrepentían se les concedía "la gracia" de morir por la espada, si eran hombres y de ser sepultadas vivas si eran mujeres. Ocultar a un hereje era un delito castigado con la pena de muerte. A los delatores se les premiaba con la mitad de los bienes confiscados al que sufría condena. Los magistrados tenían órdenes terminantes de hacer juicios sumarios "sin las lentas formalidades de los procesos ordinarios".

Las víctimas, como puede comprenderse, eran numerosas, pero nada, podía impedir que el Evangelio se abriese paso y efectuase gloriosas conquistas tanto entre la gente del pueblo como entre la clase dirigente.

El primer mártir de la Reforma en Holanda fue Juan von Bakker, de Woerden, un pueblo situado entre Utrecht y Leyden. Era sacerdote y tenía veintisiete años de edad cuando tuvo la valentía de pronunciarse contra los edictos del Emperador, que esclavizaban y humillaban a su patria. Llevado ante el Tribunal sostuvo con firmeza que las persecuciones eran contrarias a los preceptos del Evangelio y que los que están en el error deben ser "forzados a entrar", pero no por medio de la espada, las prisiones, los azotes y la muerte, sino por la fuerza de la Verdad Divina.

Durante el juicio estaba presente su anciano padre, orgulloso de que su hijo estuviese sosteniendo los principios de la justicia y de la libertad ante los opresores del país. No pudo mantenerse callado y levantando la voz le dijo con firmeza: "Hijo mío, sé fuerte y persevera en lo que es bueno; en cuanto a mí, estoy contento, siguiendo el ejemplo de Abraham, en ofrecer a Dios mi más querido hijo, quien nunca me ofendió".

Fue condenado a muerte. El 15 de septiembre de 1525, al ser conducido al lugar de la ejecución, se dirigió a otros creyentes que estaban presos animándoles a portarse como valientes soldados de Jesucristo, testificando de la verdad del Evangelio contra los errores de las tradiciones humanas.

Cuando estaba sujeto al poste, al ser encendida la hoguera exclamó triunfante: "¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde está, oh sepulcro, tu victoria?". Después de un momento de silencio y oración: "Sorbida es la muerte en la victoria de Cristo". Sus últimas palabras fueron éstas: "Señor Jesús, perdónalos porque no saben lo que hacen. ¡Oh Hijo de Dios, acuérdate de mí y ten misericordia de mí!". Con serenidad y calma, sin contorsiones de los ojos ni movimientos del cuerpo, terminó su carrera terrenal el protomártir de la Reforma en Holanda.

La era de sangrientas y crueles persecuciones ya estaba iniciada. La ramera apocalíptica se embriagaba bebiendo a gruesos tragos la sangre de los santos y mártires del Señor Jesús. Al reino del Anticristo le era dado hacer guerra a los santos y vencerlos, pero cuanto más los perseguían más se multiplicaban, aun cuando sabían que abrazar la fe de las Escrituras significaba la pérdida de todos los bienes, de la libertad y de la vida. El número de las víctimas alcanzó cifras pavorosas. El historiador Meteren asegura que durante los últimos treinta años del reinado de Carlos V en los Países Bajos se elevó a cincuenta mil.

FELIPE II EN EL PODER

En octubre de 1555. Carlos V, con gran solemnidad abdicó de su poder en el histórico palacio Brabante de Bruselas, entregando la corona imperial a su hermano Fernando; quedando bajo el dominio de Felipe II, España, Flandes y parte de Italia. Era Felipe un hombre taciturno, fanático en alto grado, déspota y descorazonado. El anhelo de su vida fue extirpar lo que él llamaba herejía, llegando en su ciega pasión a decir que prefería perder sus dominios antes que ser el soberano de pueblos herejes.

Cuando se trasladó a España con la corte, la escuadra que le conducía fue azotada por una violenta tempestad, y temiendo un naufragio prometió a los santos de su devoción que si se salvaba del peligro se consagraría por entero a defender los intereses de la iglesia hasta que no quedase ni un solo luterano en sus dominios. Llegó a España y desde entonces se consagró a cumplir su siniestro y temerario voto.

Había dejado en Bruselas en calidad de reina regente a su hermana Margarita de Parma, hija natural de Carlos V, y tuvo en ella una colaboradora muy eficaz, en la tarea de hacer cumplir los edictos ya promulgados contra los protestantes. Pero nada lograba detener la marcha del movimiento de reforma religiosa, lo que hizo pensar al cardenal Granvelle, consejero de la reina, que los edictos no se aplicaban con suficiente rigor. Se dieron severas órdenes para redoblar los esfuerzos destinados a extirpar la herejía, y desde entonces la sangre de los mártires empezó a correr por todo el país y el humo de las hogueras encendidas cubría la brillantez del sol.

Escribir detalladamente, señalando nombres y lugares resultaría una tarea interminable, pero mencionaremos algunos de los mártires de estos años.

Roberto Ogier de Ryssel fue prendido junto con su esposa y sus dos hijos, acusados de no asistir a misa y de celebrar culto doméstico. Uno de los hijos respondió a los jueces: "Nosotros acostumbramos ponernos de rodillas y pedir a Dios que alumbre nuestras mentes y perdone nuestros pecados; oramos por nuestro rey para que su reino sea próspero y él sea feliz en la vida; oramos por los magistrados para que Dios los proteja". Estas declaraciones tan sinceras y ajenas de toda afectación arrancaron lágrimas de los ojos de algunos de los miembros del tribunal. Con todo, el padre y el hijo mayor fueron sentenciados a morir en las llamas. "Oh Dios —dijo el joven junto al poste— acepta el sacrificio de nuestras vidas, en el nombre de tu amado hijo". "Mientes — contestó furiosamente un fraile que estaba ayudando a encender el fuego— Dios no es vuestro Padre; sois hijos del diablo". Las llamas subieron, y el joven dirigiéndose a su padre, dijo: "Mira, padre, el cielo está abierto y veo millares de ángeles que se regocijan sobre nosotros. Estemos contentos porque estamos muriendo por la verdad". "Mientes, mientes, —volvió a exclamar el fraile— yo veo el infierno abierto y millares de diablos esperando vuestras almas para lanzarlas al fuego eterno". Estas blasfemias no podían hacer disminuir el gozo y la paz de los dos mártires, y padre e hijo, animándose mutuamente partieron a la vida mejor.

En abril de 1554 un maestro de escuela llamado Galein de Mulere, que vivía en el pueblo de Oudenard, fue arrestado. Al verse en las garras de los inquisidores, su pena era el pensar en su esposa y cinco hijos que quedaban en la miseria. Procuró primeramente evitar la condenación dando a sus acusadores respuestas evasivas, pero como no les satisfacían, le exigían respuestas más claras y terminantes. Rogó entonces a Dios que le diese palabras y valor para dar un fiel testimonio de la verdad. Sintió que su oración había sido contestada y entonces dijo resueltamente: "Preguntadme ahora lo que queráis y os daré amplia y satisfactoria respuesta".

Confesó entonces con mucha resolución su confianza en Cristo y su aversión profunda a la doctrinas del papismo. No pudieron responder a los argumentos bíblicos y razones cristianas que empleaba, y entonces procuraron doblegarlo poniéndole de manifiesto el abandono en que quedarían los suyos si él tenía que sufrir una condena infamante. Le decían que dejarlos en esa condición era falta de amor a los suyos, a lo que contestaba: "Vosotros sabéis muy bien que los amo de todo corazón, y os digo en verdad que si todo el mundo se volviese oro y me fuese dado, lo rechazaría con tal de vivir con ellos aunque fuese a pan y agua". "Abandona, entonces — le respondieron — tus opiniones heréticas y podrás vivir con tu esposa e hijos como antes". "Nunca —respondió heroicamente— abandonaré mi fe, pecando así contra Dios y mi conciencia". Fue declarado hereje y entregado para morir en las llamas.

LEVANTAMIENTOS POPULARES

El pueblo empezó a cansarse de tanta crueldad y voces tan autorizadas como las del príncipe de Orange se hicieron escuchar en el seno del Consejo del Estado, reclamando que la persecución cesase y que se permitiese a los protestantes la celebración de sus cultos privados y hasta la administración de la santa cena. El príncipe era todavía católico, pero todas sus simpatías estaban con las víctimas de la persecución. Otro hombre que también se puso en favor de la tole rancia fue el conde Egmont, a quien enviaron a España para que enterase a Felipe II de las condiciones reinantes en los Países Bajos y procurase la revocación de los edictos de persecución.

Nada pudo conseguir del papista monarca, y cuando llegó la noticia del fracaso de su misión se formó una poderosa liga, que más tarde fue denominada de los mendigos, compuesta tanto de protestantes como de católicos liberales, la cual se proponía terminar con las crueldades de la persecución, aunque para lograrlo fuese necesario levantarse contra los poderes públicos. Antes

de dos meses, más de dos mil personas habían firmado el pacto de la liga. En abril de 1556, entraron en Bruselas doscientos nobles adheridos a la liga, y se presentaron al palacio real exigiendo de la reina medidas inmediatas que librasen a la nación de la tiranía que estaba soportando. Era el sentimiento de dignidad nacional que se sublevaba contra las exigencias inquisitoriales de la iglesia de los papas.

En todos los Estados el levantamiento popular era saludado con regocijo. Los protestantes supieron aprovechar estas circunstancias para sacar la sana doctrina de los conventículos secretos y llevarla al aire libre. El 14 de junio de 1556 unas 7000 personas se congregaron en las inmediaciones de Ghent para escuchar la palabra del pastor Hermán Modet. Las autoridades quisieron prenderlo cuando estaba predicando, pero él logró escaparse y el gentío desarmó al oficial que estaba por proceder. Poco tiempo después volvió a celebrarse otra: reunión pública, teniendo los hombres que asistir armados para evitar un ataque de los adversarios.

En Tournay las reuniones eran tan numerosas que la población entera asistía en masa a oír la predicación vehemente del pastor La Grange.

En Amberes las autoridades contestaron al gobernador que era imposible prohibir o disolver las reuniones por ser tan numeroso el gentío que las frecuentaba.

Ambrosio Wille, un discípulo de Calvino, atraía auditorios que llegaban a veces a 20.000 personas, a las cuales exponía con talento y singular maestría las Sagradas Escrituras, mostrando en ellas el camino de salvación. El pastor sabía que una fuerte suma había sido ofrecida por su cabeza, y también que los que le escuchaban, por el simple hecho de asistir a la reunión, incurrían en la pena de muerte. Pero todos tenían hambre del pan de la vida y olvidándose de los edictos y de la furia de Felipe II, se disponían a obedecer a Dios.

El movimiento se extendía y en las afueras de Amsterdam, se puso a predicar Juan Arentson, un canastero de oficio, hombre dotado de una poderosa elocuencia natural y muy versado en las Escrituras.

En Overeen se congregaron más de cinco mil personas para celebrar un culto público en el que predicó Pedro Grabiel. Se cantaron Salmos, se oró, y el predicador leyó el texto sobre el cual se proponía predicar: "Porque por gracia sois salvos por la fe, y esto no es de vosotros, pues es don de Dios; no por obras para que nadie se gloríe". "Criados en Cristo Jesús para buenas obras".

Un momento de pausa y prosiguió el predicador: "Aquí en estos versículos tenemos la esencia de toda la Biblia, la médula de toda verdadera teología. El don de Dios, la salvación; su procedencia, la gracia de Dios; el modo como se recibe, la fe; los frutos que deben seguirla, buenas obras". El poderoso sermón que empezó poco después de mediodía terminó a las cuatro de la tarde.

El Evangelio se predicaba con pujanza extraordinaria por toda Holanda, al mismo tiempo que los confederados se alistaban para librar la gran batalla de la libertad, levantando el ánimo del pueblo contra la tiranía. Los confederados tenían tres jefes distinguidos: el príncipe de Orange y los condes Egmot y Horn. Ante las fuertes exigencias que éstos hacían, la reina se vio obligada a permitir la celebración de los cultos protestantes y a suspender la aplicación de los crueles edictos, y envió una embajada al rey pidiéndole que viniese al país a tomar las riendas del gobierno o que de lo contrario hiciese concesiones que pudieran evitar el estallido de la rebelión, la que amenazaba ser formidable.

Todos quedaron satisfechos cuando el rey contestó que estaba dispuesto a abolir la inquisición y a ser tolerante hasta donde esto fuese compatible con el sostenimiento de la fe católica. Puede verse la falta de sinceridad del rey cuando habló de esta manera, en lo que dice el historiador Jorge Edmundson, de Oxford: "Los documentos existentes en el archivo de Simancas nos han revelado la falsedad de estas concesiones. El 9 de agosto, autorizó el rey, en Segovia, en presencia del duque de Alba y dos notarios, un documento en el que declaraba que la concesión

de una amnistía general le había sido arrancada contra su voluntad, y que no se consideraba, por lo tanto, obligado a respetarla, y tres días más tarde en un despacho secreto remitido a Requeens, que se encontraba en Roma, autorizaba a su embajador para que informase secretamente al papa que la abolición de la inquisición era una pura fórmula, ya que no podía ser válida sin la sanción de la autoridad que la impusiera, o sea el papa mismo".

El pueblo y los nobles que encabezaban la rebelión empezaron a comprender que los extranjeros que dominaban el país estaban resueltos a no aflojar ni un solo eslabón de, la cadena con que tenían sujetos a los Estados de los Países Bajos, de modo que el movimiento que tenía un carácter pacífico no tardó en convertirse en revolucionario.

El 14 de agosto apareció en Flandes una banda de exaltados que provistos de hachas, machetes, escaleras y sogas se disponían a destruir las imágenes de las iglesias. Empezaron su iconoclasmo derribando los altares que se levantaban a lo largo de los caminos, y luego entrando en los conventos e iglesias de las aldeas, derribaban los altares y despedazaban las imágenes.

Procedían con tanta resolución y violencia que aunque no eran muy numerosos lograban intimidar a las autoridades y éstas los dejaban proceder sin ofrecerles resistencia. Pocos minutos bastaban para que una iglesia quedase desmantelada. A medida que avanzaban iban aumentando considerablemente en número, y al cabo de pocos días se habían extendido por todo el país, devastando más de cuatrocientas iglesias. También violentaban las puertas de los conventos y ponían en libertad a los frailes y monjas que los habitaban. La horda llegó a Amberes, ciudad que se enorgullecía de su soberbia catedral, empezada en 1124 y que hacía sólo pocos años que había sido terminada. Sus artísticos altares, sus pinturas célebres, sus decoraciones, sus candelabros, todo, era de lo mejor que había producido el ingenio humano. Las autoridades civiles y religiosas que habían cerrado sus puertas a los predicadores del evangelio, no pudieron impedir que fueran niñerías por los iconoclasias y que destruyesen cuanto en ella se encofraba. Terminada la destrucción de la catedral, hicieron la misma cosa en otras iglesias de la ciudad, y cuando pasó el estupor y los poderes públicos se disponían a proceder, ya era demasiado tarde.

El huracán siguió hacia el norte e hizo sus estragos en Holanda. En Dort, Gouda, Rotterdam, Haarlem y otras ciudades, se logró sacar las imágenes de los templos antes que llegasen los iconoclastas, pero en Amsterdan, el pueblo las arrebató de las manos de los sacerdotes cuando éstos las llevaban a sus casas.

Los predicadores protestantes y los dirigentes de los confederados condenaron estos actos de violencia llevados a cabo por elementos exaltados. Los pastores predicaban contra el culto de las imágenes, terminantemente prohibido en el decálogo, pero decían con Zwinglio que había que sacar los ídolos del corazón y luego desaparecerían de los templos.

Pero, ¿quiénes fueron los que más clamaron contra la destrucción de estatuas inertes? ¡Aquéllos monarcas y prelados que destruían vidas humanas en mayor número que el de todos los ídolos que fueron destruidos a raíz de este levantamiento! ¡Otra vez se tragaba el camello y se colaba el mosquito!

LAS CRUELDADES DEL DUQUE DE ALBA

Cuando llegaron a España las noticias relacionadas con la destrucción de las imágenes, el idólatra Felipe II juró por el alma de su padre ejecutar una terrible venganza, y se puso a fraguar en su mente un nuevo plan para subyugar por completo a los Países Bajos y extirpar por completo lo que él llamaba herejía. La vida de miles y miles de personas valía muy poco ante sus ojos cuando se trataba de imponer sus caprichos y sus errores.

Los espías que el príncipe de Orange tenía en España le comunicaron las intenciones del monarca. Cuando informó a Egmont y Horn, éstos no quisieron creer que la situación era tan delicada. Orange entonces renunció a todos sus cargos y se retiró a sus posesiones en Nassau, Alemania.

En abril de 1567 empezó una nueva era de persecución. Los protestantes huían en masa de Amsterdam y otras ciudades. Los templos que estaban levantando fueron demolidos y los tirantes de los mismos fueron usados de postes en las ejecuciones que diariamente se llevaban a cabo. Las ciudades donde los protestantes estaban en mayoría fueron sitiadas, y cuando no se sometían a adoptar el papismo se procedía a la destrucción y matanza. En el sur del país los perseguidores lograron un dominio completo de la situación.

Cualquiera hubiera pensado que la sed de sangre de los papistas tenía necesariamente que aplacarse, pero no era así; nuevas y más severas pruebas esperaban a este pueblo de mártires.

Felipe II encargó al duque de Alba la ejecución de sus satánicos propósitos. Era éste un hombre fanático y sanguinario que ya había mostrado su odio a la Reforma secundando a Carlos V en la guerra contra los protestantes en Alemania. El 27 de abril de 1567 Alba y sus tropas salieron del puerto de Cartagena en una flota de treinta y seis bajeles, al mando del almirante Doria. Se dirigieron a Genova, y una vez en Italia, el duque reunió las tropas de Nápoles y Lombardía, y con un ejército de diez mil hombres emprendió una marcha arriesgada a través del monte Cines, de Borgoña, Lorena y Luxemburgo hasta llegar a las puertas de Bruselas. Iban a la guerra santa para vengar al papa y al católico monarca. Era un ejército aguerrido y admirablemente equipado, donde hasta el vicio y las bajas pasiones estaban reglamentados para satisfacer a la tropa, y como dice un historiador "el campeón de la fe católica y defensor del derecho divino de los reyes, entró en los Países Bajos con un tren de dos mil cortesanas italianas".

El duque de Alba hizo su entrada triunfal en Brusellas y presentó a la reina los documentos reales que le revestían de un poder tan amplio, que a ella no le quedaba sino el inútil título de regenta.

Antes de su llegada cien mil habitantes habían preferido abandonar el país.

El duque se inició haciendo encarcelar a muchos que estaban más o menos complicados con los acontecimientos anteriores, y entre otros a los condes de Egmont y Horn quienes pronto fueron decapitados en la plaza pública de la capital.

Creó un tribunal que se llamó oficialmente '"Consejo de los Tumultos", pero que se conoce en la historia bajo la denominación de "Tribunal de Sangre".

Todos los habitantes fueron declarados traidores al soberano y por consiguiente reos de muerte.

Una multitud de espías fue esparcida por todo el país. Las delaciones eran innumerables y las carretas llegaban llenas de personas acusadas, las que fácilmente eran enviadas al cadalso.

Oigamos a Edmundson: "Los acusados eran condenados en montón con vituperable ligereza, y de un extremo a otro de los Países Bajos se levantaban hogueras y patíbulos, y el hacha del verdugo funcionó sin cesar hasta que la tierra toda estuvo empapada de sangre".

"Después de marcharse Margarita, los asesinatos y expoliaciones del duque de Alba prosiguieron con creciente energía. Como prueba del furor vesánico que de él se había apoderado citaremos un sólo ejemplo: En las primeras horas de la mañana del miércoles de ceniza, cuando era seguro que la casi totalidad de la gente se hallaba todavía en su casa, descansando de las fatigas del carnaval, fueron sacadas por la fuerza, de sus lechos, nada menos que mil quinientas personas y conducidas a las cárceles. De la suerte que les cupo daba; cuenta el gobernador en una carta dirigida a su señor, en la" que después de notificarle su arresto, añadía: con toda tranquilidad: He dado orden de que los ejecuten a todos".

En los pocos años que duró el gobierno del duque de Alba, dieciocho mil personas fueron ejecutadas, y treinta mil sufrieron la pérdida de sus bienes, viéndose obligadas casi todas ellas a emigrar al extranjero en medio de la más espantosa miseria. Con el importe de esos bienes usurpados a los mejores ciudadanos del país, se alimentaba el ejército de asesinos que se creía defensor de la iglesia cristiana.

La guerra, por fin, estalló. El príncipe de Orange se puso al frente de las masas que no podían soportar tanta infamia y tiranía. Las batallas fueron numerosas y encarnizadas. Hubo victorias por ambas partes, pero el duque de Alba logró imponerse y los ejércitos patriotas fueron dispersados, cuando no aniquilados, y Orange vencido huyó al extranjero. Pero la semilla de la libertad ya estaba lanzada en el suelo y a su tiempo daría ricos y abundantes frutos. Orange logró reunir tropas nuevamente y marchando victoriosamente al frente de las mismas consiguió expulsar a los extranjeros de: las provincias del norte, las cuales se declararon independientes en 1584. Esos pequeños Estados vieron abatida ante la pujanza de su heroísmo a la monarquía más fuerte y más temible del continente, y así Guillermo de Orange vino a convertirse no sólo en el padre de la nación holandesa, sino en uno de los libertadores más ilustres que registra la historia.

Los jesuítas lograron reconquistar mucho del dominio que el catolicismo había perdido en el sud de los Países Bajos, pero el norte permaneció fiel al protestantismo, adoptando el calvinismo como forma definitiva de religión.

Capítulo Séptimo
LOS ANABAPTISTAS.

LOS CALUMNIADOS DE LA HISTORIA

El siglo XVI presenció el extraordinario movimiento anabaptista que se desarrolló en todos los países europeos donde surgió la Reforma, y era una consecuencia lógica de la misma.

Lutero, Zwinglio y los demás reformadores proclamaron vigorosamente la suprema y única autoridad de la Palabra de Dios en materia religiosa, y los que quisieron ser fieles a este principio sostuvieron que la Reforma tenía que ser mucho más radical y completa que lo que estaba resultando en los países donde triunfaba. Había que volver al cristianismo primitivo, desprendiéndose de todo aquello que no tuviese apoyo en las Sagradas Escrituras.

La iglesia no podía ser confundida ni identificada con el Estado; tenía que estar compuesta por personas convertidas, con experiencia religiosa y vida espiritual personal, y no por todos los habitantes de un país, región o comarca. Debía entrarse a la iglesia no por nacimiento, sino por renacimiento, y sus componentes debían hacer profesión de fe en Cristo y recibir el bautismo, como señal exterior de esta identificación con el pueblo de Dios. En consecuencia, negaban la validez del bautismo recibido en la infancia y lo administraban a los adultos creyentes. Como para el público esto era un segundo bautismo se les dio la denominación de anabaptistas, que significa rebautizadores.

Fueron los primeros que en los tiempos modernos supieron hacer distinción entre el orden civil y el religioso, y por eso fueron los valientes abogados de la separación de la iglesia y el Estado. Los reformadores, movidos más bien por las circunstancias que por principios, entregaron el gobierno y dirección de la iglesia a la potestad civil. Llegaron a sostener que el pueblo tenía que seguir la religión que profesase el príncipe que los gobernaba, aun cuando esta monstruosidad estaba en contra del principio del libre examen, que sostenían teóricamente y practicaban para sí. Creían que los tiempos no estaban suficientemente maduros para la aplicación inmediata y completa de un cristianismo del todo neotestamentario. Los anabaptistas rechazaban este oportunismo y se desvinculaban de la iglesia oficial afrontando todas las consecuencias de esta actitud.

Exigían de los miembros de la iglesia una vida santa, apartada de las costumbres corrompidas del mundo. Eran sumamente modestos en el vestir, honestos y trabajadores; creían que el sermón del monte debía entenderse literalmente y que sus preceptos eran la norma de la vida cristiana. Por eso se negaban a prestar juramento, a tomar las armas y a realizar cualquier acto de violencia o resistencia.

Llegaron muchos de ellos a enseñar que las funciones públicas son incompatibles con la profesión de fe cristiana, y es fácilmente comprensible que tuviesen esta creencia en días cuando la principal, misión del Estado parece haber sido la de dar muerte a los cristianos fieles y defender a una iglesia que ellos identificaban con la ramera apocalíptica embriagada con la sangre de los santos.

En algunas partes practicaban la comunidad de bienes en forma amplia y obligatoria, pero en otras limitadamente y sin que fuese impuesta como una regla indispensable para militar en la iglesia.

Hubo en aquel tiempo muchos de ellos que cayeron en el fanatismo y exaltación mística, así como otros que abandonaron su credo pacifista para convertirse en revolucionarios, pero es

del todo injusto juzgar el movimiento anabaptista por estos lamentables extravíos, que casi siempre han acompañado a los despertamientos espirituales.

El conocimiento que el mundo tiene de ellos es del todo deficiente por estar basado en las afirmaciones apasionadas de sus numerosos enemigos. Los historiadores hasta años muy recientes no disponían de más documentos que aquellos en que los anabaptistas aparecen en su aspecto menos favorable. Pero el profesor J. Loserth, en diferentes e importantes trabajos que ha publicado, tuvo la virtud de desenterrar valiosos documentos que presentan las cosas en su aspecto verdaderamente histórico.

Eran muy fervientes y activísimos en la propaganda, y lograron extenderse por toda Europa, aunque sus núcleos más importantes estaban en Suiza, Alemania, Moravia, Tyrol y Holanda. De la magnitud del movimiento dan fe los numerosos edictos de persecución que se sucedían uno a otro, y la imposibilidad en que los gobernantes y prelados se vieron de impedirlo. Uno solo de los pastores de Holanda, Leonardo Bouwers, que murió en 1578, dejó una lista de más de diez mil personas bautizadas por él.

LOS ANABAPTISTAS DE SUIZA

Zwinglio había conseguido implantar la Reforma en Zurich. Animado de un vivo celo republicano dio al movimiento un carácter más popular y democrático que el que le dio Lutero en Alemania. No podía ser de otro modo dado el genio característico del pueblo suizo, acostumbrado a resolver todos sus problemas en asambleas donde la discusión era libre para todos los ciudadanos. Los problemas religiosos se resolvían en la misma forma que los políticos y económicos. Después que la opinión ya estaba formada, como resultado de las libres deliberaciones, el Consejo supremo del cantón daba la sanción oficial. Zwinglio arrojó la semilla de la libertad y provocó actitudes individuales a veces mucho más avanzadas que la suya.

La ruptura con el papismo no fue obra de teólogos y mandatarios sino obra del pueblo mismo que tenía ansias de libertad espiritual. Pero entre los partidarios de la Reforma no tardaron en manifestarse dos tendencias que tuvieron sus primeros choques cuando la separación de Roma era discutida ante el Consejo: unos abogaban por una Reforma sancionada por el Estado, y otros más radicales y evangélicos, sostenían la completa autonomía de la iglesia y el deber individual de obedecer a Dios prescindiendo de lo que el Estado resolviese. Los que así pensaban tenían necesariamente que llegar al anabaptismo, si es que ya no habían llegado.

Zwinglio quiso contener el avance de esta tendencia y se colocó bajo el patronato del Consejo, y dio así a su obra un sabor político que le trajo funestas consecuencias.

Formaban parte del partido avanzado, Guillermo Reublin, uno de los primeros en romper con el celibato clerical y dar el ejemplo de un párroco casado; Simón Stumpf, quien se rebeló contra sus superiores eclesiásticos y seculares emancipando a los pobres campesinos de la carga pesada de los diezmos; Luis Hetzer, que ponía de manifiesto el carácter idolátrico del culto de las imágenes; Juan Broedli, que al ser expulsado de su parroquia continuó predicando el Evangelio, ganándose la vida con el trabajo de sus manos; Félix, Mantz, ciudadano distinguido de Zurich, hombre muy versado en hebreo y otras lenguas orientales. Todos éstos eran secundados por el cura Baltazar Hubmaier, más tarde insigne apóstol y mártir de la causa.

Al frente de estos radicales se encontraba Conrado Grebel, hijo de uno de los hombres más distinguidos de la ciudad, quien no se avergonzó del origen humilde de la mayoría de los componentes de su partido. Grebel en 1515 estaba estudiando en Viena, donde recibía una pensión del emperador Maximiliano I, y en 1518 regresó a su patria, de donde no tardó en

ausentarse para seguir estudios superiores en París. Se dedicó al estudio de los clásicos revelando condiciones nada comunes para el cultivo de las letras. Pero la gran capital tuvo para él una influencia funesta, haciéndole apartar de las costumbres sanas de su familia. Tenía recursos abundantes y cedió fácilmente a las tentaciones que le llevaron a una vida licenciosa que más tarde sus contrarios no dejaron de reprocharle. Su padre al enterarse de que no vivía dignamente le retiró su ayuda y empezaron para él nuevas y duras experiencias con sus correspondientes lecciones.

Regresó a Zurich y entabló relaciones rnuy cordiales con Zwinglio, con quien ya había estado en correspondencia desde] Viena. En Basilea estuvo algunos meses ocupado en asuntos literarios, tratando al mismo tiempo de temas bíblicos con los reformadores. Volvió otra vez a Zurich donde contrajo enlace, siendo esto un nuevo disgusto a sus padres. Abrazó la Reforma con verdadero entusiasmo y dio pruebas de un cambio de vida que contrastaba con su conducta anterior. Zwinglio lo tenía en gran estima y se alegraba de contar con su cooperación en la lucha contra el papado, porque su viva inteligencia, sus profundos conocimientos filológicos y la clarividencia de su espíritu lo hacían uno de los hombres mejor preparados de su siglo. El historiador Cornelius ha dicho que Grebel hubiera llegado a ser el Melanchton de Zwinglio, si en Zwinglio hubiera encontrado un Lutero.

El número de los que en varios cantones alemanes se adherían al movimiento fue haciéndose cada día más numeroso. Por todas partes celebraban sus asambleas en las que se predicaba la palabra de Dios, se celebraba la santa cena y: se administraba el bautismo a los creyentes. Insistían en la necesidad de la regeneración, y rompimiento con toda costumbre que no fuese completamente santa.

El antipedobaptismo llegó a ser un tema discutido en todos los círculos. Zwinglio quiso poner fin al movimiento publicando un tratado contra "los que provocaban el desorden y la sedición", pero este escrito no produjo mucho efecto y provocó una discusión pública que tuvo lugar el 17 de enero de 1525. Los principales antipedobaptistas que estuvieron presentes fueron Qrebel, Mantz y Reublin. Asistió también Jorge Jacobs, quien hacía poco se había unido a ellos y que era conocido bajo el nombre de Blaurock, a causa del traje azul que vestía, y quien llegó a ser un verdadero apóstol del movimiento.

Ambos partidos expusieron los argumentos que hasta nuestros días se dan ya en favor, ya en contra del bautismo de los párvulos, pero nadie cambió de parecer. Al día siguiente el Consejo ordenó que todos los niños fuesen bautizados en el término de ocho días, y que quien no quisiese respetar esa ordenanza debía salir de la ciudad y de las tierras de los señores que ocupaban, con su mujer, sus hijos y sus bienes, sin perjuicio de que se tomasen medidas ulteriores. Estas medidas ulteriores fueron la cárcel, el destierro y la muerte, penas que muchos de los hermanos tuvieron que sufrir. A Grebel y a Mantz se les ordenó que guardasen silencio sobre el tema del bautismo, y a los otros que no eran ciudadanos del Cantón se les pidió que abandonasen el territorio.

Las leyes que condenaban la herejía implantadas bajo el sistema papal no habían sido abolidas, en primer lugar porque la Reforma no podía llegar en dos o tres años de existencia a tener conceptos de libertad religiosa que muchos pueblos no los tienen después de varios siglos; de modo que se aplicaban duramente contra los disidentes, y Zurich escribió páginas negras y dolorosas de persecución.

El primero que tuvo que dar su vida por la causa fue Félix Mantz. Al regresar a la ciudad, después de una gira de evangelización y trabajo pastoral visitando a los hermanos esparcidos, fue arrestado. En enero de 1526 fue sentenciado a ser ahogado. Desde la prisión dirigió una ferviente

exhortación a los hermanos para que permaneciesen fieles en medio de las pruebas, en la que bendice a Dios por el conocimiento que le dio y al cual quiere permanecer fiel.

Al ser conducido al lugar donde tenía que cumplirse la sentencia iba alabando al Señor, seguido por su heroica madre y un hermano que no cesaban de alentarlo a que permaneciese fiel hasta el fin.

Ligado de pies y manos fue arrojado a la corriente.

"La muerte de Félix Mantz —dice C. A. Ramseyer— hombre de tan profunda piedad y de tanta ciencia, fue un golpe funesto para el anabaptismo de Suiza. Los mensajeros llevaron la triste nueva de villa en villa y de aldea en aldea hasta los valles más apartados de las montañas. Por todas partes los "hermanos" fueron consternados porque después de la muerte de Grebel y del destierro de Hubmaier, él había llegado a ser su jefe. El testimonio de la muerte de Mantz y el heroísmo con que afrontó el martirio produjeron una profunda impresión sobre todos los corazones que se inflamaron del deseo de imitar tan noble ejemplo".

La persecución trajo la dispersión, pero lejos de conseguir que el movimiento fuese sofocado, sólo lograba hacerlo reaparecer con nuevos bríos en otras regiones, porque los que huían de un lugar a otro iban dando testimonio de su fe y ganando nuevas almas para Cristo. Todos los Estados de lengua alemana se llenaron de anabaptistas, quienes afrontando la cárcel y la muerte se levantaban a predicar en las plazas y los mercados llamando las almas al arrepentimiento porque, decían, ya habían llegado los últimos tiempos y la puerta de la gracia sería pronto cerrada para siempre.

"Empezaban —escribe el historiador Cornelius— llamando al arrepentimiento y proclamando la venida del Señor para juzgar al mundo y castigar a los impíos. Cuando el día del Señor caiga sobre este mundo, como la red sobre los pájaros —decían— ninguno escapará, sino los que han salido de Egipto y Babilonia. A los que quieren huir de la ira venidera y quieren realmente convertirse, renunciando al mundo de pecado, obedeciendo a Dios, el Señor les manda bautizarse, no como en el caso de los niños, sino como una señal distintiva de los creyentes elegidos. Es el sello de que hablaron los profetas y del que deben estar sellados todos los que gimen a causa de las abominaciones que se cometen en Jerusalén. El mundo odiará, perseguirá y matará a los señalados, pero Dios les dará la victoria sobre el mundo y los salvará en la vida eterna".

"Los hermanos que llevaban este mensaje se presentaban sencillamente, sin aparatosidad ni lujo; pobres como los apóstoles y modestos en su porte. Se dirigían preferentemente a los pobres y humildes porque es a ellos que Dios los enviaba. Entraban en las chozas con la salutación de paz, hablaban del amor y de la corrupción del mundo y leían y explicaban las Sagradas Escrituras. Sus discursos eran sencillos y sin arte. Dios, decían, ha revelado a los niños los misterios que escondió a los sabios y entendidos. Pero estos predicadores eran confesores y mártires y el fuego que los consumía se comunicaba a sus oyentes. Perseguidos y errantes, no estando seguros ni de la vida, ni de los alimentos, confirmaban por su conducta, sus predicaciones llenas de sustancia bíblica. Ganaban y edificaban almas sacudiendo sus conciencias".

"A veces bastaban unas cuantas horas para echar los cimientos de una iglesia. Un día un desconocido entra en la casa de Francisco Striegel. Era Juan Hout. Saca un libro de su bolsillo, lee la Palabra de Dios, predica la doctrina evangélica con gran poder y el dueño de la casa se hace bautizar y con él ocho personas más. Partió la misma noche y estos nuevos bautizados no volvieron a verlo".

El bautismo generalmente se practicaba por efusión, pero un suizo de San Gall llamado Wolfgang Schorant, más conocido bajo el nombre de Ullirnann, empezó a enseñar que debía ser por inmersión. Su enseñanza fue recibida por muchos y en las aguas del Rhin fueron millares los que confesaron su fe mediante el bautismo celebrado en esa forma.

FIELES HASTA LA MUERTE

El avance del anabaptismo produjo verdadera alarma en las esferas oficiales, a tal punto que príncipes y prelados se conjuraron para extirparlo de la tierra. Las primeras medidas rigurosas fueron tomadas por los gobiernos católicos en virtud del edicto de Worms que declaró al anabaptismo un crimen capital. Estas medidas fueron estimuladas por un edicto imperial del 4 de enero de 1528, que recordaba las leyes civiles y eclesiásticas que establecían la pena de muerte para los culpables de herejía. Iglesias enteras eran llevadas a la cárcel y mediante juicios muy sumarios centenares eran condenados a la muerte. Kirchmayer eleva a un millar las ejecuciones que tuvieron lugar en el Tyrol durante el año 1531. En la ciudad austríaca de Ensisheim, según Sebastián Frank, el número llegó a seiscientos, y en Linz sesenta personas sufrieron la muerte en seis semanas. El cruel duque Guillermo de Baviera, promulgó este horrible decreto: "El que se retracte será decapitado; los que no se retracten serán quemados vivos".

La persecución se extendió como un torrente avasallador sobre la mayor parte de la Alta Alemania. Las tropas recorrían la campaña y sin ninguna forma de proceso daban muerte a todo anabaptista que hallaban.

En Rothenbourg, el 21 de mayo de 1527, Miguel Sattler fue horriblemente martirizado y después ejecutado. A su esposa la hicieron morir ahogada. La iglesia que él pastoreaba fue sometida a dura prueba y muchos de los miembros que la componían fueron decapitados.

En la misma ciudad, al año siguiente, sufrió el martirio Leonardo Schoener, fraile convertido que había abandonado el convento y se ganaba la vida trabajando de sastre, lo que no le impedía viajar por toda Baviera predicando el Evangelio y bautizando a los que se convertían.

En Munich causó gran impresión el martirio de Jorge Wagner, uno de los hombres más ilustres de la ciudad, altamente respetado y considerado un modelo de virtudes. Cuando se convirtió y se identificó con la iglesia despreciada, el Elector de Baviera lo visitó y lo exhortó en vano a que renunciase a lo que él llamaba una ilusión impía. Fue arrestado cuando se perdieron las esperanzas de viejo apostatar. El príncipe y muchos de sus amigos lo visitaron frecuentemente en la cárcel y todos quedaron sorprendidos de la firmeza de sus convicciones. Cuando todos se convencieron de que no había ninguna esperanza de hacerlo volver al seno del romanismo, el príncipe que había sido tan amigo suyo, impulsado por su ardiente fanatismo, resolvió que lo hiciesen morir para escarmiento de otros que se podían sentir inclinados a recibir el Evangelio.

El día señalado para la ejecución tuvo que soportar una de las pruebas más duras a que fueron sometidos muchos mártires; la de ver a su mujer e hijos arrodillados a sus pies implorando que abjurase para salvar su cuerpo y su alma. Grande era el dolor de su corazón al ver que los suyos no comprendían la verdad que él había recibido con tanto fervor y sinceridad.

Llegando al lugar del suplicio levantó los ojos al cielo y dijo: "Padre santo, tú me eres más querido que mi mujer e hijos, y que la misma vida. No permitas que los horribles sufrimientos que me esperan me aparten de ti. De ti yo tengo el ser, te lo entrego, contento de no vivir ni morir sino para ti".

"Mientras pueda abrir los labios —había dicho a los amigos que le acompañaron hasta el pie de la hoguera— pronunciaré el nombre de Jesús". Las llamas pronto envolvieron el cuerpo del ilustre mártir, quien entregó su alma a Dios pronunciando estas palabras: ¡Jesús! ¡Jesús!

Fernando, rey de Hungría y Bohemia, promulgó en 1527, un edicto estableciendo en todos sus dominios la pena de muerte para los anabaptistas, edicto que los curas tenían que leer desde los pulpitos cada tres meses durante diez años.

La dieta de Espira en 1529 se pronunció contra los anabaptistas cíe un modo inclemente, ordenando "quitar la vida a todo rebautizador o rebautizado, hombre o mujer, mayor o menor, y ejecutarlo según la naturaleza del caso y de la persona, por fuego, por espada o por otro medio, en cualquier parte donde fueren hallados".

Por grandes razones de Estado estos edictos, contra la herejía en general, no pudieron aplicarse contra los luteranos, pero estas "razones" no existían para con los anabaptistas y así pronto "nueve hermanos y tres hermanas" que se hallaban encerrados en la prisión de Alzey, fueron conducidos al suplicio, siendo decapitados los hombres y ahogadas las mujeres. Por haber penetrado en la prisión y haber exhortado a los cautivos a perseverar en la fe de Jesucristo y a despreciar el sufrimiento que les esperaba, otra hermana fue denunciada, arrestada y quemada en la hoguera.

En 1539 la policía austríaca sorprendió a una numerosa congregación que estaba celebrando culto en Steinborn. Los hermanos fueron rodeados por una poderosa caballería y conducidos en masa a la fortaleza de Falkenstein. Ahí los tuvieron encerrados unas cinco semanas, mientras numerosos y muy hábiles sacerdotes hacían grandes esfuerzos para que volviesen al romanismo. Cuando en vista de la firmeza demostrada por los cautivos, se dieron cuenta de que nada conseguirían, les notificaron que las mujeres y los niños serían puestos en libertad y los hombres condenados a remar en las galeras. Los más jóvenes y algunos enfermos fueron condenados a la esclavitud y entregados a los terratenientes para que los hiciesen trabajar en sus posesiones. Noventa hombres encadenados de dos en dos, fueron conducidos a pie hasta Trieste, ciudad que distaba unas ochenta leguas de la fortaleza.

El momento de la separación de los esposos, hijos, hermanos, fue desgarrador. Sólo por la gracia de Dios podían soportar una prueba tan dura. Los mismos soldados de la guardia estaban bañados en lágrimas y conmovidos por el llanto y los gemidos de los que se abrazaban sin esperanza de volverse a ver más en este mundo.

Emprendieron la marcha y a través de ciudades, aldeas y campiñas, rodeados por los gendarmes imperiales, iban cantando himnos y predicando el Evangelio. Las oraciones de las madres, esposas e hijos que habían quedado en el mayor desamparo, seguían a estos fieles testigos de la verdad y mártires de quienes el mundo no era digno.

Los sufrimientos del trayecto fueron indescriptibles, pero en medio de esta prueba tuvieron el consuelo de ver ablandarse los corazones de los soldados, quienes les permitieron celebrar cultos de mañana y de noche y ocuparse libremente de las cosas espirituales. Los soldados daban de ellos el mejor testimonio y al llegar a las poblaciones les pedían que cantasen y predicasen a la gente, oportunidad que nunca desperdiciaron. Por este medio algunas personas fueron ganadas a la fe y llevaron el conocimiento de la verdad hasta Italia, donde los anabaptistas llegaron a ser numerosos.

Durante los quince días que estuvieron en Trieste, la mayor parte de ellos consiguió evadirse, y finalmente llegar a los suyos.

Sería interminable referir los innumerables casos de martirio de que se conserva fiel memoria y están documentados. Y mayor es el número de aquellos que dieron su vida por amor a la verdad y en testimonio de su fe en Cristo, de los cuales se ha .perdido todo rastro.

Dos jóvenes que habían sido bautizadas en Bamberg, fueron arrestadas y sometidas a crueles torturas; finalmente fueron condenadas a muerte. Al ser conducidas al suplicio, para hacer escarnio de ellas les pusieron coronas de paja. "Cristo llevó por nosotras —dijeron— corona de

espinas; ¿por qué no llevaremos en su honor una de paja? Nuestro Dios es fiel y la reemplazará por una de oro y por guirnaldas de gloria". ¡Y rebosando de alegría soportaron la muerte!

Hacía veinte años que Juan Bear languidecía en una prisión cuando escribió esta carta sentimental:

"Queridos hermanos, recibí el escrito, el informe sobre nuestro culto, nuestra fe y doctrina, también seis velas y algunas plumas, pero la Biblia no me llegó aunque encabezaba la lista de las cosas que pedí. Deseo que si tenéis una Biblia, me la enviéis, porque es lo que más deseo poseer, si es la voluntad de Dios. Sufro mucho por verme privado de ella y ya van muchos años que estoy padeciendo hambre y sed de la Palabra de Dios. Ruego esto a Dios y a su iglesia porque dentro de ocho semanas hará veinte años que empezó mi triste cautiverio. "Yo, Juan Baer Lichtenfels, el más miserable y olvidado de todos los hombres, prisionero de Jesucristo, nuestro Señor, presento mi ruego a Dios, a sus ángeles, a sus siervos y a sus asambleas. Oh queridos hermanos y hermanas amados en el Señor, rogad por mí, para que me libre de este peligro y de esta tribulación indescriptible, Dios lo sabe, lo mismo que mi pobre alma, y vosotros conmigo. Os encomiendo a Dios. Escrita en Bamberg, en la sombría caverna, en 1548".

Tres años después murió en la prisión.

En Italia el anabaptismo tuvo también sus confesores y mártires: Julio Klampferer, ex cura romanista, fue ahogado en Venecia en 1561. Algunos años más tarde, después de larga prisión, sufrieron la misma pena los italianos Francisco della Sega, Julio Gherlandi y Antonio Rizzetto, de quienes en otro trabajo nos ocupamos extensamente.

EXALTACIÓN Y FANATISMO

No faltó en el organismo anabaptista un elemento morboso, que produjo graves trastornos y le trajo mucho descrédito. Los escritores de la época y posteriores magnificaron estos excesos de tal modo que para muchos anabaptismo y fanatismo llegaron a ser términos de la misma significación. Nada más injusto que juzgar a todo el movimiento por los errores de algunos de sus componentes.

Los que entraban a las filas anabaptistas lo hacían sabiendo que se exponían a pruebas muy duras, y se disponían a soportarlas con santa resignación. El tema de que se hablaba constantemente entre ellos era el de la persecución que tienen que sufrir todos les que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús. Diariamente llegaban noticias de nuevos mártires y así el fervor religioso se intensificaba y daban tema a los sermones y a los himnos que se cantaban en los cultos. "Hasta cuándo, hasta cuándo —decían cayendo de rodillas al elevar sus oraciones—, esconderás de nosotros tu rostro? Señor, perdona a nuestros enemigos que no saben lo que hacen. Da valor a tus santos que están sobre la tierra, y ven pronto a llevarnos a tu presencia". Estos sufrimientos eran mirados como señales del pronto advenimiento del Señor, y ante la responsabilidad de llamar a los hombres al camino del arrepentimiento decían: "Orad, para que el Señor envíe muchos obreros a su mies, porque el tiempo de la siega está muy cercano".

Esta constante excitación en que vivían tuvo necesariamente que producir algunos desequilibrios que culminaron en actos de fanatismo, de los cuales son menos culpables los anabaptistas que sus verdugos que los provocaban.

En San Gall, después de la expulsión de los pastores, hubo pocos que permanecieron fieles a las enseñanzas sanas y altamente bíblicas de Grebel, y la mayoría se entregó a distintas extravagancias, ya por pretender dar una aplicación rigurosamente literal al Nuevo Testamento, ya por ir al otro extremo creyéndose poseedores de dones sobrenaturales. Basados en que los

cristianos tienen que ser como niños, recorrían las calles golpeando las manos y se ponían a jugar en las plazas revolcándose por el suelo. Otros quemaban el Nuevo Testamento porque leían que "la letra mata y el espíritu vivifica", y se levantaban a profetizar anunciando siempre próximos y terribles juicios de Dios. Pretendían ver visiones y tener revelaciones del Espíritu.

Las cosas llegaron al colmo cuando Tomás Schucker, después de pasar dos noches enteras en éxtasis y convulsiones junto con otros fanáticos, decapitó a su hermano Leonardo creyendo que obedecía a un mandato divino.

El anabaptismo quedó completamente desacreditado y no tardó en desaparecer de San Gall, donde había tenido tan buena acogida.

Muchos de los predicadores se creían intérpretes infalibles del Apocalipsis y con gran dogmatismo y mucha exaltación anunciaban la venida de Cristo para dentro de un plazo muy corto, llegando Juan Hout a asegurar que se verificaría en el Pentecostés del año 1528. La expectativa aumentaba al aproximarse esa fecha y el fanatismo recrudecía.

Después de él, Agustín Badén, de Augsburgo, anunciaba para 1529 una revolución que debía durar tres años y medio, después de la cual vendría el Milenio, bajo el gobierno de su propio hijo.

Los elementos sanos del anabaptismo se esforzaron en corregir estos males, pero el fuego del fanatismo era difícilmente contenido. En 1527 celebraron un Sínodo en la población de Schleitheim con el fin de consolidar el movimiento colocándolo sobre bases sólida y librarlo de la tendencia extra mística que amenazaba destruirlo. Fueron condenadas todas las extravagancias y la vida carnal en la que habían caído algunos que, abusando de los principios de libertad cristiana, se creían estar por encima de las reglas y costumbres que rigen la convivencia humana.

En Nikolsbourg, Moravia, donde Hout había ganado muchos adeptos a su credo escatológico, fue Baltazar Hubmaier, quien logró encarrilar a muchos que se habían extraviado. Que los anabaptistas no deben ser juzgados por los excesos de algunos de sus elementos, lo demuestra el hecho de que aún sus más encarnizados adversarios se vieron forzados a dar de ellos buen testimonio. Bullinger, en un libro que escribió para refutar sus doctrinas, dice: "Manifiestan vida espiritual, tienen carácter excelente, suspiran mucho, no mienten; graves y serios, hablan con dignidad y autoridad, de modo que ganan la admiración, el aprecio y la consideración de las almas simples y piadosas. Porque dicen: Dígase lo que se quiera de los anabaptistas, no vemos en ellos sino cosas buenas y honestas, exhortaciones a no jurar, a no hacer mal, a vivir piadosa y santamente y hacer lo justo".

Y Erasmo, que los observaba desde su prudente retiro de Basilea, les rinde este homenaje: "Se les puede recomendar, sobre todo a causa de su conducta irreprochable".

LOS EXALTADOS DE MUNSTER

La ciudad episcopal de Munster, en Alemania, llegó a ser el sitio elegido por los anabaptistas del tipo más exaltado para establecer el reino de Dios en la tierra, el cual fue una cosa muy diferente de lo que su nombre indicaba.

Este movimiento de carácter revolucionario, que terminó en una sangrienta tragedia, tuvo su origen en la predicación y enseñanza de Melchor Hoffmann, hombre ardiente y sincero que antes de extraviarse había sido un valioso elemento en la obra de la Reforma. Había abrazado las doctrinas de Lutero y las predicaba con tan buen resultado que el reformador llegó a conceptuarlo uno de sus mejores colaboradores.

Todo cambió cuando se puso a explicar con gran dogmatismo los libros de Daniel y Apocalipsis, sacando de sus visiones, doctrinas que los demás luteranos no estaban dispuestos a recibir. Por esta causa tuvo que salir de Alemania y después de una corta permanencia en Estocolmo, apareció el año 1529 en Estrasburgo, donde se hundió cada vez más en sus cavilaciones escatológicas. Consiguió ser creído por mucha gente sincera y fervorosa que le seguía con fe ciega y sembraba por todo el país la doctrina que él les comunicaba. Caían en éxtasis prolongados y anunciaban el próximo establecimiento de un reino que pondría fin a todos los males. Estrasburgo, según ellos, estaba destinada a ser la nueva Jerusalén donde se manifestarían los 144.000 señalados que figuran en el capítulo séptimo del Apocalipsis.

Hoffmann fue puesto preso, y en la torre donde lo tenían encerrado esperaba pacientemente la llegada del día venturoso en el que se realizarían sus extrañas predicciones.

Estrasburgo no respondió al entusiasmo de los nuevos profetas, pero los escritos de Hoffmann tuvieron gran efecto en las poblaciones del Norte de Alemania y de Holanda, donde el número de los "melchoristas" llegó a ser considerable, llegando a producir inquietudes a los teólogos y autoridades civiles de aquellas regiones.

Durante algún tiempo los Países Bajos, donde las crueles persecuciones de los papistas predisponían el ambiente para que fuesen aceptadas las doctrinas de los que anunciaban como muy cercano e inminente el juicio de Dios, presenciaron un extraordinario movimiento anabaptista. Hombres sencillos recorrían todo el país desafiando el peligro, la cárcel y la muerte, predicando el arrepentimiento y la fe salvadora, pero al mismo tiempo daban un énfasis exagerado a lo que tenía relación con los últimos días y el fin del mundo, impresionando la mente de la gente con ilustraciones terroríficas.

Apareció en este tiempo Juan Matthys, panadero de Haarlem, quien no tardó en imponerse como jefe del movimiento anabaptista de Holanda. Éste enviaba sus apóstoles a todos los rincones del país, llamando a las armas a todos los hermanos. Anunciaban que había concluido la aflicción y angustia de los santos y que éstos debían abandonar el pacifismo para ejecutar la venganza y justicia de Dios.

Quien recuerda las pruebas duras por las que pasaron los amigos del Evangelio en los Países Bajos, puede fácilmente comprender cómo las ideas de Juan Matthys, encontraron eco.

Estos profetas exaltados llegaron a Westfalia, donde una crisis espantosa que sumía en la miseria a la población, predisponía a la gente para cualquier programa revolucionario. Estaban todavía ardiendo los escombros de la rebelión de los aldeanos, y las ideas democráticas engendradas por la Reforma exigían que se diese al Evangelio una aplicación social y solamente religiosa, de modo que la bomba estaba cargada y no hacía falta sino arrimarle el fuego para que estallase.

En varias ciudades los plebeyos se apoderaron del gobierno, pero la transformación más notable se efectuó en Munster, donde el predicador Bernardo Rethmann dirigía furiosos ataques al catolicismo, sublevando a los vecinos que no tardaron en apoderarse del obispo que gobernaba y nombrar un Consejo popular.

Hacía meses que la hoguera estaba encendida cuando llegaron los emisarios del profeta Matthys, entre los que se hallaba el más tarde célebre Juan de Leyden, hombre elocuente y de aspecto imponente, nacido para dominar con la mirada y la palabra.

Después de un día de calma como esos que preceden a las grandes tempestades, al llegar la noche, salieron los anabaptistas a recorrer las calles al grito de: "Arrepentíos que ha llegado el reino de Dios". El 9 de febrero de 1534 se apoderaron de la ciudad y la declararon capital del reino de Dios, con el nombre de Nueva Jerusalén. Una multitud de místicos exaltados daba rienda

suelta a toda clase de extravagancias. Las multitudes eran bautizadas en la plaza principal y se expulsaba a todo aquel que no quisiese someterse al rito.

Proclamaron la abolición de todo lo que consideraban fruto del pecado que impedía volver al estado primitivo de inocencia y felicidad. Todos los bienes fueron declarados de propiedad común. Nadie podía negar a otro lo que manifestaba necesitar. Las casas debían permanecer abiertas día y noche, porque cerrarlas era manifestar desconfianza y falta de amor fraternal.

Las tropas imperiales rodearon la ciudad y el profeta que la gobernaba, creyéndose inspirado a salir a su encuentro, fue muerto a cuchilladas por los mercenarios. Le sucedió en el mando Juan de Leyden a quienes los fanáticos rodearon y proclamaron rey de la comunidad, bajo el nombre de Juan el Justo, sentado sobre el trono de David,, para gobernar no sólo la ciudad sino el mundo. Lo paseaban por las calles ostentando lujosas joyas reales y una corona de grandes dimensiones. Pero el nuevo rey tuvo que sentir pronto la oposición de muchos descontentos, a quienes sometió duramente con actos de rigor y crueldad, semejantes a los de cualquier tirano.

¿Cómo poner fin a este estado de cosas? ¿Qué medidas tomar para librar a Munster del poder de los fanáticos? Estas preguntas se formularon los príncipes del Imperio en una asamblea celebrada en Worms en abril de 1535. Votaron los recursos necesarios para continuar el sitio y encargaron a un militar adiestrado la prosecución de la campaña.

Juan de Leyden supo oponer una fuerte resistencia, pero el 24 de junio de 1535, debido a la preponderancia numérica, y disciplina de los sitiadores, fue vencido. Hecho prisionero fue ejecutado en la misma plaza de la ciudad, después de varios meses de prisión, el 22 de enero de 1536, junto con otros que le habían acompañado en su efímero y tristemente célebre reinado.

BALTAZAR HUBMAIER

Entremos ahora a ocuparnos de una de las grandes figuras, no sólo del anabaptismo sino de la Reforma del siglo XVI. En el índice de los libros prohibidos por la iglesia de Roma, el nombre de Baltazar Hubmaier está colocado al lado de los de Lutero y Calvino; y el teólogo católico Juan Faber, que discutió largamente con él antes de su martirio, publicó una reseña de sus discusiones bajo el título de "Razones por las cuales el jefe y primer autor de los anabaptistas, Dr. Baltazar Hubmaier, fue quemado en Viena el 10 de marzo de 1528".

Este mártir, conocido también con el seudónimo de Pacimontano, nació en Friedberg, Baviera, allá por el año 1480. Estudió primeramente medicina y después teología, teniendo por maestro en Friburgo de Brugau, al famoso Dr. Eck, conocido por la discusión que sostuvo con Lutero, Carlstad y Melanchton en 1519.

Hubmaier no tardó en hacerse notable por la lucidez de su espíritu, su fervor, su elocuencia y muchas otras admirables dotes personales. Fue nombrado cura y profesor de teología en Ingolstad. En 1516 fue llamado a ocupar el cargo de predicador en la iglesia colegial de Ratisbona.

Ciegamente consagrado al servicio del papismo, se convirtió en un terrible enemigo de los judíos, contribuyendo a que fuesen expulsados de la ciudad, y consideraba una gran honra para sí que la iglesia que tenía a su cargo se hallase edificada en el sitio donde antes estaba la sinagoga.

Pero esta ceguedad no le duró mucho tiempo, porque cuando tuvo conocimiento de las predicaciones de Lutero y Zwinglio, se le cayó la venda de los ojos y pudo ver cuán lejos estaba la iglesia en la que militaba del espíritu y doctrina del Cristianismo.

Abrazó la Reforma con entusiasmo y sin esperar para nada las decisiones de los gobernantes, empezó a celebrar el culto en lengua alemana y a administrar la comunión bajo las dos especies de pan y vino. Enseñó a orar únicamente a Dios y se atrevió también a hacer destruir las imágenes. Hubo pocos de los jefes de la Reforma que llegaron a tanto en tan corto tiempo.

En 1520 se instaló en Waldshout, ciudad que entonces pertenecía a Austria, en la frontera de Suiza y predicó con gran éxito sermones que cada día eran más evangélicos, robustecidos con sabias exposiciones bíblicas que estaban al alcance del pueblo, y que no obstante tenían suficiente erudición como para hacerlas valiosas a las personas entendidas. Su fama empezó a extenderse por todos los alrededores y de todas partes afluían los forasteros para oírle.

Volvió a Ratisbona y se consagró con ardor a la defensa de los principios de la Reforma que eran motivo de comentarios de parte de todos, pero en 1522 se halla otra vez en Waldshout, donde entró en relación con Zwinglio y otros reformadores suizos. En 1523 asistió a la discusión pública que tuvo lugar en Zurich y que dio por resultado la abolición del romanismo del Cantón.

Una visita que hizo a San Gall fue grandemente beneficiosa a la causa de la Reforma. Como la iglesia donde predicaba resultaba pequeña para los numerosos auditorios que acudían a escucharle, levantó su tribuna en la plaza pública; y la población entera se deleitaba en sus claras y bien meditadas exposiciones del Evangelio, así como en sus sermones de controversia.

Otra vez en Waldshout se consagró a trabajar con ardor y su ministerio fue tan bendecido que Zwinglio pudo hablar de esta ciudad como un modelo de virtudes cristianas.

A principios de 1524 publicó una serie de proposiciones e invitó a sus colegas de la comarca a discutirlas públicamente, cosa que hizo con toda libertad y excelentes resultados. He aquí algunas de estas proposiciones:

"La fe sólo justifica delante de Dios".

"Son buenas obras solamente las que Dios manda; son malas las que él ha prohibido".

"La misa no es un sacrificio, sino una solemne conmemoración de la muerte de Cristo; por esa razón no debe ofrecerse ni por los vivos ni por los muertos".

"Cristo solo murió por nuestros pecados, y somos bautizados en su nombre; por eso sólo él debe ser tenido por nuestro Intercesor y Mediador".

Hacía tiempo que abrigaba dudas sobre la validez del bautismo infantil, de modo que cuando este asunto se levantó en Suiza se puso por completo del lado de los "hermanos", lo que significa el sacrificio de romper con sus actuales colaboradores que estaban resueltos a mantener la costumbre establecida.

En cambio del bautismo estableció la costumbre de presentar a los recién nacidos ante la congregación, y después de leer en el Evangelio según San Marcos, los versículos 13-16 del capítulo 10, encomendarlos a las oraciones de los creyentes.

La convocación a una discusión pública, ante el Consejo de Zurich, entre Zwinglio y los adversarios del bautismo infantil, le produjo la más pésima impresión, porque, dijo, ¿qué se puede esperar de un tribunal que es juez y parte a la vez? Además, los anabaptistas no reconocían al Consejo derecho de intervenir en asuntos religiosos, así que después de su fallo estarían en el mismo terreno que antes. Hubmaier no se presentó a la conferencia, pero escribió a Eocolampade exponiendo sus puntos de vista.

Otra cosa que le impedía asistir era que no podía llegar a Zurich sin pasar por territorio papista, donde seguramente sería apresado, porque ya era hombre señalado.

Poco tiempo después de la conferencia publicó un folleto con este contenido: "Invitación pública de Baltazar Pacimontano, de Waldshout, dirigida a todos los cristianos, el 2 de febrero de 1525".

Pruebe quien quiera con pasajes de las Sagradas Escrituras en alemán, claros y terminantes, respecto al bautismo, sin ninguna adición, que se debe bautizar a los niños.

Por su parte Baltazar Pacimontano se compromete a demostrar que el bautismo de los niños es una costumbre sin base bíblica y eso lo hará con pasajes de las Sagradas Escrituras en alemán, simples y claros, respecto al bautismo, sin ninguna adición.

Después que se tome una Biblia, de cincuenta o cien años, y que ella sea juez verdadero y regular entre estas dos opiniones. Que sea abierta y leída con espíritu de humildad y de oración, y que las diferencias sean discutidas y resueltas por la Palabra de Dios.

De este modo yo quedaré satisfecho, porque mi deseo es dar gloria a Dios dejar que su Palabra sea el único arbitro al que someto mi persona y mis enseñanzas."

"La verdad es eterna".

Los anabaptistas avanzaban a grandes pasos en varios puntos de Suiza. Reublin apareció en la Pascua de 1525 en Waldshout y Hubmaier fue bautizado por él junto con ciento diez personas más. Este acto se efectuó por efusión, pues según dice Burrage enseguida Huhmaier, habiendo reunido a sus adherentes, mandó traer un balde de agua y solemnemente bautizó a trescientas personas. En los meses siguientes centenares más fueron bautizados y Waldshout vino a convertirse en la fortaleza del anabaptismo y centro de fecundas actividades misioneras.

Austria no esperó mucho tiempo para hacer desencadenar el huracán de la persecución sobre la ciudad, que según el concepto romanista estaba infectada de herejía y debía ser saneada mediante un castigo ejemplar. Hubmaier tuvo que huir. Se dirigió a Zurich donde fue recibido con amor fraternal de parte de algunos creyentes que se mantenían fieles a pesar del pronunciamiento de la iglesia oficial contra el anabaptismo. Estaba disfrutando de este dulce compañerismo cristiano cuando tuvo que apurar el cáliz amargo de verse perseguido por sus propios hermanos en la común fe de Jesucristo; hermanos que aún no habían llegado a comprender que se debe respetar el derecho sagrado de la conciencia y no molestar a nadie por sus convicciones.

Por orden del Consejo, Hubmaier fue arrestado y encerrado en la cárcel. Durante varias semanas muchos de sus antiguos colaboradores hicieron esfuerzos para hacerlo caer de su firmeza, y lo consiguieron en un momento cuando el pobre prisionero se sintió desfallecer a causa de una enfermedad y de los padecimientos que le imponían en la prisión. Estaba en este lamentable estado cuando firmó la retractación que sus adversarios miraron como un gran triunfo.

Un día fue conducido a la catedral, la cual estaba llena de gente, y colocado en una tribuna frente a otra que ocupaba Zwinglio. Éste pronunció un violento discurso, con toda la fogosidad que le caracterizaba, sobre las herejías de que debía retractarse su antiguo amigo. Cuando terminó todas las miradas se dirigieron hacia Hubmaier, quien debilitado por tantos sufrimientos tenía más bien la apariencia de un cadáver que la de un heresiarca peligroso. Cuando se puso de pie nadie reconoció al orador elocuente que pocos años antes había arrastrado a las multitudes con la poderosa argumentación de sus discursos. Con voz temblorosa empezó a leer su profesión de fe, pero fue haciéndose más clara y fuerte hasta adquirir un inusitado vigor, al declarar, contrariamente a lo que todos esperaban oír, que rechazaba el bautismo de los niños. Sus partidarios, que eran más numerosos de lo que se sospechaba, prorrumpieron en aplausos, mientras que otros lanzaban gritos de protesta. Zwinglio con gran dificultad pudo hacer renacer la calma, y la asamblea se disolvió continuando en la calle la discusión y los comentarios.

Fue conducido de nuevo a la cárcel donde continuaron sus sufrimientos. Escribió entonces en forma de oración doce artículos que terminan así: "¡Oh Dios santo, Dios Todopoderoso, Dios inmortal! ¡He aquí mi fe! La confieso con corazón y voz y la he confesado delante de la iglesia por medio del bautismo. Te ruego confiadamente que me conserves en tu gracia hasta el fin; y si fuese sometido a dejarla por cobardía, temor a la muerte, tiranía, tortura, espada o agua, apelo a ti, Padre misericordioso, para que me levantes por la gracia de tu Santo Espíritu y no permitas que yo deje este mundo sin esta fe. Es lo que te pido desde el fondo de mi corazón, por Jesucristo tu Hijo bien amado, nuestro Señor y Salvador. Padre, pongo en ti mi confianza; no permitas que yo sea confundido".

Aunque Hubmaier terminó su carrera con un glorioso martirio, no era de aquellos hombres que afrontan risueñamente y con heroísmo los sufrimientos. Se hubiera dicho que no había nacido para mártir. Cuando estaba preso dejaba entrever que se sometería a las imposiciones de sus perseguidores, y más de una vez concedió lo que pronto reconoció que no debía conceder.

En la cárcel de Zurich firmó una nueva retractación en la que declara que Zwinglio, León Judá, Sebastián Hofmeister y Oswaldo Micouius, lo habían convencido del error del anabaptismo. Declaró, además, que nunca creyó que fuese ilícito al cristiano ocupar un cargo gubernativo y que nunca había ahogado por la comunidad de bienes. Habla en este documento de su grave enfermedad y de su extremada pobreza y pide que no lo entreguen en manos de los austríacos, sus implacables enemigos.

Esta retractación fue publicada y leída en la catedral el 6 de abril, pero la conducta posterior de Hubmaier demuestra que la firmó en momentos de extrema debilidad física y bajo la presión de sus contrarios. Fue puesto en libertad y con la ayuda de algunos amigos conseguía salir de Zurich a mediados de 1526.

Después de una breve estada en Constanza se dirigió a Moravia, donde los anabaptistas gozaban de tolerancia. Fijó su residencia en Nikolsburg, población a la que llamaba su Emaus.

Allí publicó varios escritos de controversia. Sus trabajos fueron coronados del mejor éxito, pues el mismo príncipe de la región aceptó el bautismo y con él casi todos los habitantes.

En 1528 fue arrestado y conducido a Viena, desde donde lo llevaron a la fortaleza de Grützenstein, que se halla a diez leguas de la ciudad. A su pedido fue visitado por el teólogo romanista Dr. Faber, de quien había sido amigo en tiempos anteriores. Con él discutió durante tres días en presencia de otros dos teólogos de renombre. No tenemos de estas discusiones más informes que los publicados por sus contrarios, de modo que deben recibirse con mucho discernimiento. El Dr. Faber publicó una relación detallada de la discusión y si hemos de creer a ella, resulta que Hubmaier, a fin de librarse de la cárcel y la muerte, consintió en guardar silencio y aceptar las decisiones de un concilio ecuménico al que apelaba como otros muchos en sus días.

Esto hubiera sido en sí una renuncia a sus principios, pues era admitir la autoridad de un concilio que podía declararse contrario a lo establecido en las Sagradas Escrituras. Pero no es probable que haya mucho de verdad en estas manifestaciones de Faber, porque inmediatamente después de haber remitido un escrito al rey Fernando, en el que exponía sus creencias, fue condenado a muerte.

Lleno de coraje marchó al lugar del suplicio donde primeramente la espada del verdugo le cortó la cabeza y después fue reducido a cenizas.

Se dice que Lutero derramó lágrimas cuando la triste nueva llegó a sus oídos.

Su noble esposa, compañera de su vida y de sus trabajos, lo fue también de sufrimientos y de su martirio. Arrestada y conducida a Viena al mismo tiempo que él, fue condenada a morir ahogada. Tres días después de la muerte de su esposa fue sacada de la cárcel, y con una pesada piedra atada al cuello fue arrojada a las aguas del Danubio.

LOS HUTTERIANOS DE MORAVIA

Frente a la persecución cada vez más violenta y despiadada, quedaba un solo recurso: la emigración. ¿Pero a dónde dirigirse si el fuego ardía por todas partes? Dios preparó para ellos un refugio en Moravia, donde varios terratenientes, entre otros Lienhard de Lichtenstein y Kaunitz, desoyendo los decretos de proscripción que pesaban contra los anabaptistas, se atrevieron a recibirlos, siendo debido a esta conducía magníficamente premiados porque las tierras casi incultas y abandonadas que poseían se convirtieron en verdaderos vergeles donde reinaban la abundancia y la prosperidad.

Miles de hermanos salieron de Suiza, de Alemania, del Tyrol y de otros Estados austríacos, y aun desde Italia, y se establecieron en Nikolsburgo bajo la dirección de Hubmaier, donde fundaron varias colonias que contaban de seis a doce mil personas.

Hubmaier era un anabaptista moderado; no se oponía al servicio militar, ni exigía rigurosamente la comunidad de bienes. Por esta causa muchos de los que llegaban y no estaban de acuerdo con esta manera de pensar, encontraron dificultades para convivir con los radicados en Nikolsburgo y se establecieron en Austerlitz donde organizaron establecimientos rurales que llegaron a ser un modelo de orden, trabajo y piedad. No faltaban dificultades para hacer funcionar el sistema comunista y cuando éstas parecían sin solución, providencialmente llegó el pastor Jacobo Hutter conduciendo a un numeroso grupo da perseguidos, y este hombre de gran talento y mucha capacidad como organizador tomó la dirección de la obra. Supo consolidarla, hacerla prosperar y su influencia sobre las 15.000 personas que componían las colonias fue tal que se les conoció bajo el nombre de hutterianos.

En la "Crónica de los Hermanos Hutterianos", obra de gran mérito respecto a las costumbres de aquellos anabaptistas, se leen párrafos como éstos:

"Habitan en la tierra que Dios preparó para ellos. Se reúnen para adorar en paz y unidad y enseñan y predican la Palabra de Dios abiertamente. Dos veces, por semana, y más, se congregan para celebrar sus cultos. Ejercen la disciplina cristiana contra aquellos que caen en pecado. Los que dan pruebas de verdadero arrepentimiento son restaurados".

La cristiana comunidad de bienes se practica de acuerdo a las enseñanzas de Cristo, a la costumbre de los discípulos y de la iglesia apostólica. Ya hayan sido pobres o ricos, todos participan ahora de un mismo tesoro; una casa común, una mesa común, habiendo para los enfermos y niños comodidades especiales".

"Las espadas eran fundidas y convertidas en horquillas, serruchos y otras herramientas útiles, Nunca tenían armas de guerra, como ser espalas, fusiles y lanzas. Caía uno era hermano de su compañero y todos vivían junios como pueblo pacífico; ninguno prestaba su ayuda a las empresas guerreras sangrientas, ni con su brazo ni con sus contribuciones; la venganza estaba del todo desterrada. La paciencia era la única arma que empleaban en todos sus conflictos".

"Los hermanos vivían sujetos a las autoridades y obedecían en todo asunto referente a la buena conducta y en cualquier cosa que no era contraria a Dios y a la conciencia. Se pagaban debidamente los impuestos y derechos al gobierno; se les prestaban servicios y rendían honores

cuando éstos eran debidos, porque el gobierno está establecido por Dios y es una institución necesaria en este mundo malo, como el pan cotidiano".

"No eran oídas malas palabras ni maldiciones de las que el mundo está acostumbrado a proferir. No se hacía ningún juramento, no había bailes ni juego de barajas, ni orgías ni borracheras. No se vestían a la moda, inmodestamente, ni con ropas vanidosas y descomedidas.

Todas esas cosas estaban excluidas. No se cantaban canciones vergonzosas de las cuales el mundo está lleno, pero sí himnos cristianos y cánticos espirituales refiriendo las historias bíblicas".

"Los lugares principales estaban ocupados por los ancianos, hombres que enseñaban la Palabra de Dios y amonestaban a observar los mandamientos y ejercían el ministerio de la reconciliación, leyendo, enseñando y amonestando. Todas las dificultades que surgían eran arregladas por ellos".

"Otros hombres de talento se ocupaban del gobierno de las cosas temporales, cuidando de las finanzas, repartiendo las provisiones, y efectuando las compras y ventas".

Otros estaban encargados de distribuir el trabajo, para que cada uno se ocupase de lo que era capaz, ya fuese en el campo o en otras tareas. Había algunos encargados del servicio de las mesas. La gente se sentaba a comer con oración y acción de gracias. También con oración y acción de gracias iban a dormir, y del mismo modo empezaban el nuevo día, yendo cada uno a su labor".

"Los maestros, junto con las hermanas que cuidaban a los niños más pequeños, tenían a su cargo la educación y disciplina de los niños".

"No había usura o cobro de interés, ni compras y ventas gananciosas. Había sólo lo que se ganaba mediante el trabajo honesto, en trabajos diarios de diferentes clases, incluyendo toda clase de agricultura y horticultura".

"Había entre ellos algunos carpinteros y albañiles que construyeron muchos edificios para los terratenientes y nobles, lo mismo que para otros ciudadanos, especialmente en Moravia, pero también en Austria, Hungría y Bohemia. Un constructor de experiencia era el encargado de dirigir estos trabajos y hacer los contratos".

"Muchos molinos eran alquilados por sus dueños a los hermanos y éstos los hacían trabajar. Muchos alquilaban sus granjas a los hermanos y oíros los empleaban como directores de sus establecimientos. En una palabra, ninguno permanecía ocioso; cada uno hacía lo que se le requería conforme a su capacidad. Aun los sacerdotes que se unían a la iglesia, aprendían algún trabajo. Los que estaban ausentes de la comunidad trabajaban para el bien común, para suplir las necesidades de todos. Eran un cuerpo perfecto en el que cada miembro servía y era servido por los demás".

"Como en un reloj una pieza mueve a otra y todas sus partes son necesarias para que el reloj funcione. O como una colonia de abejas en la colmena común: una hace la miel, otra la cera, otra provee de agua, y otra hace alguna otra parte del trabajo para producir la miel tan rica; y no sólo para ellas sino en cantidad suficiente para que el hombre la utilice; así es entre ellos. Por esta razón era menester tener organización y disciplina sobre todos. Sólo mediante la organización es posible establecer y mantener tan buena obra, especialmente en la casa de Dios, quien es un Dios de orden y un Obrero Soberano. Cuando la disciplina desaparece, siguen la ruina y el desorden. Donde Dios no mora, todo se viene abajo".

"Hay que notar también que la iglesia vino a ser conocida del público por varios motivos. Primeramente, el público llegó a conocer la iglesia por medio de aquellos que fueron encarcelados por causa del testimonio de Cristo y de la verdad; pastores u otros hermanos, de quienes buscaron y aprendieron las bases de la fe. Esto ocurrió en muchos lugares de Alemania, desde que los hermanos empezaron a ser arrestados en todas partes, y a menudo detenidos largo tiempo y ellos testificaban con palabra y hecho, en vida y en muerte, de que su fe era verdadera.

También la iglesia, su religión, enseñanza, fe y vida, llegaron a ser conocidas de reyes, príncipes y señores. Estos, venían a visitar las comunidades de los hermanos y llegaban a, conocer su vida y doctrinas, y descubrían que las cosas malas que se decían de ellos no eran ciertas. Muchos los alababan por su piedad, y también elogiaban a la iglesia, institución que tenía que ser de Dios, porque de otro modo fuera imposible que tantos viviesen juntos en tanta armonía".

"Pero el mundo por lo general odiaba a la iglesia a tal punto de poderse decir como David: "Nuestros enemigos son como los cabellos de nuestra cabeza". No bien salían a la calle eran insultados y escarnecidos con los motes de anabaptistas, rebautizadores, nuevos bautistas, sectarios, fanáticos y otras cosas por el estilo. El pueblo por todas partes los despreciaba y hacía escarnio de ellos diciendo las cosas más absurdas, tales como que comían a los niños. Pero todas estas cosas, este odio y enemistad del mundo nos sobrevenía para que aprendiésemos a seguir a Cristo sólo por causa de su nombre y no por otros motivos".

"Si alguno viajaba llevando tan sólo un bastón en la mano como señal de que no quería hacer ningún mal, o si oraba antes de comer, era un anabaptista y hereje: así es el diablo. Pero si se apartaba de la iglesia y vivía como pagano, yendo con espada al cinto y rifle al hombro, en seguida era bien recibido y tenido por cristiano ante sus ojos".

"Pero el Señor nos anima y fortalece, mostrándonos que aquellos que han vuelto al mundo, han perdido la paz. En cualquier parte donde se encuentran, la conciencia los acusa de apostasía. Hay muchos que regresan mostrando arrepentimiento con dolor y lágrimas, confesando sus pecados, y buscando reconciliarse con Dios y la iglesia".

Los hutterianos mandaban muchos misioneros a casi todos los países de Europa y la "Crónica" refiere las bendiciones que acompañaban a los esfuerzos que realizaban en el cumplimiento de esta tarea, así como los trabajos y sufrimientos que tenían que soportar.

Ellos contribuyeron poderosamente a la evangelización y a borrar el mal nombre que el fanatismo y exaltación habían traído al anabaptismo.

MENNO SIMONS

En días cuando en el campo anabaptista reinaba la confusión, el fanatismo, el desorden, y la anarquía, surgió providencialmente la figura noble de Menno Simons, que supo organizar, tranquilizar los ánimos, encarrilar a los extraviados, e imprimir al movimiento una orientación cristiana y salvadora.

Menno Simons nació en Frisia (Holanda) el año 1492, en una aldea llamada Witmarsum.

Dedicado por sus padres a la carrera eclesiástica, fue nombrado cura párroco de Pingjum, cuando tenía veintiocho años de edad. Según lo que él mismo refiere, no tenía en este tiempo convicción religiosa ni conocimiento de las Sagradas Escrituras.

Así que, a pesar de su cargo, durante varios años vivió frívolamente, no pensando en otra cosa sino en su propio bienestar. Ni aún la Reforma que soplaba como un viento recio por toda Europa Central le llamaba la atención. Pero esta apatía se sintió sacudida un día cuando él menos lo pensaba. Estaba diciendo misa y su mente fue herida por una duda aguijoneante que no pudo echar al olvido. Se preguntó si realmente la hostia y el vino del sacramento eran el, cuerpo y la sangre de Cristo como enseñaba la iglesia romana. Da razón y la evidencia le respondieron que no, pero temiendo que se tratase de una tentación diabólica trató de conformarse con la idea que hasta entonces tenía, pero le fue imposible: la duda continuaba mortificándolo y una batalla nunca imaginada se desarrollaba dentro de su alma. ¿Cómo puedo enseñar esto —se decía— si no es la verdad? No estaba dispuesto a continuar en un ministerio que no fuese realmente de

origen divino, porque el Espíritu que le redargüía cada vez con más fuerza, le había revelado la gran responsabilidad que tienen aquellos que son maestros y conductores de almas humanas.

Se aventuró entonces a manifestar estas dudas a varios de sus colegas, esperando encontrar alguna luz, pero con gran sorpresa suya descubrió que miraban este asunto con marcada indiferencia. Algunos de ellos llegaron hasta a burlarse de él, diciéndole que dejase esos problemas a los grandes doctores de la iglesia, y que él como cura siguiese haciendo lo que había hecho hasta entonces. Pero la personalidad de Menno Simons ya se había despertado y no estaba dispuesto a renunciar a ella, cometiendo el suicidio moral que cometen los que se entregan ciegamente al dogma de la autoridad.

Se puso entonces a leer asiduamente el Nuevo Testamento, y su lectura, que iba renovando su entendimiento y desarrollando su visión, produjo en su alma una verdadera metamorfosis espiritual. Su predicación adquirió un carácter completamente distinto del que había tenido hasta entonces, porque en lugar de versar sobre dogmas áridos formulados por concilios humanos, o pueriles leyendas de santos, versaba sobre la Palabra de Dios, que es viva, eficaz y más penetrante que toda espada de dos filos.

En este estado de ánimo se encontraba cuando oyó decir que en Leeuwarden había sufrido el martirio un hombre llamado Sicke Snyder a quien se le acusaba de haber sido bautizado por segunda vez, por negar validez al bautismo recibido en la infancia. ¡Nueva duda! ¡Nueva interrogación! ¿Se encuentra el bautismo de niños en el Muevo Testamento que está leyendo y al cual se ha dispuesto obedecer? Consulta a los antiguos padres de la iglesia, a los doctores católicos contemporáneos, a los actuales reformadores, pero de todos ellos no logra sino respuestas contradictorias que no le satisfacen. ¿Qué hacer entonces? Resolvió no consultar más a los hombres y atenerse a lo que dice su Libro. ¿No declaran todos los cristianos que tenemos en sus páginas la revelación de Dios? ¡Tomémoslo por guía y obedezcamos sin vacilación sus enseñanzas!

Quedó convencida del antipedobaptismo, pero no se atrevía a manifestar estas ideas al ver como eran perseguidos los que las profesaban.

Encontrándose en Leeuwarden conoció a algunos anabaptistas revolucionarios, pero no se sintió atraído hacia ellos, por estar en desacuerdo sobre muchos puntos que él consideraba contrarios a la verdadera doctrina cristiana: pero cuando vio el modo como eran muertos a sangre fría y el heroísmo que mostraban frente a sus verdugos, se sintió avergonzado de su cobardía, y reconoció que ellos, aunque equivocados en algunos puntos, le daban un ejemplo de fidelidad que él estaba muy lejos de haber alcanzado.

Sintió que Dios le llamaba a dar un testimonio claro y valiente de sus nuevas convicciones, costase lo que costase. Sintió un deseo irresistible de echar su suerte con los perseguidos y despreciados, y de predicar todo el consejo de Dios, desechando las doctrinas y prácticas que eran contrarias a las Sagradas Escrituras. Refiriendo esta crisis de su carrera escribió él mismo: "Mi corazón tembló dentro de mí. Rogué a Dios con sollozos y lágrimas que me concediese a mí, pobre pecador, el don de su gracia y que crease en: mí un corazón limpio, que por los méritos de la sangre carmesí de Cristo perdonase mi mala conducta y vida malgastada, y derramase sobre mí su sabiduría, su Espíritu, su candor y fortaleza para poder predicar su sublime y adorable nombre y su Santa Palabra, haciendo manifiesta su verdad y su alabanza".

En 1536 rompió abiertamente con la iglesia de Roma y se identificó con los anabaptistas pacíficos. Fue ordenado al ministerio cristiano y no tardó en llegar a ser un eficiente director espiritual.

Dio pruebas de hábil organizador, pues a pesar de la falta de libertad para celebrar reuniones, y de tener que vivir huyendo de lugar en lugar, supo mantener unidas en una sola y vasta organización a numerosas iglesias; esparcidas en diferentes partes de Europa. Sus correligionarios

lo nombraron obispo, cargo que desempeñó con humildad y espíritu de servicio, y en el cual tuvo un éxito halagüeño. En todas partes era bien recibido por los hermanos y sus enseñanzas respetadas y practicadas por numerosas congregaciones que con el andar del tiempo llegaron a denominarse menonitas.

No tardó en saber lo que era la persecución. Los enemigos del Evangelio lo señalaron y solamente huyendo y viviendo escondido pudo evitar la cárcel y la muerte. Como no daban con él se ensañaban contra sus amigos y protectores. En 1539 fue quemado vivo un hombre en Leeuwarden por haberle dado hospitalidad y otros dos sufrieron la misma pena por haber impreso sus escritos. En 1546 fueron confiscadas cuatro casas porque se descubrió que el dueño de las mismas había alquilado una de ellas a la esposa enferma de Menno.

Fue también un escritor fecundo de folletos de actualidad que respondían a las urgentes necesidades de la obra que tan sabiamente dirigía. Imposibilitado de llegar a todos los puntos donde su presencia era reclamada, escribía tratados que se imprimían en holandés, alemán y otras lenguas. Sus actividades hacen recordar estas palabras: "Por amor de Sión no callaré, y por amor de Jerusalén no he de parar, hasta que salga como resplandor su justicia, y su salud se encienda como una antorcha". Is." 62:1.

Durante algún tiempo encontró un asilo seguro dentro de los dominios del tolerante duque Callos de Gelder, en el oeste de Frisia, donde muchos otros perseguidos se habían refugiado, pero en el año 1542 el emperador Carlos V ofreció una gratificación pecuniaria y otros favores a quien consiguiese arrestarlo. Para lograr este fin se fijó en las puertas de las iglesias un escrito en el que se daba la filiación personal de Menno. Fue en ese tiempo cuando tuvo que huir al este del país y finalmente a Colonia donde permaneció dos años. Nuevamente tuvo que huir y se estableció en una población llamada Wismar donde residían numerosos de sus correligionarios. Desde este punto visitaba a Embden, el fuerte de los mennonitas en el norte europeo, donde eran tolerados por las autoridades, siempre que permaneciesen inactivos. Pero en 1555 todos los anabaptistas fueron expulsados y Menno tuvo que empezar de nuevo su vida de errante. Falleció el 13 de enero de 1559 y fue sepultado en el jardín de su casa.

Su nombre será siempre recordado como el dé uno de los grandes exponentes de la verdad evangélica, un modelo de humildad y virtud cristianas, un ejemplo de celo y actividad, una gran alma de apóstol.

Capítulo Octavo
LA REFORMA EN ITALIA.

EL EVANGELIO EN VENECIA

La República de Venecia fue una de las primeras regiones de Italia donde se dejaron sentir los efectos de la Reforma que se extendía por Europa. Siendo un punto al cual llegaban naves extranjeras de todas partes, pudieron ser introducidas, con relativa facilidad, las obras de los reformadores alemanes y franceses. En Venecia, en Trevino, en Vicenza y otros puntos, muchos abrazaron la fe y llegaron a formarse congregaciones que secretamente celebraban sus cultos en conformidad con las enseñanzas del Nuevo Testamento. La congregación de la capital era pastoreada por Baltasar Altieri, un hombre de influencia y que debido a su carácter de hombre civil lograba alejar las sospechas que recaían sobre los que militaban en las esferas eclesiásticas o eran miembros de las órdenes religiosas.

Estas congregaciones no tardaron en ser descubiertas y ser sus componentes sometidos a duras pruebas. Respecto a esto escribía Altieri a Bullinger: "La persecución se hace cada día más insolente. La mayoría de los nuestros son arrestados y de éstos, muchos son condenados a galeras y otros a prisión perpetua y no pocos ¡ay! por temor al castigo caen en apostasía; son aquellos en quienes Cristo no está aún formado. Muchos van al destierro con sus esposas e hijos. Entre éstos está un obispo llamado Vergerio, hombre muy piadoso y docto. Huirá hacia vosotros, acogedlo con vuestra conocida humanidad. Temo que a mí, que a menudo tuve que socorrerlos, me toque algo parecido. Dios quiere con estas tentaciones probar la fe de los suyos".

En efecto, poco tiempo después Altieri tuvo que abandonar la ciudad para andar errante por el mundo. Desde Brescia escribía: "Estoy todavía escondido con mi esposa e hijo, pero puedo salir de vez en cuando. Hasta ahora no se ha hecho ni notificado nada en contra mío. Estoy firme en la fe llevando la vida del peregrino en medio de esta Babilonia".

En octubre de 1550 Bullinger recibía este mensaje: "Baltasar Altieri durmió en el Señor el mes de agosto próximo pasado".

En los archivos inquisitoriales de Venecia se han encontrado documentos de más de ochocientos procesos por luteranismo y más de cien por anabaptismo, lo que demuestra que los partidarios de la Reforma llegaron a ser numerosos.

Mencionemos ahora algunos de los mártires de esta región italiana.

Jerónimo Calateo. — Este mártir conoció la verdad en el convento franciscano y se puso a predicarla con valor y resolución. La Inquisición lo prendió, pero poco tiempo después fue puesto en libertad. Reapareció en los pulpitos con el mismo ánimo y la misma doctrina que antes, lo que enfureció al inquisidor Caraffa y volvió a echarle mano. Hacía siete años que estaba encarcelado cuando un noble de nombre Paulucci consiguió que el Senado le permitiese tenerlo en su casa bajo su garantía. Permaneció tres años disfrutando de la hospitalidad y cuidado de este hombre y aprovechó ese tiempo para escribir su confesión de fe que remitió al Senado. Este precioso documento, tan lleno de pura doctrina bíblica, sirvió de base al nuevo proceso que se le formó.

Sus enemigos consiguieron hacerlo encerrar otra vez en la cárcel, y en ella murió con maravillosa constancia y fervor de espíritu el 7 de enero de 1541".

Bartolomé Fondo. — Era también franciscano, y en el convento a donde había penetrado el Evangelio estudió las Sagradas Escrituras que le alejaron de la enseñanza y doctrina del romanismo. Fue sospechado de herejía desde que se puso a predicar en 1529. Cayó en poder de la Inquisición y en vano el famoso jesuita Salmerón trató de arrancarle una retractación. Llevado ante los jueces le preguntaron si quería hacer un acto de abjuración y como empezara a dar razón de su fe. Le obligaron a guardar silencio exigiéndole que contestara con un sí o un no. Entonces Foncio tornando la pluma escribió con letras mayúsculas NO.

—Si es así —dijeron los jueces— que sea llegado a la muerte.

El 4 de agosto de 1562, con una piedra al cuello, como decía la sentencia, fue arrojado al mar.

Baldo Lupetino. — Fue acusado de predicar contra las indulgencias y las misas, diciendo que Cristo al redimirnos con su sangre las había hecho superfluas. Estuvo encerrado veinte largos años en la cárcel y en las muchas veces que tuvo que comparecer ante los jueces mostró una gran firmeza cristiana así como mucho conocimiento de la Biblia.

En la prisión logró llevar a muchos presos al conocimiento de la verdad, lo que dio motivo a que se le formasen nuevos procesos y se le aplicasen nuevos castigos. Fue al fin condenado a morir "sumergido en el mar, oculta y secretamente, sin ruido y sin estrépito".

EL OBISPO VERGERIO

El obispo de Capodistria, Pedro Pablo Vergerio, evolucionando lentamente, llegó a convertirse en uno de los más fuertes opositores del papismo y fiel ministro del Evangelio.

Después de terminar sus estudios literarios contrajo enlace con una joven veneciana de familia patricia, pero habiendo enviudado, siguiendo los consejos de sus hermanos, uno de ellos obispo de Pola y otro secretario del papa Clemente VII, resolvió dedicarse a la carrera eclesiástica.

Fue nombrado nuncio ante Fernando, rey de los romanos, y en este tiempo escribía alarmado al Senado de Venecia contra la Reforma Luterana, anunciando que se estaban haciendo trabajos para "difundir este veneno de herejía también en Italia".

Cuando regresó a su país era todavía laico y le fue ofrecido un obispado, y esos señores que prometían un concilio para corregir todos los abusos, le confirieron en unas cuantas horas todas las órdenes sagradas para que pudiera ceñirse la mitra episcopal.

En Francia conoció a Margarita de Orleáns y en Nápoles a Victoria Colonna y a otras personas pertenecientes a la escuela de Juan Valdés, y desde entonces la religión empezó a ser para él no ya un asunto de diplomacia e intereses políticos sino un esfuerzo del alma para llegar a Dios y a la salvación.

La continua y asidua lectura de la Biblia y de los libros de los reformadores le alumbraron respecto a la justificación del pecador por la fe en Cristo y así tambaleó el edifico del papismo que le había servido de refugio.

Se hizo sospechoso a la inquisición y no estando todavía convencido de algunas de las doctrinas protestantes, creyó que el mejor medio para justificarse era escribir algo en contra de las mismas. "Me puse a escribir —dice— usando mucha diligencia y ansiedad y he aquí que escribiendo y pensando atentamente en los textos de la Escritura alegados por los adversarios de los papas, sentí que poco a poco se me abría el corazón y el sentimiento, y después de no mucho tiempo me sentí persuadido en todos los artículos y me di cuenta de que yo me había puesto a combatir la verdad".

En estos sentimientos le acompañaba su hermano Juan, obispo de Pola, que según Cipriano de Valera "fue envenenado junto con otros" porque gustaron cuan dulce y bueno fuese Cristo y cuan amargo y malo el Anticristo".

Aunque Vergerio favorecía la propagación del Evangelio en su diócesis no se había declarado abiertamente protestante, pero un hecho muy trágico y extraordinario vino a decidirle a romper definitivamente sus vínculos con Roma. Se trata de lo siguiente: Francisco Spiera, ciudadano de Citíadella, quien después de haber profesado la fe evangélica y ser instrumento de la conversión de otros, por cobardía la renegó volviendo al seno del romanismo. Después de cometer esta acción sintió tan terribles remordimientos de conciencia que cayó en una profunda angustia y desesperación; creía haber cometido el pecado contra el Espíritu Santo y se creía condenado en vida sin esperanza de ser perdonado. Muchos amigos le visitaron para consolarlo y lograr su restauración espiritual pero todos salían de su presencia confundidos porque Spiera no salía nunca de su miserable estado. Vergerio lo visitó varias veces y escribió la historia de este caso triste y conmovedor. Al ver las terribles consecuencias de la apostasía temió que a él le pudiese ocurrir algo semejante, porque al mantener en oculto la creencia que tenía, estaba también traicionando al Señor. Resolvió entonces manifestar su fe resueltamente y sin atemorizarse de las consecuencias. Así lo hizo y pronto la tempestad se desencadenó contra él.

El primero de mayo de 1549 salió de su querida Italia para nunca más volver. Se estableció en Suiza y trabajó mucho en el país de los grisones donde el Evangelio fue abrazado por poblaciones enteras. Predicaba enérgicamente contra el culto de las imágenes demostrando que era una grosera idolatría que Dios condena.

Vergerio fue un gran vulgarizador de ideas y doctrinas sirviéndose para esta obra de los pequeños tratados que escribía para lo cual tenía dones muy especiales. Los temas más graves y difíciles los ponía al alcance de toda clase de lectores. Se le puede considerar el primer escritor de tratados y el más popular de todos los que hubo en los días de la Reforma, sobrepujando en esto al mismo Lutero.

En los últimos años de su vida se estableció en Tubinga, donde se dedicó a la enseñanza universitaria, patrocinado por el duque de Wurtemberg. Murió como fiel combatiente blandiendo hasta el fin de sus días la espada del Espíritu que es la Palabra de Dios, el 4 de octubre de 1565. Cuando los jesuítas, en 1635, se apoderaron de la, ciudad, destruyeron su sepulcro el cual fue restaurado en 1672.

ANABAPTISTAS ITALIANOS

Los anabaptistas que intrépidos y vigorosos aparecieron en el siglo XVI en todos los países donde había, surgido la reforma, contaron también en Italia con adeptos muy activos los cuales llegaron a ser numerosos a juzgar por la gran cantidad de procesos que se les formaron y cuyos documentos se hallan en los archivos inquisitoriales.

Infelizmente prevaleció entre ellos la tendencia antitrinitaria opuesta a la creencia de la divinidad de Cristo, a su nacimiento virginal, a su muerte expiatoria y a muchos otros artículos fundamentales de la fe cristiana. Pero hubo en Italia, lo mismo que en otras partes, anabaptistas de sana doctrina, evangélicos en el más alto grado, verdaderos baluartes y apoyos de la fe, que permanecieron fieles a la verdad en medio de las duras pruebas. Mencionemos a uno de ellos:

Francisco Della Sega. — Nació en Rovigo en el año 1532, y siendo estudiante de Padua llegó al conocimiento del Evangelio. Él mismo refiere en un escrito presentado a la inquisición la historia de su conversión. Se hallaba entregado a una vida inmoral que terminó por postrarlo en una cama. Mandó en este tiempo llamar a un zapatero para que le hiciese un par de botines, quien al verlo en tan miserable estado, le habló de las malas consecuencias del pecado y le aconsejó que leyese las Sagradas Escrituras, cosa que empezó a hacer con el resultado de que descubrió que no era cristiano, como se lo había figurado. Clamó a Dios y fue sacado del lodo cenagoso, del lago de miseria, y hecho nueva criatura por la fe en Cristo Jesús. Al manifestar a los suyos sus experiencias espirituales se levantó en su contra una fuerte persecución, a tal punto que su padre lo echó de la casa y los que habían sido sus amigos íntimos se convirtieron en sus feroces enemigos porque no quería ya más andar con ellos .en los caminos torcidos.

Encontrándose en Viena tomó a su servicio un criado que resultó ser anabaptista. Éste le habló de sus creencias y de la comunidad que sus correligionarios tenían en Moravia. Della Sega tomándolo como guía e intérprete se fue a aquel país para conocerlos personalmente y enterarse del género de vida que llevaban. Pronto quedó prendado de la fe y costumbres puras que tenían, así como del comunismo cristiano que practicaban. Recordemos que en un período de calma relativa encontraron un asilo seguro en los dominios de algunos nobles moravos y fundaron colonias numerosas bien organizadas donde reinaba el orden, y se disfrutaba de mucho bienestar. En esas colonias había unos veinte italianos entre miles de suizos, austriacos, checos, alemanes y de otras nacionalidades. Della Sega se identificó con ellos y aprovechó muy bien el tiempo estudiando atentamente las Sagradas Escrituras.

En 1559 emprendió viaje a Italia junto con otro correligionario llamado Antonio Rizzetto con el fin de visitar a los anabaptistas diseminados y traer a la verdadera fe evangélica a los que habían caído en los errores antitrinitarios. Tuvieron gran gozo en el cumplimiento de esta misión y cuando ya estaban por regresar a Moravia fueron traicionados por un Judas y cayendo en poder de los enemigos, fueron conducidos a Venecia y encerrados en la prisión, donde otro italiano llamado Julio Gherlandi estaba sufriendo por la misma causa.

Los jueces inquisitoriales sometieron a Della Sega a un serio interrogatorio, pero como no quedaban satisfechos con las respuestas un poco vagas que les daba, le exigieron que fuese más categórico. Entonces les dijo que estaba dispuesto a contestar por escrito siempre que le diesen el tiempo necesario para escribir. Concedido este pedido presentó más tarde una sensata y bien meditada confesión de fe en la que refiere su conversión y expone los puntos principales de su doctrina.

Con este documento por delante los inquisidores no necesitaron de más elementos para fallar y lo condenaron a ser sepultado en el mar. Esta pena se aplicaba de la siguiente manera: se extendía una tabla sobre dos góndolas y encima de la misma se colocaba al reo cargado de cadenas, piedras o cualquier otra cosa pesada. A una señal dada las dos embarcaciones se separaban y la tabla junto con la víctima se hundía en el mar. La pena, se hacía horrorosa por la tétrica soledad. Ningún ruido, ningún concurso de gente.

Una noche triste y fría del invierno de 1565 una góndola se acercó silenciosamente a la cárcel, y momentos después partía conduciendo a Della Sega y a un sacerdote que procuraba en vano confesarlo. Llegados al punto donde debía cumplirse la sentencia, otra góndola conduciendo a los ejecutores se acercó y el mártir fue sumergido en las aguas del Adriático.

De la misma manera murieron casi al mismo tiempo Antonio Rizzetto y Julio Gherlandi.

En las Memorias de la comunidad anabaptista de Moravia se leen respecto a ellos estas sencillas palabras: "Fueron sumergidos en el mar en el año 1565, pero el mar dará sus muertos en el día del juicio de Dios". Apocalipsis 20; 13.

EL EVANGELIO EN FERRARA Y LUCA

En Ferrara la Reforma contó con un considerable número de adeptos debido al testimonio que daba la duquesa Renata, mujer culta y espiritual que en Francia, su país de nacimiento, había sido discípula de Lefevre d'Etaples. Se casó con Hércules II, duque de Ferrara, con quien nunca pudo» andar de acuerdo debido a las ideas tan opuestas que tenían en materia de religión.

La corte de aquel pequeño estado italiano vino a ser el refugio de muchos de los que sufrían persecución por causa del Evangelio; el mismo Calvino estuvo de incógnito disfrutando de la hospitalidad de la duquesa. Las actividades evangélicas que apartaban del catolicismo a muchos llegaron a alarmar al Papa y a los jesuítas Ignacio de Loyola y Francisco de Borgia, quienes consiguieron que el duque confinase a su esposa en un castillo, lo que obligó a sus protegidos a huir. Fue en este tiempo que ella recibió muchas cartas alentadoras de Calvino instruyéndola en las verdades bíblicas y es en una de estas cartas que llama a la misa "el sacrilegio más execrable en que se pueda pensar, una blasfemia intolerable".

De regreso a la corte continuó favoreciendo la Reforma, lo que motivó nuevas solicitudes del Papa en las que le pedía que tomase medidas más enérgicas contra los herejes, incluyendo a su esposa entre los que merecían este calificativo.

Al morir su esposo, éste le dejó en su testamento el magnífico castillo de Belriguardo, circundado de tierras riquísimas, pero era bajo la condición de que volviese al catolicismo. Ella lo rehusó resueltamente y regresó a Francia.

Módena, ciudad del ducado de Ferrara, fue también un centro de actividad evangélica y llegó a ser llamada la Ginebra italiana. En la Academia había algunos profesores que propagaban abiertamente los principios protestantes del libre examen y de la justificación por la fe y estimulaban el estudio de la Biblia. Un libro titulado "Sumario de la Doctrina Cristiana" circulaba en toda la ciudad y salía para otras partes del país, siendo objeto de los más vivos comentarios. La requisa que los inquisidores hicieron de esta obra fue tan severa que se creyó perdida para siempre, pero fue hallada y reimpresa en 1877. Su estila es admirable, sus conceptos, elevados, su doctrina altamente bíblica y el espíritu que la anima muy cristiano. Expone la doctrina de la salvación por la fe en Cristo con mucha claridad y en cada página se magnifica la obra redentora del Calvario.

A fin de sofocar el avance del protestantismo, el duque resolvió disolver la Academia e hizo recrudecer la persecución en la que murió heroicamente un joven llamado Faventino Fanino.

A la ciudad de Luca le tocó el honor de ser la que contó con mayor número de personas convertidas y esto se debió a los fecundos trabajos de Pedro Mártir Vermigli, quien por medio de Juan Valdés había conocido la verdad en Nápoles y se había puesto a estudiar las Escrituras. En Luca era prior de un convento que tenía jurisdicción episcopal y ese cargo le abría muchas puertas por donde introducir la sana doctrina y quizá por esto es que no rompía abiertamente con el romanismo del cual ya estaba completamente separado en espíritu y en doctrina.

Se organizó secretamente una iglesia de la cual Vermigli era pastor y muchos en la ciudad, incluyendo a personas encumbradas, daban señales de una genuina piedad.

Cuando fue denunciado y su convento intervenido consiguió huir a Suiza y después de una actuación descollante en muchas partes de Europa, donde era respetado por su piedad y por su saber, murió en Zurich en 1562.

César Cantú, tan inclemente para con los "heréticos" italianos, no puede menos que elogiarlo y dice: "No tuvo el fuego de Farel, no contribuyó como Lutero, Calvino y Bullinger a reformar la iglesia, pero su moderación no le privó de sacrificar todo por su Evangelio, y con su rara superioridad, desenvolvió el conocimiento e interpretación de las Escrituras y también se

admite que en la dogmática y exégesis ha prestado servicios por mucho tiempo a las iglesias reformadas de toda la Europa".

LA ESCUELA DE JUAN VALDES

Juan Valdés nació en Cuenca, España, el año 1500. Hizo sus estudios en Alcalá de Henares y mantenía correspondencia con Erasmo de quien aprendió que la iglesia romana necesitaba una reforma profunda y radical. Debido a sus vastos conocimientos literarios y lingüísticos fue tenido en alta estima por el emperador Carlos V y disfrutaba de su protección, pero cuando se hizo sospechoso ante los ojos de la Inquisición huyó de España para nunca más volver.

Sus dos primeros libros aunque eran de carácter histórico, "Diálogo de Mercurio y Carión" y "Diálogo de Lactancia y Arcediano" fueron denunciados al Papa y al emperador por contener juicios contrarios a la iglesia romana. Carlos V no dio mucha importancia a estas denuncias pues envió a Valdés a Nápoles en calidad de secretario de Pedro de Toledo, virrey de las dos Sicilias.

Valdés vivía en una villa circundada de hermosos jardines desde la que sé tenía una magnífica vista del golfo de Nápoles y en ella reunía a numerosas personas amantes de la Palabra de Dios para escuchar sus conversaciones espirituales. El hecho de no ser eclesiástico y el de no haber roto completamente con la iglesia romana le ponían al abrigo de la persecución. Se ha calculado que tuvo unos tres mil discípulos casi todos pertenecientes a las familias más encumbradas y numerosos clérigos. Al hablar de su obra dijo el cardenal Caraffa: "Juan Valdés hizo en Nápoles más estragos en los espíritus que los que hubieran hecho mil herejes. En poco tiempo ganó a sus opiniones a un gran número de personas a quienes engañó y sedujo con sus artificios".

Escribió comentarios muy buenos sobre los Salmos, San Mateo, Romanos y Primera Corintios. Entre sus libros doctrinales figuran "El Alfabeto Cristiano" y "Ciento Diez Consideraciones".

Un discípulo de esta escuela, Benito de Mantua, escribió al pie del Etna, en horas de quietud y meditación, un libro que desde su aparición, el año 1542, tuvo una extraordinaria circulación en toda Italia, el cual fue traducido al francés, inglés y español y logró abrirse camino entre la gente que buscaba la verdad y la salvación. Se titulaba "Tratado Utilísimo del Beneficio de Jesucristo Crucificado". Expone con singular maestría la doctrina de la salvación por la fe en la obra de Cristo y fue considerado como el credo de los evangélicos italianos de aquella generación. Aterrorizada la Inquisición por los efectos de su lectura "lo buscó con cien ojos y lo castigó con mil brazos" a fin de destruir hasta el último ejemplar y se creyó que lo había conseguido, porque ningún bibliófilo ni coleccionista conseguía dar con un ejemplar. Pero felizmente fueron hallados tres ejemplares lo que permitió hacer nuevas ediciones.

Pertenecieron a la escuela de Valdés, Celio Segundo Curione, hombre que fue un modelo de actividad y energía cristianas y fray Bernardino Ochino, el más notable predicador de Italia, quien al convertirse produjo una verdadera consternación en el campo romanista. Ochino se vio obligado a salir de Italia y desde entonces llevó una vida de errante por muchas partes de Europa hasta que al fin, en su vejez, encontró un asilo seguro en Moravia donde murió a fines de 1564.

LOS MÁRTIRES DE ROMA

Jaime Encinas. — El primer mártir del Evangelio en Roma durante el siglo de la Reforma fue el español Jaime Encinas, quien fue muerto en 1546. Era hermano de Francisco, el primer traductor del Nuevo Testamento al castellano.

Jaime se encontraba en Alemania, y su padre con el objeto de alejarlo de las influencias protestantes lo mandó a que se radicase en Roma. En esta ciudad se encontraba muy a disgusto debido a sus convicciones religiosas que no podía ocultar. Fue denunciado por algunos de sus compatriotas radicados en la ciudad y no tardó en ser arrestado. El historiador Crespin nos dice que confesó valientemente su fe delante del mismo Papa, quien lo interrogó rodeado de sus cardenales y "que sus furiosos jueces quisieron que terminara su vida con un martirio glorioso".

Juan Mollio. — Encontrándose en Bolonia donde actuaba de profesor. Juan Mollio llegó al conocimiento del Evangelio y movido por un santo entusiasmo se puso a sembrar la buena simiente sin tener en cuenta los peligros a que se exponía. Se vio obligado a huir de la ciudad y llegó a Nápoles donde entró en relación con Juan Valdés mediante quien se fortificó en el conocimiento de las Sagradas Escrituras. Nuevas persecuciones le obligaron a salir también de esta ciudad, y en 1550 fue arrestado y conducido a Roma cargado de cadenas como un malhechor.

Los inquisidores tenían mucho interés y esperanza de arrancarle una retractación y quisieron hacerlo frente a una magna asamblea preparada con mucha aparatosidad.

Conducido Mollio, junto con otro mártir llamado Perugia, ante los que debían interrogarlo, dejó a todos estupefactos por la serenidad y firmeza de su testimonio. Lejos de oír de sus labios, como esperaban, una retractación, oyeron una confesión de fe impresionante y bien definida. "Yo soy luterano — les dijo — pero como era el apóstol San Pablo, porque no creo ni enseño sino la misma doctrina que el gran apóstol creía y enseñaba". Acusó a la curia romana de cruel, corrompida y tiranizadora de la conciencia.

Al día siguiente fue quemado, lo mismo que su compañero Perugia en Campo del Fiori.

Pomponio Algeri. — Ejemplo edificante de una vida joven puesta al servicio de la mejor causa es el que nos ofrece Pomponio Algeri, quien sufrió el martirio cuando sólo tenía veinticuatro años de edad. Había nacido en Nola el año 1531 y cuando era estudiante en Padua llegó al conocimiento del Evangelio que abrazó con fervor y entusiasmo.

En los Sumarios de la histórica casa de estudios consta que trataba de los temas religiosos y filosóficos revelando una precocidad extraordinaria. El Santo Oficio no tardó en descubrirlo y en mayo de 1555 fue arrestado. Al comparecer ante los jueces respondió con tanta sabiduría y gravedad que todos quedaron atónitos. Negó la autoridad del Papa, la confesión auricular, el purgatorio, y confesó su fe en Cristo como único camino de salvación.

Tal vez porque los jueces tuviesen en cuenta su juventud no pronunciaron la fatal sentencia pero mandaron que fuese guardado en la cárcel donde escribió una carta llena de acentos cristianos en la que entre otras cosas decía: "Digo lo que al hombre puede parecer increíble: he hallado miel en las entrañas del león; ¿quién lo creerá? Placer en una caverna espantosa; alegres manifestaciones de vida en un tétrico albergue de la muerte, gozo en una vorágine infernal. Donde los otros lloran yo me regocijo: donde los otros tiemblan yo estoy sereno; una situación enteramente deplorable me ha sido causa de una gran delicia. La soledad y las cadenas me han traído reposo. La prisión, así como es dura para el culpable, es dulce para el inocente. Es un lugar triste y angosto pero para mí se ha convertido en un valle; el más sonriente y hermoso pedazo de la tierra".

Nuevas pruebas empezaron para el joven cristiano cuando lo llevaron a Venecia, pero Roma no se conformaba con esto y pedía su vida. Por fin el Papa IV consiguió que el Consejo de los Diez lo entregase en sus manos.

En 1556 Pomponio ocupaba una estrecha celda de las prisiones capitolinas de Roma. Nuevos interrogatorios y nuevas torturas no pudieron conmoverlo de su firmeza en Cristo. Fue condenado a muerte y un documento de la época dice: "El miércoles a la mañana fue quemado vivo un caballero de Nola de veinticuatro años de edad, el cual yendo al suplicio cantaba los Salmos de David por las calles de Roma". "Ofreció espontáneamente su cuerpo y con rostro alegre, alzando las manos al cielo decía: Despide, oh Señor, a tu siervo y mártir, y así quedó en medio de las llamas por espacio de un cuarto 'de hora. Toda Roma quedó estupefacta viendo tanta constancia".

Pedro Carnesecchi. — Después de una carrera llena de alternativas y no siempre bien definida, Pedro Carnesecchi terminó con un glorioso martirio. Era florentino de origen y contó desde joven con el apoyo de la poderosa casa de los Mediéis y llegó a ser prenotario del Papa Clemente VII. Su influencia en la corte pontificia no conocía límites y sus entradas eran cuantiosas debido a las rentas que le producían dos abadías que el Papa le había otorgado.

Allá por el año 1540 conoció en Nápoles a Juan Valdés, y desde entonces se dedicó al estudio de las Sagradas Escrituras y de las obras de los reformadores. En 1546 fue citado a Roma para responder a los cargos que se le hacían, pero pudo, debido a sus altas influencias librarse de las manos del Santo Oficio y radicarse en Francia, donde disfrutaba de un poco más de seguridad y donde mantenía relaciones secretas con los dirigentes del movimiento protestante.

En 1552 regresó a Italia, y consiguió publicar algunas de las obras de Valdés y hacerlas circular entre sus numerosas relaciones, pero cuando el Papa se dispuso a desarraigar violentamente la llamada herejía se le formó un nuevo proceso y fue excomulgado y declarado hereje contumaz. Pero cuando Pío IV ocupó el trono pontificio, consiguió que le fuese levantada la excomunión.

Estaba viviendo en Florencia bajo la protección de Cosme, cuando fue vilmente traicionado por éste y entregado en manos de los secuaces del Vaticano. En Roma se le formó un proceso que llegó a ser sensacional, y es en este tiempo cuando aparece sosteniendo sin reservas las creencias evangélicas que había abrazado.

El 16 de agosto de 1567 con gran aparatosidad se dio lectura, durante dos horas, a la larga sentencia que en su contra había sido pronunciada, y el 3 de octubre del mismo año fue decapitado y después reducido a cenizas.

En los libros de contabilidad del Estado Pontificio se halla un asiento de cuatro escudos pagados por la leña con que fue quemado.

Aonio Paleario. — De las muchas figuras gloriosas del protestantismo italiano del siglo XVI, Aonio Paleario es una de las más prominentes. Era sienés, natural de Veroli. Siendo profesor de literatura clásica llegó al conocimiento del Evangelio y sin tener en cuenta el peligro que corría se puso a dar testimonio de su fe entre profesores y alumnos. El cardenal Sadolet, que era su amigo, le aconsejó tener más prudencia, pero este consejo no encuadraba ni con su temperamento varonil ni con el profundo amor que profesaba a la verdad.

Para llevar a cabo su obra en forma más ventajosa publicó un folleto titulado “Plenitud, Suficiencia, y Satisfacción de Cristo.” Siendo la obra de Cristo completa y perfecta, desaparecía el mérito de los sacramentos y de otras obras "meritorias" destinadas a ganar la salvación. Esta enseñanza produjo verdadera alarma en el campo papista. Oigamos lo que dice el mismo Paleario: "Cuando este mismo año publiqué un tratado en lengua toscana, para mostrar cuán

grande beneficio recibe la humanidad por su muerte, este tratado fue hecho la base de una acusación criminal contra mí; ¿puede concebirse una cosa más vergonzosa?"

Pudo esta vez escapar de las garras de sus adversarios, pero tuvo que salir de Siena. Se estableció en Loca donde permaneció diez años llevando una vida no muy activa en lo que se refiere al testimonio cristiano, de modo que fue un período de los más reposados de su agitada carrera.

Escribió un libro importante titulado: "Acusación contra los Pontífices Romanos y sus Secuaces", el cual fue publicado después de su muerte. Este libro demuestra que era un hombre erudito y poderoso en las Escrituras. "En Roma — dice — reina de tal manera la corrupción más espantosa, el despotismo más cruel, la simonía, el engaño, la compra y venta del Espíritu Santo, y mil otras abominaciones, que todos los que tienen el espíritu de Cristo ven claramente escrito en la frente de la curia romana: BABILONIA LA GRANDE LA MADRE DE LAS FORNICACIONES Y ABOMINACIONES DE LA TIERRA".

Presintiendo que le tocaría la suerte de los mártires escribía: "Venid, verdugos, ligadme las manos, cubridme la cabeza; me ofrezco a la ira, de los Papas; levantad el hacha y separadme la cabeza; venid, oh verdugos; ya estoy pronto".

Al subir al trono pontificio Pío V, Paleario fue arrestado y conducido a Roma, donde fue cuidadosamente encerrado en Torre Nova. Se le formó un proceso basado en las cartas que había hecho publicar en Basilea. El escritor católico Laderchil dice en sus Anales: "Cuando se vio que este hijo de Belial era obstinado y refractario y que por ningún medio podía ser sacado de las tinieblas de su error a la luz de la verdad, fue merecidamente entregado al fuego, para que después de sufrir estas penas momentáneas aquí, sea lanzado a las llamas eternas".

Antes de morir escribió una carta a su esposa en la que dice: "Parto lleno de gozo como si estuviese yendo a las bodas del hijo del gran Rey".

La cruel sentencia se cumplió el tres de julio de 1570. Fue ahorcado y su cuerpo entregado a las llamas.

Con la muerte de este mártir llegamos al ocaso de un movimiento heroico e ilustrado, un esfuerzo gigantesco para .hacer penetrar la espiritualidad del Evangelio en el corazón de Italia, pero otra vez se puede decir: "La luz vino al mundo pero los hombres amaron más las tinieblas que la luz". San Juan 3: 19.

Capítulo Noveno
LA REFORMA EN ESPAÑA.

EL PROTOMÁRTIR DE LA REFORMA EN ESPAÑA

Los libros de Lutero y otros reformadores no tardaron en llegar a España, cosa que fue relativamente fácil debido a que muchos españoles de ilustre linaje, acompañaban al emperador Carlos V a las dietas que periódicamente se celebraban en Alemania, en Flandes y otras regiones donde el protestantismo había logrado implantarse.

Además, muchos de los españoles sentían la necesidad de librar a la cristiandad de la tiranía de los Papas, de la espantosa inmoralidad del clero; de las prácticas; supersticiosas del culto y de los errores doctrinales que desfiguraban por completo al cuerpo de la iglesia.

Prelados ilustres, predicadores afamados, hombres de letras y nobles matronas, recibieron con júbilo la noticia de la rebelión espiritual que se había levantado en el mundo y aceptaron de corazón las verdades evangélicas que durante tantos siglos habían permanecido ocultas. El número de los tales fue considerable, a tal punto que Cipriano de Valera escribió en el prefacio de la edición de su versión de la Biblia, que no había ciudad, villa o lugar en España en que lo hubiese alguno o algunos a quienes Dios por su infinita misericordia no hubiese alumbrado con la luz de su Evangelio; y que aunque los adversarios habían hecho todo lo posible para apagar esa luz, afrentando con pérdida de bienes, de vida y de honra a muchos, nada habían logrado porque — dice — "cuanto más afrentan, sambenitan, echan en galeras o cárcel perpetua o queman, tanto más se multiplican".

Confirmando la declaración del escritor protestante, decía el historiador católico González de Illezcas en su Historia Pontifical, que por aquellos días las cárceles, los cadalsos, y las hogueras se habían poblado de personas ilustres muy aventajadas en letras y virtud, y que eran tantos y tales que se creyó que "si dos o tres meses más se hubiera tardado en remediar este daño, se abrasara toda España", con lo que él llama la más áspera desventura, pero que debe llamarse el santo fuego destructor del error y del pecado.

La Reforma estaba golpeando las puertas de España, pero en el preciso momento cuando ella se disponía abrir, se interpuso el monstruo de la intolerancia que con despiadado despotismo encerró en cárceles y consumió en hogueras a una legión de los mejores hijos de este reino.

Mencionemos el primero de estos mártires. Se llamaba Francisco San Román. Pertenecía a una antigua familia de ricos comerciantes de Burgos. Siguiendo la profesión de su familia se dirigió a Flandes en busca de mercaderías, y encontrándose en las ferias bulliciosas de Amberes tuvo el primer conocimiento de la verdad evangélica por la cual más tarde daría su vida. Supo que había muchos negociantes flamencos que en determinadas horas cerraban las puertas de sus tiendas y leían secretamente un libro prohibido, y que solían dirigirse a un sitio muy apartado, en las afueras de la ciudad, para escuchar la predicación de la nueva doctrina que era objeto de tan animados y variados comentarios. Temerosamente escuchó sus conversaciones, pero creyó más acertado apartarse de esta gente peligrosa y buscar la compañía de sus compatriotas, que eran numerosos en aquella ciudad. Pero grande fue su sorpresa cuando supo que ellos también estaban interesados en esa doctrina y que algunos actuaban como verdaderos apóstoles de la misma.

Sus negocios lo llevaron a la ciudad de Brema y pasando un domingo frente a una iglesia oyó cantar con suave melodía un himno religioso. Atraído por ese canto, se atrevió a entrar y escuchó el sermón que pronunció el pastor Jacobo Spreng. Cuando el culto terminó toda la gente

se retiró, menos San Román, quien dirigiéndose al pastor, conmovido y con las lágrimas en los ojos, le pidió que le hablase más de la doctrina que por primera vez había oído anunciar. El pastor no sólo hizo esto, sino que lo llevó a su casa y lo hospedó durante tres días, que fueron bien aprovechados hablando sin cesar de las Escrituras que dan testimonio de Cristo y guían a las almas a la fuente de salvación. Cuando salió de aquella casa, el mercader español era poseedor de la perla de gran precio.

Volvió a Amberes llevando consigo los mejores libros de los reformadores y un precioso ejemplar del Nuevo Testamento. Su primer deseo fue el de volver a España para decir a los suyos cuan grandes cosas el Señor había hecho a su alma; pero no le era posible hacerlo, así que se dedicó a evangelizar a los españoles que residían en la importante ciudad flamenca, para lo cual escribió algunos tratados que repartía profusamente, sin pensar en los peligros que le rodeaban.

Los enemigos de la verdad no tardaron en echarle mano y después de quemarle todos sus libros y folletos lo encerraron en una prisión, de la que logró salir, no se sabe cómo, y se dirigió a Lovaina donde encontró a su compatriota Francisco de Encinas, traductor del Nuevo Testamento y acerca de quien hablaremos más adelante.

En este tiempo Carlos V se encontraba en Ratisbona y San Román concibió el audaz proyecto de pedir una audiencia para hablarle del Evangelio e interceder a favor de los que en sus dominios estaban sufriendo persecución por causa de la fe. Sus compatriotas sonrieron al oírle tal ocurrencia, pero él persistió en su propósito hasta conseguir ser recibido por el emperador, no con buen resultado, pues éste después de oírle mandó encerrarlo en una cárcel.

Carlos V durante las guerras de religión con que azotó a los Estados protestantes, llevaba en su comitiva varios carros cargados de prisioneros encadenados entre los que se encontraban cuatro pastores de Ulma. San Román fue añadido al número de éstos y cargado de cadenas, durante un año, fue llevado por varios puntos de Alemania, de Italia y por el Norte de África.

Finalmente sus guardianes lo entregaron a la inquisición de Valladolid, y en sus lúgubres prisiones permaneció encerrado hasta el día en que fue sacado para morir en la hoguera.

En este auto de fe predicó el sermón del caso el famoso Bartolomé Carranza, quien así se iniciaba en su destacada actuación de perseguidor de protestantes, pero quien, cuando había llegado a la cúspide de la gloria, siendo cardenal arzobispo de Toledo, primado de España, fue acusado de profesar y propagar las creencias de aquellos a quienes tan tenazmente había antes perseguido. Estuvo doce años en manos de la inquisición pero no tuvo la valentía de ir al martirio y se valió de sus influyentes amigos para conseguir la absolución.

Los frailes que rodeaban a San Román en la hora de la muerte no pudieron quebrantar su firmeza en Cristo. Se ordenó entonces que la hoguera fuese encendida, y cuando quedó desvanecido por los primeros efectos del sufrimiento lo retiraron del fuego para pedirle que abjurase de sus creencias. San Román concentrando en su corazón las fuerzas que aún le quedaban, reafirmó su testimonio y con un rostro radiante de alegría preguntó a los frailes si no tenían envidia de su felicidad. Arrojado de nuevo a las llamas terminó su carrera este heroico español quien pudo decir como San Pablo: "Para mí el vivir es Cristo y el morir, ganancia". No se conoce la fecha exacta de este auto de fe, pero según Adolfo de Castro en su "Historia de los Protestantes Españoles", debe haber ocurrido en 1545 o 1546.

LOS MÁRTIRES EVANGÉLICOS DE VALLADOLID

Valladolid, capital de Castilla la vieja, era la residencia de la corte, antes que Felipe II la trasladase a Madrid. Era una ciudad bella y populosa. Rodeaban a la Plaza Mayor dieciséis conventos que albergaban a centenares de frailes y monjas.

Los que habían creído en el Evangelio no habían roto abiertamente con el catolicismo, pero se reunían secretamente para la edificación espiritual y estudio de las Sagradas Escrituras en la casa de doña Leonor de Vivero, viuda de Cazalla, persona rica y encumbrada. Su hijo Agustín había estudiado teología en Alcalá, y cuando contaba treinta años el emperador lo llamó a su corte dándole el cargo de capellán. En esta calidad acompañó al monarca por Alemania y Flandes y a fin de poder atacar a los reformistas se puso a leer sus escritos, pero como era hombre sincero y amante de la verdad, llegó a convencerse de que la iglesia romana se había apartado de la verdadera doctrina cristiana y de que los llamados herejes eran los verdaderos ortodoxos, pues profesaban y defendían las mismas creencias que habían tenido los apóstoles.

Cuando volvió a su patria se encontró con don Carlos de Seso, y fue mediante su saludable influencia que las doctrinas que habían penetrado en su mente, penetraron también en el corazón.

Don Carlos de Seso era de origen italiano, pertenecía a la nobleza y había ganado el aprecio y favor de Carlos V por sus valiosos servicios prestados en las guerras. Se casó con una princesa de la familia real española, Isabel de Castilla, y fijó su residencia en el castillo de Villamedina, cerca de Logroño. No se sabe por qué medios llegó al conocimiento del Evangelio, el que abrazó con entero fervor y propagó por todas partes a pesar de las limitaciones que la intolerancia imponía. Dejó su cargo de corregidor y se radicó en la capital para mejor poder consagrarse a la obra para la cual se sentía llamado de Dios.

Otro de los componentes de la congregación de Valladolid era el dominico Domingo de Rojas, quien había sido iniciado en el estudio de la Biblia por Bartolomé Carranza.

No menos prominentes eran el abogado Antonio Herrezuelo y su joven esposa Leonor de Cisneros, que habían sido ganados a la fe por los trabajos de De Seso.

Otro miembro de la congregación era el platero don Juan García, casado con una mujer mediocre enteramente dominada por los frailes. A ésta empezó a llamarle la atención las salidas frecuentes y secretas de su esposo, y aconsejada por su confesor, lo siguió para saber a dónde se dirigía. Grande fue su sorpresa al verlo entrar en la magnífica casa de doña Leonor, que a la sazón ya había fallecido. La infeliz mujer llevó la noticia a; su confesor y éste a los inquisidores, quienes; en posesión de este dato sorprendieron a los evangélicos cuando estaban reunidos y los redujeron a prisión, lo mismo que a muchos otros sobre quienes recayeron sospechas.

Siguieron los lentos y crueles trámites del juicio inquisitorial y el 22 de mayo de 1559 tuvo lugar el auto de fe en el que treinta personas sufrieron diferentes condenas.

No todos los que pertenecían a la congregación tuvieron la resistencia necesaria para soportar los sufrimientos a que habían sido sometidos en la sala del tormento y aparecen en él auto de fe como arrepentidos, quienes tampoco escapaban a cierto castigo, pues según el concepto de misericordia de los frailes, era mejor darles muerte antes que volviesen a caer en la herejía. La "gracia" que se les concedía era la de ser muertos a garrote antes de ser echados en las llamas, pues a los que se negaban a abjurar se les quemaba sin ninguna consideración.

Pero no todos los que aparecían como reconciliados con la iglesia romana lo eran en realidad, porque falsamente se les hacía aparecer como tales para dar fama a los teólogos que habían tenido a su cargo, junto con los esbirros de la sala del tormento, las tareas de arrancarles una abjuración. Tal es el caso de Agustín Cazalla, quien aparece en este auto como arrepentido,

pero de cuya perseverancia hasta el fin, da fe un documento valioso que el historiador E. Christ da a conocer en su interesante libro: "Héroes Españoles de la Fe".

No entraremos a referir la manera cómo cada uno de los mártires afrontó la prueba a que se veían sometidos y sólo mencionaremos el caso de Antonio Herrezuelo, quien había sido encarcelado junto con su joven esposa. Frente a sus jueces había mostrado una firmeza inquebrantable. El día del auto de fe, cuando era conducido al tablado donde oiría la sentencia, tuvo la gran pena de ver a su esposa entre los reconciliados, vestida con el traje no de los que afrontarían la muerte, sino con el de los sentenciados a penas menos severas, que en su caso era el vivir a perpetuidad en una casa de reclusión. Herrezuelo al verla le lanzó una feroz mirada y le dijo: "¿Es éste el aprecio que haces de la doctrina que te he enseñado durante seis años?" Marchando a la hoguera iba repitiendo pasajes de la Biblia que lo consolaban y le daban la oportunidad de dar testimonio de su fe, lo que motivó que le pusieran la mordaza, y así murió con admirable constancia.

Leonor fue conducida a su encierro y a solas con su conciencia y con el recuerdo de su esposo querido sufría un tormento mayor que el de la hoguera que evitó abjurando de la verdad salvadora. ¡Qué contraste el de esa vida, con los seis años de felicidad que había pasado junto a su heroico esposo! Se arrepiente y confiesa de nuevo aquella fe que en un momento de debilidad había negado. Los inquisidores ponen de nuevo toda su arte diabólica para someterla, pero esta vez fracasan, porque la débil mujer se había convertido en una fortaleza inexpugnable. Leonor fue condenada a morir en la hoguera y la feroz sentencia se cumplió el 26 de septiembre de 1568.

En el auto de fe de mayo de 1559 fue quemado también el cadáver de doña Leonor de Vivero, que había muerto algunos años antes y estaba sepultada en la iglesia de San Benito. Su casa que había servido de templo fue derribada y el terreno sembrado con sal. En el mismo sitio se levantó una columna con una lápida que recordaba la causa de aquella desolación. Esta columna existió hasta el año 1809, en que uno de los generales de Napoleón mandó echarla por el suelo, dice Adolfo de Castro.

Otro auto de fe tuvo lugar en Valladolid el 8 de octubre de 1559, en el que perecieron los miembros de la congregación que habían sido arrestados a raíz de la delación de la mujer del platero.

Un enorme tablado había sido levantado para los que tenían que sufrir condenas, a fin de que el macabro espectáculo pudiese ser visto por todos los espectadores que un testigo ocular calculaba en doscientos mil.

Felipe II, con lo más destacado de su corte, estuvo presente y ante la inmensa muchedumbre, poniendo la mano derecha sobre su espada, juró prestar su más eficaz ayuda a la Inquisición.

El reo prominente entre los que tenían que morir era don Carlos de Seso, condenado por hereje pertinaz y dogmatizante. El antes gallardo militar, favorito de Carlos V, tenía ahora el aspecto de un cadáver, debido a los padecimientos de la prisión, Cuando le notificaron que debía morir, pidió papel y tinta y escribió una vibrante profesión de fe. Llorente, que tuvo este documento ante sus ojos, dice: "Es difícil describir el vigor y la energía de las cosas cotí que llenó dos hojas de papel, aunque estaba en presencia de la muerte".

Cuando el cortejo de mártires desfiló delante de la tribuna real, De Seso se dirigió a Felipe II y le dijo: "¿Es así como Su Majestad trata a sus súbditos inocentes?". El rey le contestó con aquella frase que se hizo célebre: "Yo mismo traería la leña a la hoguera, para quemar a mi propio hijo, si fuese culpable como tú".

Junto al poste donde fue quemado reafirmó sus convicciones cristianas, demostrando una serenidad y energía que a todos causó admiración.

Otro mártir destacado fue fray Domingo de Rojas, quien declaró que había sido instruido en la doctrina evangélica por el arzobispo Bartolomé Carranza. Pidió permiso para hablar a su majestad y después de manifestar que no era hereje como el vulgo lo suponía, hizo esta noble confesión de fe evangélica: "Creo en la pasión de Cristo, la que basta para salvar a todo el mundo".

También fueron quemados Juan Sánchez, criado de don Pedro Cazalla, quien confesó abiertamente su fe y dijo que en ella quería vivir y morir; Catalina Reinoso, joven monja de veinte años, verdadera esposa del Señor por quien dio alegremente su vida; Eufrosina Ríos, también monja a quien estrangularon antes de ser quemada; María Guevara y Margarita Santiesteban. También monjas que habían conocido la libertad que hay en Cristo; murieron también Pedro Sotelo, Franciscano de Almanza y Pedro de Vivero Cazalla. Una monja de nombre Juana Sánchez había muerto en la cárcel, así que los verdugos se contentaron con desenterrar su cadáver y quemarlo.

RODRIGO VALER

Entre los escritores del siglo XVI que se ocuparon de los hechos que ocurrían entonces en España, relacionados con la causa del Evangelio, debemos mencionar a Cipriano de Valera, fecundo e incisivo autor protestante, a quien debemos muchos de los datos que han servido para escribir la página heroica de aquella jornada. Oigamos lo que dice respecto a Rodrigo Valer: "La ciudad de Sevilla es una de las más civiles y populosas, ricas, antiguas, fructíferas y de más suntuosos edificios que hay en España... A esta ciudad ha bendecido el Padre de las misericordias, escogiéndola para que fuese la primera ciudad de nuestra España que en nuestros tiempos conociese los abusos, supersticiones e idolatrías de la iglesia romana". "Cerca del año 1540 vivió en Sevilla un Rodrigo de Valer, natural de Lebrija. Este Valer pasó su juventud, no en virtud ni en ejercicios espirituales, no en leer ni en meditar la Sagrada Escritura, sino en vanos y mundanos ejercicios, como la juventud rica lo suele hacer... En medio de estos vanos ejercicios, no se sabe cómo, ni por qué medio Dios lo tocó, trocó y mudó en otro hombre bien diferente del primero, de tal manera que cuanto más había antes amado y seguido sus vanos ejercicios, tanto más después los abominó, detestó y dejó, dándose con todo su corazón y poniendo todas las fuerzas de su cuerpo y de su entendimiento en ejercicios de piedad, leyendo y meditando la Sagrada Escritura... Muchos no entendiendo el misterio que Dios en Valer obraba, tuvieron tan súbita y tan grande mutación por locura y falta de juicio. Mudado de esta manera Valer, tenía gran dolor y arrepentimiento de su vana vida pasada, y así se empleaba todo en ejercicios de piedad, hablando y tratando siempre de los principales puntos de la religión cristiana, leyendo y meditando la Sagrada Escritura, y dióse tanto a leerla, que sabía gran parte de coro, la cual aplicaba muy a propósito a lo que trataba. Tenía cada día en Sevilla continuas disputas y debates con clérigos y frailes: decíales en la cara que ellos eran la causa de tanta corrupción... Así nuestro Valer, viendo tan noble ciudad como Sevilla, dada a tanta superstición e idolatría, y tan llena; de escribas y fariseos, de tantos clérigos y frailes, disputaba con ellos en las plazas y calles: los reprendía y convencía por la Escritura. El mismo Dios, que antiguamente hizo hablar a San Pablo, hizo hablar a Valer: y como Pablo fue tenido por novelero y loco, así también Valer fue tenido por otro tal. Viéndose los nuevos fariseos tratados de esta manera, demandábanle, de "dónde le hubiese venido aquella sabiduría y noticia de cosas sagradas; de dónde le venía aquella osadía de tratar así tan descaradamente a los eclesiásticos, que son los pilares de la iglesia, siendo él seglar, y no habiendo estudiado, ni dádose a virtud, mas antes habiendo tan mal empleado su

juventud en vanidades. Demandábanle: ¿Con qué autoridad hacía esto? ¿Quién lo había enviado? ¿Qué señal tenía de su vocación? Estas mismas preguntas hicieron los viejos fariseos a Jesucristo y a sus apóstoles. A estas preguntas respondía Valer cándida y constantemente. Decía que él había alcanzado aquella noticia de cosas sagradas, no de las hediondas lagunas, sino del Espíritu de Dios que hace que ríos caudalosos de sabiduría corran de los corazones de aquellos que verdaderamente creen en Cristo. Decíales que Dios y la causa que trataba, le daban osadía y atrevimiento: decía que este Espíritu de Dios, no estaba atado a ningún estado, por más eclesiástico que fuese… Decía que Cristo lo había enviado.

En conclusión, hablando tan libre y constantemente, fue llamado de los inquisidores. Disputó Valer valerosamente de la verdadera iglesia de Cristo, de sus marcas y señales, de la justificación del hombre y de otros semejantes puntos principales de la religión cristiana. Excusóle por entonces su locura (como los inquisidores la llamaban) y así lo enviaron: pero confiscáronle primero todo cuanto tenía. Donoso medio para hacer a un loco volver en su seso, quitarle sus bienes. Valer con toda esta pérdida de bienes, no dejó por eso de proseguir como había comenzado". Hasta aquí Cipriano de Valera.

Allá por el año 1545 la Inquisición echó nuevamente mano del predicador a quien toda Sevilla escuchaba en las calles y plazas y lo condenó a cárcel perpetua. Cuando junto con los demás presos era llevado a oír misa, se levantaba y contradecía al predicador, lo que demuestra que siempre conservaba sus convicciones. Lo sacaron entonces de la cárcel y lo encerraron en un monasterio donde murió teniendo poco más de cincuenta años.

LA CONGREGACIÓN DE SEVILLA

Eran numerosas en Sevilla las personas que habían sido alumbradas con la luz del Evangelio y todos esperaban que de un momento a otro se produjese un sacudimiento espiritual, pujante e irresistible que arrastrase a la nación entera, rompiendo definitivamente con el papado, como ya había ocurrido en otras naciones del continente.

El Dr. Juan Gil, célebre canónigo, aceptando el consejo del "loco"' Rodrigo de Valer, predicaba en la grandiosa catedral la Palabra de Dios que es viva y más penetrante que toda espada de dos filos, en lugar de las áridas sentencias del escolasticismo. La ciudad entera lo escuchaba de buena gana y Carlos V, queriendo premiar al elocuente predicador, lo nombró obispo de Tortosa. Sus enemigos que ya habían descubierto que Gil predicaba una doctrina que no desdeñaría ni el mismo Calvino, antes que fuese a tomar posesión de su alto cargo, lo encerraron en las prisiones inquisitoriales, de donde sólo salió para morir a consecuencia de las enfermedades contraídas en su húmedo encierro.

Otro hombre eminente que había aceptado el Evangelio era Constantino Ponce de la Fuente, quien unía al don de predicador el de escritor aventajado. Dejó varios libros y tratados valiosos tanto por la buena doctrina que enseñan como por la forma literaria en que están presentados.

La Inquisición logró apoderarse de los libros que Constantino tenía escondidos, que eran en su mayoría obras de los reformadores y un manuscrito de su propia letra que constituía la prueba innegable de que él también estaba de acuerdo con los que se separaban del romanismo. Toda Sevilla quedó estupefacta cuando oyó que el eminente Constantino había sido encerrado en el Castillo de Triana acusado de herejía. Allí lo tuvieron dos años, casi sepultado en un calabozo subterráneo, donde terminó su carrera sufriendo con cristiano heroísmo.

Las personas más desarrolladas en la fe evangélica habían formado una congregación que se reunía secretamente en la casa de una dama encumbrada llamada Isabel de Baena, y era pastoreada por el médico Cristóbal Lozada.

Otro núcleo evangélico había formado en el convento de San Isidro del Campo, perteneciente a los frailes Jerónimos, situado a una legua de la capital en el sitio hoy denominado Santiponce. Los libros de los reformadores habían penetrado en ese claustro y tuvieron buena acogida de parte del prior llamado García Arias, quien los hacía leer y explicaba a los miembros de la orden, con el resultado de que muchos de ellos abrazaron la verdad, entendiendo especialmente la justificación por la fe, que hacía inútiles todos los ritos y penitencias a que estaban acostumbrados. Este García Arias no supo mantenerse a la altura de sus conocimientos, llegando con refinada hipocresía a negar y hasta perseguir las creencias que profesaba y enseñaba en el monasterio, pero su mala conducta pasada la borró con un genuino arrepentimiento cuyos riquísimos frutos los hizo manifiestos confesando su fe con una valentía y sinceridad que sobrepujaba a su anterior cobardía y simulación. Murió en la hoguera la muerte de un noble mártir, y su nombre quedó vinculado al de todos los que en aquella generación combatieron por la fe que fue dada una vez a los santos.

Cuando los evangélicos de Sevilla fueron descubiertos, unos ochocientos de ellos fueron encarcelados en el famoso castillo de Triana donde estaban las prisiones del "Santo Oficio". No entramos a referir los sufrimientos de estas víctimas de la intolerancia en la sala del tormento frente a los esbirros y a sus crueles acusadores. Dediquemos, sí, unas líneas al auto de fe que tuvo lugar el 24 de septiembre de 1559 en el que fueron quemados muchos de los evangélicos sevillanos. El médico Cristóbal Lozada fue quemado junto con veinte de sus hermanos en la fe a quienes había suministrado el maná sagrado de la Palabra de Dios, y el prior García Arias murió heroicamente alentando a morir a muchos de los ex frailes de San Isidro del Campo.

María Bohorques. — Una joven de veintiún años figuraba entre los sentenciados a la hoguera. Era María Bohórquez, joven de extraordinario talento y de profunda piedad que había sido discípula del Dr. Juan Gil. Tenía apenas once años cuando empezó a estudiar el griego, lo que le permitió leer los escritos apostólicos en su lengua original. Leía también el hebreo, y el latín lo dominaba como el castellano. La lectura de las obras de los reformadores le había proporcionado un caudal de conocimientos respecto a los dogmas anticristianos del papismo, del modo que podía medirse con cualquier teólogo en temas de controversia. Pero lo que más sobresalía en ella era su genuina humildad y espíritu de mansedumbre, semejante al de su celestial Maestro. El Dr. Gil, que la admiraba, solía decir: "Me siento elevado cada vez que hablo con ella".

Al ser arrestada fue sometida a varios interrogatorios. Dice al respecto Adolfo de Castro: "Disputó con varios jesuítas y dominicanos que inútilmente pretendieron apartarla de sus doctrinas, los cuales quedaron confusos al ver en tan corta edad y en una doncella tal erudición teológica y tales conocimientos de la divina Escritura".

Fue sometida a la tortura tan bárbaramente que se creyó que moriría en ella.

El día del auto de fe, vestida con el infamante sambenito, fue conducida al lugar del suplicio donde saludó a sus hermanos en la fe sentenciados como ella a morir. Mostró su imperturbable serenidad entonando un Salmo, pero ni siquiera ese consuelo le permitieron sus despiadados verdugos y le hicieron poner una fuerte mordaza. Cuando se la quitaron para ofrecerle la oportunidad de abjurar, mostró la misma firmeza que antes, no cediendo ni en un solo punto a las continuas solicitaciones de los frailes que la rodeaban y querían hacerle creer que

buscaban su bien eterno. Debido a su edad le dieron la muerte de garrote antes de entregar su cuerpo a las llamas.

"Mucho tiempo hace —dice Christ— que el viento ha llevado sus cenizas; pero si más tarde sus compañeros en la fe pensaran erigir un monumento a la mártir, no habría para él otras palabras más adecuadas que las del Salvador: "María escogió la buena parte".

UNA NAVIDAD SINIESTRA

Otro gran auto de fe fue celebrado en Sevilla el 22 de diciembre de 1560, como parte de los festejos de Navidad. Catorce de los evangélicos fueron quemados vivos, tres en efigie, y otros treinta y cuatro sufrieron diversas condenas. En efigie fueron quemados los doctores Juan, Gil, Constantino Ponce de la Fuente y Juan Pérez de la Pineda. Los dos primeros ya habían muerto a consecuencia de los malos tratos recibidos en la prisión y el tercero había logrado huir al extranjero, desde donde continuaba trabajando en pro de la evangelización de su patria.

Iríamos más allá de los límites de esta obra si entrásemos a dar los nombres de estos mártires y los detalles de su muerte. Dediquemos, no obstante, unas líneas a uno de ellos.

Julianillo Hernández. — Dice Alfonso de Castro: "Julianíllo Hernández fue uno de los protestantes más notables de España, así por los servicios que hizo a la causa como por la agudeza de su ingenio, por su mucha erudición en las sagradas letras y por su valerosa muerte".

Nació en Villaverde y en su niñez pasó con sus padres a Alemania donde aprendió el oficio de impresor. La imprenta lo familiarizó con la literatura evangélica y no tardó en ser uno de los que abrazaron la fe de que hablaban los folletos que imprimía. Regresó a España y se identificó con los, evangélicos de Sevilla y después de algún tiempo se fue a Ginebra para colaborar con Juan Pérez, quien lo tenía en muy alta estima.

Debido a la pequeñez de su cuerpo lo llamaban Julianillo o el chico. Los reformados franceses y suizos, entre quienes era apreciado, lo llamaban Le Petit.

Juan Valdés, Juan Pérez y otros fugitivos habían producido abundante literatura evangélica en lengua española; pero, ¿quién la introduciría en España? Fue Julianillo el que resolvió el problema. Valiéndose de su gran astucia consiguió burlar durante mucho tiempo la vigilancia aduanera e inquisitorial, introduciendo ocultamente dentro de toneles su preciosa mercadería. Viajaba en calidad de arriero, y en el trayecto con suma prudencia iba sembrando la palabra escrita hasta llegar a Sevilla, para dejar el resto de su carga en el convento de San Isidro del Campo.

Pero no faltó un Judas, y el valiente colportor del siglo XVI fue arrojado a los calabozos del castillo de Triana donde sufrió un cautiverio de tres años. Pero no hubo sufrimiento que lograra conmoverlo ni arrancar el gozo de su corazón. Cuando salía de la sala del tormento y era conducido al calabozo, sus hermanos en Cristo desde sus encierros, le oían cantar esta copla:

Vencidos van los frailes;
Vencidos van.
Corridos van los lobos;
Corridos van.

Fue condenado a morir en la hoguera por "hereje, apóstata, contumaz y dogmatizante". Conducido al quemadero murió triunfante y lleno de paz, exhortando a los otros mártires a morir como verdaderos soldados de Jesucristo.

REFORMISTAS ESPAÑOLES FUGITIVOS

La persecución obligó a los evangélicos españoles a buscar en el extranjero un asilo donde poder adorar a Dios, de acuerdo con el conocimiento de la verdad que habían recibido. Muchos se dirigieron a Londres donde gozaban el favor de la reina Elizabeth, la que les hizo proporcionar una iglesia donde celebrar sus cultos. Otros se dirigieron a Ginebra, ciudad donde actuaba Calvino y que llegó a ser el refugio de los que eran perseguidos en casi todo el continente. En Ginebra los españoles, al principio, celebraban sus cultos junto con los italianos, actuando de pastor Guillermo Balbani, de Luca, pero más tarde organizaron su propia iglesia pastoreada por Juan Pérez Pineda. Hubo también una congregación española en Amberes, pastoreada por Antonio Corro, la cual se disolvió cuando el duque de Alba tomó la ciudad. Más tarde volvieron a reunirse y tenían de pastor a Casiodoro de Reina. Otros grupos aparecen en Alemania y Francia.

Ocupémonos ahora de algunos de estos fugitivos.

Los Hermanos Valdés. — Juan y Alfonso Valdés eran hombres distinguidos y disfrutaban del favor de Carlos V. Eran naturales de la ciudad de Cuenca y habían estudiado en la Universidad de Alcalá de Henares. Por medio de Erasmo, con quien mantenían activa correspondencia, habían llegado a darse cuenta de que la iglesia necesitaba una reforma profunda. Los primeros escritos que produjeron estos hermanos eran más bien de carácter histórico que religioso, pero hacían referencias a las lamentables condiciones del clero, y fueron señalados como peligrosos e infectados de herejía. Ambos hermanos se hallaban viajando por Flandes y Alemania al servicio del emperador, y juzgaron más prudente no regresar a España donde seguramente hubieran caído en poder de la Inquisición.

Juan Valdés se radicó en Nápoles donde ejerció una poderosa influencia espiritual entre los numerosos admiradores que le rodeaban, prendados de su talento y espiritualidad. Poseía una villa en la orilla del mar y en ella se congregaban para escuchar las lecciones bíblicas y pláticas llenas de unción, y alta sabiduría. Los amigos de Valdés llegaron a contarse por miles y entre ellos surgieron algunas de las figuras prominentes del protestantismo italiano.

Sus libros tanto en español como en italiano fueron numerosos, tuvieron gran circulación y han merecido sinceros elogios como modelos de literatura y fuentes de sana enseñanza. Juan Díaz. — Muchos de los escritores protestantes del siglo XVI hacen referencia a este ilustre español, que se distinguió por su profundo amor a la verdad y sólida piedad, manifestada en su vida cristiana.

Al convertirse al Evangelio se identificó con la iglesia reformada de Estrasburgo, donde hizo esta declaración: "Declaro creer en el Redentor, único jefe de la iglesia, único mediador entre Dios y los hombres, y separarme para siempre de la iglesia romana en la que no se encuentra la pura doctrina de Cristo ni la fiel administración de los sacramentos ni la gloriosa libertad de los hijos de Dios".

En 1545 la ciudad de Estrasburgo nombró al teólogo Bucer y a Juan Díaz, representantes ante la dieta imperial que tenía que reunirse en Ratisbona para buscar la reconciliación de católicos y protestantes. A Carlos V le chocó mucho que esa ciudad estuviese representada por un español tan ardiente defensor de la Reforma y encargó a un hombre de su confianza para que

pusiese todos los medios a su alcance para hacerlo volver al catolicismo. Desde entonces Díaz se vio asediado por numerosos compatriotas, quienes no lograron conmoverlo en ningún punto de su doctrina.

Díaz tenía un hermano llamado Alfonso, que residía en Roma, fanático exaltado que no podía tolerar que su propio hermano militase en filas contrarias al catolicismo. A fin de reducirlo, hizo un viaje a Alemania y encontró a Juan en Neuburgo, donde estaba atendiendo la publicación de algunas de sus obras. Ambos hermanos hablaron largamente sobre religión y corno Alfonso no lograra conmover a Juan de su firmeza, se dispuso cumplir el diabólico plan de hacerlo asesinar; plan que va había preconcebido en Roma, si el que no lograba atraerlo al seno del catolicismo y para lo cual había venido acompañado de un asesino. Este dio muerte a Juan dándole un feroz hachazo en la cabeza. La noticia consternó a sus numerosos amigos y cuando llegó a oídos de Melanchton, éste exclamó: "¡Caín ha matado a su hermano por segunda vez!".

Los asesinos fueron prendidos en Inspruck por orden del emperador, que se mostró indignado de tal acción, pero a instancias de sus consejeros y en particular de los cardenales de Trento y de Ausburgo fueron puestos en libertad.

Los Hermanos Encinas. — Jaime y Francisco Encinas eran naturales de Burgos e hicieron sus estudios en Alcalá de Henares, donde el erudito Pedro de Leemes los inició en el estudio de las Sagradas Escrituras.

En 1540 se dirigieron a Lovaina para terminar sus estudios y tuvieron la dicha de encontrar maestros adictos a la Reforma, quienes los confirmaron en la verdad evangélica.

En 1541 Jaime se estableció en París, pero obedeciendo órdenes paternales, en 1546, se fue a Roma donde cayó en poder de la Inquisición y fue quemado vivo después de dar fiel testimonio de su fe delante de sus jueces, del colegio de cardenales y del papa Pablo III. Fue el primer mártir de la Reforma del siglo XVI en Italia.

Su hermano Francisco se radicó en Wittenberg con el propósito de perfeccionarse en las lenguas originales de la Biblia. Fue huésped de Melanchton y se dedicó a traducir al castellano el Nuevo Testamento. Hallándose en Bélgica se atrevió a publicar su traducción, lo que sirvió de pretexto a los jesuítas para hacerlo encarcelar. Sus numerosos amigos procuraron en vano conseguir su libertad, pero felizmente antes de que se pronunciase la sentencia en su contra, logró huir de la prisión, huida que parece fue facilitada por las mismas autoridades. Consiguió llegar a Wittenberg y tuvo el gozo de pasar otra temporada bajo el techo de Melanchton, de donde salió llevando de este ilustre amigo una carta para Teodoro Vitus, predicador de Nuremberg, que decía: "Francisco Dryander (Encinas), español, mi huésped, es un hombre sabio, serio, dotado de un rara virtud, que muestra un celo filosófico en toda tarea; quiere verte, lo mismo que a Jerónimo Baumgartner. Me haréis gran placer si lo abrazáis como si fuese a mí mismo". Estuvo también en Inglaterra, donde fue muy bien recibido por el arzobispo Cranmer, quien lo hizo nombrar profesor de griego en la Universidad de Cambridge.

En 1552 fue a Ginebra para conocer personalmente a Calvino, con quien estaba relacionado por correspondencia. Después de algunos meses se fue a Estrasburgo donde falleció el 30 de diciembre de ese mismo año.

Raimundo González Montes. — Era en Sevilla uno de los compañeros de Constantino Ponce de la Fuente y del doctor Egidio. Fue encarcelado a raíz de la persecución que hemos referido y conoció los métodos y rigores del llamado "Santo Oficio", pero más afortunado que los otros prisioneros logró huir de la cárcel y dirigirse al extranjero. En 1558 se hallaba en Inglaterra de donde pasó a Alemania y se relacionó con los hombres más destacados de la Reforma. En este

tiempo escribió en latín su famosa obra "Artes de la Inquisición Española", que fue traducida a varios idiomas. Esta obra es una fuente valiosa de información sobre los procedimientos inquisitoriales y sufrimientos a que se vieron expuestos los evangélicos españoles de aquella época. El tribunal de Sevilla lo condenó a ser quemado, pero hallándose prófugo lo quemaron en efigie.

Juan Pérez Pineda. — Nació en Montilla, Andalucía, a fines del siglo XV. En 1526 actuaba en Roma en calidad de secretario del embajador de España, duque de Sesa. Fue en este tiempo, cuando aún no eran conocidas sus inclinaciones a favor de la Reforma, que consiguió del papa que Erasmo no fuese excomulgado. Al regresar a España fue nombrado director del Colegia de la Doctrina, en el que estudiaban jóvenes de las principales familias sevillanas. Sus ideas llegaron a ser conocidas, pero antes de ser prendido logró huir de su patria y se radicó en Ginebra, donde, en 1556, publicó su traducción del Nuevo Testamento. En el prefacio dice: "Sintiéndome muy obligado al servicio de los de mi nación, según la vocación con que me llamó el Señor a la anunciación de su Evangelio, parecióme que no había medio más propio para cumplir, si no en todo, a lo menos en parte, con mi deseo y obligación que dárselo en su propia lengua".

Cuando en 1558 se organizó en Ginebra la iglesia de los fugitivos españoles, Juan Pérez fue elegido pastor.

Entre otras obras que escribió merecen especial mención Breve Tratado de Doctrina y Epístola Consolatoria. Acerca de esta última obra dice Menéndez y Pelayo: "Es notable por la dulzura de los sentimientos y lo apacible y reposado del estilo".

Más tarde hallamos a Juan Pérez identificado con los hugonotes de Francia. Falleció en París en 1567.

Casiodoro de Reina. — Nació en Sevilla, de estirpe morisca, y estudió en un monasterio. Fue ganado a la fe evangélica por Ponce de León y el doctor Gil. A raíz de la persecución de 1559 se vio obligado a huir de España, cosa que pudo hacer con mucha dificultad. Residió en Londres hasta el año 1564, presidiendo en esa ciudad los cultos que celebraban los fugitivos españoles. En Inglaterra fue acogido muy cordialmente aún en los círculos aristocráticos y hasta por la familia real. El embajador de España se quejaba de esto y escribía a Felipe II: "He llegado a saber que han cedido a los herejes españoles una casa grande del obispo de Londres". Residió también en Amberes, pasando por tiempos de mucha estrechez, pero fue protegido por el acaudalado judío español Marcos Pérez, quien había abrazado la fe cristiana con verdadero fervor. En esta ciudad su tarea principal fue la de terminar su inmortal traducción de la Biblia la que se publicó en 1569. Murió en Francfort donde actuaba como pastor de los emigrados luteranos.

Cipriano de Valera. — Era uno de los frailes del convento de San Isidro del Campo, en Sevilla, donde había penetrado la luz del Evangelio. Valera fue uno de los que la recibieron con más entusiasmo y verdadero fervor religioso. Tenía veinticinco años cuando tuvo que huir de su patria a la cual nunca más pudo volver y de la cual nunca se olvidó. Estuvo radicado en Ginebra, en Holanda y en Inglaterra, desplegando una encomiable actividad cristiana y produciendo valiosos escritos de controversia. Entre sus obras figuran principalmente los "Dos Tratados, del Papa y de la Misa" aparecido el primero en 1588 y el segundo en 1599. En 1597 publicó la traducción de la "Institución de la Religión Cristiana" de Calvino, de quien era gran admirador. Buena como era la versión de la Biblia hecha por Reina, no dejaba de ser susceptible de

muchas mejoras. Para llevarlas a cabo el infatigable Valera trabajó durante veinte años. En 1596 publicó una edición del Nuevo Testamento, haciendo muy pocas alteraciones y en 1602 publicó en Amsterdam la Biblia completa, aun con los apócrifos. Dar la Palabra de Dios a su pueblo había sido la aspiración de su vida, como había sido la de su antecesor Casiodoro de Reina. La Biblia por ellos producida perdura a través de los siglos, y para siempre será considerada una de las obras monumentales de la filología y de la lengua castellana.

SE TERMINO DE TRANSFORMAR A FORMATO DIGITAL POR ANDRÉS SAN MARTÍN ARRIZAGA, 13 DE MAYO DE 2007.

www.escriturayverdad.cl